



FENIMORE COOPER

EL ÚLTIMO DE LOS
MOHICANOS

2012 - Reservados todos los derechos
Permitido el uso sin fines comerciales

Texto revisado y preparado por José García
Postigo.

Título: El último de los mohicanos. Historia de
mil setecientos cincuenta y siete. (Tomo I)
Autor: Cooper, James Fenimore (1789-1851.)
Traductor: Pagasartundua, Vicente
Publicación: Madrid: [s.n.], 1832 (Imprenta de
Don Tomás Jordán)

Fecha realización: Marzo, 2012.
Lugar: Melilla (España.)

**EL ÚLTIMO
DE LOS MOHICANOS.**

HISTORIA
DE MIL SETECIENTOS CINCUENTA Y SIETE.

POR
FENIMORE COOPER.

TOMO PRIMERO.

MADRID, MAYO DE 1832.

*Imprenta de D. TOMÁS JORDAN, calle de Toledo,
frente á la del Barco.*

OBRAS

DE

FENIMORE COOPER.

*Esta obra es propiedad de DON TOMAS
JORDAN; y se hallará en su librería, calle
de la Concepcion Gerónima.*



El último de los Mohicanos

**EL ÚLTIMO
DE LOS MOHICANOS.**

HISTORIA

DE MIL SETECIENTOS CINCUENTA Y SIETE.

POR

FENIMORE COOPER.

TRADUCIDA DEL FRANCES

Por D. Vicente Pagasartundua.

TOMO 1.º

MADRID, ABRIL, de 1832

*Imprenta de DON TOMAS JORDAN, calle de Toledo,
frente á la del Burro.*



Prefacio.

No estrañéis el color de mi tez: es la
marca un poco oscura del
brillante sol, bajo el cual he nacido.
SHAKSPEARB. *El mercader de
Venecia.*

El lector que emprenda la lectura de estos volúmenes con la esperanza de encontrar en ellos un cuadro imaginario y romancesco de lo que jamas ha existido, la suspenderá sin duda cuando se halle defraudado de la diversion que se habia prometido. La obra no es otra cosa que lo que anuncia su título, un relato, una relacion. Sin embargo, como contiene detalles que pudieran no estar al alcance de todos los lectores, y especialmente lectoras, pasando en su concepto por una ficcion,

es de nuestro deber ilustrar lo que las alusiones históricas podrían presentar de oscuro, Este deber es tanto mas riguroso cuanto que varias veces hemos adquirido la triste esperiencia de que, aun cuando el público ignorase completamente los hechos que se le refieren, desde el momento en que se someten á su respetable tribunal, se halla que por una especie de intencion inesplicable sabe mas que el autor mismo. Este hecho es incontestable; pero sin embargo, si un escritor se arriesga á dar á la imaginacion de los otros el vuelo que no debia haber dado mas que á la suya, por una nueva contradiccion tendrá casi siempre que arrepentirse. Todo lo que puede ser explicado, debe serlo con esmero, bajo la pena de descontentar á quella clase de lectores que encuentran mas placer en recorrer una obra, cuanto esta les ofrece mas enigmas que adivinar, ó mas misterios que penetrar. El autor empezará la tarea que se ha impuesto por la esposicion preliminar de las razones que le obligan á emplear desde el principio tantas palabras ininteli-

bles. Nada dirá que no sepa el que se halle algún tanto versado en el conocimiento de las antigüedades indianas.

La mayor dificultad que tiene que vencer cualquiera que intenta saber la historia de los indios salvages, es la confusión que reina en los nombres. Si se reflexiona que los holandeses, los ingleses y los franceses, como conquistadores, se han tomado la licencia de mudarlos é invertirlos todos; que los naturales mismos hablan no solamente diferentes lenguas, y aun dialectos de estas mismas lenguas, sino que además de eso les agrada multiplicar las denominaciones, esta confusión causará menos sorpresa que pesadumbre, y podrá servir de excusa para lo que parezca oscuro en esta obra, cualesquiera que sean por otra parte los defectos que pueda contener.

Los europeos hallaron la inmensa región que se contiene entre el Penobscot y el Potomac, el Océano atlántico y el Misisipi, en la posesión de un pueblo que no tenía más que un solo y mismo origen. Es posible que sobre uno ó dos puntos los límites de

este vasto territorio hayan sido dilatados ó restringidos por las naciones comarcanas; pero á lo menos tales eran los límites naturales y ordinarios. Este pueblo tenia el nombre genérico de Wapanachki, pero afectaba tambien el de *Lenni Lenape* que había adoptado, y que significaba *un pueblo sin mezcla*. El autor confiesa francamente que sus conocimientos no llegan hasta el punto de poder enumerar las comunidades ó tribus en que está raza de hombres se ha subdividido. Cada tribu tenia su hombre, sus gefes, su territorio particular para la caza, y aun su dialecto peculiar. Estos pueblos se combatían ;mutuamente como los príncipes feudales del antiguo mundo, y ejercían los privilegios de la soberanía; pero no por eso dejaban de reconocer un origen comun; su lengua era la misma, igualmente que sus tradiciones, que se transmitían con una fidelidad extraordinaria. Una rama de este pueblo numeroso ocupaba las riberas de un caudaloso rio llamado Lenapewihittuck. Allí era donde por Unánime consentimiento estaba establecida *la*

casa larga ó *el fuego del gran consejo* de la nacion.

La tribu que poseía el país que forma en nuestros días la parte Sub-oeste de la nueva Inglaterra, y la porción de Nueva-York que está al Oriente de la bahía de Hudson, igualmente que una grande extensión de país que se prolongaba todavía mas ácia el Sud, era un pueblo poderoso llamado «Los Mohicanni» ó mas comunmente los Mohicanos. De esta última palabra han formado despues los ingleses por corrupcion la de Mohegans.

Los Mohicanos estaban tambien divididos en tribus. Colectivamente estos disputaban la antigüedad aun á sus vecinos que poseían *la casa larga*; pero unánimemente eran reconocidos como el hijo primogénito de su gran padre: Esta porción de propietarios primitivos del suelo fue la primera desposeída por los blancos. El pequeño número que queda todavía se ha dispersado entre las otras tribus, y de su antigua grandeza y poder no quedan mas que tristes recuerdos.

La tribu que guardaba el recinto

sagrado de la casa del consejo fue distinguida por mucho tiempo con el título lisonjero de Lenape; pero cuando los ingleses mudaron el nombre del rio en el de Delaware, este nombre fue el que insensiblemente adquirieron los habitantes. En general manifiestan mucha delicadeza y discernimiento en el empleo de las denominaciones. Expresivas distinciones dan mas claridad á sus ideas, y comunican muchas veces grande energía á sus discursos.

En un espacio de muchas centenas de millas, á lo largo de las fronteras septentrionales de la tribu de los Lenapes, habitaba otro pueblo que presentaba las mismas subdivisiones, el mismo origen, la misma lengua, y que sus vecinos llamaban Mengwe. Estos salvages del Norte eran sin duda ninguna menos poderosos, y estaban mas desunidos entre sí que los Lenapes. A fin de remediar esta desventaja, cinco de sus tribus, las mas numerosas y las mas guerreras que se hallaban mas inmediatas á la casa del consejo de sus enemigos, se ligaron entre sí para defenderse mutuamente; y estas son en

efecto las mas antiguas repúblicas unidas de que la historia de la América septentrional nos dá algunas nociones. Estas tribus eran los mohawks, los oneidas, los sénécas, los cayugas y los onondagas. Posteriormente, una tribu vagabunda de la misma raza que se habia adelantado ácia el Oriente, vino á reunirse á ellos, y fue admitida á participar de todos sus privilegios políticos. Esta tribu, llamada los tuscaroras, aumentó de tal modo su número, que los ingleses cambiaron el nombre que habían dado á la confederacion, y no los llamaron ya los cinco, sino las seis naciones. En el progreso de esta relacion se verá que la palabra nacion se aplica tan pronto á una tribu como á un pueblo entero en su significado mas estenso. Los mengwes eran llamados tambien por sus vecinos macuas, y aun muchas veces por burla mingos. Los franceses les dieron el nombre de iroqueses, por corrupcion sin duda de alguna de las denominaciones que tomaban.

Una tradicion auténtica ha conservado el detalle poco honroso de los

medios que los holandeses por una parte, y los mengwes por otra emplearon para determinar á los lenapes á que depusiesen las armas, encomendando á los últimos el cuidado de su defensa; en una palabra, á no ser ya mas que *mugeres*, en el lenguaje figurado de los naturales. Si la política seguida por los holandeses era poco generosa, era por lo menos sin peligro. Desde este momento trae su fecha la caída de la mayor y mas civilizada de las naciones indianas que ocupaban el territorio actual de los Estados-Unidos. Despojados por los blancos, oprimidos y asesinados por los salvages, estos desgraciados continuaron todavía por algun tiempo vagando alrededor de su casa del consejo; y despues, separándose en cuadrillas, fueron á refugiarse en las vastas soledades que se dilatan al Occidente. Como el resplandor de una lámpara que se apaga, su gloria no brilló nunca tanto como en el momento en que iba á estinguirse para siempre.

Aun pudieran darse otros detalles sobre este interesante pueblo, en par-

ticular sobre la parte mas reciente de su historia; pero el autor no los cree necesarios para desenvolver el plan de esta obra. La muerte del piadoso y venerable Heckewelder ⁽¹⁾ es una pérdida bajo este aspecto, que no podrá ser nunca reparada. Este respetable eclesiástico habia hecho un estudio particular de este pueblo, y le defendió largo tiempo con tanto celo como ardor, no menos para vengar su gloria que para mejorar su condicion moral. Despues de esta corta introduccion, el autor presenta su libro al lector. Sin embargo, la justicia, ó á lo menos la franqueza, exige de él que á todas las jovencitas, cuyas ideas están ordinariamente circunscriptas entre las cuatro paredes de un salon; á todos los celibatarios de una cierta edad que están sujetos á la influencia del tiempo; en fin, á todos los miembros del clero, en cuyas manos pueden caer estos volú-

⁽¹⁾ El reverendo Heckewelder podría ser llamado el Las Casas de la América del Norte. Sus escritos sobre los indios, de los cuales tomaremos algunas notas, han sido consignados en las transacciones filosóficas americanas año 1819. (*Ed.*)

menes, les recomiende no emprendan su lectura. Da este aviso á las jóvenes que acaba de designar, porque despues de haber leído la obra les parecería mal; á los celibatarios, porque podría turbar su sueño, y á los miembros del clero, porque pueden emplear mejor su tiempo.

EL ÚLTIMO DE LOS MOHICANOS.

CAPITULO PRIMERO.

Mis oídos estan abiertos, y mi corazón preparado: cualquiera pérdida que puedas anunciarme siempre será una pérdida mundana: habla, ¿mi reino se ha perdido?

SHAKSPEARE.

Una de las particularidades de las guerras que se han sostenido en las colonias de la America septentrional, era que antes de dar batalla al enemigo que se buscaba, era menester arrostrar las fatigas y los peligros de los desiertos. Una larga cadena de bosques en apariencia impenetrables separaba las pose-

siones de las provincias enemigas de Francia y de Inglaterra. El colono endurecido en los trabajos de la agricultura, y el europeo disciplinado, que combatía bajo la misma bandera, pasaban algunas veces meses enteros luchando contra los torrentes y buscándose un paso por entre los desfiladeros de las montañas, hasta que hallaban la ocasión de dar pruebas mas directas de su intrepidez. Pero émulos de los guerreros naturales del país en su paciencia, y aprendiendo de ellos á someterse á las privaciones, llegaban por fin á vencer todas las dificultades; se podia creer que con el tiempo no quedaría en los bosques un escondrijo tan oscuro, una soledad tan retirada que pudiese ofrecer un abrigo contra las incursiones de los que prodigaban su sangre para saciar su venganza, y para sostenerla política fría y egoísta de las potencias de Europa.

En toda la vasta estension de estas fronteras no existía quizá un solo distrito que pudiese presentar una imagen mas verdadera del encarnizamiento y de la crueldad de las guerras salvages de aquella época que el país situado entre los manantiales del Hudson y los lagos adyacentes.

Las facilidades que la naturaleza presentaba en él para las marchas de los combatientes eran demasiado manifiestas para que pudiesen desatenderse. La estensa llanura del lago Champlain se dilatava desde las fronte-

ras del Canadá hasta los confines de la provincia inmediata de Nueva York; y formaba un paso natural en la mitad de la distancia, de que los franceses tenían necesidad de estar en posesion para poder hostilizar á sus enemigos. Por su extremo, al lado del Sud, el Champlain recibía los tributos de otro lago, cuyas aguas eran tan cristalinas, que los misioneros jesuítas le habían escogido para cumplir los ritos regeneradores del bautismo, por cuya razon había obtenido el título de lago del Sacramento. Los ingleses, menos piadosos, creian hacer bastante honor á estas aguas puras, dándoles el nombre del monarca que reinaba entonces sobre ellos el segundo de los príncipes de la casa de Hannover. Las dos naciones se reunían así para despojar á los poseedores salvages de los bosques de estas riberas del derecho de perpetuar su nombre primitivo de Lago Horican.

Bañando con sus aguas infinitas islas, y rodeado de montanas el "Santo Lago" se extendía á doce leguas al Sud. Sobre la llanura elevada que se oponía entonces al progreso de sus aguas empezaba un especie de portage que conducía hasta las orillas del Hudson en un parage donde, á escepcion de los ostáculos ordinarios de las cataratas, el rio era navegable.

Mientras que en prosecucion de sus planes atrevidos de agresion y de empresa el es-

piritu infatigable de los franceses procuraba hacerse paso por las gargantas remotas y casi impracticables del Alleghny so puede suponer fácilmente que no echaron en olvido las ventajas naturales que ofrecia el pais que acabamos de describir. El mismo fue el teatro sangriento donde se dieron la mayor parte de las batallas, que tenían por objeto decidir sobre la soberanía de las Colonias. Varios fuertes fueron contruidos sobre los diferentes puntos que dominaban los parages donde el paso era mas fácil, cuyos fuertes fueron tomados, vueltos á tomar, arrasados y vueltos á construir de nuevo, segun los caprichos de la victoria ó de las circunstancias. El cultivador, apartándose de este parage peligroso, retrocedia hasta el local de los establecimientos mas antiguos; y ejércitos mas numerosos que los que habian dispuesto mil veces de la corona en sus madres-patrias se sepultaban en los bosques, de donde no se veía jamás salir algunos soldados sino quebrantados de fatiga ó desanimados por sus derrotas, semejantes en fin á unos fantasmas escapados del sepulcro. Aunque las artes de la paz fuesen desconocidas en esta fatal region, los bosques estaban vivificados por la presencia del hombre. Los valles y los prados resonaban con las cláusulas de una música marcial, y los ecos de las montañas repetían los gritos de alegría de una juventud valiente é inconsiderada, que

trepaba por ellas orgullosa de su fuerza y de su valor, para adormecerse bien pronto en la larga noche del olvido.

Sobre esta escena de una lucha sangrienta fue donde pasaron los acontecimientos que vamos á referir, durante el tercer año de la última guerra que se hicieron la Francia y la gran Bretaña para disputarse la posesion de un país que felizmente estaba destinado á no pertenecer algun día ni á una potencia ni á otra.

La incapacidad de sus gefes militares, y una fatal carencia de energía en su gabinete, habían hecho decaer á la gran Bretaña de aquella elevacion á que la habían conducido *su* espíritu emprendedor, y los talentos de sus antiguos guerreros y estadistas. Ya no era temida por sus enemigos, y los que la servían perdían rápidamente la confianza saludable, de donde nace el respeto individual. Sin haber contribuido á producir este estado de debilidad, y aunque muy despreciados para poder haber sido los instrumentos de sus errores, los colonos participaban naturalmente de este abatimiento humillante. Muy recientemente habian visto un ejército lucido, trasladado del país que respetaban como su metrópoli, y que habían tenido por invencible; un ejército mandado por un gefe que sus raros talentos militares habian hecho escoger entre una multitud de guerreros experimenta-

dos, vergonzosamente puesto en derrota por un puñado de franceses y de indios, no habiendo evitado su total destrucción sino por la sangre fría y el valor de un joven Virginio, cuya fama, dilatándose con los años, se ha esparcido hasta los países más remotos de la cristiandad con la dichosa influencia que ejerce la virtud ⁽¹⁾.

Este desastre inesperado había dejado en descubierto una vasta extensión de fronteras, y unos males muy efectivos eran precedidos por la espectación de mil peligros imaginarios. Los colonos alarmados creían oír los ahullidos de los salvajes mezclados con las ráfagas de viento que venían de los inmensos bosques del Oeste. El carácter espantoso de estos enemigos sin piedad aumentaba hasta mucho más allá de cuanto puede espresarse los horrores naturales de esta guerra. Innumerables

⁽¹⁾ Este joven Virginio era el mismo Washington, entonces coronel de un regimiento de tropas provinciales; el general de que se trata es el desgraciado Braddock, que fue muerto, y perdió por su presunción la mitad del ejército. La reputación militar de Washington empezó desde entonces: condujo hábilmente la retirada y salvó el resto de las tropas. Este acontecimiento se verificó en 1755. Washington había nacido en 1732, por consecuencia no tenía entonces más que veinte y tres años. Según una tradición popular, un joven salvaje predijo que el joven Virginio no sería muerto jamás en una batalla: él mismo había tirado sobre él en vano muchas veces; y su destreza, sin embargo, era extraordinaria; pero Washington fue el único oficial á caballo del ejército americano que no fuese herido ó muerto en esta derrota. (*Ed.*)

ejemplos de matanzas recientes estaban todavía muy grabadas en su memoria , y en todas las provincias no había nadie que no hubiese escuchado con ansiosa curiosidad la relación espantosa de algun asesinato cometido durante las tinieblas de la noche, y de que los habitantes de los bosques eran los principales y bárbaros actores.

Mientras que el viagero crédulo y exaltado contaba los lances peligrosos que sucedían en los desiertos, la sangre de los hombres tímidos se helaba de terror, y las madres echaban una mirada de inquietud sobre las criaturas que dormían en seguridad en las mayores ciudades. En una palabra, el temor que aumenta todos los objetos empezó á prevalecer sobre los cálculos de la razon y del valor. Los corazones mas atrevidos empezaron á creer que el resultado de la lucha era incierto, y diariamente se veía aumentar el número de aquella clase abyecta , que creía ya ver todas las posesiones de la corona de Inglaterra en América en poder de sus enemigos europeos, o devastadas por las incursiones de sus salvajes aliados.

Cuando se supo en el fuerte, que cubría el portage situado entre el Hudson y los lagos, que se había visto á Montcalm volver por el Champlain con un ejército tan considerable como las hojas de los árboles de los bosques, se puso en duda por un momento que esta re-

lacion no fuese cierta , y se escuchó mas bien con la cobarde consternacion de unas gentes que cultivan las artes de la paz , que con la alegría tranquila que experimenta un guerrero al saber que el enemigo está al alcance de su brazo.

Esta nueva había sido llevada hácia el fin de un día de estío por un corredor indio, encargado tambien de un mensaje de Munro, comandante del fuerte situado sobre las orillas del Santo-Lago, que pedia se le enviase un refuerzo considerable sin pérdida de momento. Se ha dicho ya que el intervalo que separaba estos dos puestos no llegaba á cinco leguas. El camino, ó mas bien el sendero que comunicaba de uno á otro, habia sido ensanchado para que los carros pudiesen transitar por él; de suerte, que la distancia que el hijo e los bosques acababa de recorrer en dos horas, podia ser fácilmente atravesada por un destacamento de tropas con municiones y bagajes en el intervalo de un dia del estío.

Los fieles servidores de la corona de Inglaterra habían dado el nombre á una de estas fortalezas de los bosques de William-Henry, y á la otra Eduardo, nombres de dos príncipes de la familia reinante. El veterano escoces, á quien hemos nombrado poco hace, tenía á su cargo la conservacion del primero con un regimiento de tropas provinciales, realmente muy débiles para hacer frente al ejér-

cito formidable que Montcalm conducía hácia sus fortificaciones de tierra. Pero el segundo fuerte estaba mandado por el general Webb, que tenia bajo sus ordenes los ejércitos del rey en las provincias del Norte, y su guarnicion era de cinco mil hombres. Reuniendo los diversos destacamentos que estaban á su disposicion, este oficial podía presentar en batalla una fuerza casi del duplo de este número contra el emprendedor frances que se había arriesgado tan temerariamente en un parage donde tenia tan lejos los refuerzos que podía necesitar.

Pero dominados por el sentimiento íntimo de su degradacion, los oficiales y los soldados parecieron mas dispuestos á esperar dentro de sus murallas la llegada de su enemigo que á oponerse á sus progresos, imitando el ejemplo que los franceses les habían dado en el fuerte Duquesne, atacando la vanguardia inglesa; audacia que la fortuna habia coronado. Cuando se desvaneció un poco la sorpresa ocasionada por esta noticia, se esparció el rumor en toda la línea del campo atrincherado que se dilatava á lo largo de las riberas del Hudson, y que formaba una cadena de defensa exterior para el fuerte; que un destacamento de mil y quinientos hombres de tropas escogidas debía ponerse en marcha á la madrugada para el fuerte William-Henry, situado á la estremidad septentrional del

portage. Lo que al principio no era mas que un rumor, fue bien pronto una certeza, pues llegaron órdenes del cuartel general del comandante en jefe para prevenir á las tropas, que habia escogido para este servicio, se preparasen inmediatamente á marchar.

No quedó ya duda ninguna sobre las intenciones de Webb, y por espacio de una hora o dos no se veían mas que semblantes inquietos, y soldados que discurrían de una parte á otra con precipitacion. Los novicios en el arte ó reclutas iban y venian de un parage á otro, y retardaban sus preparativos de marcha por una insiedad, en la cual habia tanta parte de disgusto como de ardor. El veterano mas experimentado se disponía á la marcha con una sangre fría propia de quien desdeña toda apariencia de precipitacion; pero aunque su fisonomía anunciase la calma, sus miradas inquietas daban á conocer bastante que no tenia una aficion marcada á esta temible guerra de los bosques, de la cual no había hecho todavía mas que un aprendizaje.

En fin, el sol se oculta entre raudales de luz detras de las montañas distantes, situadas al Occidente, y cuando la oscuridad es-tendió su velo sobre la tierra en este parage retirado, el ruido de los preparativos de la marcha se disminuyó poco á poco. La última luz se apagó en fin en la tienda de un oficial; los árboles arrojaban las sombras mas

espesas sobre las fortificaciones y sobre el río, y en todo el campo se estableció un silencio tan profundo como el que reinaba en el inmenso bosque.

Segun las órdenes dadas la tarde precedente, el sueño del ejército fue interrumpido por el redoble del tambor, que los ecos repetían , y cuyo sonido, conducido por el aire fresco de la mañana, llegó hasta las estremidades del bosque en el instante en que el primer rayo del día empezaba á reflejar el verde sombrío , y las formas irregulares de algunos grandes pinos de la inmediacion sobre el azul mas puro del horizonte oriental. En un instante todo el campo estuvo en movimiento basta el último soldado; todos querían presenciar la partida de sus camaradas, los incidentes que podían acompañarla, y gozar de un momento de entusiasmo.

El destacamento escogido estuvo bien pronto en orden para marchar. Los soldados regulares y pagados por la corona tomaron orgullosamente la derecha de la línea, mientras que los colonos mas humildes se colocaban á a izquierda con una docilidad que una larga costumbre les habia hecho facil. Los batidores marcharon; una fuerte guardia precedió y siguió á los pesados carruages que llevaban el bagaje, y desde el amanecer el cuerpo principal de los combatientes se formo en columna , y partió del campo con un aspecto de or-

gulo militar que sirvió para desterrar las aprensiones de algunos novicios que iban á hacer su aprendizaje en las armas. Mientras estuvieron á la vista de sus camaradas se les vió conservar el mismo orden y la misma aptitud imponente. En fin, el sonido de sus pífanos fue desvaneciéndose poco á poco, y el bosque pareció haberse tragado la masa viviente que acababa de entrar en su seno.

La brisa había cesado de traer á los oídos de los soldados que quedaban en el campo el ruido de la marcha de la columna invisible que se alejaba; el último rezagado había ya desaparecido á sus ojos; pero se veían todavía señales de otra partida delante de una cabaña de madera, de un tamaño poco usado, y delante de la cual estaban de faccion algunos centinelas, cuyo objeto se conocía ser guardar la persona del general ingles. Cerca de allí estaban seis caballos enjaezados, de manera que dos de ellos á lo menos parecían destinados á ser montados por señoras de un rango que no se acostumbraba á ver por los desiertos de aquel país. Otro caballo llevaba los arneses y las armas de un oficial del estado mayor. La simplicidad de los jaeces de los otros, y las maletas de que estaban cargados, manifestaban que estaban destinados á los criados que parecían esperar ya la orden de sus amos. A cierta distancia de este espectáculo extraordinario se habían formado muchos grupos de curiosos

y de ociosos; los unos admiraban el ardor y la gallardía del noble caballo de batalla; los otros miraban estos preparativos con el semblante casi estúpido de una curiosidad vulgar. Había sin embargo entre ellos un hombre que por su semblante y sus gestos hacía una escepcion marcada á los que componían esta última clase de espectadores.

El exterior de este personage era desfavorable hasta el último extremo, sin ofrecer ninguna deformidad particular. De pie, su talla sobresalía por encima de sus compañeros; sentado, parecía haberse reducido á una estatura inferior á la regular del hombre. Todos sus miembros presentaban este defecto en su conjunto. Tenia la cabeza grande y las espaldas estrechas; los brazos largos y las manos pequeñas y casi delicadas, los muslos y las piernas delgadas, pero de una longitud desmesurada, y sus rodillas monstruosas lo eran menos todavía que los dos pies que sostenían esta estraña reunion.

El traje estraordinario de este individuo no servia sino para hacer resaltar mas y mas el defecto evidente de sus proporciones. Tenia una casaca azul celeste con faldones anchos y cortos y cuello bajo; llevaba calzones ajustados de damasco amarillo, y anudados con una cinta y unas borlas blancas; unas medias de algodon rayadas, y unos zapatos, á uno de los cuales estaba sujeta una espuela, completaban

el traje de la parte inferior de su cuerpo. Nada se ocultaba á la vista; al contrario, parecia hacer un estudio en poner de manifiesto sus bellezas, fuese por simplicidad ó por vanidad. Del bolsillo enorme de un leviton de seda, mas que á medio uso, y adornada con un galon de plata deslucido, salía un instrumento, que visto en una compañía tan marcial hubiera podido pasar por alguna máquina de guerra peligrosa y desconocida. Por mas pequeño que fuese este instrumento había escitado la curiosidad de la mayor parte de los europeos que estaban en el campo, aunque la mayor parte de los colonos le manejasen sin temor y aun con la mayor familiaridad. Un enorme sombrero, de la misma figura que el que llevaban los eclesiásticos treinta años hace, prestaba una especie de dignidad á una fisonomía que anunciaba mas bondad que inteligencia, y que evidentemente necesitaba de este socorro artificial para sostener la gravedad de alguna funcion extraordinaria.

Mientras que los diferentes grupos de soldados se mantenían á cierta distancia del parage en que se veían estos extraordinarios preparativos de viage, por respeto al recinto respetable del general Webb, el personage que acabamos de describir se adelanto en medio de los criados que esperaban con los caballos, á quienes alababa ó criticaba libremente segun le parecía-

—Me inclino á creer, amigo, dijo él con una voz tan notable por su dulzura como su persona lo era por el defecto de sus proporciones, que este animal no ha nacido en este país, y que ha venido de algun país estrangero, quizá de la pequeña isla al otro lado de los mares. Yo puedo hablar de cosas semejantes sin alabarme, porque he visto dos puertos, el que está situado á la embocadura del Támesis, y que tiene el nombre de la capital de la antigua Inglaterra, y que se llama Newhasen, y he visto á los capitanes de varios buques poner sobre sus bordos una infinidad de animales de cuatro pies como en el arca de Noe, para ir á venderlos á la Jamaica; pero jamas he visto un animal que se pareciese tanto al caballo de guerra descrito en la Escritura: — "Bate el suelo con el pie, se regocija en su fuerza, y va al encuentro de los hombres armados. Relincha al son de la trompeta, siente de lejos la batalla, el mando de los capitanes y el grito del triunfo." Podría creerse que la raza de los caballos de Israel se ha perpetuado hasta nuestros dias. ¿No lo pensais así, amigo?

No recibiendo ninguna respuesta á este discurso extraordinario, que á la verdad siendo pronunciado con una voz sonora y dulce parecia merecer alguna atencion, el que acababa de hacer uso de este modo del lenguaje de los libros santos levanto los ojos sobre el ser misterioso, á quien se habia dirigido por

casualidad, y halló un nuevo motivo de admiración en el individuo sobre quien recayeron sus miradas. Este era un indio alto y flaco, el mismo corredor que había traído al campo las malas nuevas de la tarde precedente. Aunque sus facciones se hallasen en un estado de reposo completo, y que pareciese mirar con una apatía estoica, la escena estrepitosa y animada que pasaba á su alrededor se observaba en el en medio de su tranquilidad un aspecto de fiereza sombría, propio para atraer las miradas de otros ojos mas perspicaces que los del hombre que le miraba con un asombro tan manifiesto. El habitante de los bosques lleva ha el tomahawk ⁽¹⁾ y el cuchillo de su tribu, y sin embargo su exterior no era enteramente el de un guerrero. Al contrario, toda su persona tenia un aire de negligencia como si se hallase enteramente fatigado y no hubiese podido reponerse. Los colores de que los salvages componen la pintura de sus cuerpos cuan-

⁽¹⁾ Un tomahawk es una hacha pequeña. Antes de la llegada de los colonos europeos, los tomahawks eran hechos de piedra; hoy día los blancos mismos los fabrican de hierro y se los venden á los salvages. Hay dos especies de tomahawks, uno de pipa y otro sin ella. El primero no puede arrojarse porque la cabeza de la hacha forma el homillo de la pipa y el mango un tubo; el segundo es el que los salvages manejan y arrojan con una destreza particular como el degirid los Moros. (*Ed.*)

do se preparan á pelear, se habían fundido y mezclado en su fisonomía que anunciaba la fiereza, y la daban un carácter todavía mas repugnante; su único ojo, brillante como una estrella en medio de las nubes que se amontonan en la atmosfera, conservaba todo su fuego natural y salvaje. Sus miradas penetrantes, pero circunspectas, se encontraron un momento con las del europeo, y cambiaron bien pronto de direccion fuese por astucia ó por desdén.

Es imposible decir qué observacion hubiera inspirado al europeo este corto instante de comunicacion silenciosa entre dos seres tan singulares, si su curiosidad activa no hubiese estado atendiendo á otros objetos. Un movimiento general que se observo entre los criados, y el sonido de algunas voces dulces, anunciaron la llegada de las señoras que se esperaba para poner en movimiento la cabalgata. El admirador del hermoso caballo de guerra dio inmediatamente algunos pasos ácia atras para recoger una yegua pequeña y flaca en pelo, que pacía un resto de yerba marchita en el campo. Apoyando un codo sobre un cobertor que hacía oficio de silla, se detuvo para ver la partida, mientras que un potrillo acababa tranquilamente de almorzar al otro lado de la madre.

Un joven con el uniforme de las tropas reales condujo hasta sus palafrenes á dos da-

mas, que si se había de juzgar por su traje, se disponían á arrostrar las fatigas de un viage por entre los bosques. Una de estas damas, la que parecía mas joven, aunque las dos lo eran, dejó entrever su hermosa tez, sus cabellos rubios, y sus ojos de un azul oscuro, al tiempo que permitía al aire de la mañana separar de su rostro el velo verde que pendía de su sombrero de castor. Los matices de que por encima de los pinos se veía el horizonte adornado por el lado del oriente, no eran ni mas brillantes ni mas delicados que los colores de sus mejillas, y el hermoso dia que empezaba no era mas atractivo que la sonrisa animada que concedió al joven oficial al tiempo que la ayudaba á montar. La segunda, que parecía obtener una parte igual de las atenciones del galan militar, ocultaba sus gracias á las miradas de los soldados con un esmero que parecía anunciar la esperiencia de cuatro o cinco años mas. Sin embargo, se podía conocer que toda su persona, cuya gracia realzaba su vestido de viage, tenia un aspecto de madurez que no concurría en su compañera.

Luego que estuvieron colocadas en la silla, el jóven oficial saltó ligeramente sobre su hermoso caballo de batalla, y los tres saludaron á Webb, que por política permaneció á la puerta de su canana hasta que marcharon. Volviendo entonces la brida de sus caballos

tomaron el portante seguidos de sus criados, y se dirigieron ácia la parte septentrional del campo.

Mientras recoman esta corta distancia no se las oyó pronunciar una palabra; solamente la mas joven hizo una ligera exclamacion cuando el corredor indio paso inopinadamente cerca de ella para ponerse delante de la cabalgata en el camino militar. Este movimiento rápido del indio no arranco un grito de terror á la segunda, pero con la sorpresa deo separarse el velo de su semblante, el que indicaba al mismo tiempo la piedad, la admiracion y el horror, mientras que sus ojos negros seguían todos los movimientos del salvage. Los cabellos de esta dama eran negros y lustrosos como la pluma del cuerbo; su tez no era morena sino encarnada; sin embargo, no había nada de vulgar ni de estremado en su fisonomía perfectamente regular y llena de dignidad. Sonrióse como de lástima de sí misma por el momento de olvido á que se había dejado arrastrar, y al sonreírse descubrió unos dientes de una blancura resplandeciente. Volviendo entonces á arreglar su velo bajo la cabeza y continuó su marcha en silencio como si sus pensamientos hubiesen estado ocupados en cosa muy distinta que la escena que la rodeaba

CAPITULO II.

¿Cómo venís tan sola?
SHACKSPEARE.

Mientras que una de las amables señoras, cuyos retratos acabamos de bosquejar, se abismaba así en sus pensamientos, la otra se repuso de la ligera alarma que había arrancado su exclamación; y sonriéndose de su propia debilidad, le dijo en tono de chanza al joven oficial que estaba á su lado.

—¿Se ven muchas veces en los bosques apariciones de semejantes espectros, Heyward, ó este espectáculo es una diversion especial que ha querido proporcionarnos? En este caso el agradecimiento debe cerrarnos la boca; pero en el primero Cora y yo tendremos necesidad de recurrir al valor hereditario que nos preciamos de poseer aun antes que encontremos al temible Montcalm.

—Este indio es un corredor de nuestro ejército, respondió el joven oficial á quien se habia dirigido, y puede pasar por un héroe al estilo de su país. El mismo se ha ofrecido para conducirnos al lago por un sendero poco común, pero mas corto que el camino que tendríamos precision de tomar siguiendo la mar-

cha lenta de una columna de tropas, y por consecuencia mucho mas agradable.

—Ese hombre no me gusta, respondió la dama estremeciéndose, con un semblante de terror afectado que ocultaba el verdadero. Sin duda le conoceréis bien, Duncan, pues sin eso no fiaríais tan enteramente en él.

—Decid mas bien, Alix, respondió Heyward con eficacia, que no os hubiera confiado á él. Sí, yo le conozco, y sino, no le hubiera concedido mi confianza, y sobre todo en este momento. Dicen que es canadiense, y sin embargo ha servido con nuestros amigos los Mohawks que como sabéis son una de las seis naciones aliadas. Ha venido á nuestra compañía, segun he oido decir, de resultas de un incidente extraño, en el cual vuestro padre se hallaba mezclado, y éste la trató, segun dicen, con severidad en aquella ocasion. Pero ya ha olvidado esta vieja historia; basta por ahora, que sea nuestro amigo.

—Si ha sido enemigo de mi padre me agrada todavía menos, exclamó Alix mucho mas seriamente alarmada. ¿Quereis hablarle alguna cosa, Mayor Heyward, para que yo pueda oír su voz? Será quizá una tontería; pero muchas veces me habéis oido decir que tengo mucha confianza en el presagio que se puede sacar del sonido de la voz humana.

—Sería un trabajo perdido, replicó el joven Mayor; probablemente no respondería sino

con alguna exclamacion. Aunque comprenda quizá el inglés, afecta, como la mayor parte de los salvages, ignorarle, y se dignaria hablarle menos que nunca en el momento en que la guerra exige que despliegue toda su dignidad. Pero el se detiene: sin duda está cerca el sendero que debemos seguir.

El Mayor Heyward no se engañaba en su conjetura. Cuando llegaron al parage en que el indio les esperaba, éste les manifestó con la mano un sendero tan estrecho que dos personas no podían caminar por él de frente, y que se internaba en el bosque por donde iba la ruta militar.

—Ahí teneis nuestro camino, dijo el Mayor bajando la voz. No mostreis desconfianza, pues con ella podeis atraer el peligro que temeis.

—¿Qué pensais, Cora? preguntó Alix agitada por la inquietud; ¿si siguiésemos la marcha del destacamento no iríamos con mas seguridad, cualquier lance que pudiese suceder?

—No conociendo las costumbres de los salvages, Alix, dijo Heyward, os equivocais sobre el sitio donde puede haber algun peligro. Si los enemigos han llegado ya al *portage*, lo que no es probable de ningun modo, pues que llevamos descubridores delante, se mantendrán sobre los flancos del destacamento para atacar á los rezagados y á los que se aparten del camino. La ruta del cuerpo de ejército es conocida, pero la nuestra no puede serlo, pues

que no hace una hora que se ha determinado.

—¿Se ha de desconfiar de ese hombre, porque sus modales no son como los nuestros, y porque su piel no es blanca? pregunto fríamente Cora.

Alix no vaciló mas, y dando un latigazo á su caballo, fue la primera á entrar en el sendero estrecho y oscuro, donde la maleza impedía la marcha á cada instante. El joven miro á Cora con una admiracion manifiesta, y dejando pasar á su compañera mas joven, pero no mas hermosa, se ocupó en apartar él mismo las ramas de los árboles para que la que le seguía pudiese pasar con mas facilidad. Parece que los criados habían recibido sus instrucciones con anticipacion, porque en lugar de entrar en el bosque siguieron la ruta que había seguido el destacamento. Esta medida, dijo Heyward, habia sido sugerida por la sagacidad de su guia á fin de dejar menos señales de su paso, si por casualidad algunos salvages canadienses habian penetrado tanto delante del ejército.

Por algun trecho el camino estaba muy entorpecido por la maleza para que los viajeros pudiesen conversar; pero cuando hubieron atravesado la vereda del bosque se hallaron debajo de una bóveda de grandes árboles, que los rayos del sol no podían penetrar, pero donde el camino era mas libre. Luego que el guia reconoció que los caballos podían marchar

sin obstáculo , tomó una marcha media entre el paso y el trote de modo que no pudiesen retrasarse los caballos de los que le seguían.

El Mayor acababa de volver la cabeza para dirigir algunas palabras á su compañera, la de los ojos negros, cuando á lo lejos se oyó un ruido que anunciaba la marcha de algunos caballos. Detuvo el suyo inmediatamente, sus compañeras le imitaron, y se hizo un alto para deliberar sobre aquel incidente que no se esperaba.

Despues de algunos instantes vieron un potro corriendo como un gamo por entre los troncos de los pinos, y poco despues reconocieron al individuo, cuya conformacion singular hemos descrito en el capítulo precedente, que se adelantaba con toda la celeridad que era posible á su flaca cabalgadura sin llegar con ella á un rompimiento abierto. Durante el corto tránsito que habían tenido que hacer desde el cuartel general de Webb, hasta la salida del campo, nuestros viageros no habían tenido ocasion de observar el personaje bizarro que se acercaba á ellos en este momento. Si poseía el poder de fijar sobre él los ojos que le veían por casualidad cuando estaba á pie con todas las ventajas gloriosas de su talla colosal, las gracias que desplegaba como caballero no eran menos dignas de atencion.

Aunque no cesaba de espolear á su yegua, todo lo que podia obtener de ella era un

movimiento de galope cíclicamente las patas de atrás, después de lo cual, éstas, volviendo a tomar un trote menudo, que las de adelante favorecían un momento, daban a las otras el ejemplo que no tardaban en seguir. El camino rápido de uno de estos dos pasos en el otro formaba una especie de ilusión óptica, hasta el punto que el Mayor, que entendía perfectamente de caballos, no podía descubrir qué paso era el que su caballero seguía con tanta perseverancia para llegar a su lado.

Los movimientos del industrioso caballero no eran menos bizarros que los de su montura. A cada evolución de ésta el jinete alzaba su gran talla sobre los estribos, ó se dejaba caer como acurrucado, produciendo así por la dilatación y por el encogimiento de sus piernas tal aumento ó disminución de estatura, que era imposible conjeturar cuál era su verdadera talla. Si a esto se añade que a consecuencia de los repetidos espolazos que daba siempre al mismo lado, la yegua parecía correr más de prisa por este lado que por el otro, y que el flanco maltratado era indicado constantemente por los coletazos que les acudían sin cesar, habremos hecho el retrato de la montura y del jinete. La frente grave y serena de Heyward estaba poco antes sombría, pero se fue despejando poco a poco cuando pudo distinguir esta figura original, y sus labios dejaron escapar una sonrisa cuando el extranjero llegó a poca

distancia de él. Alix no hizo grandes esfuerzos para retener una carcajada de risa, y los ojos negros y pensativos de Cora brillaron con una alegría, que el hábito, mas bien que la naturaleza, pareció contribuir á moderar.

—¿Buscáis á alguno de nosotros? Preguntó Heyward al desconocido, cuando moderó el paso al llegar cerca de él. Espero que no sereis un mensajero de malas noticias.

—Sí, sin duda, respondió éste sirviéndose de su castor triangulas para producir un movimiento en el aire concentrado del bosque, y dejando á sus oyentes inciertos sobre el sentido de su respuesta. Sí, sin duda, repitió despues de haberse aventado el semblante y haber tomado aliento, busco á alguno. He sabido que os dirigís á Willian-Henry, y como yo voy allá tambien he creído que un aumento de compañía no podía menos de ser agradable por ambas partes.

—La division de los votos no podria hacerse con justicia, nosotros somos tres, y vos no teneis que consultar sino á vos mismo.

— No sería justo dejar á un hombre solo encargarse del cuidado de dos damas, replicó el extranjero con un tono que parecía conservar el medio entre la simplicidad y la ironía vulgar. Pero si sois un hombre verdadero, y estas señoras son verdaderas mugeres, pensarán en disgustarse una á otra, y adoptarán por espíritu de contradiccion el dicta-

men de su compañero. Así, pues, no tenéis más consultas que hacer que yo.

La linda Alix bajó la cabeza casi sobre la brida para entregarse á un nuevo acceso de risa; y viendo que las mejillas de su compañera se pusieron repentinamente pálidas, se reportó, y volvió á seguir su marcha como si estuviese ya fastidiada de esta entrevista.

— Si tenéis intención de ir al lago, dijo Heyward con entereza, habéis equivocado la ruta. El camino está cuando menos media milla detrás de vos.

— Ya lo sé, dijo el desconocido, sin cortarse por este frío acogimiento; he pasado una semana en Eduardo, y era preciso que yo fuese mudo para no tomar informes sobre el camino que debía seguir; y si fuese mudo, ¡ á Dios mi profesion! Despues de haber hecho un gesto, modo indirecto de manifestar modestamente su satisfaccion por un rasgo de imaginacion que era perfectamente ininteligible para sus oyentes, añadió con el tono de gravedad conveniente:

— No es á propósito que un hombre de mi profesion se familiarice mucho con aquellos á quienes está encargado de instruir, y este es el motivo por que no he querido seguir la marcha del destacamento. Por otra parte, he pensado que un hombre de vuestro rango debe saber mejor que nadie cuál es la mejor rula, y me he decidido á unirme á vuestra compa-

ñía para haceros el camino mas agradable, proporcionándoos una conversacion amistosa.

—Esa es una decision muy arbitraria y tomada un poco de prisa, respondió el Mayor, no sabiendo si debia encolerizarse ó tomarlo á chanza. Pero vos hablais de instruccion, de profesion; ¿estais agregado á algun cuerpo provincial como maestro de la noble ciencia, de ofensa ó de defensa? ¿Sois uno de esos hombres que trazan líneas y ángulos para esplicar los misterios de las matemáticas?

El extranjero miró un instante al que le interrogaba así, con un semblante de sorpresa, y cambiando despues su tono de satisfaccion, propia para tomar el de la humildad mas solemne, respondió:

—Creo no haber hecho ofensa á nadie, ni tengo defensa que hacer, no habiendo cometido pecado notable desde la última vez, que he pedido á Dios me perdonase mis faltas pasadas. Yo no entiendo bien lo que quereis decir con respecto á las líneas y á los ángulos; y en cuanto á la esplicacion de los misterios, yo la dejo á los hombres santos que han recibido la vocacion para ello. Yo no reclamo otro mérito que algunos conocimientos en el arte glorioso de ofrecer al cielo humildes peticiones y fervientes acciones de gracias con el auxilio de la salmodia.

— Este hombre es evidentemente un discípulo de Apolo, exclamó Alix, que recobrada

de su sorpresa momentánea se divertía con esta conversacion. Yo le tomo bajo mi proteccion especial. No frunzais las cejas, Heyward, y por consideracion por mis oídos curiosos permitid que viage con nosotros. Por otra parte, añadió ella bajando la voz y echando una mirada á Cora, que marchaba lentamente siguiendo los pasos del guía sombrío y silencioso; será un amigo mas en caso de algun acontecimiento.

—¿Creeis Alix, que yo conduciria todo lo que amo por un camino en que creyese podia existir el menor peligro?

—No pensaba en eso en este momento, Heyward; pero este estrangero me divierte, y pues que tiene la música en el alma, no seamos tan descorteses que rehusemos su compañía.

Alix le dirigió una mirada persuasiva, é hizo seña con su látigo ácia adelante. Sus ojos se encontraron un momento; el Mayor retardó su partida para prolongarle, y habiendo Alix bajado los ojos, cedió él á la dulce influencia de la encantadora, hizo sentir la espuela á su caballo, y estuvo bien pronto al lado de Cora.

—Me alegro mucho de haberos encontrado, amigo, dijo Alix al estrangero, haciéndole seña de que la siguiese, y poniendo su caballo al paso. Mis padres quizá muy indulgentes me persuadido que yo no soy enteramente

indigna de figurar en un duo, y podemos divertir el camino entregándonos á nuestro gusto favorito. Ignorante como soy, hallaré una gran ventaja en recibir las instrucciones de un maestro experimentado.

—Es un recreo para el espíritu como para el cuerpo entregarse á la salmodia en tiempo conveniente, replico el maestro de canto, siguiéndola sin hacerse rogar, y nada nos aliviaría tanto como una ocupacion tan agradable. Pero es menester indispensablemente cuatro partes para producir una armonía perfecta. Vos teneis un tiple tan dulce como agudo; gracias á Dios yo puedo desempeñar el tenor hasta las notas mas elevadas; pero nos falta un contralto y un bajo. Este oficial del rey, que dudaba admitirme en su compañía, parece tener esta última clase de voz si se ha de juzgar por las entonaciones que produce cuando habla.

—Tened cuidado de no juzgar temerariamente y con precipitacion, respondió Alix sonriéndose; las apariencias son muchas veces engañosas. Aunque el Mayor Heyward pueda alguna vez producir las notas del bajo, como acabais de oirlo, yo puedo aseguraros que la cuerda natural de su voz se acerca mucho á la de tenor.

—¿ Tiene mucha práctica en el arte de la salmodia? le preguntó su compañero con simplicidad.

Alix estaba muy dispuesta á soltar una carcajada de risa, pero tuvo bastante imperio sobre sí misma para reprimirla.

—Yo temo, respondió, que ha de tener mucha afición á los cantos profanos. La vida de un soldado, los trabajos continuos á que está espuesta, no son propios para darle un carácter sentado.

—La voz le es dada al hombre como sus demás atributos, respondió gravemente el cantor, para que use de ella y no para que abuse. Nadie puede reprenderme de haber hecho poco aprecio de los dones que he recibido del cielo. Mi juventud, como la del rey David, ha sido consagrada enteramente á la música; pero gracias á Dios, jamas una sílaba de canto profano ha salido de mis lábios.

—¿Luego vuestros estudios se han limitado al canto sagrado?

—Precisamente. Del mismo modo que los salmos de David ofrecen bellezas que no se hallan en ninguna otra lengua, la melodía que se ha adaptado á ellos es muy superior á toda melodía profana. Yo tengo la fortuna de poder decir que mi boca no espresa mas que los deseos y los pensamientos del rey David mismo, porque aunque el tiempo y las circunstancias puedan exigir algunas ligeras alteraciones, la traducción de que nos servimos en las Colonias de la nueva Inglaterra es tan superior á todas las otras por su riqueza, su

exactitud y su simplicidad esperitual, que se acerca cuanto es posible á la gran obra del autor inspirado. Jamas camino, jamas descanso, jamas me acuesto sin tener conmigo un ejemplar de este libro divino. Vedle aquí. Es la vigésimasesta edicion publicada en Boston, *anno Domini* 1744, é intitulada: Salmos, himnos y cánticos espirituales del antiguo y Nuevo Testamento, fielmente traducidos en verso inglés para el *uso*, la edificacion y consuelo de los cristianos en público y en particular, y especialmente para la nueva Inglaterra:

Mientras pronunciaba el elogio de esta produccion de los poetas de su país, el salmista sacaba de su bolsillo el libro de que hablaba, y habiendo apoyado sobre su nariz un par de gafas montadas en hierro, abrid el volúmen con una veneracion solemne. Entonces sin mas circunloquios, y sin otra apología que la palabra: "escuchad" aplicó á su boca el instrumento de que liemos hablado ya, y saco de él un sonido muy elevado y muy agudo, que su voz repitió una octava mas abajo, y canto lo que sigue con un tono dulce, sonoro y armonioso, que desafiaba á la música, la poesía, y hasta el movimiento irregular de su mala cabalgadura, "¡cuán dulce es, cuán encantador para los hermanos habitar siempre en la paz y la concordia! " Tal vez fue el bálsamo precioso que se esparcid desde la ca-

beza hasta la barba de Aaron , y de su barba descendió hasta los pliegues de su vestido ⁽¹⁾. Este canto elegante era acompañado de un gesto que no hubiera podido imitarse sino despues de un largo aprendizaje. A proporción que su voz subía o bajaba, su mano seguía el movimiento. Una larga costumbre le había hecho probablemente necesario este acompañamiento manual, porque así continuó con la mayor exactitud hasta el fin de la estrofa, y apoyó particularmente sobre las dos sílabas del último verso.

Una interrupcion como esta del silencio del bosque no podía menos de chocar á los otros viajeros que estaban un poco mas adelantados. El indio dijo algunas palabras en mal inglés al Mayor, y éste, volviendo atras, y dirigiéndose al extranjero, interrumpió por esta vez el ejercicio de sus talentos en salmodia.

— Aunque no corramos ningun peligro, la prudencia nos aconseja caminar por este bosque con el menor ruido. Vos me perdonareis Alix, sí, si os quito una diversion, suplicándo

⁽¹⁾ El personaje que canta no ha sido, segun el autor, bien comprendido en Europa. Es el modelo de una clase de hombres particular á los Estados-Unidos. Fenimore Cooper se acuerda aun de tiempo en que el canto de los salmos era uno de los recreos favoritos de la sociedad americana; así no ha pretendido atribuir á este personaje mas que una ligera tintura de ironía.

á vuestro compañero reserve sus habilidades para mejor ocasion.

—Sin duda me la quitais, respondió Alix, con un tono maligno, porque jamas he oído hermanarse tambien las palabras con los sonidos , y en este momento me ocupaba en investigaciones científicas sobre las causas que podían unir una ejecucion perfecta á una poesía miserable, cuando vuestro bajo ha venido á romper el hilo de mis meditaciones.

—Yo no sé lo que quereis decir, por mi bajo, respondió Heyward evidentemente picado de esta observacion ; pero lo que sé es, Alix, que la seguridad de Cora me ocupan en este momento infinitamente mas que toda la música de Handel.

El Mayor calló repentinamente, volvió rápidamente la cabeza ácia un grupo de maleza, y echó una mirada de sospecha sobre el guía indio, que continuaba marchando con una gravedad imperturbable. Creía haber visto brillar por entre el ramage los ojos de algun salvage; pero no sintiendo nada, y no oyendo ningun ruido, creyó haberse engañado, y sonriendose de su equivocacion volvió á entablar la conversacion que este incidente habia interrumpido.

Heyward, sin embargo, no se habia equivocado, ó á la menos su yerro consistía en haber suspendido por un instante su activa vigilancia. Apenas hubo pasado la cabalgata,

cuando las ramas de los árboles se entreabrieron, dejando ver una cabeza de hombre, tan horrible como podía hacerla el arte de un salvaje y todas las pasiones que le animan. Siguió con los ojos á los viageros que se alejaban , y una satisfacción feroz se manifestó sobre su fisonomía cuando vid la dirección que tomaban los que él contaba ya como sus víctimas. El guía que marchaba á alguna distancia delante de ellos habia ya desaparecido á sus ojos: las formas graciosas de las dos damas que el Mayor seguía paso á paso se mostraron todavía algunos instantes por entre los árboles; en fin, el maestro de música que formaba la retaguardia se hizo tambien invisible en la espesura del bosque.

CAPITULO III.

Antes que sus campos fuesen desmontados y cultivados, los ríos, nuestros ríos caudalosos los inundaban, la melodía de las ondas animaba los verdes é inmensos bosques, los torrentes bramaban, los arroyos se esparcían, y los manantiales brotaban á la sombra de los frondosos árboles.

BRUYANT, *poéta americano.*

Dejando al muy crédulo Heyward y á sus dos jóvenes compañeras internarse en el seno de un bosque, que ocultaba tan pérfidos habitantes, nos aprovecharemos del privilegio concedido á los autores, y colocaremos ahora la escena á algunas millas al Oeste del parage en que les hemos dejado.

En el curso de esta jornada, dos hombres se habían detenido sobre las orillas de un río poco ancho, pero muy rápido, á una hora de distancia del campo del general Webb. Estos dos individuos parecían estar esperando á otro, del anuncio de un acontecimiento imprevisto. El camino inmenso del bosque se estendia hasta el río, cubría sus aguas y daba un aspecto sombrío á su superficie. En fin, los rayos del sol

empezaron á perder su fuerza, y el calor *escesivo* del día se moderó á medida que los vapores que salían de las fuentes, de los lagos y de los ríos, se elevaban como un velo en la atmosfera. El profundo silencio que acompaña los calores de julio en las soledades de América reinaba en este sitio remoto, y no era interrumpido sino por la voz baja de los dos individuos de quien acabamos de hablar, y por el ruido sordo que hacía el *pico-verde* sacudiendo los árboles con su pico, el graznido discordante del grajo y el sonido remoto de una cascada de agua.

Estos débiles sonidos eran muy familiares al oído de los dos interlocutores, para desviar su atención de una plática que les interesaba más. El uno de ellos tenía la piel roja y los atabíos bizarros, de un natural de los bosques; el otro, aunque equipado de un modo grosero y casi salvaje, anunciaba por su tez, aunque tostada por el sol, que tenía derecho á reclamar un origen europeo.

El primero estaba sentado sobre un tronco seco cubierto de musgo, en una aptitud que le permitía añadir al efecto de su lenguaje expresivo, los gestos pacíficos, pero elocuentes de un indio que discute. Su cuerpo, casi desnudo, presentaba un espantoso emblema de la muerte, bosquejada en blanco y en negro. Su cabeza raída no presentaba otros cabellos que aquel mechón que el espíritu caballeresco de

los indios conserva sobre la cima de su cabeza como para burlarse del enemigo que quisiera hacer con él la operacion del escalpel ⁽¹⁾, y no tenia por todo adorno mas que una pluma de águila, cuyo remate le caía sobre la espalda derecha; un tomahawk, y un cuchillo de fábrica inglesa estaban sujetos á su cintura; y un fusil de municion, de la especie de que la política de los blancos armaba á los salvages sus aliados, estaba apoyado en el suelo y sostenido sobre sus muslos. Su ancho pecho, sus miembros bien formados, y su aspecto grave, hacían reconocer un guerrero en la edad de la madurez ; pero ningun síntoma de vejez parecía haber disminuido todavía su vigor.

El cuerpo del blanco , si se había de juzgar por las partes que sus vestidos dejaban en descubierto, parecía el de un hombre que desde su primera juventud había llevado una vida dura y penosa. Mas bien era flaco que gordo; pero todos sus músculos parecian endurecidos por el hábito de las fatigas y de la intemperie de las estaciones. Llevaba un redingote de caza de paño verde bordado de seda amarilla, y un gorro de piel algo usado. Tema tambien un cuchillo pendiente en un cinturon semejante al que sujetaba los vestidos

⁽¹⁾ Costumbre bárbara de los salvages americanos, que consiste en quitar el pelo y la piel del cráneo del enemigo que han muerto, ó puesto fuera de combate. (*Ed.*)

mas raros del indio, pero no tenia tomahawk: sus *mocasines* ⁽¹⁾ estaban adornados á la moda de los naturales del país, y sus piernas estaban cubiertas de botines de piel atados por los lados, y sujetos por encima de la rodilla con una correa de gamo. Un zurrón y una canana completaban su equipo; y un fusil de canon largo, arma que los industriosos europeos habían enseñado á los salvages como la mas mortífera, estaba apoyado al tronco de un árbol inmediato. El ojo de este cazador, de este espía, o fuese lo que quisiese, era pequeño, vivo, ardiente y siempre en movimiento, discurriendo sin cesar de una parte á otra mientras hablaba, como si estuviese acechando la caza ó temiese el ataque de algun enemigo. A pesar de estos síntomas de desconfianza, su fisonomía no era la de un hombre acostumbrado al crimen; aun puede decirse que tenia en el momento en que hablamos la espresion de una brusca honradez.

—Vuestras tradiciones mismas se pronuncian en mi favor; Chingachgook, dijo él, hablando en la lengua que era comun á todas las tribus que habitaban antiguamente entre el Hudson y el Potomack, de la cual daremos una traduccion libre en obsequio de nuestros lectores, procurando siempre conservar lo que pueda servir para caracterizar al individuo y

⁽¹⁾ Especie de calzado. (Ed.)

á su lenguaje. — Vuestros padres vinieron por el lado del sol Poniente, atravesaron el gran río, atacaron á los habitantes del país, y se apoderaron de sus tierras; los míos vinieron por el lado en que el firmamento se adorna por la mañana de brillantes colores, despues de haber atravesado el gran lago de agua salada, y se pusieron en faccion siguiendo pocas o mas o menos el ejemplo que los vuestros habian dado. Que Dios sea nuestro juez, y que nuestros enemigos no se quejen sobre este asunto.

—Mis padres han combatido con el hombre blanco con armas iguales, respondió el indio con orgullo. Dime, Ojo-de-halcon, ¿no hay diferencia entre la flecha con punta de piedra de nuestros guerreros, y la bala de plomo con que vosotros matais?

—Un indio tiene discernimiento, aunque la naturaleza le haya dado una piel roja, dijo el blanco meneando la cabeza, como un hombre que conocia la exactitud de la observacion. Por un momento pareció convencido de que no defendía la mejor causa; pero en fin, reuniendo sus fuerzas intelectuales, respondió á la objecion de su antagonista tan bien como lo permitían sus conocimientos limitados.

—Yo no soy un sábio, añadió él, ni me avergüenzo de confesarlo; pero juzgando por lo que he visto hacer á vuestros compatriotas cuando cazan el gamo y la ardilla, me in-

clino á creer que un fusil hubiera sido menos peligroso entre las manos de sus antepasados que un arco y una flecha armada con una punta bien aguzada si es disparada por un indio.

Vos contais la historia como vuestros padres os la han enseñado, replicó Chingachgook haciendo un gesto desdenoso. ¿Pero qué cuentan vuestros viejos ? ¿les dicen á los jóvenes guerreros que cuando las caras blancas ⁽¹⁾ han combatido á los hombres rojos, tenían el cuerpo pintado para la guerra, y que estaban armados de hachas de piedra y fusiles de madera?

—Yo no tengo preocupaciones, ni soy hombre que me alabe de mis ventajas naturales, aunque mi mayor enemigo , que es un iroques, no se atreve á negar que soy un verdadero blanco, respondió el cazador, echando una mirada de satisfaccion sobre sus manos tostadas por el sol. Convengo en que los hombres de mi color tienen algunas costumbres que un hombre de bien no podría aprobar. Por ejemplo, tienen la costumbre de escribir en libros o que han hecho y lo que han visto, en lugar de contarlo en sus aldeas, donde se podría desmentir en su cara á un cobarde fanfarron, y donde el valiente puede atestiguar con sus camaradas de la verdad de sus palabras. En

⁽¹⁾ Con este nombre designan los indios á los europeos.

consecuencia de esta mala costumbre, un hombre que tiene mucha conciencia para perder su tiempo entre las mugeres, aprendiendo á descifrar las señales negras puestas sobre un papel blanco, puede no oír jamas hablar de las hazañas de su padre, lo que animaría á imitarlas y á escederle. En cuanto á mí, estoy convencido de que todos los bumppos eran buenos tiradores, porque he tenido una destreza natural para manejar el fusil, y debe haberme sido transmitida de generacion en generacion, como los santos mandamientos nos dicen que nos son transmitidas todas nuestras cualidades buenas o malas, aunque yo no quisiera tener que responder por nadie en esta materia. Por lo demas, toda historia tiene dos aspectos: así Chingachgook, yo os pregunto qué fue lo que paso cuando nuestros padres se encontraron por la primera vez.

Un silencio de un minuto se siguió á esta pregunta, y habiéndose recogido el indio para armarse de toda su dignidad, empezó su corto relato con un tono solemne, que contribuía á realzar la apariencia de verdad.

—Escuchadme, Ojo-de-halcon, dijo él, y vuestros oídos recibirán la verdad. Yo os diré lo que me han dicho mis padres, y lo que han hecho los Mohicanos. Aquí vaciló un instante, y echando sobre su compañero una mirada circunspecta, continuo' con un tono que guardaba un medio entre la interrogacion y la

afirmacion. - ¿El agua del rio que corre bajo nuestros pies no se hace salada en ciertas épocas, y el corriente no vuelve ácia su origen?

—Es preciso decir que vuestras tradiciones os dicen la verdad con respecto á eso, porque yo mismo he visto con mis propios ojos lo que me decís, aunque es muy difícil explicar, porque el agua que al principio es tan dulce se cargue despues de tanta amargura.

—¿Y el corriente? preguntó el indio que esperaba su respuesta, con todo el interés de un hombre que desea oír la confirmacion de una maravilla, que le precisan á creer, aun cuando no la conciba : los padres de Chingachgook no han mentido.

—Es mucha verdad, respondió el cazador, no hay nada mas cierto en toda la naturaleza; eso es lo que los blancos llaman la marea que sube y el contra-corriente, y es una cosa muy clara y fácil de explicar. El agua de la mar entra por seis horas en el rio, y sale por otras seis horas, y he aquí el motivo: cuando el agua del mar está mas alta que la del rio entra en él hasta que el rio á su vez está mas alto que el mar, y entonces sale.

—El agua de los ríos que sale de nuestros bosques, y que entra en el gran lago corre siempre de alto á bajo hasta que estan como mi mano, replicó el indio estendiendo el brazo horizontalmente ; y entonces ya no corren mas.

— Eso es cosa que ningun hombre de bien puede negar, dijo el blanco, un poco satisfecho de la confianza que el indio parecía tener en la esplicacion que acababa de darle del misterio del flujo y reflujo; y convengo en que lo que decís es verdad sobre una pequeña escala y cuando el terreno está al nivel. Pero todo depende de la escala sobre la que medís las cosas; sobre una pequeña escala la tierra es llana; pero sobre una grande es redonda. De este modo el agua puede estar estanca da en los grandes lagos de agua dulce, como vos y yo lo sabemos, pues que lo hemos visto; pero cuando el agua está esparcida en un gran espacio como la mar, donde la tierra es redonda, ¿como se ha de creer razonablemente que el agua pueda permanecer en reposo? Tanto valdría imaginar que podia permanecer tranquila detrás de las rocas negras que estan á una milla de nosotros, aunque vuestros propios oidos os digan en este momento que se precipita por encima de ellas. Si los razonamientos filosóficos del blanco no parecían satisfactorios al indio, tenía á lo menos mucha dignidad para hacer gala de su incredulidad. Diose por convencido, y volvió á emprender su relato con el mismo tono de solemnidad.

— Llegamos del parage en que el sol se oculta durante la noche, y atravesando los grandes llanos que alimentan á los búfalos sobre las orillas del gran rio, combatimos á los allige-

wis, y la tierra se puso encamada con su sangre. Desde las orillas del gran lago de agua salada no encontramos ya á nadie. Los Macuas nos seguían á alguna distancia. Nosotros digimos que el país nos pertenecía desde el sitio en que el agua no sube mas en este río hasta otro río situado á veinte jornadas de distancia por el lado de levante. Conservamos como hombres, el terreno que habíamos conquistado como guerreros. Rechazamos á los Macuas al fondo de los bosques con los osos: no probaron la sal sino con la punta de los labios; no pescaron en el gran lago de agua salada, y nosotros les arrojamos las espinas de nuestros pescados.

—He oido contar todo eso, y lo creo, dijo el cazador, viendo que el indio hacía una pausa ; pero fue mucho tiempo antes que llegasen los ingleses á este país.

—Un pino crecía entonces donde veis aquel castaño. Las primeras caras pálidas que vinieron entre nosotros no hablaban ingles; llegaron en una gran canoa, cuando mis padres enterraron el tomahawk ⁽¹⁾ en medio de los hombres rojos. Entonces, Ojo-de-halcon, no hacíamos mas que un pueblo, y éramos felices: teníamos mugeres para que criasen á nuestros

⁽¹⁾ Los indios enterraban un tomahawk para dar á entender que la guerra estaba concluida. (*Ed.*)

hijos, el lago salado nos proveía de pesca; los bosques de venados; el aire de pájaros: adorábamos al Grande-espíritu, y teníamos á los Macuas á tal distancia de nosotros que no podían oír nuestros cánticos de triunfo.

—¿Y sabéis lo que era entonces nuestra familia? Pero vos sois un hombre justo para ser indio, y como yo supongo que habeis heredado sus cualidades, vuestros padres deben haber sido valientes guerreros, hombres sabios que tendrían asiento alrededor del fuego del gran Consejo.

—Mi tribu es la madre de las naciones, pero mi sangre corre en mis venas sin mezcla. Los holandeses desembarcaron y presentaron á mis padres el agua de fuego ⁽¹⁾. Bebieron de él hasta que el cielo les pareció confundirse con la tierra, y creyeron locamente haber hallado el Grande-espíritu. Entonces fue cuando perdieron sus posesiones; fueron rechazados lejos de la ribera pie á pie, y yo, que soy un gefe y un sagamor, no he visto jamas brillar el sol sino por entre las ramas de los árboles, y no he visitado nunca los sepulcros de mis padres.

—Los sepulcros inspiran pensamientos graves y solemnes, dijo el blanco, enternecido de la tranquilidad y resignacion de su compañe-

⁽¹⁾ El aguardiente.

ro; su aspecto fortifica muchas veces á un hombre en sus buenas intenciones. En cuanto á mí, yo espero dejar mis miembros insepultos en los bosque, á menos que no sirvan de pasto á los lobos. Pero ¿, donde está ahora vuestra tribu que fue á reunirse á sus parientes al Delaware tantos años hace ?

—¿,Donde estan las flores de todos los es tios que se han sucedido desde aquel tiempo ? se han marchitado y han caído unas detras de otras. Lo mismo ha sucedido con mi familia y mi tribu, todos han partido sucesivamente para la tierra de los espíritus. Yo estoy sobre a cima de la montaña, y es preciso que baje al valle; y cuando Uncas me haya seguido no existirá ya una gota de sangre de los sagamores, porque mi hijo es el último de los Mochicanos.

—Uncas esta aquí, dijo otra voz á poca distancia con el mismo tono dulce y gutural: ¿,qué quereis á Uncas?

El cazador sacó su cuchillo de su vaina de cuero, é hizo un movimiento involuntario con la otra mano para coger su fusil; pero el indio no pareció de modo ninguno sorprendido de esta interrupcion, ni aun volvió la cabeza para ver al que hablaba así.

Casi al mismo instante un joven guerrero pasó silenciosamente entre ellos con paso ligero, y fue á sentarse á la orilla del rio. El padre no hizo ninguna exclamacion de sorpresa,

y todos permanecieron en silencio por algunos minutos, esperando cada uno el instante en que pudiese hablar sin mostrar la curiosidad de una muger ó la impaciencia de un niño. El hombre blanco pareció querer conformarse a sus usos, y envainando su cuchillo observó la misma reserva.

En fin Chingachgook levantando lentamente los ojos á su hijo: — ¡Y bien! le preguntó, ¿los Macuas se atreven a dejar en nuestros bosques la señal de sus mocasines?

—He ido á buscarlos, respondió el joven indio y sé que son en número igual al de los dedos de mis dos manos juntas; pero se esconden como cobardes.

—Los bergantes buscan el robo y el escarpelo dijo el hombre blanco, á quien dejaremos el nombre de Ojo-de-halcon que le daban sus compañeros. — El activo frances Montcalm enviará sus espías hasta nuestro campo antes que ignorar la ruta que hemos querido seguir.

—Basta, dijo el padre, mirando al sol que declinaba ácia el horizonte; serán echados como los gamos de sus escondites. Ojo-de-halcon cenemos esta noche y hagamos ver mañana á los Macuas que somos hombres.

Yo estoy tan dispuesto á lo uno como a lo otro, respondió el cazador; pero para atacar á esos cobardes iraqueses es menester hallarlos, y para comer es menester tener caza.

—¡Ah! hablad del diablo y le vereis los cuernos. Allí, al pie de esa montaña, veo moverse el mas hermoso par de hastas que se me ha presentado en todo este verano. Ahora Uncas, añadió bajando la voz como un hombre á quien la necesidad había enseñado esta precaucion, yo apuesto tres cartuchos de pólvora contra un pie de wampum ⁽¹⁾(1) á que doy al animal entre los dos ojos, y mas cerca del derecho que del izquierdo.

—Imposible, exclamó el joven indio le vantándose con toda la vivacidad de la juventud; no se vé mas que la punta de sus cuernos.

—Es un niño, dijo el blanco dirigiéndose al padre; ¿piensa él que cuando un cazador vé alguna parte del cuerpo de un venado no conozca, la posicion del resto?

Dicho esto, tomó su fusil, le apoyó sobre el hombro, y se preparaba á dar una prueba de la destreza de que se alababa, cuando el viejo guerrero bajo su arma con la mano.

—Ojo-de-halcon, le dijo, ¿teneis deseo de combatir á los Macuas ?

—Estos indios conocen como por instinto

⁽¹⁾ El wampum es la moneda de los salvages de la América septentrional, componen el wampum con una cierta especie de conchas que unen en forma de rosarios, de cinturones &c.; esta moneda se mide en lugar de contarla. Los tratados de paz y de amistad siempre son acompañados de regalos de wampum. (Ed).

la naturaleza de la caza, dijo el cazador apoyando en tierra la culata de su fusil, como hombre convencido de su error; y volviéndose al joven, le dijo: —Uncas es preciso que abandone ese venado á vuestra flecha, sin lo cual yo podría matarle para esos Iroqueses.

El padre hizo un gesto de aprobacion, y su hijo viéndose así autorizado, se echo en el suelo, y se adelantó ácia el animal arrastrando y con precaucion. Cuando estuvo á una distancia proporcionada, armó su arco con una flecha, mientras que las astas del venado se elevaban mas como temiendo el ataque de algun enemigo. Un instante despues se oyó el sonido de la cuerda tendida; una línea blanca se trazó por el aire y penetró en la maleza, de donde el venado salió dando saltos. Uncas evitó diestramente el ataque de su enemigo furioso con la herida que había recibido, le clavó el cuchillo en la garganta al tiempo que pasaba por junio á él, y el animal, dando un sallo terrible, cayó en el rio, cuyas aguas se tiñeron de sangre.

—En verdad que lo ha hecho con la destreza de un indio, dijo el cazador con un tono de satisfaccion; y esto merecía ser visto. Parece sin embargo que una flecha necesita un cuchillo para concluir la tarea.

—¡Silencio! dijo Chingachgook, volviéndose ácia él con la vivacidad de un perro de caza que huele el rastro de la caza.

—¡Qué, hay una manada! dijo el cazador, cuyos ojos empezaban á brillar con todo el ardor de su profesión. Si llegan al alcance ¿e una bala, es preciso que yo mate uno aun cuando las seis naciones oyesen el tiro. ¿Oís algun ruido, Chingachgook? en cuanto á mí, los bosques son mudos para mis oídos.

—No había mas que un venado, y ese es nuestro, respondió el indio, bajándose de tal modo que su oído tocaba casi en tierra; pero yo siento andar.

—Los lobos han hecho quizá huir á los venados en los bosques, y los persiguen por la maleza.

—No, no, dijo el indio levantándose con un semblante de dignidad, y volviéndose á sentar sobre el tronco con su tranquilidad ordinaria ; son caballos de hombres blancos los que siento. Son vuestros hermanos, Ojo-de-halcon, vos les hablareis.

—Sin duda les hablaré, y en un inglés al cual el rey no se desdeñaría de responder. Pero yo no veo acercarse á nadie, ni oigo ruido de hombres ni de caballos. Es muy extraño que un indio reconozca la llegada de un blanco mas fácilmente que un hombre que como sus enemigos mismos convienen no tiene mezcla en su sangre aunque haya vivido largo tiempo entre las pieles rojas para dar lugar á que se sospeche. ¡Ah! he oido estallar

una rama seca. Ahora siento removerse la maleza. Sí, sí, yo tomaba este ruido por el de la caída del agua. Pero ya llegan.

— Dios los guarde de los iroqueses.



CAPITULO IV.

Ves por tu camino; antes que hayas salido de este bosque yo te haré pagar este ultrage.
SHAKSPEARE. *Le songe d'une nuit d'été.*

Apenas había pronunciado el cazador las palabras que terminan el capítulo precedente, cuando el jefe de los que el oído ejercitado y vigilante del indio había reconocido acercarse, se manifestó completamente. Uno de aquellos senderos practicados por los venados, al tiempo de su paso periódico por los bosques, atravesaba un vallecito poco distante y terminaba en el río, precisamente en el parage en que el hombre blanco y sus dos compañeros rojos se habían apostado. Los viageros que habían ocasionado una sorpresa tan estraña en la interioridad de los bosques se adelantaban á pasos lentos siguiendo este sendero ácia el cazador que adelantándose á los dos indios se preparaba á recibirlos.

— ¿Quién va? gritó este cogiendo su fusil negligentemente apoyado sobre su hombro izquierdo, y poniendo el índice sobre el gatillo,

pero con un semblante de precaucion mas bien que de amenaza; ¿quién son los que han arrojado para venir aquí los peligros del desierto y de las bestias feroces que le habitan?

—¡Cristianos! respondió el que marchaba á la cabeza de los viageros, amigos de las leyes y del rey, gentes que han recorrido este bosque desde el amanecer sin tomar ningun alimento, y que estan cruelmente fatigados de su marcha,

—¿ Os habeis perdido, y no sabeis ahora si tomar á la derecha ó á la izquierda?

—Teneis razon; el niño de teta no está mas bajo la dependencia de su nodriza que nosotros lo estamos del que quiera dirigimos. ¿Sabeis á qué distancia estamos de un fuerte de la corona llamado William-Henry?

—Pues qué, exclamó el cazador dando una gran carcajada que reprimió inmediatamente por temor de ser oido por algun enemigo que estuviese acechando; ¿habeis perdido el rastro como un perro que tuviese el lago Horican entre sí y la caza?

—William-Henry, si sois amigo del rey y teneis algo que hacer en el ejército, hariais mejor de seguir el curso de este rio hasta el fuerte Eduardo; allí encontrariais al general Webb perdiendo el tiempo en lugar de adelantarse á tomar posesion de los desfiladeros para rechazar á ese atrevido frances al otro lado del lago Champlain.

Antes de que el cazador hubiese podido recibir una respuesta á esta proposicion, otro caballero que salió de entre la espesura se dirigió ácia él.

Y á qué distancia estamos del fuerte Eduardo preguntó este último. Hemos salido esta mañana del parage á donde nos aconsejais ir, y deseamos dirigimos al otro fuerte que está á la estremidad del lago.

—¿Habeis perdido el uso de los ojos antes de perder vuestro camino? porque la ruta que atraviesa todo el portage es tan ancha que dudo mucho que en Londres haya una calle tan ancha aunque sea delante del palacio del rey.

—No os disputaremos ni la existencia, ni la bondad de esa ruta, respondió el primer interlocutor en quien nuestros lectores han conocido sin duda al Mayor Heyward. Basta que os digamos que nos hemos fiado en un guia indio que nos había prometido conducirnos por un sendero mas corto, aunque menos ancho, y que formamos muy buen concepto de sus conocimientos; en una palabra, no sabemos donde estamos.

—¡Un indio perderse en los bosques! es clamó el cazador meneando la cabeza con un aire de incredulidad; cuando el sol alumbrala las copas de los árboles ¡ cuando los rios llenan las caidas de agua! ¿cuando cada planta le dice por qué lado brillará la estrella del

Norte, durante la noche ? Los bosques estan llenos de senderos trazados por los venados para ir á beber al rio, y todas las bandadas de patos silvestres no han tomado todavía su vuelo ácia el Cauadá, es bien estraño que un indio se pierda entre el Horican y el recodo del rio. ¿Es algun Mohawk?

—No lo es de nacimiento; pero ha sido adoptado en esta tribu. Yo creo que ha nacido mas ácia el Norte, y que es uno de los que llamais hurones.

—¡Oh, oh! exclamaron los dos indios, que durante esta conversacion habían permanecido sentados, inmóviles y en apariencia indiferentes á lo que pasaba , pero que se levantaron entonces con una vivacidad y un aire de interes que manifestaban que la sorpresa les habia sacado de su reserva ordinaria.

—¡Un huron! repitió el cazador con un semblante de desconfianza manifiesta: esa es una raza de vandidos, adópteles quien quiera. Pues que os habeis fiado de un hombre de esa nacion , toda mi sorpresa es de que no hayais encontrado otros.

—Olvidais de que os he dicho que nuestro guía se ha hecho un Mohawk, es decir, uno de nuestros amigos, pues que sirve en nuestro ejército.

—Pues yo os digo que el que ha nacido Mingo morirá Mingo. ¡Un Mohawk! habládme de un Delaware ó de un Mohican en cuan-

to á la honradez; y cuando se baten, lo que no hacen siempre, pues que han sufrido que sus traidores enemigos los Macuas les den el nombre de mugeres; cuando se baten, decía, entre ellos es donde se hallan los verdaderos guerreros.

Basta, basta, dijo Heyward con alguna impaciencia; yo no os pido un certificado de honradez para un hombre á quien conozco y vos no. Todavía no habeis respondido á mi pregunta. ¿A qué distancia estamos del cuerpo principal del ejército y del fuerte Eduardo?

—Eso dependerá del que os sirva de guia. Parece que vuestro caballo puede hacer mucho camino entre el amanecer y el anochecer.

—Yo no quiero gastar con vos palabras inútiles, amigo, dijo Heyward procurando disimular su disgusto y hablando con mas dulzura. Si quereis decimos á qué distancia está el fuerte Eduardo y conducimos á él, no tendreis motivo para quejaros de haber sido mal pagado por vuestro trabajo.

—Y si lo hago, ¿quién puede asegurarme que no serviré á un enemigo; que no conduciré un espía de Montcalm á la inmediacion del ejército? todos los que hablan inglés no son por eso fieles súbditos.

—Si servís en las tropas de que yo presumo sois un descubridor, debeis conocer el regimiento del Rey número sesenta.

—¡El sesenta! pocos oficiales me citareis al

servicio del rey en América, cuyos nombres me sean desconocidos, aunque llevo un redingote de caza en lugar de una casaca encamada.

—En ese caso debeis saber el nombre del Mayor del regimiento.

—¡Del Mayor! respondió el cazador enderezándose con un semblante de orgullo; si hay en el país un hombre que conozca al mayor Effingham, es el que teneis delante de vuestra presencia.

—Hay muchos mayores en ese cuerpo. El que me citais es el mas antiguo, y yo quiero hablar del que ha obtenido este grado el último, y que manda las compañías que estan de guarnicion en William-Henry.

—Sí, sí, he oido decir que un jóven muy rico, que viene de una de las provincias situadas muy lejos por la parte del Sud, ha obtenido esa plaza. Muy jóven es para ocupar semejante puesto y pasar por encima de muchos oficiales, cuyos cabellos empiezan á encanecer; sin embargo, se asegura que tiene todos los conocimientos de un buen soldado, y que es hombre de honor.

—De cualquier modo que sea, y cuales quiera que puedan ser los derechos que tiene á su rango, es el que os habla en este momento, y por consecuencia no podeis ver en el á un enemigo.

El cazador miró á Heyward con aire de

sorpresa, se quitó su gorro, y le habló con un tono menos libre que antes, aunque de un modo que dejaba ver todavía algunas dudas.

—Me han asegurado que un destacamento debía salir del campo esta mañana para trasladarse á las riberas del lago.

—Os han dicho la verdad, pero yo be preferido tomar un camino mas corto, fiándome en los conocimientos del indio de quien os he hablado.

—¡Que os ha engañado, que os ha estraviado, y que despues os ha abandonado!

—No ha hecho nada de todo eso. A lo menos no me ha abandonado porque está pocos pasos detras de mí.

—Me alegraré mucho de verle. Si es un verdadero íroques yo le conoceré en su aire de corsario y en el modo con que esté pintado.

A estas palabras el cazador pasó por detras de la yegua del maestro de salmodia, cuyo potro se aprovechaba de aquella parada para poner en contribucion la leche de su madre. Entró en el sendero, y encontró á algunos pasos á las dos damas que esperaban con inquietud el resultado de la conferencia, no sin algun temor. Un poco mas lejos el corredor indio habia apoyado sus espaldas contra un arbol, y sostuvo las miradas penetrantes del cazador con la mayor calma, pero con un semblante tan sombrío y tan feroz que bastaba para inspirar miedo.

Habiendo concluido su examen, el cazador se retiró. Volviendo á pasar por la inmediación de las damas se detuvo un momento como para admirar su belleza, y respondió con un aire de satisfacción manifiesta á la inclinación de cabeza que Alix acompañó con una sonrisa agradable. Pasando por junto a la yegua que daba de mamar á su potro, hizo también una breve pausa, procurando adivinar quién sería el que la montaba. En fin, volvió al lado de Heyward.

—Un Mingo es un Mingo, le dijo hablando con precaución, y siendo tal por naturaleza, no está en el poder de los Mohawks ni de ninguna otra tribu el cambiarle. Si estuviésemos solos, y quisieseis dejar ese noble caballo á disposición de los lobos, yo podría conducirlos por mí mismo á Eduardo en una hora ; pero trayendo damas en vuestra compañía como las que acabo de ver, es cosa imposible.

—¿Y por qué? es verdad que están fatigadas, pero están todavía en estado de hacer algunas millas.

—Es una cosa naturalmente imposible, repitió el cazador con un tono decisivo. Yo no quisiera hacer una milla en estos bosques desde que de entrada la noche en compañía de ese corredor por el mejor fusil que haya en las Colonias. Hay muchos Iroqueses ocultos en estos bosques, y vuestro Mohawk bastardo sa-

be muy bien donde los puede hallar para que yo le tome por compañero.

—¿Es esa vuestra opinion? dijo Heyward inclinándose sobre la silla y hablando en voz baja. Yo confieso que no dejo de tener algunas sospechas, aunque he procurado ocultarlas y aparentar confianza por no asustar á mis compañeras. Precisamente porque desconfiaba de el no he querido seguirle mas adelante.

—Yo no necesito mas que echar una ojeada sobre él para asegurarme que es uno de aquellos bandidos, dijo el cazador apoyando un dedo en los labios en señal de circunspeccion. El tunante está apoyado sobre aquel arbol de azucar, cuyas ramas veis elevarse por encima de la maleza; su pierna derecha está adelantada en la misma línea que el tronco, y desde el sitio en que estoy, yo puedo, dijo él mostrando su fusil, enviarle una hala que le curará del deseo de rondar por el bosque en mucho tiempo. Si volviese á él, el astuto canalla sospecharía alguna cosa, y desaparecería por entre los árboles como un gamo irritado

—No hagais nada, no puedo consentir en ello; es posible que sea inocente, y sin embargo, si yo estuviese convencido de su traicion....

—No se arriesga nada en mirar á un Iroques como un traidor, dijo el cazador levantando su fusil como por un movimiento de instinto.

—¡Deteneos! exclamó Heyward; yo no

apruebo ese proyecto. Es preciso buscar algun otro; y sin embargo yo tengo muchos motivos para creer que ese tunante me ha engañado.

El cazador, que obedeciendo al Mayor habia ya renunciado al proyecto de poner al corredor fuera de estado de correr, reflexiono un instante, é hizo un gesto que atrajo inmediatamente á su lado sus dos compañeros rojos. Les hablo con vivacidad en su lengua natural, y aunque fuese en voz baja, sus gestos, que se dirigían ácia la cima del arbol de azucar, indicaban bastante que les describía la situacion de su enemigo. Bien pronto entendieron las instrucciones que les daba, y dejando sus armas de fuego se separaron, hicieron un largo rodeo, y entraron en la espesura del bosque cada uno por su lado, con tanta precaucion que era imposible oír el ruido de su marcha.

—Ahora podeis ir á encontrarle, dijo el cazador á Heyward, y á entretener á ese bandido hablándole; estos dos Mohicanos se apoderarán de él sin perjudicar en nada á la pintura de su cuerpo.

—Yo tambien le aseguraré, dijo Heyward con orgullo.

—¡Vos! y ¿qué podríais hacer á caballo contra un indio entre la maleza?

—Echare pie á tierra.

—¿Y creéis que cuando él vea uno de vuestros pies fuera del estribo os dará tiempo para

sacar el otro? cualquiera que tiene que tratar con los indios en los bosques debe hacer lo que ellos si quiere conseguir su empresa. Id, pues, hablad á ese tunante con un tono de confianza, y que él crea que estais persuadido de que él es el mejor amigo que teneis en el mundo.

Heyward se dispuso á seguir este consejo, aunque la naturaleza del papel que iba á hacer repugnaba á su carácter noble. Sin embargo cada vez se persuadía mas y mas de que su confianza ciega é intrépida habia colocado en una situacion tan crítica á las dos clamas que estaba encargado de proteger. El sol acababa ya de desaparecer, y los bosques privados de su luz se cubrían de aquella oscuridad sombría que le recordaba que la hora escogida, regularmente por los salvages para ejecutar los proyectos atroces de una venganza sin piedad, estaba muy cercana.

Estimulado por tan vivos temores, se separo del cazador sin responderle, y este entro en conversacion en voz alta con el extranjero que se habia reunido aquella mañana con tan poca ceremonia á la compañía del Mayor. Al pasar por junto á sus compañeras, Heyward. las dijo algunas palabras para animarlas, y vió con placer que no parecían sospechar que el apuro en que se hallaban pudiese tener otra causa que un incidente fortuito. Dejándolas creer que se ocupaba en una consulta sobre el camino que debían seguir, se adelantó mas y

detuvo su caballo delante del árbol, contra el cual el corredor estaba todavía apoyado.

— Ya veis, Magua, le dijo procurando afectar un tono de confianza y de franqueza, que tenemos la noche encima ; y sin embargo, no estamos mas cerca de William-Henry que cuando hemos salido del campo de Webb al amanecer. Vos habeis equivocado el camino, y yo tampoco lo he distinguido mejor. Pero felizmente he hallado á un cazador, á quien ois hablar con nuestro cantor; él conoce todos los senderos y los escondrijos de estos bosques, y me ha prometido conducimos á un parage donde podamos descansar con seguridad hasta el amanecer.

— ¿Está solo? preguntó el indio en mal inglés, fijando sobre el Mayor unos ojos de fuego.

— ¡Solo! repitió Heyward titubeando, porque era muy novicio en el arte del disimulo para poderlo ejercitar con libertad; no, Magua, no está solo, pues que nosotros estamos con él.

— En ese caso la Zorra-sutil se irá, dijo el corredor levantando con la mayor sangre fría una pequeña valija que había puesto á sus pies; y las caras pálidas no verán ya mas que á los de su propio color.

— ¡Se irá! ¿quién? ¿á quién llamais la Zorra-sutil?

— Ese es el nombre que sus padres canadienses han dado á Magua, respondió el corredor con un aire que manifestaba hallarse

muy satisfecho de haber obtenido la distincion de un sobrenombre, aunque ignoraba probablemente que el que le habian aplicado no era propio para asegurarle una buena reputacion. La noche es lo mismo que el día para la Zorra-sutil cuando Munro le espera.

—¿Y qué cuenta dará la Zorra-sutil de las hijas del comandante de William-Henry? ¿Se atreverá á decir al valiente escocés, que las ha dejado sin guia, despues de haberse comprometido á serlo?

—La cabeza gris tiene la voz fuerte y el brazo largo; ¿pero la Zorra oirá la una y sentirá la otra cuando esté en los bosques?

—¿Pero qué dirán los Mohawks? le harán una saya y le obligarán á estarse en el Wigwan ⁽¹⁾ con las mugeres; porque no les parecerá digno de figurar con los nombres y entre los guerreros.

—La Zorra conoce el camino de los grandes lagos, y está en estado de encontrar los huesos de sus padres.

—Vamos, Magua, vamos, ¿que no somos amigos? ¿por qué hemos de reñir ahora? Munro os ha prometido una recompensa por vuestros servicios, y yo os prometo otra cuando los hayais concluido. Reposad vuestros miembros fatigados, abrid vuestro zurrón y

⁽¹⁾ El Wigwam es la tienda de los salvages, y significa tambien el campo ó aldea de una tribu (*Ed.*)

comed alguna cosa. Ahora tenemos algunos momentos de que disponer, y cuando esas señoras hayan descansado un poco nos volveremos á poner en camino.

—Las caras pálidas se hacen los perros de sus mugeres, dijo entre dientes el indio en su lengua natural; y cuando ellas tienen gana de comer es preciso que sus guerreros dejen el tomahawk para alimentar su pereza.

—¿Qué decis Zorra-sutíl?

—La Zorra dice que está bien.

El indio levanto los ojos sobre Heyward con una atencion marcada; pero encontrándose con sus miradas, volvió la cabeza, se sentó en el suelo con descuido, abrió su zurron, sacó algunas provisiones y se puso á comer despues de haber echado á su alrededor una mirada de precaucion.

—Eso está bien, dijo el Mayor; la zorra tendrá fuerzas y buenos ojos para hallar el camino mañana por la mañana. Calló un instante oyendo á lo lejos un ligero ruido de hojas removidas; pero conociendo la necesidad de distraer la atencion del salvage, añadió inmediatamente: — Será menester ponernos en camino antes del amanecer, pues de lo contrario Montcalm podría hallarse por nuestro paso y cortamos el camino del fuerte.

Mientras hablaba así, la mano de Magua cayó sobre su muslo; aunque sus ojos estaban fijos sobre la tierra, su cabeza estaba vuelta á

un lado, sus orejas mismas parecían enderezarse, estaba en una inmovilidad completa; en una palabra, todo su exterior era el de una estatua que representase la atención.

Heyward, que observaba todos sus movimientos con vigilancia, sacó con disimulo el pie derecho del estribo, y adelantó la mano á la piel de oso que cubría sus pistolas de arzon, con la intención de tomar una; pero este proyecto fue burlado por la vigilancia del corredor, cuyos ojos, sin fijarse en nada y sin movimiento aparente, parecían verlo todo al mismo tiempo. Mientras dudaba de lo que debía hacer, el indio se levantó con tanta precaución que este movimiento no causó el menor ruido, Heyward conoció entonces que se hacía urgente tomar un partido, para lo cual se apeó del caballo, determinado á detener por fuerza á su pérfido compañero, confiando en sus fuerzas para conseguirlo. Sin embargo, para no alamarle conservo todavía un aspecto de tranquilidad y de confianza.

— La Zorra-sutil no come, le dijo dándole el nombre que parecía lisongear mas la vanidad del indio; su grano no ha sido bien preparado. Parece que está seco. ¿Me permitirá examinarlo ?

Magua le dejó poner la mano en el zurron, y aun permitió que tocase á la suya sin manifestar ningun cuidado, y sin mudar nada de su aptitud de atención profunda. Pero cuando

sintió los dedos del Mayor subir lentamente á lo largo de su brazo desnudo le derribó de una puñada en el estomago, salto por encima de su cuerpo, y en dos brincos se interno en a gran grito de Uncas pareció anunciar que le habia visto; un relámpago repentino iluminó momentáneamente el bosque, y la detonacion que se siguió fue una prueba de que el cazador acababa de disparar un fusilazo.



CAPITULO V.

En una noche semejante fue cuando
Thisbé pisó el rocío de los campos y al-
canzó á ver la sombra del leon.
SHAKPEARE. *El mercader de Venecia.*

La fuga repentina de su guia, los gritos de los que le perseguían, el golpe que había recibido, la explosion inesperada que acababa de oír, todo contribuyó á poner al Mayor Heyward en una especie de estupor, que le tuvo inmóvil por algunos momentos. Recordando entonces cuan importante era asegurarse de la persona del fugitivo, se arrojó á la maleza para seguir sus pisadas. Pero apenas habia andado trescientos pasos, cuando encontró á sus tres compañeros, que habían ya renunciado á una pesquisa inútil.

—¿Por qué os desanimais tan prontamente? exclamó el Mayor; el miserable debe estar oculto detras de alguno de estos árboles, y todavía podemos encontrarle. No estamos seguros en tanto que él esté en libertad.

—¿Quereis encargar á una nube que dé la la caza al viento? preguntó el cazador con un

tono de disgusto; yo he oído al bandido escurrirse por entre las hojas como una serpiente negra, y habiéndole entrevisto un instante cerca de aquel grueso pino disparé aquel fusilazo á la casualidad; pero no conseguí nada. Sin embargo, si cualquiera otro que yo hubiese tirado al perro, yo hubiera dicho que no habia apuntado mal; nadie me negará que tengo experiencia con respecto á eso, y que debo entenderlo. Mirad aquel zumaque, que tiene algunas hojas encarnadas, y sin embargo todavía no estamos en la estacion en que deben tener ese color.

—¡Es sangre! ¡es la de Magua! está herido, es posible que haya caído á pocos pasos de distancia.

—No, no, no lo creais. No he hecho mas que rasparle el pellejo, y el animal ha corrido con mas precipitacion. Cuando una bala no hace mas que una arañadura á la piel produce el mismo efecto que un espolazo dado á un caballo, y este efecto es acelerar el movimiento. Pero cuando penetra en las carnes, la caza, despues de dos ó tres saltos, cae ordinariamente, sea un venado o un indio.

—¿Por qué hemos de renunciar á perseguirle? somos cuatro hombres contra uno herido.

—¿Estais cansado de vivir? ese diablo rojo os conduciría hasta debajo de los tomahawks de sus camaradas, mientras os empeñabais en

perseguirle. Para un hombre que se ha dormido tantas veces oyendo el grito de guerra, he obrado inconsideradamente soltando el tiro, cuyo ruido podrá haber sido oído por alguna emboscada; ¡pero era una tentación tan natural!! Vamos, amigos, no se puede estar mucho tiempo en estas inmediaciones, y es menester largarnos de modo que quede burlado el más maligno Mingo, y nuestras cabelleras se sacaran mañana al aire en frente del campo de Montcalm.

Este aviso terrible que el cazador dio con el tono de un hombre que comprendía perfectamente toda la extensión, del peligro, pero que tenía todo el valor necesario para evitarle, trajo cruelmente á la memoria de Heyward las dos hermosas compañeras que se había encargado de proteger, y que no podían confiar sino en él. Dirigiendo su vista á su alrededor, y haciendo vanos esfuerzos para penetrar las tinieblas, que se hacían cada vez más densas bajo la bóveda del bosque, se desesperaba pensando que distantes de todo socorro humano las dos jóvenes estarían bien pronto á merced de los bárbaros que, como los animales feroces, esperaban la noche para asestar á sus víctimas golpes más seguros y más peligrosos. Su imaginación exaltada, engañada por la claridad que quedaba todavía, trocaba en fantasmas espantosos tan pronto un grupo de maleza que el viento agitaba, tan pronto un tronco de ar-

bol derribado por los huracanes. Veinte veces creyó ver las horribles figuras de los salvajes mostrándose entre el ramage, y espiando todos los movimientos de la pequeña tropa. Levantando entonces los ojos al cielo vió que algunas ligeras nubes, á las cuales el sol en su ocaso daba un colorido de rosa, perdían ya su color; y el rio que corria por bajo de la colina no se distinguía ya sino por que su superficie contrastaba con los bosques espesos que le guarnecian por los dos lados.

— ¿Qué partido hemos de tomar? exclamó en fin, cediendo á las inquietudes que le atormentaban en peligro tan urgente ; ¡ no me abandoneis, por amor del cielo! defended á las dos desgraciadas compañeras que vienen conmigo, y fijad vos mismo á ese servicio el precio que os agrade.

Sus compañeros, que conversaban entre si en la lengua de los indios, no atendieron á esta súplica tan ferviente como repentina. Aunque hablasen en voz baja y con precaucion, Heyward, acercándose á ellos reconoció la voz del jóven, que respondía con calor y vehemencia á algunas palabras que su padre acababa de pronunciar con un tono mas pacífico. Era evidente que meditaban algun proyecto concerniente á la seguridad de los viageros. No pudiendo soportar la idea de una dilacion , que su imaginacion inquieta le representaba como una ocasion de nuevos peli-

gros, se adelantó ácia el grupo con la atencion de hacer de un modo aun mas preciso las ofertas de una recompensa generosa. En este momento el cazador haciendo una señal con la mano, como para manifestar que se conformaba con alguna cosa que se disputaba, dijo en inglés como á modo de monólogo.

—Uncas tiene razon. No sería proceder como hombres abandonar á su destino á dos pobres mugeres sin defensa, aun cuando debiésemos perder para siempre nuestro asilo ordinario :— Señor, añadió el, dirigiéndose al Mayor que llegaba, si quereis proteger esos dos pimpollos contra el furor mas terrible de los huracanes, no tenemos un momento que perder, y es preciso armaros de toda vuestra resolucion. — No podeis dudar de mis sentimientos, y ya he ofrecido. . . .

—Ofreced vuestras oraciones á Dios, que puede solo concederos la prudencia necesaria para engañar la malignidad de los demonios que oculta este bosque; pero dispensaos de vuestras ofertas de dinero. Estos dos Mohicanos y yo haremos todo lo posible al hombre para salvar á esas dos tiernas flores, que por mas hermosas que sean no fueron criadas para el desierto. — Sí, las defenderemos sin esperar otra recompensa que la que Dios concede siempre á los que obran bien. Pero desde luego es preciso prometernos dos cosas, tanto por

vos como por vuestros amigos, sin lo cual en vez de servirlos podríamos perjudicarlos á nosotros mismos.

—¿Cuales son ?

— La primera es estar silenciosos como estos árboles, suceda lo que quiera. La segunda, es no hacer conocer á nadie, sea quien fuese, el parage á que vamos á conducirlos.

—Yo me someto á esas dos condiciones, y en cuanto á estar en mi poder, yo las haré observar por mis compañeros.

—En ese caso seguidme, porque estamos perdiendo un tiempo tan precioso como la sangre que pierde un gamo herido.

A pesar de la oscuridad creciente de la noche, Heyward distinguió el gesto de impaciencia que hizo el cazador, volviendo á emprender su marcha rápida, y se apresuró á seguirle paso á paso. Llegando al parage donde había dejado á las dos damas, que le esperaban con una impaciencia mezclada de inquietud, las instruyó brevemente de las condiciones impuestas por el nuevo guía, y las hizo conocer la necesidad de guardar silencio, y de tener bastante imperio sobre sí mismas para retener toda exclamacion que el temor pudiese arrancarías.

Este aviso era bastante alarmante por sí mismo, y las dos jóvenes no le oyeron sin un terror secreto.

Sin embargo, el aspecto de serenidad y de

intrepidez del mayor, ayudado quizá por la naturaleza del peligro, las dió valor, y las puso en estado, á lo menos segun se lo persuadieron, de soportar las pruebas imprevistas á que era posible se hallasen sometidas. Sin responder una palabra, y sin un instante de dilacion, permitieron que el mayor las ayudase á apearse de los caballos; y tomándolos Heyward de la rienda, marchó adelante seguido de sus dos compañeras hasta la orilla del rio, donde el cazador se habia ya reunido con los dos Mohicanos y el maestro de música.

—¿Y qué hemos de hacer de esas criaturas mudas? dijo el cazador, que parecía el único encargado de la direccion de los movimientos de toda la tropa; cortarles la cabeza, y echarlas despues en el rio todavía sería una operacion larga, y dejarlas aquí sería dar aviso á los mingos de que estan cerca sus amos.

—Echadles la brida sobre el cuello, y dejadlos en el bosque, dijo el Mayor.

—No, es preciso engañar á esos bandidos, haciéndoles creer que es menester que corran tanto como unos caballos si quieren alcanzar su presa. ¡Ah! Chingachgook, ¿qué ruido es el que oigo en la maleza?

—Ese picaro potro que llega.

—Es preciso que el potro muera, dijo el cazador agarrando la clin del animal; y habiéndose escapado, anadió, ¡Uncas! una flecha.

—¡Deteneos! clamo en alta voz el propietario del animal condenado, sin atender á que sus compañeros hablaban en voz baja, perdonad al hijo de Miriam; es el mas hermoso renuevo de una madre fiel, y es incapaz de perjudicar á nadie voluntariamente.

—Cuando los hombres luchan para conservar la vida que Dios les ha dado, los días de sus mismos semejantes no les parecen mas preciosos que los de los animales de los bosques. Si pronunciais una palabra mas os dejo á merced de los Macuas. — Una flecha, Uncas, y tirad bien porque no tenemos tiempo para detenemos.

Todavía estaban hablando, cuando el potro herido se enderezó sobre sus patas de detras para volver á caer sobre las de delante. Hacía un esfuerzo para levantarse, cuando Chingachgook le clavó su cuchillo en la garganta tan pronto como el pensamiento, y le precipitó inmediatamente en el rio.

Este acto de crueldad aparente, pero de verdadera necesidad, hizo conocer mejor que nada á los viageros en qué peligro se hallaban; y el tono de resolucion tranquila de los que habían sido los actores de esta escena dió á su alma una nueva impresion de terror. Las dos hermanas se abrazaron una á otra estremeciéndose ; y Heyward, echando mano romo por instinto á una de sus pistolas que había puesto en su cintura al apearse del ca-

ballo, se colocó entre ellas y las sombras espesas que parecían estender un velo impene-trable sobre el bosque.

Sin embargo, los indios no perdieron tiempo, y tomando los caballos por la brida los precisaron á entrar en el lecho del río.

A alguna distancia de la ribera hicieron un rodeo, y fueron bien pronto cubiertos por la altura de la ribera, a lo largo de la cual marchaban en una dirección opuesta al curso del agua.

Durante este tiempo, el cazador ponía en descubierto una canoa de corteza de árbol oculta bajo una zarza, cuyas largas ramas formaban una especie de embovedado sobre la superficie de las aguas, después de lo cual hizo seña á las damas para que entrasen. Estas obedecieron en silencio, no sin echar una mirada de terror detrás de sí por el lado del bosque, que no parecía ya otra cosa que una barrera negra estendida todo á lo largo del río.

Luego que Cora y Alix estuvieron sentadas, el cazador hizo señal al Mayor para que entrase como él en el río, y empujando cada uno de ellos un lado de la fragil barca, la hicieron sabir contra la corriente, seguidos por el propietario consternado del potro muerto. Así marcharon por algun tiempo en un silencio que no era interrumpido sino por el mormullo del agua, y el ligero ruido que hacía la navecilla cortándola. El Mayor no hacía mas

que lo que insinuaba su guía, que tan pronto se acercaba á la ribera, tan pronto se airaba se gun quena evitar los parages en que el agua era muy poca para que la canoa pudiese vogar, o demasiada para que un hombre pudiese marchar por ella sin ser arrebatada De tiempo en tiempo se detenía , y en medio del silencio profundo que el ruido creciente de la cascada hacia mas solemne, escuchaba con atencion si salía algun ruido de los bosques adormecidos. Cuando se habia asegurado de que todo estaba tranquilo, y que sus sentidos ejercitados no le traían ningun indicio de la presencia o inmediacion de enemigos, se volvía a poner en marcha lentamente y con precaucion.

En fin, llegaron á un parage donde el ojo vigilante del Mayor descubrió á poca distancia un grupo de objetos negros sobre un punto donde la altura de la ribera sepultaba al no en una oscuridad completa. No sabiendo si debía seguir adelante, señaló con el dedo á su compañero el objeto que le inquietaba.

—Sí, sí, dijo el cazador con calma; los indios han escondido los animales con su discernimiento natural. El agua no conserva ninguna señal del paso, y la oscuridad de semejante pasage haría ciego á un buho.

No tardaron en llegar á este punto, y hallándose toda la tropa reunida, se tuvo otra

consulta entre el cazador y los dos Mohicanos. Durante este tiempo, aquellos cuya suerte dependía de la buena fe y de la inteligencia de estos habitantes de los bosques, tuvieron toda la oportunidad para examinar su situación más pormenor.

El río iba comprimido en este paraje por entre rocas escarpadas, y la cima de una de ellas se adelantaba hasta encima del punto donde la canoa se había detenido. Todas estas rocas, estando cubiertas de grandes árboles, se hubiera dicho que corría por debajo de una bóveda, ó en una rambla estrecha y profunda. Todo el espacio situado entre estas rocas cubiertas de árboles, cuya cima se dibujaba débilmente sobre el azul del firmamento, estaba cubierto de espesas tinieblas; detrás de ellos la vista era limitada por un recodo que hacía el río, y no se distinguía más que la línea negra de las aguas. Pero enfrente, y á lo que parecía á poca distancia, el agua parecía caer del cielo para precipitarse en profundas cavernas con un ruido que se oía desde muy lejos en los bosques. Este era un sitio que parecía consagrado al retiro y á la soledad, y las dos hermanas, contemplando las bellezas de este paraje igualmente gracioso que salvaje, respiraron más libremente y empezaron á creerse en seguridad.

Los caballos habían sido atados á algunos árboles que crecían en las hendiduras de las

rocas, y debían permanecer allí toda la noche con los pies en el agua.

Un movimiento general que se verificó entonces entre sus conductores no permitió á los viajeros admirar mas los encantos que la noche prestaba á este sitio. El cazador hizo colocar á Heyward, sus dos compañeras y el maestro de canto, á uno de los extremos de la canoa, y tomó posesion del otro tan gallardamente como si hubiese estado en el castillo de popa de un navio de línea. Los indios volvieron al parage que habían dejado para acompañarles hasta la canoa, y el cazador apoyando un largo garrote contra una punta de roca, dió á su navecilla un impulso que la llevo al medio del rio. La lucha entra la corriente rápida, y la débil barquilla, fue penosa por algun tiempo, y el acontecimiento parecia dudoso. Habiendo recibido la orden cie no mudar de sitio, ni hacer el menor movimiento para evitar que la barca zozobrase, los pasajeros se atrevían apenas á respirar, y miraban temblando á las olas amenazadoras. Veinte veces se creyeron á punto de ser sumergidos ; pero la destreza del experimentado piloto triunfaba siempre. Un esfuerzo vigoroso, un esfuerzo desesperado, segun creyeron las dos hermanas, termino esta navegacion terrible. En el instante en que Alix se cubría los ojos con un movimiento de terror, convencida de que iban á ser arrebatados por el remolino que

había al pie de la catarata, la barca se detuvo cerca de una plataforma de roca, cuya superficie no se elevaba mas que dos pulgadas sobre el agua.

—¿Donde estamos? ¿y qué nos queda que hacer? preguntó Heyward, viendo que el cazador no hacía ya uso de los remos.

—Estais al pie del glenn, le respondió en voz alta, no temiendo ya ser oído á lo lejos en medio del estrépito de la catarata; y lo que nos falta hacer es desembarcar con precaucion no sea que se trastorne la canoa, por que entonces seguiríais la misma ruta que acabais de traer, y de un modo menos agradable, aunque mas pronto. El rio es difícil de subir cuando trae mucha agua, y cinco personas son demasiadas en conciencia para una pobre barca que no se compone mas que de corteza de árbol y goma. Vamos, subid la roca, y yo iré á buscar á los dos Mohicanos con el venado, que no han olvidado cargar sobre uno de los caballos. Tanto valdría abandonar la cabellera al cuchillo de los Míngos como ayunar en medio de la abundancia.

Sus pasajeros no se hicieron rogar para obedecer sus ordenes. Apenas el último pie estaba fuera de la barca, cuando esta se alejó con la rapidez de una flecha. Se vió un momento la gran talla del cazador que parecía deslizarse por las ondas, y desapareció en la oscuridad.

Privados de su guía, los viageros no sabían lo que debían hacer, ni aun se atrevían á marchar por la roca por temor de que un mal paso dado con las tinieblas de la noche no les precipitase en una de aquellas profundas cavernas, en que el agua se subía con estrepito á derecha é izquierda. Su incertidumbre, sin embargo, no fue larga: el cazador ayudado por los dos Mohicanos, volvió á parecer bien pronto con la canoa, y estuvo de vuelta cerca de la plataforma en menos tiempo que el Mayor calculaba podría necesitar para ir dónde estaban sus compañeros.

—Ya estamos en un fuerte con buena guarnición, y provistos de municiones, dijo Heyward con un tono animado, y podemos hacer frente á Montcalm y sus aliados. Decidme, mi valiente centinela, podeis ver ú oír desde aquí á alguno de esos que llamais iroqueses.

—Yo los llamo iroqueses, porque miro como á enemigo á todo natural que habla una lengua estrangera, aunque pretenda servir al rey. Si Webb quiere hallar honor y buena fé en los indios que haga venir las tribus del Delaware, y que despida á sus avidos Mohawks, sus pérfidos oneidas, y sus seis naciones de tunantes al fondo del Canadá donde todos esos salteadores debían estar.

—Eso sería trocar amigos belicosos por aliados inútiles. Yo he oído decir que los delawares han depuesto el Tomahawh, y han

consentido en tener el nombre de mugeres.

—Sí, para vergüenza eterna de los holandeses y de los iroqueses que han debido emplear el socorro del diablo para determinarlos á semejante tratado. Pero yo los he conocido veinte años, y llamaré embustero á cualquiera que diga que la sangre que corre en las venas de un delaware es sangre de un cobarde. Vosotros habeis arrojado sus tribus de las orillas de la mar, y despues de eso querriais creer lo que dicen sus enemigos á fin de tranquilizar vuestra conciencia, y dormir con descanso. Sí, sí, todo indio que no habla la lengua natural de los delawares es para mí un iroqués, no importa que su tribu habite en York ó en Canadá.

El Mayor, observando que la adhesion firme del cazador á la causa de sus amigos los delawares y los Monhicanos (porque estas eran dos ramas de la misma nacion), parecía deber prolongar una discusion inútil, mudó diestramente el giro de la conversacion.

— Que haya habido un tratado sobre este objeto ó no, dijo el, yo sé perfectamente que vuestros dos compañeros actuales son unos guerreros tan valientes como prudentes. ¿Han visto ú oido á alguno de vuestros enemigos? — Un indio es un hombre que se hace sentir antes de dejarse ver, respondió el cazador echando en tierra negligentemente el venado que llevaba sobre las espaldas; yo me fio en

otras señales que las que pueden verse con los ojos , cuando me hallo cerca de donde hay mingos.

—¿Vuestros oídos os han dado á entender que ellos habían descubierto nuestro retiro?

—Lo sentiría, aunque estamos en un sitio donde se podia sostener un buen fuego de fusilería. No negaré, sin embargo, que los caballos han temblado cuando yo pasaba por junto á ellos ahora mismo como si hubiesen sentido al lobo, y el lobo es un animal que ronda muchas veces alrededor de una tropa de indios con la esperanza de aprovecharse de los restos del algun venado muerto por es tos salvages.

—Olvidais el que está á vuestros pies, y cuyo olor ha podido igualmente atraer á los lobos. No pensais en el potro muerto.

—¡ Pobre Miriam! exclamó dolorosamente el maestro de canto ; ¡tu hijo estaba destinado á ser la presa de las bestias feroces! Elevando entonces la voz en medio del tumulto de las aguas canto unas tristes endechas á la muerte del malogrado potro.

—La muerte de su potro le oprime el corazon, dijo el cazador; pero es una buena señal ver un hombre aficionado á los animales que le pertenecen ; pero él reconocerá que era justo quitar la vida á una criatura muda para salvar la de otras dotadas de razon. Por lo de mas , lo que decis de los lobos puede ser ver-

dad, y es otra razon mas para desplazar ese venado inmediatamente, y echar las entrañas en el rio, sin lo cual tendríamos una tropa de lobos ahullando sobre las rocas como para reprimendemos cada bocado que nos tragásemos; y aunque la lengua de los delawares sea como un libro cerrado para los iroqueses, los astutos tunantes tienen bastante instinto para comprender la razon que hace ahullar á un lobo.

Haciendo estas observaciones, el cazador preparaba todo lo que era necesario para la diseccion del venado. A acabar de hablar dejó á los viajeros, y se alejó acompañado de los dos Mohicanos, que parecian comprender todas sus intenciones sin que tuviese necesidad de explicarse. Los tres desaparecieron sucesivamente, pareciendo desvanecerse delante de la superficie de una roca negra que se elevaba á pocas toesas del borde del agua.

CAPITULO VI.

De algunos santos que antiguamente eran muy respetados en Sion escogió algunos , y con un tono solemne dijo: Adoremos al Señor.
BURNS.

Heyward y sus compañeros vieron este movimiento misterioso con una inquietud secreta, porque aunque la conducta del, hombre blanco no les hubiese dado hasta entonces ningun motivo para concebir sospechas, su traje grosero, su tono brusco y atrevido , la antipatía marcada que mostraba por los objetos de su odio, el carácter desconocido de sus dos compañeros silenciosos, eran otras tantas causas que podian escitar la desconfianza en los espíritus de unos hombres que la traicion de un guia indio había llenado últimamente de temores.

El maestro de canto parecía ser el único indiferente á cuanto pasaba. Se había sentado sobre una punta de roca, y parecía absorto en unas reflexiones que no eran nada agradables si se había de juzgar por los suspiros

que daba á cada instante. Bien pronto se oyó un ruido sordo como si algunas personas hablasen en las entrañas de la tierra, y repentinamente hiriendo una luz los ojos de los viajeros, les descubrió los secretos de este retiro.

A la estremidad de una caverna profunda practicada en la roca, y cuya longitud parecía mayor por la perspectiva y por la naturaleza de la luz que brillaba en ella, estaba sentado el cazador con una gruesa tea de pino encendida. Esta luz viva cayendo de lleno sobre su fisonomía curtida y sus vestidos característicos, daba un aspecto pintoresco á un individuo, que mirado á la luz del día, hubiera atraído la atención por su extraño traje, la dureza de sus miembros, que parecían de hierro, y la mezcla singular de sagacidad, de vigilancia y de simplicidad que sus facciones espresaban á un tiempo.

Uncas estaba algunos pasos delante de él, y la posición de éste y su proximidad permitían distinguirlo completamente. Los viajeros miraron con interés la talla recta y delicada del joven Mohicano, cuyas aptitudes y movimientos tenían una gracia natural. Su cuerpo estaba mas cubierto que lo acostumbrado por un vestido de caza, pero se veía brillar sus ojos negros, fieros é intrépidos, aunque dulces y tranquilos. Sus facciones bien formadas presentaban el colorido rojo de su nación en toda su pureza; su frente elevada estaba llena

de dignidad, y su cabeza noble no presentaba á la vista sino aquel mechón de pelo que los salvajes conservan por orgullo como para desafiar á sus enemigos á que se le arrebatén. Esta era la primera vez que Heyward y sus compañeros habían tenido la facilidad de examinar las facciones pronunciadas del uno de los dos indios que habían encontrado tan á propósito, y se sintieron aliviados del peso terrible de su inquietud viendo la expresión fiera y determinada, pero franca y generosa, de la fisonomía del joven Mohicano. Por su presencia conocieron que podían tener delante de su vista un ser sumido en las tinieblas de la ignorancia, pero no un pérfido lleno de astucia, y dedicando voluntariamente á la traición. La ingenua Alix le miraba con la misma admiración que si hubiera sido á una estatua griega ó romana, á quien un milagro hubiese dado vida; y Heyward, aunque acostumbrado á ver la perfección de las formas que se observa comunmente entre los salvajes á quienes no ha alcanzado todavía la corrupción, expresó abiertamente su satisfacción.

— Yo creo, le respondió Alix, que dormiría sosegadamente bajo la guardia de un centinela tan generoso y tan intrépido como parece ese joven. Ciertamente, Heyward, esas matanzas bárbaras, esas escenas espantosas de tormentos, de que hemos oído hablar y de

que hemos leído tan horribles relaciones, no pasan jamás en presencia de seres semejantes.

—Es ciertamente un raro ejemplo de las cualidades que este pueblo posee, respondió el Mayor., y yo pienso como vos que una frente y unos ojos como los suyos son mas propios para intimidar á los enemigos que para engañar á sus víctimas. Pero no nos engañemos esperando de este pueblo otras virtudes que las que estan al alcance de los salvajes. Los ejemplos brillantes de grandes cualidades son raros entre los cristianos; ¿ cómo era posible que fuesen frecuentes entre los indios? Esperemos, sin embargo, por el honor de la naturaleza humana, que se puedan hallar tambien entre ellos; que este joven Mohicano no burle nuestros presentimientos, y que será para nosotros toda lo que anuncia su exterior, un amigo valiente y fiel.

— Eso es hablar como debe el Mayor Heyward, dijo Cora. Viendo este hijo de la naturaleza, ¿ quién podría pensar en el color de su piel ?

Un silencio de algunos instantes, y en el cual parecía entrar un poco de incertidumbre, siguió á esta observacion característica hasta que fue interrumpido por la voz del cazador, que avisaba á los viajeros para que entrasen en la caverna.

—El fuego empieza á dar demasiada claridad, les dijo luego que estuvieron dentro, y

podría atraer á los mingos en nuestro aleance. Uncas, bajad la trampa, y que esos canallas no vean mas que tinieblas, ríe tendremos una cena como un Mayor de los americanos reales debería esperarla ; pero yo he visto los destacamentos de ese cuerpo darse por muy contentos de comer caza cruda y sin condimento. Aquí á lo menos, como lo veis, tenemos sal en abundancia y fuego para hacer un buen asado. Aquí hay ramas de sassafras, sobre las cuales pueden sentarse estas damas. No son unos asientos tan brillantes como sus si Liales de caoba; no estan guamecidos de almohadones de pluma, pero exhalan un olor agradable y suave. Vamos, amigo, no penseis mas en el potro; era un animalito inocente que no había todavía sufrido; su muerte le ahorrará la opresion de la silla y la fatiga de las piernas.

Uncas hizo lo que el cazador le había mandado , y cuando Ojo-de-halcon hubo dejado de hablar no se oyó mas que el ruido de la catarata que parecía al de *un* trueno remoto.

— ¿Estamos en seguridad en esta caverna? preguntó Heyward. ¿No hay ningun peligro de sorpresa? Un solo hombre armado colocándose á la entrada nos tendría á su disposicion.

Una figura alta, semejante á un espectro, salió del fondo oscuro de la caverna ; se adelantó por detras del cazador, y tomando en el hogar un tizon ardiendo le elevó en el aire

para iluminar el fondo de este subterráneo. A esta aparición repentina, Alix dió un grito de terror, y Cora misma se levantó precipitadamente; pero una palabra de Heyward las volvió su tranquilidad, sabiendo que el que veían era su amigo Chingachgook. El indio, levantando otra compuerta, les manifestó que la caverna tenía otra salida, y saliendo con su antorcha atravesó lo que pudiera llamarse una quebrada de las rocas, que formaba ángulos rectos con la gruta, en la cual estaban, pero que no tenía mas cubierta que la bóveda del cielo, y que terminaba en otra caverna poco mas ó menos semejante á la primera. — No se coje á las zorras viejas, como Chingachgook y yo, en un escondite que no tenga mas que una salida, dijo riéndose el cazador. Vos podeis ver ahora sí el sitio es bueno. La roca es de una piedra calcárea, y todo el mundo sabe que es muy blanda y suave, de modo que no hace mala almohada cuando falta el ramaje y la madera de abeto. ¡ Pues bien! la catarata caía antiguamente á algunos pies de distancia del paraje en que ahora estamos, y formaba una cuenca de agua tan hermosa como la mejor que pudiese verse sobre el Hudson. Pero el tiempo es un gran destructor de la belleza, como estas señoras jóvenes tienen todavía que saber, y el sitio está muy cambiado. Las rocas estan llenas de hendiduras, y la piedra es mas blanda en

ciertos parajes que en otros, de suerte que el agua ha penetrado por ella y ha formado concavidades, ha vuelto ácia atrás, se ha abierto un nuevo camino, y se ha dividido en dos caídas que no tienen ya forma ni regularidad.

—¿ Y en que parte de estas rocas estamos? preguntó el Mayor,

—Estamos cerca del paraje donde la Providencia había al principio colocado las aguas, pero donde segun parece han sido muy indóciles para permanecer. Hallando la roca menos dura por los dos lados la han penetrado pasar por ellas, para despues de habernos trabajado estas dos habitaciones para escondernos, y han dejado en seco el medio del rio.

—¿Estamos en una isla?

—Sí, con una caída de agua á cada lado, y el rio por delante y por detras. Si tuviésemos la luz del dia, yo os persuadiria á subir sobre la roca para haceros ver la perversidad del agua. Cae sin regla y sin método. Tan pronto salta, tan pronto se precipita, aquí se desliza, allá se arroja, en un parage es blanca como la nieve, en otro es verde como la yerba; por un lado forma torrentes que parecen querer entreabrir la tierra ; por otra murmura como un arroyo , y tiene la malicia de formar remolinos para desgastar la piedra como si fuese barro. Todo el orden del rio ha sido trastornado. A doscientas toesas de aquí, subiendo, corre pacíficamente como si quisiese

ser fiel á su antiguo curso; pero entonces las aguas se separan, y van á batir sus riberas á derecha é izquierda; aun parece que miran ácia atras como si se apartasen del desierto con pesadumbre para irse á mezclar con el agua salada. Sí, señora, ese tejido tan fino como una tela de araña que llevais alrededor del cuello no es mas que una red de pescar en comparacion de los dibujos delicados que el rio traza en ciertos parages sobre la arena, como si habiendo sacudido el yugo quisiese manifestar todas sus habilidades. ¿Y qué consigue últimamente? Despues de haber hecho sus caprichos por algun tiempo como un niño mimado tiene que sujetarse á lo que se le ordena; sus aguas se reunen y entran pacíficamente en el mar, donde ha sido ordenado desde el principio del tiempo que habían de ir á perderse.

Aunque los viageros oyesen con gusto una descripcion hecha con tanta naturalidad, y que les inclinaba á creer se hallaban en para-ge seguro, no estaban dispuestos á apreciar el mérito de esta caverna como lo desearía Ojo-de-hacon. Por otra parte, su situacion no les permitía dedicarse á examinar todas las bellezas naturales de este sitio; y como el cazador, al mismo tiempo que les hablaba no había interrumpido sus operaciones de cocina sino para indicarles con un tenedor rolo de que se servia la direccion de algunas partes del rio

rebelde, no se incomodaron de que la peroracion de su nuevo guia se terminase anunciándoles que la cena estaba pronta.

Los viajeros, que no habían tomado nada en todo el día, tenían gran necesidad de este refrigerio por mas simple que fuese, y le hicieron los honores. Uncas se encargó de proveer á todas las necesidades de las damas, y las hizo todos aquellos pequeños servicios que estaban en su poder con una mezcla de gracia y de dignidad, que divirtió mucho á Heywand, porque no ignoraba que era una innovacion completa en los usos de los indios que no permiten á los guerreros ocuparse en ningunos trabajos domésticos, y sobre todo en favor de sus mugeres. Sin embargo, como los derechos de la hospitalidad eran sagrados entre ellos, esta violacion de las costumbres nacionales, y este olvido de la dignidad de hombre, no dieron lugar á ningun comentario.

Si se hubiese, hallado en la compañía alguno bastante desocupado para hacer el papel de observador, hubiera podido notar que el joven gefe no manifestaba una imparcialidad completa en los servicios que hacía á las dos hermanas. Es cierto que presentaba á Alix con toda la política conveniente la calabaza llena de un agua cristalina, y el plato de madera, bien labrado, lleno de tajadas de asado; pero cuando desempeñaba las mismas atenciones con *su* hermana, sus ojos negros se fijaban so-

bre la fisonomía espresiva de Cora, con una dulzura que desterraba la fiereza que se veía ordinariamente brillar en ellos. Una o dos veces tuvo precision de hablar para llamar la atencion de las que obsequiaba, y lo hizo en mal inglés, pero bastante inteligible y con aquel acento indio que su voz gutural hacia tan dulce ⁽¹⁾ que las dos hermanas le miraban con asombro y admiracion. Algunas palabras trocadas en el discurso de estos servicios hechos y recibidos establecieron entre ambas partes todas las apariencias de una amistad cordial.

Sin embargo, la gravedad de Chingachgook permanecía imperturbable; se habia sentado en el parage mas inmediato al fuego, y sus huespedes, cuyas miradas inquietas se dirigían muchas veces acia él, podian distinguir mejor la espresión natural de su fisonomía bajo los colores bizarros con que se habia desfigurado. Hallaron una semejanza notable entre el padre y el hijo, salva la diferencia que ocasionaba el número de los años, y las fatigas y los trabajos que cada uno habia sufrido. La fiereza habitual de su fisonomía parecía reemplazada por aquella calma indolente, á la cual se entrega un guerrero indio cuando nada le estimula á poner en movimiento su energía. Sin

⁽¹⁾ El sentido de las palabras indias se determina principalmente por el tono en que son pronunciadas. (Ed.)

embargo, era fácil ver en la expresión rápida que sus facciones tomaban de tiempo en tiempo, que no hubiera sido menester más que irritar sus pasiones un momento para que el semblante artificial de que se había chafarrinado para intimidar á sus enemigos produjese todo su efecto.

Por otra parte el ojo activo y vigilante del cazador no estaba jamás en reposo, comía y bebía con un apetito que el temor de ningún peligro podía obstruir; pero su carácter de prudencia no se desmentía jamás. Veinte veces la calabaza ó el pedazo de asado quedaron suspensos delante de sus labios mientras que inclinaba la cabeza por el otro lado como para escuchar si algún ruido extranjero se mezclaba al de la catarata; movimiento que no dejaba de recordar dolorosamente á nuestros viajeros cuanto su situación era precaria, y les hacía olvidar la singularidad del local donde la necesidad les había precisado á refugiarse. Pero como estas pausas frecuentes no eran seguidas de ninguna observación, la inquietud que causaban se desvanecía luego.

— Vamos, amigo, dijo Ojo-de-halcon, ácia el fin de la cena, sacando de debajo de las hojas un barrilito, y dirigiéndose al cantor, que sentado á su lado hacía una justicia completa á su ciencia en la cocina; probad mi cerveza de zapote y olvidareis con ella el infeliz potro, reanimándose en vos el principio de la vida

Brindo á vuestra mejor amistad, y espero que un aborto de caballo no será causa de una discordia entre nosotros. ¿Cómo os llamais?

David la Solfa, respondió el maestro de canto despues de haberse maquinalmente enjugado la boca con el revés de la mano para prepararse á ahogar sus pesadumbres en el brebaje que le ofrecían.

— Es un nombre hermoso, respondió el cazador despues de haber vaciado una calabaza del licor que fabricaba el mismo, y que pareció saborear con el placer de un hombre que se admira á sí mismo en sus producciones; un nombre muy bueno á la verdad, y estoy convencido que os ha sido trasmitido por vuestros antecesores respetables. Yo soy admirador de los nombres, aunque las costumbres de los blancos estan muy lejos de poderse comparar con las de los salvages. El mayor cobarde que yo he conocido jamás se llamaba Leon, y su muger Prudencia tenía el humor tan penden-ciero, que os hubiera hecho huir mas de prisa que un gamo delante de una trailla de perros. Al contrario , entre los indios un nombre es asunto de conciencia, é indica en general lo que es el que le tiene. Por ejemplo, Chingachgook significa gran serpiente, no porque sea realmente una serpiente grande ó pequeña, sino porque conoce todas las vueltas y revueltas del corazon humano que sabe guardar prudentemente el silencio y que se arroja sobre

sus enemigos cuando le esperan menos. ¿Y cuál es vuestro oficio?

—Maestro indigno en el arte de salmodia,

—¿Cómo, cómo decís?

—Yo enseño á cantar á los jóvenes de la leva de Connecticut.

—Podríais estar mejor empleado. Los perillos ríen y cantan demasiado ya en los bosques, donde no deberían respirar mas fuerte que una zorra en su cueva, ¿Sabeis manejar el fusil?

—Gracias al cielo no he tenido jamas ocasion de tocar esos instrumentos mortíferos.

—Quizá sabreis dibujar, trazar sobre el papel el curso de los ríos y la situacion de las montañas en el desierto, á fin de que los que siguen el ejército puedan reconocerlas viéndolas.

—Yo no me ocupo en semejantes cosas.

—Con unas piernas largas, un camino largo debe ser corto para vos. Supongo que alguna vez teneis la comision de llevar las órdenes del general.

—No, yo no me ocupo mas que de mi vocacion, que es dar lecciones de música sagrada.

—¿Es una vocacion singular! pasar su vida como el pájaro burlon imitando todos los tonos altos y bajos que pueden salir de la garganta del hombre, ¡ pero bien, amigo! yo supongo que ese es el talento de que habeis sido dolado; y yo siento que no hayais recibido

otro mejor como el de ser buen tirador por ejemplo. Pero veamos, mostradme vuestra habilidad en vuestro oficio; este será un modo amistoso de darnos las buenas noches; es ya tiempo de que estas damas vayan á tomar fuerzas para el viage de mañana, porque será preciso salir muy temprano y antes que los macuas empiecen á removerse.

—Consiento en ello con mucho gusto, respondió David, afirmando sobre sus narices sus gafas de hierro, y sacando de su bolsillo su querido volumen. ¿Qué puede haber mas conveniente y mas consolatorio añadió el dirigiéndose á Alix, que cantar las acciones de gracias de la noche, despues de una jornada en que hemos corrido tantos peligros? ¿No me acompañareis?

Alix se sonrió; pero mirando á Heyward se avergonzó y quedó dudosa.

— ¿Y por qué no? dijo el Mayor á media voz; seguramente lo que acaba de decirnos el que tiene el nombre del rey profeta merece consideracion en semejante momento.

Animada por estas palabras Alix se decidió á hacer lo que la rogaba David, y lo que la aconsejaba al mismo tiempo su piedad, su gusto por la música, y su propia inclinacion.

El libro se abrió por un himno, que era muy propio á la situacion en que se hallaban os viageros, y donde el poeta traductor, limitándose á imitar simplemente al monarca

inspirado de Israel, había hecho mas justicia á la poesía brillante del profeta coronado. Cora declaró que cantaría con su hermana, y el cántico sagrado empezó despues que el metódico David hizo algunos preludios en su instrumento para dar el tono.

El canto era lento y solemne. Tan pronto se elevaba á las últimas notas, á que alcanzaba la voz delgada de las hermanas, tan pronto bajaba de tal modo que el ruido de las aguas parecía formar un acompañamiento á su melodía. El gusto natural y el oído fino de David dirigía el concierto, modificando las voces y los sonidos, de modo que los adaptaba al local en que se cantaba, y jamás unos acentos mas puros habían resonado en la concavidad de estas rocas. Los indios estaban inmóviles, con los ojos fijos, y escuchando con una atencion que parecía trasformarlos en estatuas de piedra. El cazador, que había al principio apoyado su barba sobre la mano con el aire de una fría indiferencia, salió bien pronto de este estado de apatía. A medida que las estrofas se sucedían, la dureza de sus facciones se suavizaba, sus pensamientos se convertían al tiempo de su infancia, en que sus oídos habían sido halagados con aquellos sonidos, aunque producidos por voces mucho menos dulces, en las iglesias de las Colonias. Sus ojos empezaron á enternecerse; y antes del fin del cántico gruesas lágrimas salieron de un manantial que parecia

ya antes seco, corriendo por unas megillas que no estaban acostumbradas sino á las aguas de Jas tempestades.

Los cantores apoyaban sobre uno de aquellos tonos bajos, y en cierto modo moribundos que el oído toma con tanto anhelo, cuando un grito penetrante, que parecía no tener nada de humano ni de terrestre, fue traído por los aires, y penetró no solamente en las entrañas de la tierra, sino hasta el fondo del corazón de los que allí estaban reunidos. Un silencio profundo sucedió, y se hubiera dicho que aquel ruido horrible y extraordinario retenía las aguas suspendidas en su caída.

—¿Qué es eso? preguntó Alix después de algunos momentos de inquietud terrible.

—¿Qué significa ese ruido? preguntó Heyward en voz alta.

Ni el cazador ni ninguno de los indios le respondieron. Todos escuchaban como si hubiesen esperado oír repetir otra vez el mismo grito; su semblante expresaba el asombro de que estaban poseídos. En fin, hablaron un momento juntos en lengua delaware, y Uncas salió de la caverna por la salida opuesta á aquella por donde habían entrado. Después que salió el cazador respondió en inglés á la pregunta que se había hecho.

—Lo que es, ó lo que no es, dijo él, es cosa que nadie aquí puede decir, á pesar de que Chingachgook y yo hemos recorrido los

bosques por espacio de treinta años. Yo creía que no existía un grito de indio, ó de bestia salvaje que mis oídos no hubiesen oído; pero acabo de reconocer que estaba lleno de presunción y de vanidad.

—¿No es el grito que dan los guerreros salvajes cuando quieren aterrar á sus enemigos? pregunto Cora arreglando su velo con una calma de que su hermana no participaba.

—No, no, respondió el cazador, ha sido un grito terrible, espantoso, que tenía algo de sobrenatural; pero si oís una vez el grito de guerra no le equivocareis jamás con otro. ¡Y bien! añadió él, viendo entrar al joven jefe, y hablándole en su lengua, ¿qué habéis visto? ¿Se vé nuestra luz por entre las grietas?

La respuesta fue corta, hecha en la misma lengua, y pareció decisiva.

—No se vé nada por fuera, dijo Ojo-de-halcon meneando la cabeza con un aire descontento, y la claridad que reina aquí no puede descubrirnos. Pasad á la otra caverna, vos que teneis necesidad de dormir, y procurad conciliar el sueño, porque es preciso que nos levantemos antes del día, y que procuremos llegar á Eduardo mientras que los mingos tengan todavía los ojos cerrados.

Cora dió el ejemplo á su hermana, levantándose inmediatamente, y Alix se preparó á acompañarla. Sin embargo, antes de salir suplicó al Mayor en voz baja que las siguiese.

Uncas levantó la compuerta para dejarles pasar, y como las hermanas se volvían para darle gracias de su atención, vieron al cazador sentado delante del fuego que se apagaba, con la frente apoyada en la mano en actitud de hallarse ocupado en profundas meditaciones sobre el ruido inesplicable que había interrumpido tan inopinadamente sus devociones nocturnas.

Heyward tomó una rama de pino encendida, atravesó el callejón, entró en la segunda caverna, y habiendo colocado la antorcha de modo que pudiese continuar ardiendo, se halló por la primera vez solo con sus dos compañeras, desde que habían dejado los baluartes del fuerte Eduardo.

—No nos abandoneis Duncan, dijo Alix al Mayor. Es imposible que pensemos en dormir en semejante sitio cuando un horroroso grito resuena todavía en nuestros oídos.

—Examinemos primeramente, respondió Heyward, si estais seguras en vuestra fortaleza, y despues hablaremos de lo que se ha de hacer.

Adelantose hasta el fondo de la caverna, y halló una salida como en la primera; estaba igualmente oculta por una compuerta que levanto, y respiro' entonces el aire puro y fresco que venia del rio. Una derivacion de sus aguas corría con rapidez por un lecho comprimido y profundo, escavado en la roca, precisa-

mente á sus pies ; refluía sobre sí misma, se agitaba con violencia, hervía, espumaba, y se precipitaba despues en forma de catarata en un abismo. Esta defensa natural le pareció un baluarte que debía ponerle al abrigo de todo riesgo.

La naturaleza ha establecido por este lado una barrera inexpugnable, dijo el Mayor, haciendo observar á sus compañeras este espectáculo imponente antes de volver á dejar caer la compuerta, y como sabeis que por esta otra parte sois guardadas por valientes y fieles centinelas, no hallo motivo para que dejéis de seguir el consejo de nuestro buen huesped. Yo estoy seguro de que Cora convendrá conmigo, que el sueño os es indispensable á las dos.

—Cora puede reconocer lo razonable de ese dictámen sin poderle poner en práctica, respondió la hermana mayor, colocándose al lado de Alix sobre un monton de ramas y de hojas de sassafras. Aun cuando no hubiésemos oído un grito espantoso otras muchas causas debian alejar el sueño de nuestros ojos. Preguntáoslo á vos mismo, Heyward, si unas hijas pueden olvidar las inquietudes que debe experimentar un padre cuando sabe que los hijos que está esperando pasan la noche no se sabe dónde, en medio de un bosque desierto y en medio de peligros de toda especie.

—Vuestro padre es soldado, Cora; él sabe que es posible estraviarse en estos bosques y...

—Pero es padre, Duncan, y la naturaleza no puede perder sus derechos.

—¡Qué indulgencia ha tenido siempre por todos mis deseos, por mis fantasías, por mis tontunas! dijo Alix enjugándose los ojos. ¡Hemos hecho muy mal, hermana, de querer ir á su lado en semejantes circunstancias!

¡Quizá he hecho yo mal en insistir tan fuertemente para obtener su consentimiento; pero he querido manifestarle que si otros le agravaban, á lo menos sus hijas le permanecían fieles.

—Cuando él supo vuestra llegada a Eduardo, dijo el Mayor, se estableció en su corazón una lucha violenta entre el temor y el amor paternal; pero este último sentimiento, siendo mas vivo por tan larga separación no tardó en prevalecer. El valor de mi noble Cora es el que las conduce, me dijo, y yo no quiero defraudar su esperanza. ¡Ojalá la mitad de su firmeza animase al que está encargado de conservar el honor de nuestro soberano!

—¿Y no habló de mí? Heyward, preguntó Alix con una especie de celos afectuosos.

¡Es imposible que haya olvidado enteramente á la que llamaba su pequeña Elsie!

—¡Eso era imposible! después de conocerla tanto, respondió el Mayor. Al contrario, ha hablado de vos en los términos mas tiernos, y ha dicho una multitud de cosas que yo no me arriesgaría á repetir; pero cuya certeza me es exactamente conocida. Una vez me decía....

Duncan se interrumpió, porque mientras que sus ojos estaban fijos sobre Alix, que le miraba con todo el afecto de una ternura filial, que temía perder una sola de sus palabras, el mismo grifo horrible que antes les había asombrado se dejó oír por segunda vez. Algunos minutos se pasaron en el silencio de la consternación, y todos tres se miraban esperando con inquietud la repetición del mismo grito. En fin, la compuerta que cerraba la primera entrada se levantó lentamente, y el cazador se presentó á la puerta con un aspecto en que se le veía que su firmeza empezaba á vacilar á vista de un misterio desconocido, contra el cual su fuerza, su valor y su experiencia le eran igualmente inútiles.



CAPITULO VII

No duermen; yo los veo sentados sobre aquella roca formando un grupo poseído de terror.

GRAY.

Permanecer ocultos mas tiempo, cuando semejantes sonidos se dejan oír en el bosque, dijo el cazador, sería despreciar un aviso que se nos ha dado para nuestro bien. Estas jóvenes señoras pueden permanecer donde estan, pero los Mohicanos y yo vamos á montar la guardia sobre la roca, y yo supongo que un Mayor del regimiento, número 60, tendrá á bien acompañarnos.

—¿Es tan urgente el peligro? preguntó Cora.

— El que puede crear sonidos tan estraños, y que los hace oír para utilidad del hombre, puede únicamente saber cuál es nuestro peligro. En cuanto á mí yo creería rebelarme contra la voluntad del ciclo si me enterrase en una caverna con tales avisos en el aire. El Pobre diablo que pasa su vida cantando se ha estremecido tambien con ese grito , y dice

que está pronto á marchar á la batalla. Si no se tratase mas que de una batalla, es una cosa que todos conocemos, y bien pronto se arreglaría ; pero yo he oido decir que cuando semejantes gritos se oyen entre el cielo y la tierra anuncian una guerra de otra especie.

—Si no tenemos otros peligros que temer que los que resulten de las causas sobrenaturales, dijo Cora con entereza, no tenemos gran motivo de alarma; pero ¿estais cierto de que nuestros enemigos no hayan inventado algun medio para aterrarnos, á fin de que su victoria sea mas facil ?

—Señora, respondió el cazador con un tono solemne, yo he oido por espacio de treinta años todos los sonidos que se pueden oir en los bosques; los he escuchado con tanta atencion como un hombre pueda escuchar cuando su vida depende muchas veces de la finura de su oido. No hay ahullido de pantera, silbido de pájaro burlon, ni diabólica invencion de los enemigos que pueda engañarme. He oido á los bosques gemir como á los hombres en su afliccion, he oido al relámpago chasquear en el aire como la hoja seca, despidiendo un resplandor azufrado, y jamas he pensado en otra cosa que en la voluntad del que tiene todo lo que existe bajo su dominio. Pero ni los Mohicanos ni yo, que soy un hombre blanco sin mezcla de sangre, podemos esplicar el grito que hemos oido dos veces en tan poco tiempo. Nos-

otros creemos que es una señal que nos es dada por nuestro bien.

—Eso es muy extraordinario, respondió Heyward volviendo á tomar sus pistolas, que habia dejado en un rincon de la caverna cuando habia entrado en ella; pero que sea una señal de paz o de guerra no debemos despreciarla. Mostradme el camino, amigo, y yo os acompañaré.

Saliendo de la caverna para entrar en el pasadizo, ó por mejor decir la hendidura que la separaba de la otra, sintieron sus fuerzas reanimarse en una atmósfera fresca y purificada por las aguas cristalinas del rio. Una brisa plegaba su superficie, y parecia acelerar la caída de las aguas en los abismos en que caía como un ruido como el del trueno. A escepcion de este ruido y del soplo del viento, la escena era tan tranquila como la noche, y la soledad podían hacerla. La luna dejaba caer sus rayos oblicuos sobre el rio y sobre el bosque, lo que parecia redoblar la oscuridad del paraje á que habían llegado al pie de la roca que se elevaba detrás de ellos. En vano cada uno de ellos, aprovechándose de la débil claridad, recorria con sus ojos las dos riberas para buscar en ellas alguna señal de vida que pudiese esplicarles la naturaleza de los sonidos espantosos que habían oído; sus miradas inútiles no podían descubrir mas que árboles y rocas.

—No se vé aquí sino la calma y la tran-

quilidad de una hermosa noche, dijo el Mayor á media voz. ¡ Qué hermosa nos parecería una escena como esta en otras circunstancias, Cora! Imaginaos estar en toda seguridad , y lo que aumenta quizá actualmente vuestro terror será para vos un nuevo motivo de placer.

— ¡ Escuchad ! dijo con viveza Alix , este aviso era inútil. El mismo grito, repelido por la tercera vez, acababa de dejarse oír; parecía salir del seno de las aguas, del medio del lecho del río, y se esparcía desde allí por los bosques de la circunferencia repetido por los ecos de las rocas.

—¿Hay por aquí alguno que pueda causar un sonido como este? dijo el cazador ; en ese caso que hable, porque por mi parte yo creo que no pertenece á la tierra.

—Sí, aquí hay uno que puede desengañaros, dijo Heyward. Yo reconozco ahora perfectamente esos sonidos, los he oído varias veces en el campo de batalla, y en otras ocasiones que se presentan muchas veces en la vida de un soldado: es el horrible grito que dá un caballo en la agonía ; es arrancado por el dolor, y algunas veces por un terror escesivo. O mi caballo está entre las garras de algun animal feroz, ó se vé en peligro sin medios para evitarle. No he podido reconocerle cuando estábamos en la caverna; pero al aire libre estoy seguro de que no me engaño.

El cazador y sus compañeros escucharon esta explicación tan sencilla con la sorpresa agradable de unos hombres que veían desvanecerse sus temores, desterrando las ideas desagradables que les ocupaban. Ambos hicieron una exclamación de placer en su lengua, y Ojo-de-halcón, después de un momento de reflexión, respondió al Mayor:

—Yo no puedo negar lo que vos decís, porque no soy inteligente en caballos, aunque no faltan en mi país. Es posible que haya una manada de lobos sobre la roca que se adelanta sobre su cabeza, y los pobres animales piden socorro al hombre en los términos que pueden. Uncas, bajad por el río en la canoa, y echad un tizon ardiendo en medio de esa banda furiosa, sin lo cual el miedo hará lo que los lobos no pueden llegar a hacer, y nos hallaremos mañana sin monturas cuando tengamos necesidad de caminar a paso largo.

El joven jefe había ya bajado a la orilla del río, y se preparaba para entrar en la canoa para ejecutar la orden, cuando unos largos ahullidos que partían de la ribera, y que se prolongaron por algunos minutos hasta que se perdieron en el fondo de los bosques, anunciaron que los lobos habían abandonado una presa que no podían conseguir, o que un terror repentino los había puesto en fuga. Uncas volvió inmediatamente, y tuvo una

nueva conferencia en voz baja con su padre y el cazador.

— Nosotros hemos sido esta noche, dijo entonces éste, como los cazadores que han perdido los puntos cardinales, y para quienes el sol ha estado oculto todo el día; pero al presente empezamos á ver las señales que deben dirigirnos, y el sendero está desembarazado de espinas. Sentaos á la sombra de la roca, que es mas espesa que la que dan los pinos; y esperemos lo que el Señor quiera hacer de nosotros. No habéis sino en voz baja, y quizá valdría mas que nadie hablase sino consigo mismo por algun tiempo.

Estas últimas palabras las pronunció con un tono grave, serio y propio para producir una viva impresion, aunque no daba ninguna otra señal de temor. Era evidente que la debilidad momentanea que habia manifestado habia desaparecido, gracias á la esplicacion de un misterio que su esperiencia era insuficiente para penetrar, y que aunque conoció estaban todavía en una posicion precaria, se habia armado de nuevo de toda la energía que le era natural para luchar contra todo lo que pudiese sobrevenir. Los dos Mohicanos parecían participar de los mismos sentimientos, y se colocaron á alguna distancia el uno del otro de modo que tuviesen á la vista las dos riberas y ellos mismos estuviesen ocultos en la oscuridad.

En semejantes circunstancias era natural que nuestros viajeros imitasen la prudencia de sus compañeros. Heyward fue á buscar á la caverna algunas brazadas de sassafra, que estendió en el intervalo estrecho que separaba las dos grutas, é hizo sentar en ellas á las dos hermanas que se hallaban así al abrigo de las balas o' de las flechas que se pudiesen arrojar de la una o' de la otra ribera, habiendo calmado sus inquietudes asegurándolas que ningun peligro podía sobrevenir sin que lo supiesen , y se colocó él mismo bastante cerca de ellas para poderlas hablar sin tener que levantar mucho la voz. David la Solfa, imitando á los dos salvages, estendió sus largos miembros en una hendidura de la roca de modo que no pudiese ser visto.

Las horas se pasaron así sin otra interrupcion. La luna estaba en el zenit, y su dulce claridad caía casi perpendicularmente sobre las dos hermanas dormidas en los brazos la una de la otra. Heyward estendió sobre ellas el gran chal de Cora, privándose de un espectáculo que le agradaba contemplar , y buscó para sí una almohada sobre la roca. David nacía ya sonar unos tonos de que un oído delicado se hubiera descontentado si hubiera podido oírlos. En una palabra, los cuatro viajeros se dejaron vencer del sueño.

Pero sus protectores infatigables no suspendieron un momento su vigilancia. Inmóvi-

les como la roca de que cada uno de ellos parecía hacer parte, sus ojos solos se volvian á una parte y á otra á lo largo de la línea oscura trazada por los árboles que guarnecían las dos riberas del río, y que formaban las veredas del bosque. No pronunciaban una palabra, y el examen mas atento no hubiera podido reconocer que respiraban. Era evidente que esta circunspeccion escesiva en apariencia, *les* habia sido inspirada por una esperiencia que toda la destreza de sus enemigos no podia engañar; sin embargo, su vigilancia no les hizo sospechar ningun peligro. En fin, la luna descendió ácia el horizonte, y un debil resplandor que se manifestó sobre las cimas de los árboles, en un recodo que hacía el río á alguna distancia, anuncio' que la aurora no tardaria en aparecer.

Entonces una de estas estatuas se animo'; el cazador se levantó, se deslizó á gatas por la roca, y despertó al Mayor.

—Es tiempo de ponemos en camino, le dijo: despertad á las damas, y estad prontos á subir á la canoa luego que yo os dé la señal.

—¿Habeis tenido una noche tranquila? le preguntó Heyward; en cuanto á mí yo creo **que** el sueño ha triunfado de mi vigilancia.

—Todo está todavía tranquilo como la media noche, respondió Ojo-de-halcon. Silencio y prontitud.

El Mayor se levantó inmediatamente y le-

vantó el chall con que había cubierto á las dos hermanas. Este movimiento despertó á medias ¿Cora, y estendió la mano como para rechazar de sí lo que turbaba su reposo, mientras que Alix decía entre dientes con una voz dulce: No, padre mío, no estábamos abandonadas, Duncan estaba con nosotras.

— Sí, encantadora inocente, dijo en voz Laja el joven mayor trasportado de placer, Duncan está con vos, y en tanto que conserve la vida, en tanto que algun peligro os amenaza, no os abandonará jamás. ¡Alix, Cora! despertad, que ya es hora de marchar.

Un grito de terror dado por la mas joven de las dos hermanas, y la vista de la mayor, de pie delante de él, imagen del horror y de la consternacion , fueron la única respuesta que recibió. Apenas acababa de hablar cuando resonaron en los bosques unos gritos y ahullidos tan espantosos, que helaron la sangre en sus venas. Se hubiera creído que todos los demonios del infierno se habían apoderado del aire que les rodeaba, y exhalaban su furor bárbaro con sonidos atroces; no se podía distinguir de qué lado partían estos gritos aunque parecían llenar los bosques retumbando sobre el rio, en las rocas y hasta en las cavernas.

Este tumulto despertó á David: levantó su gran talla en toda su estension, tapándose las orejas con las dos manos, y exclamó:

— ¡Qué estrepito! ¿se ha abierto el infierno para que oigamos semejantes alaridos?

Doce relámpagos brillaron al mismo tiempo sobre la ribera opuesta, otras tantas explosiones les siguieron inmediatamente, y el pobre la Solfa cayó privado de todo conocimiento sobre el mismo sitio donde acababa de dormir tan profundamente. Los dos Mohicanos respondieron atrevidamente con otros gritos semejantes á los de triunfo que dieron sus enemigos viendo caer á David. Los fusilazos se correspondieron viva y rápidamente; pero los combatientes de ambas partes eran demasiado hábiles y prudentes para mostrarse al descubierto.

El Mayor, pensando que la fuga era el único recurso que les quedaba, esperaba con impaciencia que el ruido del ramage le anunciase la llegada de la canoa á la plataforma; veía ésta y veía el rio correr con su rapidez ordinaria; pero la canoa no parecía. Ya empezaba á sospechar si el cazador les habria cruelmente abandonado, cuando un rastro de luz que partía de la roca situada á sus espaldas, y que fue seguido de un ahullido de agonía, le manifestó que el mensajero de muerte salido del largo fusil de Ojo-de-halcon, habia herido á una víctima. A este primer contratiempo los asaltantes se retiraron inmediatamente, y todo se quedó tan tranquilo como antes de este tumulto inopinado.

El Mayor se aprovechó del primer momento de calma para trasportar al desgraciado David á la hendidura estrecha que protegía á las dos hermanas, y un momento despues toda la pequeña tropa estaba reunida en el mismo parage.

—El pobre diablo ha salvado su cabellera, dijo el cazador con la mayor sangre fria, pasando la mano sobre la cabeza de David; pero esto prueba que un hombre puede nacer con una lengua muy larga y un cerebro muy estrecho. ¿No era la mayor locura mostrar seis pies de carne y de hueso sobre una roca pelada á unos salvages furiosos? Toda mi sorpresa es que haya sacado la vida á salvo.

—¿No está muerto? preguntó Cora con una voz cuyo sonido contrastaba con la firmeza eme afectaba; ¿podemos hacer algo por ese desgraciado?

—No temais nada, la vida no le falta todavía; bien pronto volverá en sí, y será mas prudente hasta que le llegue su hora. Echando entonces sobre David una mirada oblicua, sin dejar de cargar su fusil con la mayor serenidad:— Uncas, dijo el cazador, llevadle á la caverna, y estendedle sobre el sassafra. Quanto mas tiempo permanezca en este estado, sera mejor para él, porque yo dudo que en estas rocas halle donde poner á cubierto sus largos miembros, y los iroqueses no le pagarán su melodía.

—¿Creeis que volveran á la carga? preguntó el Mayor.

—¿Es posible creer que un lobo hambriento se contente con haber comido un bocado? han perdido un hombre, y es su costumbre retirarse cuando no consiguen sorprender á sus enemigos y que tienen una pérdida; pero pronto los veremos volver con nuevos expedientes para apoderarse de nosotros, y hacer un trofeo de nuestras cabelleras. Nuestra única esperanza es mantenemos sobre esta roca hasta que Munro nos envíe socorro, y Dios quiera que sea pronto, y que el jefe del destacamento conozca bien los usos de los indios.

Mientras hablaba así, su frente estaba cubierta de una sombría inquietud; pero esta se disipó como una nubecilla al impulso de los rayos del sol.

—Ya oís lo que tenemos que temer, Lora, dijo Heyward; pero también sabeis que debemos esperar lo todo de la experiencia de vuestro padre y del desasosiego que le causará vuestra ausencia. Venid, pues, con Alix á esta caverna, donde á lo menos no tendreis nada que temer de las balas de nuestros feroces enemigos si se vuelven á presentar, y donde podreis dar á este desgraciado compañero los auxilios que os inspire vuestra compasión. Las dos hermanas le siguieron á la segunda caverna, donde David empezaba á dar algunas señales

vida, y recomendándole á su cuidado hizo un movimiento para dejarlas.

—¡Duncan!.... dijo Cora con una voz trémula en el instante en que iba á salir de la gruta, y esta palabra bastó para detenerle. Volvió la cabeza, y observó que los colores de las mejillas de Cora habían dejado su sitio á una palidez mortal; sus labios temblaban, y le miraba con un semblante de interés que le hizo llegarle á ella inmediatamente. Acordaos, Duncan, continuó Cora, cuán necesaria es vuestra seguridad á la nuestra; no olvidéis el deposito sagrado que un padre os ha confiado; pensad que todo depende de vuestra prudencia y de vuestra discrecion y no perdáis de vista cuan querido sois de todo lo que tiene el nombre de Munro. A estas últimas palabras Cora se volvió á colorear con todo el vermellon de su tez que se difundió hasta su frente.

—Si alguna cosa pudiese aumentar en mí el deseo de vivir, seria precisamente una con fianza tan lisongera, respondió el Mayor, dejando caer involuntariamente una mirada sobre Alix, que guardaba silencio. Nuestro huesped os dirá que como Mayor del regimiento número 60, debo contribuir á la defensa de la plaza; pero esto será facil, pues no se trata demas que de contener á una tropa de salvages por algunas horas.

Sin esperar respuesta, el Mayor se separó violentamente del encanto que le retenía cerca

de las dos hermanas, y fue á reunirse con el cazador y sus compañeros, á quienes halló en el parage estrecho que comunicaba de una caverna á otra.

—Yo os repito, Uncas, decia el cazador cuando el Mayor Ilego, que desperdiciáis vuestra pólvora, echais una carga muy fuerte, y el rechazo del fusil impide que la bala siga la direccion que se la quiere dar. Poca pólvora, lo que es menester de plomo y un brazo largo, con esto pocas *vece*, se deja de arrancar á un mingo su ahullido de muerte. A lo menos eso es lo que la esperiencia me ha enseñado. Vamos, vamos cada uno á su puesto, porque nadie puede decir cuándo ni por donde un macua atacará á su enemigo.

Los dos indios fueron en silencio á colocarse en el mismo sitio donde habían pasado la noche, á cierta distancia el uno del otro, en las cortaduras de las rocas que dominaban las inmediaciones de la catarata. Algunos pequeños pinos desmedrados habian crecido en el centro de la islilla, y formaban en ella una especie de bosque, y allí fue donde se apostaron el cazador y Heyward. Establecieronse detras de un baluarte de grandes piedras lo mejor que las circunstancias lo permitían. Detras de ellos se elevaba una roca, de figura redonda, que el agua del rio batía inútilmente, y que la forzaba á precipitarse por dos ramales á los abismos de que ya hemos hablado. Como

el día empezaba á aclarar, las dos riberas no oponían ya á la vista una barrera de tinieblas impenetrables, y la vista podía internarse en el bosque basta una cierta distancia.

Largo tiempo permanecieron en su puesto, sin que nada les diese á entender que los enemigos tuviesen intencion de volver á la carga, y el Mayor empezaba ya á consentir en que los salvages, desanimados por el mal éxito de su primer ataque, renunciarían enteramente á otro.

— No conoceis la naturaleza de un macua, le respondió Ojo-de-halcon meneando la cabeza con semblante de incredulidad, si imagináis que se retirará tan fácilmente sin haber conseguido á lo menos una de nuestras cabelleras. Los que ahullaban esta mañana serían unos cuarenta, y saben muy bien cuantos somos nosotros; por consecuencia no pueden haber renunciado tan pronto á su empresa. ¡Silencio! mirad allá abajo en el rio cerca de la primera caída de agua. Quiero morirme si los infames no han tenido la audacia de pasar á nado, y como nuestra desgracia lo quiere, han sido bastante dichosos para sostenerse en medio del rio, y evitar las dos corrientes. ¡Vedlos que llegan á la punta de la isla! Silencio, no os manifesteis, ó vais á tener la cabeza *escalpelada* sin mas dilacion que la que se necesita para pasar un cuchillo á su alrededor.

Heyward levantó la cabeza con precaucion

y vió lo que le pareció con razon un milagro de destreza y de temeridad. La accion del agua, continuada por largo tiempo, había desgastado la roca en términos que la primera caída era menos violenta y menos perpendicular que lo son generalmente las cataratas. Algunos de aquellos enemigos encamizados habían tenido la audacia de abandonarse á la corriente, esperando poder despues ganar la punta de la isla , á los lados de la cual estaban las dos formidables caídas de agua , y saciar su venganza sacrificando sus víctimas.

Al instante en que el cazador dejó de hablar, cuatro de ellos mostraron sus cabezas por encima de algunos troncos de árboles que el rio había arrastrado, y que habiéndose detenido en la punta de la isla habían quizá sugerido á los salvages la idea de su peligrosa empresa. Otro estaba un poco mas lejos; pero éste no habia podido resistir á la corriente; hacía vanos esfuerzos para volver á ganar el borde de la isla, y tendia de tiempo en tiempo un brazo á sus compañeros como para pedirles auxilio con unos ojos brillantes que parecian salirse de su órbita; en fin, la violencia del agua le arrebató, y fue precipitado en el abismo; un ahullido de desesperacion pareció salir de su seno , y quedó el infeliz sepultado para siempre.

Un impulso de generosidad natural hizo hacer un esfuerzo á Duncan para ver si era

posible socorrer á aquel hombre que perecía, pero se sintió detenido por la mano de su compañero.

—¿Qué vais á hacer? le pregunto éste con voz baja pero firme ; ¿quereis atraer sobre nosotros una muerte inevitable manifestando á los mingos donde estamos? eso equivale á una descarga de pólvora ahorrada, y las municiones nos son tan necesarias como el aliento al venado perseguido. Poned otro cebo á vuestras pistolas, porque la humedad del aire, causada por la catarata , puede quizá haberse comunicado á la pólvora; y preparaos á un combate cuerpo á cuerpo luego que yo haya disparado mi fusil.

A estas palabras se metió un dedo en la boca y dió un silbido prolongado, el que fue correspondido desde el otro lado de la roca donde estaban apostados los dos Mohicanos. Este sonido hizo aparecer de nuevo las cabezas de los nadadores que procuraban distinguir de donde salía , pero desaparecieron al mismo instante. En este momento un ligero ruido que el Mayor sintió detras de sí le hizo volver la cabeza, y vió á Uncas que se acercaba á ellos arrastrando. Ojo-de-halcon le dijo algunas pala-bras en delaware , y el joven tomó el sitio que le fue indicado con admirable prudencia y con una serenidad imperturbable. Heyward esperi-mentaba toda la irritacion de la impaciencia; pero el cazador en este momento crítico creyó

todavía poder dar algunas lecciones á sus compañeros sobre el uso de las armas de fuego.

—De todas las armas, dijo él, el fusil de cañon largo y bien templado es la mas peligrosa cuando está en buenas manos, pero exige un brazo vigoroso, una puntería exacta y una medida de pólvora muy arreglada para hacer todos los servicios que se necesitan. Los armeros no reflexionan bastante sobre su oficio al tiempo de fabricar las escopetas y los juguetes que llaman pistolas de ar....

Al llegar aquí fue interrumpido por Uncas, que hizo á media voz la exclamacion ordinaria de su nacion: ¡hugh, hugh!

—Ya los veo, ya los veo bien, dijo el cazador; se preparan á subir sobre la isla, sin la cual no mostrarían su pecho rojo fuera del agua. ¡Pues bien! que vengan, añadió, examinando de nuevo el cebo y la piedra de su fusil; el primero que se adelante encontrará seguramente la muerte, aun cuando fuese el mismo Montcalm.

En este momento los cuatro salvages pusieron el pie sobre la isla, en medio de ahullidos espantosos, que partieron al mismo tiempo de los bosques vecinos. Heyward estaba impaciente por correr á su encuentro, pero se moderó viendo la calma imperturbable de sus compañeros. Cuando los salvages se pusieron á trepar por las rocas á que habían conseguido lle-

gar, y que dando horribles gritos empezaron á internarse en la isla, el fusil del cazador se levantó lentamente del medio de los pinos, salió el tiro, y el indio que marchaba el primero, dando un salto como un gamo herido, fue precipitado desde lo alto de las rocas.

— Ahora, Uncas, dijo el cazador con los ojos centelleándole de furor y sacando su gran cuchillo; atacad á aquel canalla que está mas distante, y nosotros cuidaremos de los demas. Uncas le obedeció atrevidamente, y cada uno no tenia mas que un enemigo que combatir. Heyward habia dado al cazador una de sus pistolas; hicieron fuego los dos cuando estuvieron al alcance, pero ambos sin efecto.

— Ya lo sabía yo, ya os lo decía, exclamó el cazador arrojando con desden encima de las rocas un instrumento que despreciaba. ¡ Venid acá, perros del infierno! ¡Llegad! aquí encontrareis un hombre, cuya sangre no está cruzada. Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se halló frente á frente con un salvaje, de una talla gigantesca, y cuyas facciones anunciaban la ferocidad: Duncan al mismo tiempo se vio atacado por el otro. El cazador y su adversario se agarraron con destreza uno á otro por el brazo que estaba armado del cuchillo fatal. Por espacio de un minuto se midieron con los ojos, cada uno haciendo esfuerzos extraordinarios para soltar su brazo sin dejar el de su contrario. En fin, los mús-

culos robustos y endurecidos del blanco consiguieron la ventaja sobre los de su antagonista monos ejercitado. El brazo de éste cedió á Ojo-de-halcon, que recobrando el uso de su mano derecha clavo el arma acerada que tenia en el corazon de su adversario , que cayo sin vida á sus pies.

Durante este tiempo, Heyward tenia que sostener una lucha aun mas peligrosa. Desde el primer ataque su espada había sido rota por un golpe de cuchillo terrible de su enemigo, y como no tenia otra arma defensiva no podía ya contar sino con su vigor y su resolucion desesperada. Pero se las había con un enemigo que no carecía de vigor ni de resolucion. Felizmente consiguió desarmarle; su cuchillo cayó sobre la roca, y desde este momento ya no se trato' mas que de saber cuál de los dos conseguiría precipitar al otro. Cada esfuerzo que hacían les aproximaba á la orilla del abismo donde las aguas del rio se sumergían. Heyward tenia la garganta oprimida por la mano de su adversario; veía sobre sus labios una sonrisa feroz que anunciaba que consentía en perecer sí podía arrebatarse á su enemigo en su ruina, y sentía que su cuerpo cedía poco á poco á una fuerza superior de músculos, y experimentaba la angustia de semejante momento en todo su horror. En este instante de extremo peligro vió parecer entre él y el salvaje un brazo rojo y la hoja de un cuchillo: el indio sol-

tó la presa al instante; arroyos de sangre sa-
lian de su mano que acababa de ser cortada, y
mientras que el brazo salvador de Uncas tiraba
á Heyward ácia atrás, su pie precipitó en el
abismo á su feroz enemigo, cuyas miradas
eran todavía amenazadoras.

— ¡En retirada! ¡en retirada! gritó el cazador
que acababa de triunfar de su adversario. ¡En
retirada! ¡ nos vá en ello la vida! No hay que
creer que este es asunto concluido.

El jóven Mohicano dió un gran grito de
triunfo segun el uso de su nacion, y los tres
vencedores bajando de la roca volvieron al
puesto que ocupaban antes del combate.



CAPITULO VIII.

Vengadores de su patria esperan todavía.

La prediccion que acababa de hacer el cazador no era sin motivo. Mientras el combate que acabamos de referir, ninguna voz humana se habia mezclado al ruido de la catarata, se hubiera dicho que el interés que inspiraba imponía silencio á los salvages reunidos sobre la ribera opuesta, y los tenia en suspension mientras que los cambios rápidos que sobrevenían en la posicion de los combatientes les impedia hacer un fuego que hubiera podido ser fatal á un amigo igualmente que á un enemigo. Pero luego que la victoria se decidió, mil ahullidos de rabia, de venganza y de ferocidad se elevaron sobre toda aquella orilla; llenaron el aire de gritos, y las descargas de fusilería se sucedieron con rapidez, como si estos bárbaros hubiesen querido vengar sobre las rocas y los árboles la muerte de sus compañeros.

Chingachgook habia permanecido en su puesto durante todo el combate con una reso-

lucion impertérrita, y hallándose allí á cubierto, hacia á los salvages un fuego tan inutil como el suyo. Cuando el grito de triunfo de Uncas había llegado á sus oídos, el padre satisfecho había manifestado su alegría con otro semejante, despues de lo cual no se advirtió que estaba en su puesto sino por los fusilazos que continuaba disparando. Muchos minutos se pasaron así con la rapidez del pensamiento, los asaltantes no suspendían su fuego, tan pronto por descargas cerradas como por tiros sueltos. Las rocas, los árboles, las matas estaban marcadas con las balas alrededor de los sitiados; pero ellos estaban de tal modo á cubierto en el sitio que habían escogido, que David era el único de ellos que estuviese Tiendo.

—Que gasten su pólvora, dijo el cazador con la mayor serenidad mientras que las balas silbaban sobre su cabeza y las de sus compañeros; cuando hayan acabado tendremos plomo que recoger, y yo creo que los bandidos se cansarán del fuego antes que estas rocas les pidan cuartel. Uncas, os repito que poneis una carga muy fuerte; jamás un fusil que rechaza pone una bala en el blanco. Yo os habia encargado apuntar á aquel canalla por encima de la línea blanca de su frente, y la hala ha pasado dos pulgadas mas arriba. Los mingos tienen la vida dura, y la humanidad nos manda sofocar la serpiente lo mas pronto posible.

Había hablado esto en inglés, y una ligera sonrisa del joven Mohicano manifestó que entendía esta lengua, y que había comprendido bien lo que le había dicho Ojo-de-halcon. Sin embargo, no respondió nada, ni procuró justificarse.

— No puedo permitir que acuseis á Uncas de falta de tino ni de destreza, dijo el Mayor. Acaba de salvarme la vida con tanta sangre fría como valor, y se ha adquirido un amigo que no tendrá necesidad jamás de que se lo recuerde.

Uncas se levantó para dar la mano á Heyward. Durante esta manifestacion de afecto, brillaba en la fisonomía del joven salvaje tal nobleza é inteligencia que su color y su nacion desaparecieron de la imaginacion de Duncan.

Ojo-de-halcon miraba con una indiferencia que no era sin embargo efecto de insensibilidad la muestra de amistad que se daban los dos jóvenes. La vida, dijo él con un tono tranquilo, es una obligacion que se deben los amigos recíprocamente. Yo me atrevo á decir que he hecho algun servicio de esta clase á Uncas, y me acuerdo muy bien que se ha colocado entre mí y la muerte cinco veces, tres combatiendo contra los mingos, otra atravesando el horican, y la última

— He aquí un tiro que venia mejor dirigido que los otros, dijo el Mayor haciendo un

movimiento involuntario, al tiempo que una bala rechazaba en una roca donde habia herido á su lado.

El cazador recogió la bala, y habiéndola examinado con cuidado, dijo meneando Ja cabeza: — ¡esto es muy extraño! una bala no se aplasta al caer. ¿Tiran sobre nosotros desde las nubes?

El fusil de Uncas habia ya apuntado ácia el rielo, y Ojo-de-halcon siguiendo la direccion halló inmediatamente la esplicacion de este misterio. Una grande encina se elevaba sobre la ribera derecha del rio, precisamente enfrente del parage en que se hallaban. Un salvaje se habia subido sobre sus ramas, y desde allí dominaba sobre lo que los tres aliados habían mirado como un fuerte inaccesible á las balas. Este enemigo, oculto detras del tronco del árbol, se manifestaba en parte como para ver el efecto que habia producido su primer tiro.

—Esos demonios escalarán el cielo para caer sobre nosotros dijo el cazador; no tireis todavía, Uncas, esperad que yo esté prevenido y haremos fuego por los dos lados al mismo tiempo.

Uncas obedeció. Ojo-de-halcon dió la señal, y los dos tiros salieron á un mismo tiempo, las hojas y la corteza de la encina volaron por el aire, y fueron arrebatadas por el viento; pero el indio protegido por el tronco quedó salvo, y manifestándose otra vez con

una sonrisa feroz, tiró un segundo balazo que atravesó el gorro al cazador. Volvieron á salir del bosque ahullidos horrorosos, y una multitud de balas silbaron por encima de las cabezas de los sitiados como si sus enemigos hubiesen querido impedirles abandonar un sitio donde esperaban que caerian en fin bajo los golpes del guerrero emprendedor que habia establecido su puesto en lo alto de la encina

— Es menester poner orden en esto, dijo el cazador mirando á su alrededor con un aire de inquietud. — Uncas, llamad á vuestro padre, porque tenemos necesidad de todas nuestras armas para derribar aquella oruga de su árbol.

La señal fue dada inmediatamente, y antes de que Ojo-de-halcon hubiese vuelto á cargar su fusil, Chingachgook estaba á su lado. Cuando su hijo le hizo observar la situacion de su peligroso enemigo, la exclamacion hugh se escapó de sus labios, despues de lo cual no mostró ningun síntoma de sorpresa ni de temor. El cazador y los dos Mohicanos hablaron un instante en lengua delaware, despues de lo cual se separaron para ejecutar el plan que habían concertado, colocándose el padre y el hijo sobre la izquierda y Ojo-de-halcon sobre la derecha.

Desde el momento en que fue descubierto el guerrero apostado sobre la encina habia continuado su fuego sin otra interrupcion que la

precisa para cargar su fusil. La vigilancia de sus enemigos le impedía apuntar bien, porque desde que dejaba en descubierto una parte de su cuerpo se hacía el blanco de los tiros de los Mohicanos ó del cazador. Sin embargo sus balas llegaban muy cerca de su destino; Heyward, á quien su uniforme ponía mas en evidencia, recibió muchos en el vestido, otro y último le raspo el brazo y le hizo correr algunas gotas de sangre.

Animado por este suceso, el salvaje hizo un movimiento para apuntar mejor, y este movimiento dejó al descubierto su pierna y muslo derecho. Los ojos vivos y vigilantes de los Mohicanos le percibieron inmediatamente; los dos tiros salieron á un tiempo, y no produjeron mas que una sola esplosion. El salvaje quiso retirar su muslo herido, y el esfuerzo que debió hacer descubrió el otro lado de su cuerpo. Pronto como un relámpago, el cazador hizo fuego tambien, y al mismo tiempo se vió el fusil del huron caérsele de las manos y caer él mismo ácia delante no pudiéndole sostener sus dos muslos heridos; pero en su caída se agarro con las dos manos á una rama, quese dobló con el peso sin romperse y quedó suspendido entre el cielo y el abismo sobre el borde del cual estaba situada la encina.

— Por piedad enviadle otra bala, dijo Heyward volviendo los ojos de tan horrible espectáculo.

—¡Ni siquiera una china! respondió Ojo-de-halcon; su muerte es cierta, y no tenemos tanta pólvora que podamos gastarla inutilmente. Se trata de nuestras cabelleras ó las tuyas, y Dios que nos ha criado ha puesto en nuestro corazon el amor de la vida.

No habia nada que responder á un razonamiento político de esta naturaleza. En este momento los ahullidos de los salvages dejaron de oirse, interrumpieron su fuego, y por ambas partes estaban fijos los ojos sobre el desgraciado que se hallaba en una situacion tan peligrosa. Su cuerpo cedía al impulso del viento, y aunque no prorumpia en una queja ni gemido, se veía sobre su fisonomía, á pesar de la distancia la angustia de una desesperacion que parecía aun desafiar y amenazar á sus enemigos.

Tres veces Ojo-de-halcon levanto su fusil por un movimiento de piedad para abreviar sus tormentos, y tres veces la prudencia le hizo dejarle en tierra. En fin, una mano del huron agotado cayo' sin movimiento á su lado, y los esfuerzos inútiles que hizo para volverla á levantar y agarrarse de nuevo á la rama, á la cual la otra le tenia todavía suspenso, dieron á este espectáculo un nuevo grado de horror. El cazador no pudo resistir mas; la bala partió, la cabeza del salvage se inclinó sobre su pecho, sus miembros temblaron, su segunda mano dejó de apretar la rama que le sostenia,

y cayendo al abismo que tenia debajo, desapareció para siempre.

Los Mohicanos no dieron el acostumbrado grito de triunfo, antes se miraban uno á otro como poseidos de horror. Un solo ahullido se dejó oír por el lado del bosque, y un profundo silencio sucedió á él. Ojo-de-halcon parecia únicamente ocupado de lo que acababa de hacer, y se reprendía á sí mismo por haber cedido á un momento de debilidad.

— fíe procedido como un niño, dijo él; esta era mi última carga de pólvora y mi última bala ; ¿qué importaba que cayese en el abismo vivo ó muerto ? era preciso que concluyese por caer. — Uncas, id corriendo á la canoa, y traed el cuerno grande que es todo lo que nos queda de pólvora, y creo que necesitaremos hasta el último grano, ó yo conozco muy mal á los mingos.

El joven Mohicano marchó inmediatamente, dejando al cazador revolviendo todos sus bolsillos y sacudiendo el cuerno vacío con un semblante de disgusto. Este examen poco satisfactorio no duro mucho tiempo, porque fue distraído de él por un grito penetrante que arrojó Uncas, y que fue para el oído poco acostumbrado de Duncan una señal de alguna otra desgracia inesperada. Atormentado de inquietud por el depósito precioso que habia dejado en la caverna, se levanto inmediatamente sin pensar en el peligro á que se esponia mostrán-

dose así al descubierto. El mismo movimiento de sorpresa y de terror hizo que sus dos compañeros le imitasen; y los tres corrieron con rapidez ácia el desfiladero que separaba las dos grutas, mientras que sus enemigos les tiraban algunos balazos, de los cuales ninguno hizo efecto. El grito de Uncas habia hecho salir de la caverna á las dos hermanas, y aun á David, cuya herida no era de consideracion. Toda la pequeña tropa se halló reunida, y no fue menester mas que una ojeada sobre el rio para hacerse cargo del motivo que habia ocasionado el grito del joven gefe.

A poca distancia de la roca se veía la canoa flotando de un modo que manifestaba que su curso era dirigido por algun agente oculto. Luego que el cazador lo vid, apoyo su fusil al hombro como por instinto, tiro' del gatillo, pero la piedra no produjo mas que un fogonazo inútil.

— ¡ Es muy tarde! exclamó con un tono de desesperacion; ¡ es muy tarde! el bandido ha ganado la corriente; y aun cuando tuviésemos pólvora, apenas podríamos enviarle una bala mas rápidamente que lo que él voga en este momento.

— Cuando él acababa de hablar, el huron, oculto bajo la canoa, se mostró á descubierto, levantó las manos en el aire para hacerse observar por sus compañeros, y dió un grito de triunfo, al cual correspondieron muchos ahulli-

dos de alegría como si una banda de diablos se hubiese alegrado de la caída de un alma cristiana-

—Teneis razon de alegraros, hijos del infierno, dijo Ojo-de-halcon, sentándose sobre el pico de una roca, y dando un puntapie á su arma inútil. He aquí los tres mejores fusiles que hay en los bosques, que no valen mas que una rama de árbol apolillada, ó los cuernos arrojados por los venados en el año anterior.

—¿Y qué vamos á hacer ahora ? preguntó Heyward, no queriéndose dejar abatir, y de seando conocer qué recursos les quedaban; ¿que vá á ser de nosotros?

El cazador no le respondió sino haciendo una señal con la mano alrededor de la cabellera , con un modo tan espresivo, que se necesitaban pocas palabras para explicar lo que quería decir.

—Todavía no estamos reducidos á esa estremidad, respondió el Mayor; podemos defendernos en las cavemas, y oponemos á su desembarco.

—¿Con qué ? preguntó Ojo-de-halcon con frialdad; ¿con las flechas de Uncas , ó con las lágrimas de las mugeres? No, no, el tiempo de la resistencia ha pasado. Vos sois joven, sois rico , teneis amigos; con todo esto yo conozco que es duro morir. Pero , añadió él echando una ojeada sobre los dos Mohicanos, acordémonos de que nuestra sangre es pura,

y manifestemos á esos habitantes del bosque que el blanco puede sufrir y morir con tanta firmeza como el hombre rojo cuando su hora es llegada.

Heyward, habiendo echado una ojeada rápida en la dirección que habían tomado los ojos del cazador, vió la confirmación de todos sus temores en la conducta de los dos indios. Chingachgook, sentado en una aptitud de dignidad sobre otro fragmento de roca, había ya sacado de su cintura su cuchillo y su tomahawk; despojó su cabeza de la pluma de águila, y pasaba la mano sobre su mechón de pelo como para prepararle á la operación que esperaba sufrir inmediatamente. Su fisonomía estaba tranquila, aunque pensativa, y sus ojos negros y brillantes perdían el ardor que les había animado durante el combate, tomando una expresión más análoga á la situación en que se hallaba.

—Nuestra posición no es todavía desesperada, dijo el Mayor; puede llegarnos socorro á cada momento. Yo no veo enemigos en las inmediaciones; sin duda se han retirado renunciando á un combate, en el cual han reconocido que tienen que perder más que ganar.

—Es posible que pase una hora, dos horas, respondió Ojo-de-halcón, antes de que esas malditas serpientes lleguen, como es posible que ya nos estén escuchando; pero sin duda llegarán, y en términos que no nos quede nin-

guna esperanza. Chingachgook, hermano, añadió él, sirviéndose entonces de la lengua de los delaware, acabamos de combatir juntos por la última vez, y los macuas daran el grito de triunfo al dar la muerte al sábio Mohicano y á la cara pálida, cuya vista les aterraba tanto de dia como de noche.

—¡Que lloren las mugeres de los mingos su muerte! dijo Chingachgook con su dignidad ordinaria y con una firmeza imperturbable; la gran serpiente de los Mohicanos se ha introducido en sus wigwams, y ha emponzoñado su triunfo por los llantos de los niños, cuyos padres no volverán jamas. Once guerreros han sido estendidos por tierra, lejos de los sepulcros de sus padres desde el último derretimiento de las mieses , y nadie dirá donde se hallan en tanto que la lengua de Chingachgook guarde silencio. Que saquen el cuchillo mejor afilado, que levanten su tomahawk el mas pesado, porque su mas peligroso enemigo está entre sus manos. Uncas, hijo mio, última rama de un noble tronco, llama á esos cobardes, diles que se apresuren ó sus corazones se ablandarán y no serán ya mas que mugeres.

—Están en la pesca de sus muertos, respondió la voz dulce y grave del joven indio; los hurones nadan en el rio con las anguilas; caen de las encinas como la fruta madura y los delaware se rien.

— Sí, sí, dijo el cazador que había escuchado los discursos característicos de los indios; se calienta la sangre y escitan á los macuas á que los despachen pronto; pero en cuanto á mí, como que mi sangre no tiene mezcla, sabré morir como debe un blanco, sin palabras insultantes en la boca y sin amargura en el corazón.

—¿Y por qué se ha de morir? dijo adelantándose ácia él Cora, á quien el terror había tenido hasta entonces separada de esta escena y apoyada sobre la roca; el camino le tenéis franco en este momento; sin duda estais en estado de atravesar este río á nado; huid á los bosques que vuestros enemigos acaban de abandonar, é invocad el favor del cielo. ¡Marchad, valientes! demasiados riesgos habeis corrido ya por nosotros; no os unais por mas tiempo á nuestra desgraciada fortuna.

—Vos no conoceis á los iroqueses, si creéis que no observan todos los senderos que conducen al bosque, respondió Ojo-de-halcon, añadiendo con sencillez: Es muy cierto que con solamente dejamos llevar de la corriente estaríamos bien pronto fuera del alcance de sus balas, y aun del sonido de su voz.

—¿Y por qué tardais, exclamó Cora; echaos al río; no aumenteis el número de las víctimas de un enemigo sin piedad,

—No, dijo el cazador, echando á su alrededor una mirada de orgullo; vale mas morir en paz consigo mismo, que vivir con mala con-

ciencia. ¿Qué podríamos responder á Munro, cuando nos preguntase dónde habíamos dejado á sus hijos, y por qué los habíamos abandonado?

—Id á verle, y decidle que nos envíe pronto socorros, replicó Cora con un género de entusiasmo; decidle que los hurones nos arrastran á los desiertos por la parte del norte; pero que con vigilancia y celeridad puede todavía salvarnos. Y si sucediese que el socorro llegase demasiado tarde, añadió con una voz mas conmovida, pero que volvió á tomar inmediatamente toda su firmeza, llevadle el último á Dios; las protestas de ternura, las bendiciones y súplicas de sus dos hijas; decidle que no llore su fin prematuro, y que espere con humilde confianza el instante en que el cielo le permita volverlas á ver.

Las facciones endurecidas del cazador parecieron agitadas de un modo extraordinario. Había escuchado con grande atención, y cuando Cora hubo concluido de hablar, apoyó la barba sobre una mano, y guardó silencio como un hombre que reflexionaba sobre la proposición que acababa de oír.

—Es muy razonable todo eso, dijo en fin, y no se puede negar que ese es el espíritu del cristianismo. Lo que puede ser un bien para un hombre rojo, puede ser un mal para un blanco, que no tiene una gota de sangre mezclada que alegar por excusa. Chingachook,

¿ Uncas, habeis oido lo que acaba de decir la muger Llanca de ojos negros ?

Entonces les habló algunos instantes en delaware; y sus discursos, aunque pronunciados con un tono tranquilo y pacífico, parecían tener un sentido decisivo. Chingachgook le escucho' con su gravedad ordinaria; pareció conocer la importancia de lo que decia, y reflexionar sobre ello profundamente. Despues de haber estado vacilante algun tiempo, hizo con la cabeza y con la mano una señal de aprobacion , y pronunció en inglés la palabra ¡ Bien! con el énfasis ordinario de su nacion. Volviendo entonces á poner en su cinto su tomahawk y su cuchillo, fue en silencio al borde de la roca por el lado opuesto á la ribera que los enemigos habían ocupado, se detuvo allí un momento, señaló los bosques que estaban al otro lado, dijo algunas palabras en su lengua como para indicar el camino que debia seguir, se echo' en el rio, ganó la corriente rápida, y desapareció en pocos momentos á los ojos de los espectadores.

—El cazador difirió algunos momentos su partida para dirigir algunas palabras á la generosa Cora, que parecía respirar mas libremente viendo el éxito de sus razonamientos.

—La sabiduría le es concedida algunas veces á los jóvenes como á los viejos, la dijo; y lo que acabais de decir es sabio por no decir mas. Si os arrastran á los desiertos, es decir,

¿, aquel de vosotros que no perezca en el instante, romped cuantas ramas de árboles podais en vuestro paso, y apoyad el pie al marchar á fin de que se imprima la señal de vuestras plantas en la tierra; si el ojo de un hombre puede distinguir las , contad con un amigo que os seguirá hasta el fin del mundo antes que abandonaros.

Habiendo dicho estas palabras, tomó la mano de Cora, la apretó cariñosamente, recogió su fusil mirándole con un semblante doloroso, y habiéndole escondido entre la maleza, se adelantó ácia el borde del rio, por el mismo parage que Chingachgook habia escogido. Todavía permaneció un instante como incierto de lo que debía hacer, y mirando á su alrededor con semblante de profundo dolor, exclamó: Si me hubiese quedado un cuerno de pólvora ¡jamás hubiera yo padecido esta humillación ! A estas palabras se precipitó en el rio y desapareció en pocos instantes como lo habia hecho el Mohicano.

Todos los ojos se volvieron entonces á Uncas, que permanecía apoyado contra la roca con una indiferencia imperturbable. Despues de un corto silencio Cora le señaló el rio, y le dijo:

—Vos sabeis que vuestros amigos se han marchado por el rio, y que nadie los ha visto; probablemente estan ahora en seguridad. ¿Por qué tardais en seguirlos?

—Uncas quiere permanecer aquí, respon-

dió el joven indio en mal inglés, con el tono mas decidido.

—¡Para aumentar el horror de nuestra cautividad, y disminuir la probabilidad de nuestro remedio! exclamó Cora, bajando los ojos á vista de las miradas ardientes del joven indio. Marchad, generoso joven, continuo ésta, quizá con un sentimiento secreto del ascendiente que tenia sobre él; marchad y sed el mas confidencial de mis mensajeros. Id á ver á mi padre, y decidle que nosotros le suplicamos os confie los medios de salir de nuestra apurada situacion. Marchad inmediatamente, yo os lo pido, yo os lo suplico.

El semblante reposado y tranquilo de Uncas se trocó en una espresion sombría y melancólica; pero no se detuvo mas. En tres saltos se precipitó hasta el borde de la roca y se arrojó en el rio, donde los que le seguían con los ojos le perdieron de vista. Un momento despues vieron aparecer su cabeza en medio de la corriente, y desapareció casi inmediatamente á lo lejos.

Estas tres pruebas, que parecían haber surtido buen efecto, no habían ocupado mas que algunos minutos de un tiempo que era entonces tan precioso. Luego que Uncas no fue ya visible, Cora se volvió al Mayor, y le dijo con una voz casi trémula:

— He oido alabar vuestra habilidad en nadar, Duncan, no perdais el tiempo, y seguid

el ejemplo de *esos* seres generosos y fieles.

—¿Es eso lo que Cora Munro espera del que está encargado de protegerla? preguntó Heyward sonriéndose con amargura.

No es este el momento de ocuparnos en sutilezas, y de hacer valer sofismas, respondió Cora con vehemencia; ahora no debemos considerar mas que nuestro deber. Vos no podeis hacernos ningun servicio en la situacion en que nos hallamos, y debeis procurar salvar una vida preciosa para otros amigos.

El Mayor no respondió nada; pero echó una mirada dolorosa sobre Alix, que se apoyaba sobre su brazo por hallarse incapaz de sostenerse.

—Reflexionad últimamente, continuó Cora despues de un corto intervalo, durante el cual pareció luchar contra otros temores mas vivos que no quería manifestar, que la muerte es lo que puede sucedernos, y que esta es un tributo que toda criatura debe pagar en el momento que al Criador le agrada exigirlo.

Heyward respondió con una voz oscura y un semblante descontento de su importunidad: —Cora, hay males peores que la muerte mis-roa, y que la presencia de un hombre pronto a morir por vos puede prevenir.

Cora no respondió nada, y cubriéndose el rostro con su chal, tomó el brazo de Alix y se entró con ella en la segunda caverna.

CAPITULO IX.

Entrégate á la alegría con toda seguridad; disipa mi amada, por medio de agradables sonrisas, las imágenes melancólicas que oscurecen tu frente naturalmente tan risueña.

La muerte de Agripina.

El silencio profundo y casi mágico que sucedió al tumulto del combate, y que interrumpía solamente la caída de la catarata, tuvo tal efecto sobre la imaginación de Heyward, que creía casi salir de un sueño; y aunque todo lo que había visto, todo lo que había hecho, todos los acontecimientos que acababan de pasar, estuviesen profundamente grabados en su memoria, le costaba algún trabajo persuadirse que fuese una realidad. Ignorando todavía el destino de los que habían confiado su seguridad á la rapidez de la comente, escucho al principio con grande atención si alguna señal, algún grito de alegría ó de pena anunciaba la consecucion ó el fin desastroso de la empresa. Pero escuchó en vano; todas las trazas de sus compañeros habían desaparecido con Uncas, y

era preciso permanecer en la incertidumbre con respecto á su destino.

En un momento de duda tan terrible, Duncan no vaciló en adelantarse sobre el borde de la roca, sin tomar para su seguridad ninguna de las precauciones que le habían sido tan recomendadas durante el combate; pero no pudo descubrir ningun indicio que le anunciase , ni que sus amigos estuviesen en seguridad , ni que sus enemigos se acercasen o estuviesen ocultos en las inmediaciones. El bosque que guamecía el rio parecía de nuevo abandonado por todo lo que gozaba del don de la vida. Los ahullidos de que había resonado habían sido sustituidos por el único ruido que era la caída del agua; un ave de rapiña puesta sobre las ramas secas de un pino seco á cierta distancia, y que había sido espectador inmóvil del combate, tomó su vuelo en este momento describiendo grandes círculos en los aires en busca de una presa, mientras que un grajo, cuyo graznido había sido cubierto por os alaridos de los salvages, hizo oír sus gritos discordantes, como para felicitarse de que le dejaban en posesion de sus dominios desiertos. Estos varios rasgos caracteríscos de la soledad hicieron penetrar en el corazon de Heyward un rayo de esperanza; se sintió ya en estado de hacer nuevos esfuerzos, y tomó alguna confianza en sí mismo.

— Yo me acuerdo, dijo el maestro de sal-

modia, de haber unido mi voz á la de dos amables damas para dar al cielo gracias por «sus beneficios, y desde este tiempo la justicia del cielo me ha castigado por mis culpas. Yo me he adormecido en un sueño, que no era sueño, y mis oidos han sido atormentados con sonidos de discordia como si la plenitud de los tiempos hubiese llegado, y que la naturaleza hubiese olvidado su armonía.

—¡Pobre diablo! dijo Heyward, poco ha faltado para que la plenitud de los tiempos no haya llegado para tí. Pero vamos, seguidme; yo voy á conducirlos á un parage donde no oireis otros sonidos que los de vuestra salmodia.

—No deja de haber melodía en el ruido de una catarata, dijo David apretándose la frente con la mano; y los sonidos de una caída de agua no tienen nada de desagradable al oído. Pero el aire no está ya lleno de gritos desagradables y confusos como si los espíritus de todos los condenados...

—No, no, dijo Heyward interrumpiéndole, los ahullidos de los demonios han cesado, y espero que los que los daban se han retirado; todo está tranquilo y silencioso, excepto el agua del rio; entrad pues en la caverna y podreis hacer en ella resonar vuestra melodía.

David se sonrió melancólicamente, y sin embargo un rayo de satisfaccion brilló en sus ojos cuando oyó esta alusion á su profesion querida. No dudó en dejarse conducir á un

parage que le permitía poder entregarse á su gusto, y apoyada sobre el brazo del Mayor entró en la caverna.

El primer cuidado de Heyward, luego que entraron en ella, fue atascar la entrada con un monton de ramas de sassafras, que ocultaba la vista al exterior, y detras de este débil baluarte estendió las cubiertas de los indios para hacerla todavía mas oscura, mientras que un débil rayo de luz penetraba en la gruta por la segunda abertura, que era muy estrecha, y que como lo hemos dicho ya, daba sobre un brazo del rio que iba á reunirse al otro un poco mas abajo.

—Yo no apruebo, dijo él concluyendo sus fortificaciones, el principio de los indios que les persuade á ceder sin resistencia en los casos que les parecen desesperados. Nuestra máxima que dice que la esperanza dura tanto, como la vida es mas consolante, y conviene mejor al carácter de un soldado. En cuanto á vos, Cora, yo no tengo necesidad de dirigiros palabras de consuelo; vuestra firmeza, vuestra razon os dictan todo lo que puede convenir á vuestro sexo; pero ¿no podremos hallar algun medio de enjugar las lágrimas de vuestra hermana, que llora trémula sobre vuestro seno?

—Ya estoy mas tranquila, Duncan, dijo Alix, soltándose de los brazos de su hermano, y procurando manifestar alguna serenidad en medio de sus lágrimas; estoy mucho mas tran-

quila ahora. Debemos estar en seguridad en este sitio solitario; no tenemos nada que temer en él; ¿quién podría descubrirnos? Pon-gamos nuestra esperanza en esos hombres generosos que se han espuesto á tantos peligro? por servimos.

—Nuestra querida Alix habla ahora como hija de Munro, dijo Heyward, adelanlándose para tomarla la mano; con dos ejemplos semejantes de valor á la vista, ¿qué hombre no se avergonzaría de no manifestarse un héroe? Entonces se sentó en medio de la caverna, y apretó fuertemente en su mano la pistola que le quedaba , mientras que el fruncimiento e sus cejas anunciaba la resolucion desesperada de que se había armado. Sí los hurones vienen no penetrarán todavía en este sitio tan fácilmente como piensan, murmuró él á media voz ; y apoyando la cabeza contra la roca , pareció esperar el acontecimiento con paciencia y resignacion, con los ojos fijos sobre la única salida que quedaba abierta, y que estaba defendida por el rio.

Un largo y profundo silencio sucedió á las últimas palabras que había pronunciado el Mayor. El aire fresco de la mañana habia penetrado en la gruta , y su dulce influencia habia producido un efecto favorable sobre los que se hallaban en ella. Cada minuto que pasaba sin traer consigo nuevos peligros, reanimaba en su corazon la esperanza que em-

pezaba a renacer, aunque ninguno de ellos se atreviese á comunicar á los otros una esperanza que el momento sucesivo podía destruir.

David solo parecía estrangero á estas emociones. Un rayo de luz que penetraba por la estrecha salida de la caverna daba sobre el, y le manifestaba ocupado en hojear su libro, como si hubiese estado buscando un cántico mas análogo á su situacion que los que habian visto sus ojos. Sin duda procedia así á consecuencia de un recuerdo continuo de lo que le había dicho el Mayor al traerle á la caverna. En fin, sus cuidados diligentes obtuvieron su recompensa. Sin apología, sin esplicacion ninguna exclamó repentinamente: ¡La isla de Wight! ⁽¹⁾(1) tomando entonces su instrumento favorito sacó algunos sonidos para tomar el tono justo, y su voz armoniosa hizo oír el preludio del cántico que acababa de anunciar.

—¿No hay peligro en cantar? preguntó Cora, fijando los ojos sobre el Mayor.

—¡Pobre diablo! dijo Heyward; su voz ahora está muy débil para que se la pueda oír en medio del ruido de la catarata. Dejémosle que se consuele á su modo, puesto que puede hacerlo sin ningun riesgo

⁽¹⁾ Es una particularidad de la salmodia americana que los tonos son distinguidos unos de otros por los nombres de ciudades ó de provincias, como Dinamarca, Lorena, isla de Wight; y estos tres son los mas estimados. (*Ed.*)

—¡La isla de Wight! repitió David mirando al rededor de sí con un semblante de gravedad importante que hubiera reducido al silencio á una veintena de escolares charlatanes; es una hermosa cancion, y los versos son solemnes. Cantémosla, pues, con todo el respeto conveniente.

Despues de un momento de silencio, cuyo objeto era atraer mas y mas la atencion de los oyentes, el cantor hizo oír su voz, al principio en su tono bajo, que elevándose gradualmente concluyó por llenar la caverna de sonidos armoniosos. La melodia que la debilidad de la voz hacia mas patética, esparció poco á poco su influencia sobre los que le escuchaban, y la dulzura de su voz hacia olvidar la falta absoluta de talentos del poeta. Alix sintió sus lágrimas secarse, y fijó sobre el cantor sus ojos enternecidos con una espresion de placer que no era afectada, y que no procuraba ocultar, Cora concedió una sonrisa de aprobacion á los piadosos esfuerzos del que llevaba el nombre del rey profeta, y la frente de Heyward se desarrugó, mientras perdiendo de vista por un momento la estrecha abertura que iluminaba la caverna, admiraba alternativamente el entusiasmo que brillaba en las miradas del cantor, y el brillo mas dulce de los ojos todavía húmedos de la jóven Alix.

El cantor conoció el interés que escitaba;

su amor propio satisfecho le inspiró nuevos esfuerzos , y su voz volvió á adquirir todo su volumen y sonoridad , sin perder nada de su dulzura. Las bóvedas de la caverna resonaban con sus sonidos armoniosos, cuando un grito horrible, haciéndose oír á lo lejos, le cortó la voz tan completamente como si se hubiese puesto repentinamente una mordaza.

—¡Somos perdidos! exclamó Alix, echándose en los brazos de Cora, que los abrió para recibirla.

—Todavía no, todavía no, respondió Heyward; ese grito de los salvages sale del centro de la isla, y ha sido ocasionado por la vista de sus compañeros muertos. No estamos descubiertos , y podemos todavía esperar.

Por mas débil que fuese esta esperanza, Duncan no la inspiró inútilmente, porque sus palabras sirvieron á lo menos para hacer conecer á las dos hermanas la necesidad de esperar los acontecimientos en silencio. Otros Otros siguieron al primero, y poco despues se oyeron las voces de los salvages, que corriendo desde la estremidad de la isla llegaron al fin sobre la roca que cubria las dos cavernas. El aire continuaba resonando con los ahullidos mas feroces que el hombre puede producir cuando está en el estado de la barbárie mas completa.

Estos gritos espantosos se multiplicaron

bien pronto alrededor de ellos por todas partes; los unos llamaban á sus compañeros desde la orilla del agua, y los otros les respondían desde lo alto de las rocas. Otros gritos mas peligrosos se dejaron oír en la inmediacion de la quebrada que separaba las dos cavernas, y se mezclaban á los que partían de la concabidad á donde algunos hurones habian bajado. En una palabra, estos gritos espantosos se aumentaban de tal modo, y parecían tan próximos, que hicieron conocer mejor que nunca á los cuatro individuos refugiados la necesidad de guardar el mas profundo silencio.

En medio de este tumulto, un grito de triunfo partió á poca distancia de la entrada de la gruta, que habia sido obstruida con ramas de sassafras amontonadas. Heyward abandonó entonces toda esperanza, convencido de que esta entrada habia sido descubierta. Sin embargo, se reanimó cuando oyó á los salvages correr ácia el parage donde el cazador habia escondido su fusil, que la casualidad acababa de hacer encontrar. Le era facil entonces con aprender una parte de lo que decían los hurones, porque mezclaban á su lengua natural muchas espresiones tomadas de la del Canadá⁽¹⁾. Muchas voces exclamaron enton-

(1) El frances.

ces al mismo tiempo: ¡ la Larga-Carabina ! y los ecos repitieron este nombre dado á un célebre cazador que servia alguna vez de batidor en el ejército inglés, y así fue como Heyward supo quién era el que había sido su compañero.

Las palabras, ¡la Larga-Carabina, la Larga-Carabina! pasaban de boca en boca, y toda la tropa parecía haberse reunida alrededor de un trofeo que parecia indicar la muerte del que habia sido su propietario. Despues de una consulta ruidosa, frecuentemente interrumpida por las carcajadas de risa salvage, los hurones se separaron y corrieron por todos lados haciendo resonar el aire con el nombre de su enemigo, que por algunas espresiones comprendió Heyward que esperaban hallar su cuerpo en alguna hendidura de la roca.

— Este es el momento de la crisis, dijo el Mayor en voz baja á las dos hermanas que temblaban. Si esta gruta se escapa de sus pesquisas estamos en seguridad. En todo caso estamos ciertos por lo que acaban de decir, que nuestros amigos no han caído en su poder, y de aquí á dos horas podemos esperar que Webb nos habrá enviado socorro. , Algunos minutos se pasaron en el silencio de la inquietud, y todo anunciaba que los salvages redoblaban el cuidado y las diligencias para encontrarlos. Mas de una vez se los oyó pasar por el estrecho desfiladero que separaba

las dos cavernas; se les reconocía en el ruido que hacían las hojas de sassafras pisadas por los hurones, y por las ramas secas que se quebraban bajo de sus pies. En fin, la pila amontonada por Heyward cedió un poco, y un débil rayo de luz penetró por este lado en la gruta ; Cora apretó á Alix contra su seno en una angustia de terror, y Duncan se levantó con la celeridad del relámpago. Grandes gritos arrojados en este momento, y que partían evidentemente de la caverna vecina, indicaron quílos hurones la habían en fin descubierto, y que acababan de entrar en ella; y según el número de voces que se oían parecía que toda la tropa estaba reunida en ella, ó se había congregado á la entrada.

Las dos cavernas estaban á tan poca distancia la una de la otra, que el Mayor miró entonces como imposible que no se descubriese su retiro, y desesperado por esta cruel idea, se arrojó ácia la fragil barrera que no le separaba mas que por algunos pies de sus encamizados enemigos; se acercó á la pequeña abertura que la casualidad había practicado en ella, y aplicó el oído para reconocer los movimientos de los salvages.

Al alcance de su brazo estaba un indio de una talla colosal, cuya voz fuerte parecía dar ordenes que los otros ejecutaban. Un poco mas lejos vio la primera caverna llena de hurones que examinaban todos sus escondrijos

con la mas escrupulosa atencion. La sangre que había corrido de la herida de David había comunicado su color á las hojas de sassafras sobre un monton, de las cuales se le habia echado. Los naturales lo vieron y dieron gritos de alegría semejantes á los ahullidos de los perros cuando hallan el rastro que habian perdido. Inmediatamente se pusieron á esparramar todas las ramas como para ver si ocultaban al enemigo que por tanto tiempo habian aborrecido y temido, y para desembarazarse las echaron en el intervalo que separaba las dos cavernas. Un guerrero de fisonomía atroz y salvaje se acercó al gefe llevando un brazado de estas ramas, y le hizo observar con semblante de triunfo las manchas de sangre de que estaban cubiertas, pronunciando con vivacidad algunas frases de que Heyward adivino el sentido, oyendo repetir muchas veces las palabras:- ¡La larga carabina! Entonces arrojó las ramas que llevaba sobre el monton de las que el Mayor habia amontonado delante de la entrada de la segunda caverna y tapó el hueco que la casualidad habia practicado. Sus compañeros imitando su ejemplo echaron allí tambien las ramas que llevaban de la primera caverna y añadieron así sin quererlo á la seguridad de los refugiados. La poca solidez de este baluarte era precisamente lo que hacía su fuerza, porque nadie pensaba en remover un monton de maleza que cada uno creía que sus compañeros habian con-

tribuido á formar en este momento de confusión.

A medida que las cubiertas colocadas en el interior eran rechazadas por las ramas que se acumulaban en el exterior, y que empezaban á formar una masa mas compacta, Duncan respiraba mas libremente. No pudiendo ver nada se volvió al sitio que ocupaba antes en el centro de la gruta, y desde donde podia ver la salida que daba sobre el rio. Mientras iba ácia este punto, los indios parecieron renunciar á sus pesquisas; se los oyó salir de la caverna pareciendo dirigirse ácia el paraje de donde se les había oído gritar cuando llegaron, y sus ahullidos de desesperacion anunciaron que se hablan reunido al rededor de los cuerpos de los compañeros que habían perdido en el ataque de la isla.

El Mayor se arriesgo entonces á levantar los ojos sobre sus dos compañeras; porque durante este corto intervalo de peligro inminente había temido que la inquietud pintada sobre su frente aumentase los temores de las dos jóvenes, cuyo terror era ya tan grande.

— Se han marchado, dijo en voz baja á Cora; Alix, se han ido por donde han venido estamos en salvo. Demos gracias al cielo que solo ha pedido libramos de esos feroces enemigos.

—¡Dios acepte mis acciones de gracias! es-

clamó Alix desprendiéndose de los brazos de su hermana y poniéndose de rodillas sobre la roca; ¡Dios que ha tenido piedad de las lágrimas de un padre! ¡que ha salvado la vida de los que tanto ama!

Heyward y Cora, mas dueña de sí misma que su hermana, vieron con enternecimiento esta demostracion, y el Mayor pensó que jamás la piedad se habia mostrado bajo una forma mas seductora que la de la jóven Alix. Sus ojos brillaban con el fuego del agradecimiento; sus mejillas habían vuelto á tomar toda su frescura, y sus facciones elocuentes anunciaban que su boca se preparaba á espresar los sentimientos de que su corazon estaba lleno. Pero cuando sus labios se abrieron, la palabra pareció ahogarse; la palidez de la muerte cubrió de nuevo su semblante; sus ojos se quedaron fijos é inmóviles de horror; sus dos manos, que habia levantado ácia el cielo, se dirigieron en línea horizontal ácia la salida que daba sobre el rio, y todo su cuerpo se puso en convulsion. Los ojos de Heyward siguieron inmediatamente la direccion del brazo de Alix, y sobre la ribera opuesta del brazo del rio que corría por la quebrada vid un hombre en las facciones salvages y feroces, del cual reconoció á su guia pérfido la Zorra-sutil.

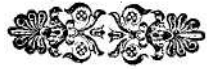
En este momento de sorpresa y de horror, la prudencia del Mayor no le abandonó. Conoció en el semblante del indio que sus ojos acos-

tumbrados á la luz llena no habían podido penetrar todavía la oscuridad que reinaba en la gruta. Se lisonjeó Duncan de que retirándose con sus dos compañeras á un recodo aun mas sombrío donde David estaba ya, podrían ocultarse de sus miradas; pero una espresion de satisfaccion feroz que se manifestó repentinamente sobre el semblante del salvaje le convenció de que era muy tarde y que estaban descubiertos.

El aire de triunfo brutal que anunciaba esta triste verdad fue insoportable al Mayor; no escucho mas que á su resentimiento, y queriendo á toda costa inmolar á su pérfido enemigo tiró sobre él un pistoletazo. La esplosion resonó en la caverna como la erupcion de un volcan, y cuando el humo se disipó Heyward no vió ya á nadie en el parage en que había visto al indio. Corrió á la embocadura y vio' al traidor esconderse detras de una roca que le ocultó á sus ojos.

Un profundo silencio había sucedido entre los indios á la esplosion que les pareció salir de las entrañas de la tierra. Pero cuando la Zorra dio un grito de alegría, un ahullido general correspondió á él; todos sus compañeros se reunieron de nuevo; volvieron á entrar en el desfiladero que separaba las cavernas, y antes de que Heyward hubiese tenido tiempo de volver de su consternacion, la débil barrera de sassafras fue derribada; los salvages se pre-

cupitaron en la gruta y cogiendo á los cuatro individuos que se hallaban en ella los arrebataron y sacaron al aire libre en medio de toda la tropa de los hurones triunfantes.



CAPITULO X.

Temo que nuestro sueño sea tan **largo** mañana por la mañana, como nuestra vigilia lo ha sido la noche última.
SHAKSP. *La Nuit de etè.*

Luego que Heyward volvió en sí del choque violento que le había hecho experimentar esta desgracia inesperada, empezó á hacer sus observaciones sobre el aire y las maneras de los salvages vencedores. Contra el uso de los naturales , habituados á abusar de sus ventajas habían respetado no solamente á las dos hermanas; no solamente al maestro en salmodia sino al Mayor mismo, aunque su traje militar y sobre todo sus chareteras hubiesen atraido la atencion de algunos individuos que habian echado la mano á ellas con el designio evidente de apropiárselas; pero una orden del gefe pronunciada con un tono de autoridad fue bastante para impedirlo, y Heyward se convenció de que había algun motivo particular para no hacerles daño, por lo menos en el pronto. Mientras que los mas jóvenes de estos salvages admiraban la riqueza de un traje de

que su vanidad hubiera querido adornarse, los guerreros mas maduros y mas experimentados continuaban haciendo requisas en las dos cavernas y en todas las hendiduras de las rocas con un semblante que anunciaba que los frutos que acababan de recoger de su victoria no les bastaban todavía.

No habiendo podido descubrir las víctimas que hubieran deseado sobre todo sacrificar á su venganza, estos bárbaros se acercaron á sus prisioneros y les preguntaron con un tono furioso en mal francés qué se había hecho Larga-Carabina. Heyward afectó no comprender su pregunta, y David, no sabiendo el francés, no tuvo necesidad de recurrir á esta ficción. En fin, fatigado de sus importunidades, y temiendo irritarles con un silencio demasiado porfiado, buscó con los ojos á Magua á fin de tener un pretexto para servirse de él como intérprete, y responder á un interrogatorio que se hacía mas urgente y mas amenazador de momento en momento.

La conducta de este salvaje formaba un contraste marcado con la de sus compañeros. No habia tomado ninguna parte en las pesquisas que se habían hecho desde la captura de los cuatro prisioneros; habia dejado á algunos de sus camaradas, que la sed del pillage atormentaba, que abriesen la pequeña valija del maestro de salmodia, y repartirse los efectos que contenia. Colocado á alguna distancia

detras de los otros hurones, tenia el aspecto tan tranquilo y tan satisfecho que era evidente que en cuanto á el por lo menos habia obtenido todo lo que esperaba ganar con su traicion. Cuando los ojos del Mayor encontraron las miradas siniestras, aunque frías de su guia, los volvió inmediatamente con horror; pero conociendo la necesidad de disimular en esta ocasion, hizo un esfuerzo sobre sí mismo para dirigirle la palabra.

—La Zorra-sutil es un guerrero muy valiente, le dijo Duncan, para rehusar explicar á un enemigo sin armas lo que le preguntan los que le tienen cautivo.

—Le preguntan donde está el cazador que conoce todos los senderos del bosque, respondió Magua en mal ingles; y apoyando al mismo tiempo la mano con una sonrisa feroz sobre las hojas de sassafras que cubrían una herida que había recibido en la espalda, añadió: su fusil es bueno, su ojo no se cierra nunca; pero del mismo modo que el pequeño fusil del gefe blanco no puede nada contra la vida de Zorra-sutil.

La Zorra es muy valiente, dijo Heyward, para pensar en una herida que ha recibido en la guerra, y para querer tomar venganza de quien se la ha causado.

—Estábamos en guerra, replicó Magua. cuando el indio fatigado se reposaba al pie de una encina para comer su grano. ¿Quién

había llenado el bosque de enemigos escondidos? ¿ Quién quiso agarrarle el brazo? ¿ Quién tenía la paz en los labios y la sangre en el corazón ? ¿ Magua había dicho que su hacha de guerra estaba fuera de tierra, y que su mano la había retirado ?

Heyward, no atreviéndose á rechazar el argumento de su acusador, echándole en cara la traición que él mismo había meditado, y desdeñándose de procurar desarmar su resentimiento por medio de ninguna apología, guardó silencio. Magua por su parte no pareció querer continuar la controversia, y apoyándose de nuevo contra la roca de que se había apartado un instante, volvió á tomar su actitud de indiferencia. Pero el grito de " la Larga-Carabina" se renovó luego que los salvajes conocieron que esta corta conferencia estaba terminada.

—¿Lo ois ? dijo Magua con un tono de indiferencia; los hurones piden la sangre de la Larga-Carabina, ó de lo contrario harán morir á quien le oculte.

—Se ha escapado muy lejos de su alcance, dijo el Mayor.

Magua se sonrió maliciosamente.

—Cuando el hombre blanco muere, dijo él, se cree en paz; pero el hombre rojo sabe como atormentar el espíritu mismo de su enemigo.

¿Dónde está su cuerpo? Mostrad su cabeza á los hurones.

—No está muerto; se ha escapado.

—¿Es algun pájaro que no tiene mas que desplegar sus alas ? preguntó el indio meneando la cabeza con un aire de incredulidad. ¿Es un pez que pueda nadar sin mirar al sol? El gefe blanco lee en sus libros y cree que los hurones no tienen discernimiento.

—Sin ser un pez, la Larga-Carabina puede nadar. Despues de haber gastado toda su pólvora , se ha echado en la corriente que le ha arrebatado muy lejos, mientras que los ojos de los hurones estaban cubiertos de una nube.

—¿Y por qué el gefe blanco no le ha imitado? ¿Por qué se ha quedado? ¿Es una piedra que va al fondo del agua, ó su cabellera le abrasa la cabeza?

—Si vuestro camarada, que ha perdido la vida en el abismo, pudiese responderos, él os diría que yo no soy una piedra que un pequeño esfuerzo sea bastante para precipitar, respondió el Mayor, creyendo deber hacer uso de este lenguaje de ostentacion que escita siempre la admiracion de los salvages; los hombres blancos piensan que los cobardes únicamente son capaces de abandonar sus mugeres.

Magua murmuró algunas palabras ininteligibles , y dijo despues: —¿ Y los delawares saben nadar tan bien como esconderse en la maleza? ¿Donde está la gran Serpiente?

Heyward vió por esta pregunta que sus enemigos conocían mejor que él á los dos sal-

vages que habían sido sus compañeros.

—Tambien se ha marchado con el auxilio de la corriente , respondió él,

—¿ Y el ciervo agil ? yo no le veo aquí.

—Yo no se de quién quereis hablar, respondió el Mayor procurando ganar tiempo.

—Uncas, dijo Magua, pronunciando este nombre delaware con mas dificultad que las palabras inglesas *Bounding- Elk*, es el nombre que el hombre blanco da al joven Mohicano.

—No podíamos entendemos , respondió Heyward deseando prolongar la discusion; la palabra *Elk* significa un arrebato, como la de *Deer* un venado; y por la palabra *stag* se designa un ciervo.

—Sí, sí, dijo el indio hablando consigo mismo en su lengua natural; las caras pálidas son de mugeres habladoras; tienen muchas palabras para decir la misma cosa, al paso que la piel roja lo esplica todo con el sonido de su voz. Y dirigiéndose entonces al Mayor, en mal ingles, pero sin querer cambiar el nombre que los canadienses habían dado al joven Mohicano: —El venado es agil, pero flojo, dijo él; el arrebato y el ciervo son agiles , pero fuertes; y el hijo de la gran Serpiente es el ciervo agil ¿ Ha saltado por encima del rio para meterse en los bosques ?

—Si quereis hablar del Mohicano jóven, respondió Hayward, se ha escapado como su

padre y la Larga-Carabina, confiándose á la corriente.

Como no había nada de inverosímil para un indio en este modo de escaparse, Magua no mostró mas incredulidad; aun admitió la certeza de lo que acababa de oír , con una prontitud que era una nueva prueba de la poca importancia que daba personalmente á la captura de estos tres individuos. Pero fue evidente que sus compañeros no participaban del mismo sentimiento.

Los hurones habían esperado el resultado de esta plática con la paciencia que caracteriza á los salvages, y en el mas profundo silencio. Cuando vieron á los dos interlocutores quedarse mudos, todos los ojos se volvieron ácia Magua, preguntándole de este modo espresivo el resultado de su conversacion. El indio estendió el brazo ácia el rio, y algunas palabras juntas á esta demostracion bastaron para hacerles comprender el paradero de los que querían sacrificar á su venganza.

Luego que este hecho fue generalmente sabido, los salvages dieron gritos horribles que anunciaban el furor de que estaban poseidos, sabiendo que sus victimas se les habían escapado. Los unos corrían como frenéticos , sacudiendo el aire con sus brazos; otros escupían en el rio como para castigarle por haber favorecido la evasion de los fugitivos y privado á sus vencedores de sus derechos legítimos.

Algunos, y no eran los menos terribles, echaban miradas sombrías sobre los cautivos que estaban en su poder, pareciendo no abstenerse de cometer con ellos actos de violencia sino por la costumbre de dominar sus pasiones: había otros que añadían á este lenguaje mudo gestos amenazantes. Uno de entre ellos llegó hasta coger los hermosos cabellos que flotaban sobre el cuello de Alix, mientras que otro, esgrimiendo un cuchillo alrededor de su cabeza, parecía anunciar de qué horrible modo sería espojada de aquel bello adorno.

El joven Mayor no pudo soportar este horroroso espectáculo, é hizo un esfuerzo tan desesperado como inútil para volar al socorro de Alix; pero le habían atado las manos, y al primer movimiento que hizo sintió la pesada mano del jefe indio que descargó sobre sus espaldas. Convencido de que una resistencia impotente no podía servir mas que para irritar más á aquellos bárbaros, se sometió á su desuno, y procuro dar algun espíritu á sus desgraciadas compañeras, diciéndolas que estaba en el carácter de los salvages aterrar por medio de amenazas que no tenían intencion de cumplir.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras de consuelo, que tenían por objeto calmar los temores de las dos hermanas, Heyward no era bastante débil para engañarse á sí mismo. Él sabía que la autoridad de un

gefe indio estaba establecida sobre cimientos poco sólidos, y que muchas veces la debía á la superioridad de sus fuerzas físicas mas bien que á ninguna causa moral, El peligro debía, pues, calcularse en proporcion del número de seres salvages que le rodeaban. La orden mas positiva del que parecía su gefe podía ser violada á cada instante por el primer furioso que quisiese sacrificar una víctima á los manes de un amigo ó de un pariente. A pesar de toda su calma aparente, y de su valor, tenia la de desesperacion y la muerte en el corazon cuando veía á uno de estos hombres feroces acercarse á las dos desgraciadas hermanas, ó solamente fijar sus miradas sombrías sobre unos seres tan incapaces de resistir al menor acto de violencia.

Sus temores se calmaron sin embargo algun tanto, cuando vió al gefe convocar á su alrededor una especie de consejo de guerra compuesto de sus guerreros. La deliberacion fue corta; pocos oradores tomaron la palabra, y la determinacion pareció unánime. Los gestos que todos los que hablaron dirigían ácia el campo del general Webb parecían indicar que temían un ataque: esta consideracion fue probablemente lo que aceleró su resolucion, y dió despues una gran celeridad á sus movimientos.

Durante esta corta conferencia, Heyward tuvo la oportunidad de admirar la prudencia

con que los hurones habían efectuado su desembarco despues de la cesacion de las hostilidades,

Se ha dicho ya que la mitad de esta isla era una roca, al pie de la cual se habían detenido algunos troncos de árboles que las aguas habían conducido. Habían escogido este punto para hacer su desembarco , probablemente porque no creían poder subir por la corriente rápida formada mas abajo por la reunion de las dos caídas de agua. Para conseguir su objeto habían llevado la canoa por los bosques hasta mas allá de la catarata; habían puesto en ella sus armas y sus municiones , y mientras que dos salvages, los mas experimentados, se encargaban de conducirla con su gefe, los otros le seguían á nado. Así habían desembarcado en el mismo parage que había sido tan fatal á los que habían llegado primero, de sus mismos compañeros, pero con la ven-taja de ser número muy superior y de tener armas de fuego. Era imposible dudar que tal hubiera sido su plan para llegar, pues que le observaron para marchar. Se trasportó la canoa por tierra desde una estremidad de la isla á otra, y se la echó al agua cerca de la plataforma, donde el cazador mismo había llevado á sus compañeros.

Como las reconvenciones eran inútiles, y la resistencia imposible, Heyward dió el ejemplo de la sumision por necesidad, entrando en la

canoa luego que recibió la orden, y fue seguido por David La Solfa. El piloto encargado de conducir la canoa tomó su sitio en ella después, y los otros salvajes le siguieron á nado. Los hurones no conocían ni los bajíos, ni las rocas á flor de agua de este río; pero eran muy expertos en este género de navegación para cometer ningún error, y para no observar las señales que las anuncian. El débil esquife siguió, pues, la corriente rápida sin ningún accidente, y al cabo de algún tiempo los cautivos desembarcaron sobre la ribera meridional del río, casi enfrente del parage donde se habían embarcado la noche antes.

Los indios tuvieron allí otra consulta, que no fue más larga que la primera, y durante este tiempo algunos salvajes fueron á buscar los caballos, cuyos relinchos de terror habían probablemente contribuido al descubrimiento de sus amos. La tropa entonces se dividió; el jefe, seguido de la mayor parte de su gente, montó sobre el caballo del Mayor, atravesó el río, y desapareció en los bosques, dejando á los prisioneros bajo la guardia de seis salvajes, el principal de los cuales era Zorra sutil. Este movimiento inesperado renovó las inquietudes de Heyward.

Según la moderación poco común de estos salvajes, se había lisongeado de que los reservaban para entregarlos á Montcalm. Como la imaginación de los desgraciados descansa ra-

ras veces, y nunca es mas activa que cuando es escitada por alguna esperanza, por mas débil y remota que pueda ser, había imaginado tambien que el general francés quizá creería que el amor paternal había de tener mas influencia en Munro que el sentimiento de lo que debía á su rey; porque aunque Montcalm pasaba por un espíritu emprendedor, por un nombre lleno de valor, se le miraba tambien como esperto en aquellas astucias políticas, que no respetan siempre las reglas de la moral y que deshonoraba tan generalmente en esta época la diplomacia europea.

Pero en este momento todos estos cálculos ingeniosos se hallaban desmentidos por la conducta de los hurones. El gefe y los que le seguian se dirigían evidentemente ácia la estremidad del Horican, y ellos quedaban en poder de los otros, que sin duda iban á conducirlos cautivos al fondo de los desiertos. Deseando salir á toda costa de esta cruel incertidumbre, y queriendo en unas circunstancias tan urgentes probar el poder del dinero, venció la repugnancia que le costaba hablar á su antiguo guía, y volviéndose ácia Magua, que había tomado el aire y el tono de un hombre que debia dar órdenes á los otros, le dijo con un tono amistoso, y que anunciaba tanta confianza como le fue posible manifestar:

—Yo quisiera decir á Magua algunas palabras, que este gran gefe únicamente debe oír.

El indio se volvió, lo miro con desprecio, y le respondió:

—Hablad, los árboles no tienen orejas.

—Pero los hurones no son sordos; y las palabras que pueden pasar por los oídos de los grandes hombres de una nación embriagarían á los jóvenes guerreros. Si Magua no quiere escuchar, el oficial del rey sabrá guardar silencio.

El salvaje dijo algunas palabras con indiferencia á sus compañeros, que se ocupan torpemente en preparar los caballos de las dos hermanas, y alejándose de ellos algunos pasos, hizo un gesto con precaución para indicar á Heyward que viniese á reunírsele.

—Hablad ahora, dijo él, si vuestras palabras son tales que Zorra-sutil pueda oírlas.

—La Zorra-sutil ha probado que es digno del nombre honroso que le han dado sus padres canadienses, dijo el Mayor. Ahora reconozco la prudencia de su conducta; yo veo todo lo que ha hecho por servirnos, y no lo olvidaré cuando llegue la hora de la recompensa. Sí, la Zorra ha manifestado que es no solamente un gran guerrero, un gran jefe en el consejo, sino también que sabe engañar á sus enemigos.

—¿Qué ha hecho pues la Zorra? preguntó fríamente el indio.

—¿Lo qué ha hecho? respondió Heyward, ha visto que los bosques estaban llenos de enemigos, por entre los cuales no podía pasar sin

dar en alguna emboscada, y ha fingido equivocarse en el camino á fin de evitarlas; despues ha hecho demostracion de volverse á su tribu , á aquella tribu que le había echado como un perro de sus wigwams, á fin de volver á ganar su confianza. Y cuando nosotros hemos reconocido al fin cuál era su designio, ¿no le hemos favorecido bien, conduciéndonos de manera que los hurones creyesen que el hombre blanco pensaba que su amigo Zorra-sutil era su enemigo? ¿No es verdad todo esto? ¿Y cuando la Zorra por su prudencia cerró los ojos y tapó los oídos de los hurones, no les ha hecho olvidar que le habían obligado á refugiarse entre los mohawks? ¿No les ha persuadido á volver localmente por el lado del Norte, dejándole sobre la ribera meridional del rio con sus prisioneros ? ¿Y ahora no vá á volver atras á conducir á su padre las dos hijas del rico escocés de la cabeza gris ? Sí, sí Magua, yo he visto todo eso, y ya he pensado en el modo con que se debe premiar tanta prudencia y honradez. Desde luego el gefe de William-Henry será generoso, como debe serlo tan gran gefe por un servicio tan señalado. La medalla que lleva Magua será de oro en lugar de ser de estaño; su cuerno estará siempre lleno de pólvora; los duros sonarán en su bolsillo, en tanta cantidad, como las piedras en la orilla del Horican; y los venados vendrán á lamerle las manos, porque sabrán que no pueden escapar del

largo fusil que le habrán dado. En cuanto á mí, yo no sé como esceder la generosidad del escocés, pero yo.... yo.... sí....

— ¿Qué hará el joven gefe que ha llegado del lado donde el sol está mas brillante? preguntó el indio, viendo á Heyward suspenso, porque deseaba terminar su enumeracion, por lo que escita mas vivamente los deseos de estos pueblos salvages.

—Hará correr delante del wigwam de Magua , respondió el Mayor, un río de *agua de fuego* tan caudaloso como el que ahora tiene á su vista, y de este modo el corazon del gran gefe será mas ligero que las plumas del pájaro mosca, y su aliento mas dulce que el olor de la madre selva.

Magua había escuchado con un profundo silencio el discurso insinuante y artificioso de Heyward, que se habia explicado con lentitud para producir mas impresion. Cuando el Mayor habló de la estratagemas que suponía haber empleado el indio para engañar á su propia nacion, éste tomó un aire de gravedad prudente. Cuando hizo alusion á las injurias que él presumia haber obligado al huron á alejarse de su tribu, vió brillar en los ojos de Magua un rasgo de ferocidad tan indomable, que creyó haber tocado á la cuerda sensible; y cuando llegó á la parte de su discurso, donde procuraba escitar su avaricia, como habia querido animar su espíritu de venganza, obtuvo

á lo menos una séria atencion de su oyente. La pregunta que la Zorra le había dirigido habia sido hecha con toda la calma y toda la dignidad de un indio; pero era facil ver en la espresion de sus facciones que reflexionaba profundamente la respuesta que debia dar.

Despues de algunos minutos de silencio, el huron llevó una mano sobre las hojas que servían de vendage á su espalda herida, y dijo con energía:

—¿Los amigos hacen estas heridas?

—¿Una herida hecha por la Larga-Carabina á un enemigo hubiera sido mas ligera?

—¿Los delawares se arrastran como serpientes por Ja maleza para infectar con su veneno á sus amigos ?

-¿La gran Serpiente se hubiera dejado oir por unos oídos que quisiese que fueran sordos?

—¿El gefe blanco gasta jamás su pólvora contra los que mira como hermanos ?

— ¿Hierra él su blanco alguna vez cuando quiere seriamente matar?

Estas preguntas y respuestas se sucedieron rápidamente, y fueron seguidas de otro intervalo de silencio. Duncan creyó que el indio dudaba, y para asegurarse la victoria volvió á empezar la enumeracion de todas las recompensas que le serían concedidas, cuando éste le interrumpió con un gesto espresivo.

— Basta, hasta, dijo él, Zorra-sutíl es un

gefe sabio, y ya vereis lo que hará. Marchad, y que vuestra Loca quede cerrada. Cuando Magua hable será tiempo de responderle.

Heyward, viendo que los ojos del indio estaban fijos con una especie de inquietud sobre sus compañeros, se retiró inmediatamente para no dar sospecha de estar de inteligencia con su gefe. Magua se acercó á los caballos, y afectó estar satisfecho de los cuidados que sus cama-radas habian tomado para equiparlos. Entonces hizo señal al Mayor para que ayudase á las dos hermanas á ponerse en la silla, porque no se dignaba servirse de la lengua inglesa sino en las ocasiones importantes é indispensables.

No quedaba ya ningun protesto plausible de dilacion, y Duncan con harta repugnancia, haciendo á sus compañeras desoladas el servicio que le era mandado, procuro calmar sus temores dándolas parte en voz baja y en pocas palabras de las nuevas esperanzas que habia concebido. Las dos hermanas trémulas tenian gran necesidad de algun consuelo, porque; apenas se atrevían á levantar los ojos, temiendo encontrar las miradas feroces de los que eran entonces dueños de su destino. La yegua de David había sido llevada por la primera tropa, de suerte que el maestro de canto tuvo precisión de marchar á pie igualmente que Duncan. Esta circunstancia no pareció desfavorable á éste, que pensó que podría aprovechar

para hacer la marcha de los salvajes menos rápida, porque él volvía todavía frecuentemente sus miradas por la parte del fuerte Eduardo con la vana esperanza de oír en el bosque algún ruido que indicase la llegada del socorro, de que tenían tan urgente necesidad.

Cuando todo estuvo preparado , Magua dio la señal de ¡a marcha, y volviendo á ejercer las funciones de guia se puso el mismo á la cabeza de la pequeña tropa para conducirla, David marchaba detras de él; el aturdimiento que le había causado su caída se había disipado completamente ; el dolor de su herida era menos vivo, y parecía tener un pleno conocimiento de su apurada situación. Las dos hermanas le seguían con el Mayor á su lado; los indios cerraban la marcha, y no descuidaban un momento sus precauciones y su vigilancia.

Así marcharon algun tiempo en un profundo silencio, que no era interrumpido sino por algunas palabras de consuelo que el Mayor dirigia de tiempo en tiempo á las dos hermanas, y por algunas piadosas exclamaciones, por medio de las cuales David exhalaba la amargura de sus pensamientos queriendo manifestar una humilde resignacion. De este modo adelantaba ácia el sud, en una direccion casi opuesta al camino que conducía á William-Henry. Esta circunstancia podía hacer creer que

Magua no había alterado sus primeras inten-

ciones; pero Heyward no podía suponer que resistiese á la tentacion de las ofertas seductoras que le había hecho, y sabía que el camino mas apartado conduce muchas veces á su objeto á un indio que cree deber emplear siempre la astucia.

Así hicieron muchas millas por los bosques, de los cuales no se podía ver el fin, y nada anunciaba que estuviesen cerca del término de su viage. El Mayor examinaba muchas veces la posicion del sol, cuyos rayos doraban entonces las copas de los pinos, bajo los cuales marchaban suspirando por el instante en que la política de Magua le permitiese tomar una ruta mas conforme á sus esperanzas. En fin, se imaginó que el astuto salvaje desesperando de poder evitar el encuentro del ejército de Montcalm, que avanzaba por el lado del norte, se dirigía ácia un establecimiento bien conocido, situado sobre la frontera, perteneciente á un oficial distinguido, que hacía en él su residencia habitual, y gozaba de un modo especial de la confianza de las seis naciones. Ser entregado en manos de Sir William Johnson le parecía una alternativa preferible á la de ganar los desiertos del Canadá para dar la vuelta al ejército de Montcalm; pero antes de llegar á ellos quedaban muchas leguas que andar por los bosques, y cada paso le alejaba mas del teatro de la guerra, y del puesto á donde le llamaban su honor y su deber.

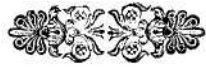
Cora sola se acordó de las instrucciones que el cazador les había dado al tiempo de dejarles , y todas las veces que podía alargaba la mano para coger una rama de árbol con la intencion de romperla. Pero la vigilancia infatigable de los indios hacía la ejecucion de este designio tan difícil como peligroso , y renunciaba á este proyecto encontrándose con las miradas feroces de los guardianes que la observaban , apresurándose entonces á hacer un gesto que indicaba un temor que no tenia, á fin de desvanecer sus sospechas. Una vez, sin embargo , una sola vez, consiguió tronchar una rama de zumaque, y por un pensamiento repentino dejó caer uno de sus guantes para dejar una señal mas cierta de su paso. Esta astucia no dejó de ser notada por la penetracion de un salvage que estaba cerca de ella; recogió el guante y se le volvió; rompió y rozo algunas ramas de zumaque , de modo que se pudiese creer que algun animal salvage habia atravesado por aquella espesura, y puso la mano sobre su tomahawk, con una mirada tan espresiva y tan amenazadora, que Cora perdió enteramente el deseo de dejar la menor señal que indicase su ruta.

A la verdad, los caballos podían imprimir sobre la tierra las señales de sus pies; pero cada tropa de hurones había llevado alguno, y esta circunstancia podía inducir en error á los que hubiesen podido llegar para socorrerlos.

Heyward hubiera llamado veinte veces á su conductor, y se hubiera arriesgado á hacerle alguna reconvencion, si el aire sombrío y reservado del salvage no le hubiese desanimado. Durante toda esta marcha, Magua se volvió apenas dos ó tres veces para echar una ojeada sobre la pequeña tropa, y no pronunció jamás una palabra. No teniendo otro guía que el sol, ó consultando tal vez aquellas señales que no son conocidas mas que de la sagacidad de los indios, marchaba con un paso firme, sin titubear jamás, y casi en línea directa por aquel inmenso bosque, interrumpido por pequeños valles, colinas, arroyos y ríos. Que el sendero estuviese traqueteado, que estuviese apenas indicado, ó que desapareciese del todo, no por eso marchaba con menos celeridad y seguridad; parecía insensible á la fatiga. Siempre que los viageros levantaban los ojos le veían por entre los troncos de los pinos marchando con el mismo paso y con la frente ergüida. La pluma de que habia adornado su cabeza habia estado sin cesar agitada por la corriente de aire que producía su marcha.

Esta marcha rápida tenia, sin embargo, su objeto. Despues de haber atravesado un valle, donde serpenteaba un hermoso arroyo, empezó á subir una montañuela tan escarpada, que las dos hermanas tuvieron precision de apearse de sus caballos para poderle seguir.

Cuando hubieron llegado á la cima, se hallaron sobre una plataforma, donde crecían algunos árboles, al pie de uno de los cuales Magua se habia tendido para disfrutar el reposo de que toda la compañía tenia la mayor necesidad.



CAPITULO XI.

¡Maldita sea mi tribu si le
perdono!
SHAKSP. *Marchand de Venise.*

Magua había escogido para el alto que quería hacer una de aquellas pequeñas montañas escarpadas y de forma piramidal que parecen elevaciones artificiales, y que se hallan en tan gran número en los valles de los Estados Unidos. Esta era bastante alta; la cima era llana y la falda rápida, pero con una irregularidad más que ordinaria por un lado. Las ventajas que esta altura presentaba para reposar en ella parecían consistir únicamente en su pendiente y su forma, que hacían una sorpresa casi imposible, y la defensa más fácil que en cualquiera otra parte. Pero como Heyward no esperaba ya socorro después del tiempo que había pasado y la distancia que se había recorrido, miraba estas circunstancias sin el menor interés, y no se ocupaba más que en consolar y animar á sus desgraciadas compañeras. Se había quitado la brida á los caballos para dejarles que paciesen la poca yer-

ba que crecía sobre esta montaña, y delante de los cuatro primeros que estaban sentados á la sombra de un álamo se habían presentado algunos restos de las provisiones que se habían hallado en la caverna.

A pesar de la rapidez de su marcha, uno de los indios habia tenido la proporcion de atravesar con sus flechas á un cervatillo. Este indio habia llevado el animal sobre sus espaldas hasta el instante en que se habían detenido. Sus compañeros, escogiendo los pedazos que les parecían mas delicados, se pusieron á comer la carne cruda sin ningun aparato de cocina. Magua fue el único que no participó de esta comida repugnante, y permaneció sentado á un lado, sumergido, al parecer, en profundas reflexiones.

Esta abstinencia tan extraordinaria en un indio, llamó en fin la atencion del Mayor. Se persuadió éste que el huron deliberaba sobre los medios que emplearía para eludir la vigilancia de sus compañeros, y ponerse en posesion de las recompensas que se le habían Prometido; y deseando ayudar con sus consejos á madurar los planes que podía formar, y añadir algo todavía á la tentacion, se levantó, dió algunos pasos como indeliberados, y por fin se acercó al huron, sin parecer tener un designio premeditado.

—¿No ha marchado bastante tiempo Magua enfrente del sol para no temer ningun pe-

ligro por parte de los canadienses? le preguntó, como si no hubiese dudado de la buena inteligencia que reinaba entre ellos; ¿no es á propósito que el gefe de William-Henry vuelva á ver á sus hijas antes de que otra noche haya endurecido su corazon por su pérdida, y le haga quizá menos liberal en sus dones?

—¿Las caras pálidas quieren menos á sus hijos por la mañana que por la tarde ? preguntó el indio fríamente.

—No, ciertamente, respondió Heyward, apresurándose á reparar el error que temía haber cometido; el hombre blanco puede olvidar, y olvida muchas veces el lugar de la sepultura de sus padres; algunas cesa de pensar en los que debía amar siempre y que ha prometido querer; pero la temura de un padre para con sus hijos no muere sino con él.

—¿ Tan tierno es el corazon del viejo gefe blanco ? preguntó Magua. ¿ Pensará mucho tiempo en los hijos que sus squaws ⁽¹⁾ le han dado? Con sus guerreros es duro y tiene los ojos de piedra.

—Es severo cuando su deber lo exige, y para con aquellos que lo merecen, dijo el Mayor ; pero es justo y humano para los que se portan bien. Yo he conocido muchos buenos padres, pero no he visto uno, cuyo corazon

⁽¹⁾ Nombre que los indios dan á sus mugeres. (Ed)

tuviere un carino mas vivo á sus hijos. Vos habeis visto la cabeza gris en el puesto mas avanzado de sus guerreros, Magua; pero yo he visto sus ojos bañados de lágrimas mientras me hablaba de las dos hijas que ahora estan en vuestro poder.

Heyward calló , porque no sabía cómo interpretar la espresion que tomaba el semblante del indio que le escuchaba con una atencion marcada. Desde luego creyó que la alegría evidente que manifestaba el huron, oyendo hablar así del amor que Munro tenia á sus hijas, procedía de que así se figuraba el ser mayor y mas segura su recompensa; pero á medida que hablaba veía esta alegría tomar un carácter de ferocidad tan atroz, que temió fuese ocasionada por alguna pasion mas poderosa y mas siniestra que la avaricia.

— Retiráos, le dijo el indio, suprimiendo en un instante todo signo exterior de emocion, y substituyendo á ella una calma semejante á la del sepulcro; retiráos, y decid á la joven de los ojos negros que Magua quiere hablarla. El padre no olvidará lo que la hija haya prometido.

Duncan miró este discurso como inspirado por el deseo de sacar de Cora, fuese una recompensa mayor ó una nueva seguridad, de que las promesas que le habían sido hechas serían fielmente cumplidas. Volvió, pues, junto al álamo, bajo del cual estaban sentadas las

dos hermanas descansando de sus fatigas, y las dió parte del deseo que había mostrado Magua de hablar á la mayor.

—Vos conocéis cuál es la naturaleza de los deseos de un indio, la dijo Duncan, conduciéndola ácia el parage donde el salvaje la esperaba; sed prodiga de ofertas de pólvora, de mantas, y sobre todo de aguardiente, objeto el mas precioso en la estimacion de estas tribus; y hareis bien de prometerle algun regalo de vuestra propia mano con la gracia que os es tan natural. Pensad bien, Cora, que de vuestra destreza y presencia de espíritu depende vuestra vida y la de Alix.

—¿Y la vuestra, Heyward?

—La mia es de poca importancia ; la he consagrado á mi rey, y pertenece al primer enemigo que pueda sacrificarla. Yo no dejo un padre que me llore. Pocos amigos derramaran una lágrima por mi muerte habiéndola buscado tantas veces por el camino de la gloria-Pero ¡silencio! nos acercamos al indio. Magua, aquí está la dama á quien quereis hablar.

El huron se levanto lentamente, y permaneció cerca de un minuto silencioso é inmóvil. Entonces hizo una señal con la mano para intimar al Mayor se retirase.

Cuando el huron habla á las mugeres, dijo él con un tono frío, todos los oídos de su tribu estan cerrados.

Duncan pareció dudar en obedecerle.

—Retiraos, Heyward, le dijo Cora con una sonrisa tranquila; la delicadeza os lo prescribe. Volved al lado de Alix, y procurad inspirarla buenas esperanzas.

Cora espero á que el Mayor hubiese marchado, y volviéndose entonces á Magua le dijo con una voz firme y con toda la dignidad de su sexo:

—¿, Qué quiere decir la Zorra á la hija de Munro?

— Escuchad, dijo el huron apoyando su mano sobre el hombro de Cora para atraer mas fuertemente su atencion; movimiento al cual ésta resistió con tanta calma como firmeza retirando el hombro: Magua era un gefe entre los hurones guerreros de los lagos; habia visto los soles de veinte veranos hacer correr por los ríos las nieves de veinte inviernos antes de haber visto una cara pálida, y era feliz. Entonces sus padres del Canadá vinieron á los bosques, le enseñaron á beber el agua de fuego, y se hizo un furioso. Los hurones le echaron lejos de las sepulturas de sus antepasados como hubieran arrojado á un búfalo salvaje. Siguió los bordes de los lagos y llego á la ciudad de Canon. Allí vivía de su caza y de su pesca, pero fue rechazado otra vez á los bosques en medio de sus enemigos; en fin, el gefe que había nacido huron se hizo un guerrero entre los mohawks.

— He oido decir alguna cosa de esa histo-

ria, dijo Cora viendo que se interrumpía para dominar las pasiones que inflamaba en su corazón el recuerdo de las injusticias que pretendía se habían cometido con él.

—¿Tiene la culpa Magua, continuo él, si su cabeza no esta hecha de piedra? ¿quién le ha dado á beber el agua de fuego? ¿quién le ha trocado en furioso? Los hombres pálidos han sido los hombres de vuestro color. - Y si existen hombres injustos y sin principios, cuyo color se parezca al mío, ¿es razón que yo sea responsable?

—No, Magua es un hombre y no un loco. El sabe muy bien que las mugeres como vos no abren sus labios jamás para dar paso al agua de fuego; el grande espíritu os ha dado la sabiduría.

—Luego, ¿qué puedo yo hacer con respecto á vuestras desgracias, por no decir vuestros errores?

— Escuchad, como ya os lo he dicho. Cuando vuestros padres ingleses y franceses sacaron de la tierra la hacha de la guerra, la Zorra levantó su tomahawk con los mohawks, y marchó contra su propia nación. Las caras pálidas han rechazado á las pieles rojas al fondo de los bosques, y ahora cuando combatimos, un blanco es el que nos manda. El viejogefe del Horican, vuestro padre, era el gran capitán de nuestra nación. El mandaba á los mohawks que hiciesen esto, que hiciesen aque-

llo, y era obedecido. Hizo entonces una ley que decía: que si un indio bebía agua de fuego, y venía entonces á los wigwams ⁽¹⁾ de lienzo de sus guerreros, sería castigado. Magua abrió neciamente la boca, y el licor ardiente le llevó á la cabaña de Munro. ¿Qué hizo entonces la cabeza gris? que lo diga su hija.

—No olvido la ley que había dado, é hizo justicia mandando castigar al culpado.

—¡Justicia! repitió el indio echando sobre Cora, cuyas facciones estaban serenas y tranquilas, una mirada lateral, cuya espresion era feroz; ¿es justicia hacer el mal por sí mismo y castigar á los otros? Magua no era culpable, era el agua de fuego la que hablaba y obraba en él; pero Munro no quiso hacerse cargo. El gefe huron fue cogido, atado á un árbol, y dado de palos como un perro en presencia de todos los guerreros de cara pálida.

Cora guardó silencio porque no sabia cómo hacer excusable á los ojos de un indio aquel acto de severidad quizá imprudente de su padre.

—¡Ved! continuo' Magua entreabriendo el ligero tejido de indiana que cubría en parte su pecho; ved aquí las cicatrices hechas por las balas y los cuchillos; un guerrero puede enseñarlas, y hacerse un honor delante de toda su

⁽¹⁾ Las tiendas de campaña.

nacion; pero la cabeza gris ha impreso sobre las espaldas del gefe huron unas señales que le es preciso ocultar, como un squaw bajo de esta tela pintada por los hombres blancos.

—Yo había pensado que un guerrero indio era paciente; que su espíritu no sentía, ni conocía los tormentos que padecía su cuerpo.

—Cuando los chippewas ataron á Magua al árbol, y le hicieron esta herida, respondió el huron con un gesto de orgullo pasando el dedo sobre una larga cicatriz que le atravesaba todo el pecho. La Zorra se reía en su cara, y les dijo que semejantes golpes únicamente podían sentirlos los squaws. Su espíritu estaba entonces mas alto que las nubes; pero cuando sintió los golpes humillantes de Munro, su espíritu estaba debajo de tierra. El espíritu de un huron no se embriaga nunca, y no puede perder la memoria.

—Pero puede ser apaciguado. Si mi padre ha cometido una injusticia con vos, probadle, volviéndole sus hijas, que un huron puede perdonar una injuria; vos sabeis lo que el Mayor Heyward os ha prometido, y yo misma.

—Magua meneo la cabeza, y la prohibió repetir unas ofertas que despreciaba.

—¿Qué quereis, pues? preguntó Cora convencida dolorosamente de que la franqueza del muy generoso Duncan se había dejado sorprender por la duplicidad maligna de un salvage.

—Lo que quiere un huron es volver el bien por bien, y mal por mal.

—¿Luego quereis vengaros del insulto que os ha hecho Munro sobre dos hijas indefensas?

Yo hubiera creído que un gefe como vos hubiera mirado como mas digno de un hombre procurar encontrarle frente á frente y tomar de él una venganza como corresponde á un guerrero.

—Las caras pálidas tienen los brazos muy largos y los cuchillos muy bien afilados, respondió el indio con una sonrisa feroz; ¿para qué había de ir Zorra-sutil á meterse en medio de los mosquetes de los guerreros blancos, cuando tiene entre sus manos el espíritu de su enemigo?

—Dadme á conocer al menos vuestras intenciones, Magua, dijo Cora haciendo un esfuerzo extraordinario para hablar con serenidad. ¿Teneis intencion de llevarnos prisioneras á los bosques, o de damos la muerte? ¿no hay ninguna recompensa ni medio de reparar vuestra injuria que pueda aplacar vuestro corazon? á lo menos dad la libertad á mi hermana, y saciad sobre mí vuestra colera. Adquirid la riqueza volviéndola á su padre, y que vuestra venganza se contente con una sola víctima. La pérdida de sus dos hijas conduciría á un anciano al sepulcro; ¿y qué provecho, qué satisfaccion sacará la Zorra?

—Escuchad todavía. La joven de los ojos

azules podra volver al Horican, y decir al viejo gefe todo lo que se ha hecho, si la jóven de los ojos negros quiere jurarme por el grande espíritu de sus padres no decir mentiras.

—¿Y qué quereis que os prometa? preguntó Cora conservando un ascendiente secreto sobre las pasiones indómitas del salvage por su sangre fría y su aire de dignidad.

— Cuando Magua deajo' su tribu, su muger fue dada á otro gefe. Ahora ha hecho la paz con los hurones, y va á volverse cerca de las se pulturas de sus padres en las riberas del gran lago. Que la hija del gefe inglés consienta en seguirle y habitar para siempre en su wigwam

Por mas repugnante que fuese esta proposicion para Cora, conservó sin embargo Bastante imperio sobre sí misma para responder á ella sin manifestar la menor debilidad.

—¿Y qué satisfaccion podía encontrar Magua en repartir su wigwam con una muger que no puede amar; con una muger de una nacion y de un color diferente del suyo? Mas vale que acepte el oro de Munro, y que compre por medio de su generosidad la mano y el corazon de alguna jóven hurona.

El indio permaneció algun tiempo en silencio ; pero sus miradas feroces se fijaron sobre ella, con tal espresion, que Cora bajo los ojos temiendo alguna otra proposicion aun mas horrible. En fin, Magua volvió á hablar, y la dijo con el tono de la mas insultante ironía:

—Cuando los palos caían sobre las espaldas del gefe huron sabía ya donde había de encontrar la muger que había de ayudarle á so-portar esta humillacion. ¡Qué placer para Magua ver todos los días á la hija de Munro llevar su agua, sembrar y coger su grano, y cocer su caza! El cuerpo de la cabeza gris puede dormir en medio de sus cañones; pero su espíritu ¡ ah, ah! La Zorra-sutíl le tendrá bajo su cuchillo.

—¡Monstruo! exclamó Cora en un trasporte de indignacion causado por el amor filial; bien mereces el nombre que te han dado. Un demonio únicamente podría imaginar una venganza tan atroz. Pero tú te exageras tu poder. Tú veras que tienes verdaderamente el espíritu de Munro entre tus manos, y que desafía á tu maldad.

El huron respondió á este rasgo de sensibilidad con una sonrisa de desdén que manifestaba que su resolucion era inalterable, y la hizo seña que se retirase como para indicarla que la conferencia estaba terminada.

Cora, arrepintiéndose del movimiento de vivacidad á que se bahía dejado arrastrar, se vió precisada á obedecerle, porque Magua la había ya dejado para ir á reunirse con sus compañeros que estaban concluyendo su repugnante comida. Heyward corrió al encuentro de Cora, y la preguntó el resultado de una conversacion, durante la cual habia tenido los ojos

siempre fijos sobre los interlocutores. Pero estaban ya á dos pasos de Alix, y Cora temiendo aumentar sus temores, evito responder di-rectamente á la pregunta, y no mostró el mal éxito que había obtenido sino por sus facciones pálidas y desencajadas, y por las miradas inquietas que sin cesar dirigia á sus guardianes.

Su hermana le pregunto' si sabia á lo menos á qué suerte estaban determinadas; pero Cora no respondió de otro modo que estendiendo el brazo ácia el grupo de salvages y exclamando con una agitacion que no pudo disimular al tiempo que apretaba á Alix entre sus brazos: — ¡Allí, Allí! — leed nuestro des-tino sobre sus semblantes. ¡No lo veis!

Este gesto y su voz medio sofocada hicieron todavía mas impresion que sus palabras sobre los que le escuchaban, y todas sus miradas se fijaron bien pronto sobre el punto donde las suyas se habian detenido con una atencion tan profunda como exigía aquel crítico momento.

Cuando Magua llegó al lado de los salvages que estaban echados en el suelo con una especie de indolencia brutal, comenzó á arengarles con el tono de dignidad de un gefe indio. Desde las primeras palabras que pronuncio, sus gentes se levantaron y tomaron una actitud de atencion respetuosa. Como hablaba en su lengua natural, los prisioneros aun-

que la vigilancia de los indios no les hubiese permitido colocarse á una gran distancia, no podían mas que formar conjeturas sobre lo que les decía, según las inflexiones de su voz y la naturaleza expresiva de los gestos que acompañan siempre la elocuencia de un salvaje.

Al principio el lenguaje y los gestos de Magua parecieron tranquilos. Cuando hubo llamado suficientemente la atención de sus compañeros, adelantó la mano tan frecuentemente en la dirección de los grandes lagos, que Heyward se inclinó á creer que les hablaba del país de sus padres y de su tribu remoja. Los oyentes dejaban oír de tiempo en tiempo una exclamación que parecía un modo de aplaudir, y se miraban unos á otros como para hacer el elogio del orador.

La Zorra era muy habil para no aprovecharse de esta ventaja. Les hablo de la ruta larga y penosa que habían hecho al dejar sus bosques y sus wigwams para venir á combatir á los enemigos de sus padres del Canadá. Recordó los guerreros de su nación; alabó sus hazañas; sus heridas; el número de cabelleras que habían cortado, y no se olvidó de hacer el elogio de los que le escuchaban. Siempre que designaba á uno en particular, veía el semblante de este brillar de orgullo, y no dudaba confirmar por sus gestos y sus aplausos la justicia de los elogios que su jefe le daba.

Dejando entonces el acento animado y casi triunfante que habia tomado para enumerar sus antiguos combates y victorias, bajó el tono para describir mas simplemente la catarata de Glenn, la posicion inaccesible de la pequeña isla, sus rocas, sus cavernas, y su doble caída de agua. Despues pronunció el nombre de la Larga-Carabina, y se interrumpió hasta que el último eco hubo repetido los largos ahullidos que se siguieron. Señaló con el dedo al inglés cautivo, y describió la muerte del valiente huron que habia sido precipitado en el abismo combatiendo con él. Pintó despues la muerte del que suspendido entre el cielo y la tierra habia ofrecido un espectáculo tan horrible por algunos instantes, y apoyando sobre su valor y sobre la pérdida que habia tenido su nacion por la muerte de un guerrero tan intrépido. Dió iguales elogios á los que habían perecido en el ataque de la isla, y se tocó en la espalda para indicar la herida que él mismo habia recibido.

Cuando hubo concluido el relato de los acontecimientos últimos que acababan de verificarse, su voz tomó un acento lamentable, gutural y patético; habló de las mugeres y de los hijos de los que habían perdido la vida, del abandono en que iban á encontrarse, de la miseria á que se verían reducidos, de su afliccion y de la venganza que les era debida.

Entonces volviendo á dar repentinamente

á su voz toda su ostension, exclamó: —;Son los hurones algunos perros para soportar semejantes cosas? ;Quién irá á decir á la muger de Menowgna que los peces devoran su cuerpo y que su nacion no ha tomado venganza? ;Quién se atreverá á presentarse delante de la madre de Wassawa Timia, aquella muger tan orgullosa, con unas manos que no estén teñidas en sangre? ;Qué responderemos á los ancianos que nos pregunten cuántas cabelleras llevamos, cuando no tengamos una sola que presentarles? Todas la mugeres nos señalarán con el dedo. Los hurones tienen una mancha negra sobre sí, y es preciso sangre para labarla.

Su voz entonces se perdió en medio de los gritos de rabia que se elevaron como si en lugar de algunos indios toda la tribu hubiese estado reunida sobre la cima de esta montaña. Mientras que Magua pronunciaba este discurso, los desgraciados, que eran mas interesados en él, veían muy claramente sobre las facciones de los que le escuchaban el efecto que producía. A su relato melancólico habían respondido por un grito de afliccion; á la pintura de sus triunfos por un grito de alegría; á sus elogios por gestos que los confirmaban. Cuando los habló de su valor, sus miradas se animaron de un nuevo fuego; cuando hizo alusion al desprecio con que les mirarían las mugeres de su nacion, bajaron la cabeza sobre su pe-

cho; pero luego que hubo pronunciado la palabra venganza, y que les hizo conocer que estaba en su mano el tomarla, esta era la cuerda que no dejaba de resonar jamás en el corazón de un salvaje: toda la tropa dio al instante gritos de rabia, y los furiosos corrieron ácia los prisioneros con el cuchillo en la mano y el tomahawk levantado en la otra.

Heyward, viéndolos llegar se precipitó entre las dos hermanas y sus enemigos enfurecidos, y aunque sin armas, atacando al primero con toda la fuerza que dá la desesperacion, consiguió detener un instante al salvaje, tanto mas fácilmente quanto que el indio no esperaba hallar esta resistencia. Esta circunstancia dió á Magua tiempo para intervenir, y por medio de sus gritos, y sobre todo por sus gestos, consiguió fijar de nuevo la atención sobre él. Sin embargo, estaba muy lejos de ceder á un movimiento de conmiseracion; porque la nueva arenga que pronunció tenia el objeto de persuadirles á que no les diesen una muerte pronta, sino que prolongasen su agonía; proposicion que fue acogida con aclamaciones de una alegría feroz, disponiéndose á ejecutarla sin mas dilacion.

Dos guerreros robustos se precipitaron al mismo tiempo sobre Heyward, mientras que otro se adelantaba contra el maestro de salmódia, que parecía un adversario menos temible. Sin embargo, ninguno de los dos cautivos ce-

dió á su suerte sin una resistencia vigorosa, aunque inútil. David derribó al salvaje que le asaltaba, y únicamente pudieron sujetar al Mayor luego que habiendo domado á David pudieron los bárbaros reunir sus esfuerzos. Ata-ron á Duncan con ramas flexibles al tronco de un abeto, cuyas ramas habían sido útiles á Magua para contar en pantomima la catástrofe del huron.

Cuando el Mayor pudo levantar los ojos para buscar á sus compañeros, se convenció, dolorosamente de que la misma suerte les esperaba á todos. A su derecha estaba Cora, ataja como él á un árbol, pálida y agitada; pero con una entereza que no se desmentía, ni aun en este terrible momento, seguía con los ojos todos los movimientos de sus enemigos. Las ligaduras que sujetaban á Alix á otro abeto, á su izquierda, la hacían un servicio que no hubiera podido esperar de sus piemas, porque parecía estar mas muerta que viva; tenía la cabeza inclinada sobre su pecho, y sus miembros trémulos no se sostenían sino por medio de las ramas con que estaba sujeta. Sus manos estaban juntas como para orar; pero en lugar de levantar sus ojos al cielo para dirigir sus súplicas al único Ser de quien podía esperar socorro, miraba á Duncan con una especie de confianza que parecía proceder de la sencillez de la infancia. David había combatido, y esta circunstancia le asombraba á él mismo;

guardaba un profundo silencio, y reflexionaba si habría hecho mal de proceder así.

Sin embargo, la sed de venganza de los hurones no se apaciguaba, pues se preparaban á saciarla con todos los refinamientos de crueldad que la práctica de muchos siglos había hecho familiares á su nacion. Los unos cortaban ramas para formar hogueras alrededor de sus víctimas, y otros cortaban punzones de madera para clavarlos en las carnes de los prisioneros cuando estuviesen espuestos á la accion de un fuego lento. Dos de entre ellos procuraban encorbar dos labetos jóvenes, y próximos el uno al otro para atar á ellos á Heyward por los dos brazos, y dejarlos luego tomar su posicion vertical. Pero estos variados tormentos no bastaban todavía para saciar la venganza de Magua.

Mientras que los monstruos menos ingeniosos que componían su banda preparaban á la vista de sus desgraciados cautivos los medios ordinarios y conocidos de la tortura á que estaban destinados, se acercó él á Cora, y la hizo observar con una sonrisa infernal todos aquellos preparativos de muerte.

— ¡Y bien! ¿qué dice la hija de Munro? su cabeza es muy orgullosa para descansar sobre una almohada en el wigwam de un indio; ¿se hallará mejor esa cabeza cuando esté rodando como una piedra redonda por esta montaña para servir de juguete á los lobos? Su seno no

quiere alimentar á los hijos de un huron; ella verá á los hurones ensuciar su seno con saliva.

—Que quiere decir ese monstruo, preguntó Heyward, no entendiendo nada de lo que oía.

—Nada, respondió Cora con tanta dulzura como firmeza; es un salvaje, un salvaje ignorante y bárbaro, y no sabe lo que se dice ni lo que hace. Empleemos nuestros últimos momentos en pedir á Dios le inspire el arrepentimiento para que pueda obtener perdón.

—¡Perdón! exclamó el indio, que ciego de furor creyó que se le suplicaba perdonarse. La memoria de un huron es mas larga que las manos de las caras pálidas, y su misericordia mas corta que su justicia. Hablad: ¿enviaré á su padre la cabeza de los caballos rubios, y vuestros otros dos compañeros? ¿consentís en seguir á Magua á las orillas del gran lago para llevar su agua y preparar su alimento?

—¡Dejadme! le dijo Cora con un tono de indignacion que no pudo disimular, y que impuso por un momento al bárbaro; vos mezclais la amargura á mis últimas oraciones, y os interponeis entre mi Dios y yo.

La ligera impresion que había producido sobre Magua no fue de larga duracion.

—Ved, la dijo señalando á Alix con una alegria bárbara, ¡ vuestra hermana llora, es muy joven todavía para morir ! enviadla á Munro para que cuide de sus cabellos grises, y conser-

va la vida en el corazón de su viejo padre Cora no pudo resistir al deseo de echar una mirada sobre su hermana, y vio en su semblante el terror, la desesperación y el amor de la vida, tan natural á todo lo que respira.

—¿Qué dice? querida Cora, pregunto Alix con voz trémula; ¿no habla de enviarnos á nuestro padre?

Cora permaneció algunos instantes con los ojos fijos sobre su hermana, con las facciones agitadas de vivas emociones que se disputaban el imperio en su corazón. En fin, pudo hablar,

La su voz perdiendo su sonoridad acostumbrada habia tomado la expresión de una ternura casi maternal.

—Alix, la dijo, el huron nos ofrece la vida á las dos; hace mas: promete volveros á vos y á nuestro querido Duncan á la libertad, á nuestros amigos, á nuestro desgraciado padre, si... si yo puedo domar este corazón rebelde, este orgullo altanero, hasta el punto de consentir...

La voz se quedó ahogada en su garganta; juntó las manos, y levantó los ojos al cielo como para suplicar á la Sabiduría infinita la inspirase lo que debia decir, y lo que debia hacer.

—De consentir, ¿en qué? ¿esclamó Alix; continuad, mi querida Cora; qué exige de nosotras? ¡Oh! ¿que no se haya dirigido á mí! con qué gusto sabría morir por salvaros, por sal-

var á Duncan, por conservar un consuelo á nuestro pobre padre!

— ¡Morir! repitió Cora con un tono mas tranquilo y mas firme, ¡la muerte no sería nada; pero la alternativa es horrible! Quiere, continuó Cora bajando la cabeza de vergüenza de verse obligada á divulgar la proposicion degradante que se la había hecho; quiere que le siga al desierto, que vaya con él á vivir para, siempre entre la tribu de los hurones; y en una palabra, que sea su muger. Hablad ahora Alix, hermana querida, y vos tambien Duncan, ayudad mi débil razon con vuestros consejos. ¿Debo yo comprar la vida por tal sacrificio? ¿Vos, Alix, vos, Duncan, consentís en recibirla de mis manos á semejante precio? ¡Hablad! decidme los dos lo que debo hacer; ya me pongo á vuestra disposicion.

—¿Si yo quiero la vida á ese precio? exclamó el Mayor con indignacion. ¡Cora, Cora! no os burleis así de nuestra desgracia! ¡no hableis mas de esa detestable alternativa! el pensamiento solo es mas horrendo que mil muertes.

— Yo sabía que tal habia de ser vuestra respuesta, dijo Cora, cuya tez se animó á estas palabras, y cuyas miradas brillaron un instante como un relámpago. ¿Pero qué dice mi querida Alix? no hay nada que yo no esté dispuesta á hacer por ella sin que oiga siquiera una queja.

Heyward y Cora escuchaban en silencio y

con la mas viva atencion; pero ninguna respuesta recibieron. Parecía que las pocas palabras que acababa de pronunciar Cora habían aniquilado, ó á lo menos suspendido el uso de todas las facultades de Alix. Sus brazos estaban caidos á sus lados , y sus dedos estaban agitados por violentas convulsiones. Su cabeza estaba inclinada sobre su pecho , sus piernas estaban dobladas, y no se sostenía mas que por la ligadura de ramas que la sujetaba al árbol. Sin embargo, al cabo de algunos instantes los colores volvieron á aparecer sobre sus mejillas, y su cabeza recobro el movimiento para espresar por medio de un gesto cuán lejos estaba de desear que su hermana hiciese el sacrificio de que acababa de hablar; y reanimándose el fuego de sus ojos esclamo:

—¡No, no, no! ¡moramos antes! moramos juntas, como hemos vivido.

—¡Pues bien! muere, dijo Magua rechinando los dientes de rábia cuando oyó á una jóven que él creía débil y sin energía mostrar repentinamente tanta firmeza. Dichas estas palabras , lanzo contra ella una hacha con toda su fuerza ; y el arma mortífera , hendiendo el aire á la vista de Heyward, cortó una trenza de los cabellos de Alix, y se clavo profundamente en el árbol á una pulgada mas arriba de su cabeza.

Este espectáculo puso á Heyward fuera de sí mismo; la desesperacion le prestó nuevas

fuerzas; un violento esfuerzo rompió las ligaduras que le tenían sujeto, y se precipitó sobre otro salvaje, que dando un alarido horrible levantaba su tomahawk para dar un golpe mas seguro á la víctima. Los dos combatientes lucharon un instante, y cayeron sin soltarse; pero el cuerpo casi desnudo del salvaje ofrecía menos presa al Mayor; su adversario se le escapo, y apoyando una rodilla sobre su pecho levanto el cuchillo para clavársele en el corazon. Duncan veía el instrumento de muerte pronto á caer sobre *sí*, cuando una bala pasó silbando cerca de su oido; el ruido de una esplosion se oyó al mismo tiempo; Heyward sintió su pecho aliviado del peso que le oprimía, y su enemigo despues de haber vacilado un momento cayo sin vida á sus pies.



CAPITULO XII.

Clown: Parto Señor, y en un momento estará de vuelta ¿vuestro lado.
SHAKSP, *La noche de los reyes*.

Los hurones permanecieron inmóviles viendo la muerte tan repentina de uno de sus compañeros. Pero mientras procuraban ver quien había sido tan atrevido y tan diestro para tirar sobre su enemigo, sin temor de herir al que quería salvar, el nombre de la Larga-Carabina salid simultáneamente de todas las bocas é instruyó al Mayor de quien era su libertador. Grandes gritos que partían de un bosquecillo donde los hurones habían depositado sus armas de fuego les respondieron al instante, y los indios dieron nuevos alaridos de rábía viendo á sus enemigos interpuestos entre ellos y sus fusiles.

Ojo-de-alcon, muy impaciente para tomarse tiempo de volver á cargar su larga carabina que habia hallado en el bosque, hendió el aire precipitándose sobre ellos con un hacha en la mano. Pero por mas rápida que fuese su carrera, fue todavía adelantado por

un joven salvaje, que con un cuchillo en la mano, y esgrimiendo en la otra el terrible tomahawk, corrió á colocarse enfrente de Cora. Otro enemigo , cuyo cuerpo medio desnudo estaba pintado con los emblemas espantosos de la muerte, seguía á los dos primeros en una actitud no menos amenazadora. A los gritos de furor de los hurones sucedieron las exclamaciones de sorpresa, cuando reconocieron á los enemigos que acudían contra ellos, y sucesivamente fueron pronunciados los nombres: el Ciervo agil y la Gran Serpiente.

Magua fue el primero que salió de la especie de estupor en que le había sumergido este acontecimiento imprevisto, y viéndolo inmediatamente que no tenía mas que tres adversarios que temer, animó á sus compañeros por medio de su voz y de su ejemplo, y dando un gran grito, corrió con el cuchillo en la mano al encuentro de Chingachgook, que se detuvo para esperarle. Esta fue la señal de un combate general; ninguna de las partes tenían armas de fuego, porque los hurones se hallaban en la imposibilidad de volver á tomar sus fusiles, y la precipitación del cazador no había dado tiempo á los Mohicanos para apoderarse de ellos. La destreza y la fuerza corporal debían decidir de la victoria.

Uncas, que era el mas avanzado, fue el primero á quien atacó un huron, el cual recibió un golpe de tomahawk que le rompió el

cráneo: esta victoria, habiendo puesto al igual el número de los combatientes, cada uno de ellos no tuvo que hacer más que con un enemigo. Heyward arrancó el hacha que Magua había dejado clavada en el árbol donde estaba atada Alix, y se sirvió de ella para defenderse contra el salvaje que le atacó.

Los golpes menudeaban como el granizo de una tempestad, y eran parados con una destreza casi igual. Sin embargo, la fuerza superior de Ojo-de-halcon consiguió bien pronto la ventaja contra su antagonista, á quien un golpe de tomahawk le derribó muerto en el suelo.

Durante este tiempo, Heyward, cediendo á un ardor demasiado fogoso, había lanzado su hacha contra el huron que le amenazaba, en lugar de esperar á que estuviese al alcance para herirle con ella. El salvaje, herido en la frente, pareció vacilar, y se detuvo un instante en su carrera. El impetuoso Mayor, inflamado por esta apariencia de vencimiento se precipitó sobre él sin armas, y reconoció luego que había cometido una imprudencia, porque tuvo necesidad de todo su vigor y de toda su presencia de espíritu para evitar los golpes desesperados que su enemigo le asestaba con su cuchillo. No pudiéndole atacar por su parte, consiguió sujetarle con sus brazos, y apretar los del salvaje contra sus espaldas; pero este violento esfuerzo apuraba

sus fuerzas y no podía durar mucho tiempo. Conocía al mismo tiempo que iba á encontrar se á disposicion de su adversario, cuando oyó cerca de sí una voz que decía:—; Muerte y esterminio! no se dé cuartel á los malditos mingos.

Al mismo tiempo la culata del fusil del cazador, cayendo con una fuerza irresistible sobre la cabeza del huron, le envió á reunirse con sus compañeros, los que habían dejado ya de existir.

Luego que el joven Mohicano hubo derribado á su primer antagonista, giró sus ojos alrededor como un leon irritado para buscar otro. En el primer momento del combate, el quinto huron , hallándose sin contrario, habia dado algunos pasos para ayudar á Magua á deshacerse de Chingachgook; pero un espíritu infernal de venganza le hizo cambiar de intencion repentinamente, y dando un rugido de rabia, corrió velozmente ácia Cora, y la lanzó su hacha de lejos como para advertirla de la suerte que la reservaba. El arma bien afilada no hizo mas que rozar el árbol; pero sin embargo esto fue bastante para cortar las ligaduras que oprimían á Cora. Por este incidente Cora se halló en libertad para huir, pero no se aprovechó de ella sino para correr al lado de Alix, y despues de haberla apretado en sus brazos, procuró con una mano trémula desatar las ramas que la tenían cautiva. Este rasgo de generoso afecto hubiera conmovido á

cualquier otro que no fuese un monstruo; pero el sanguinario huron fue insensible, persiguió á Cora, la cogió por sus hermosos cabellos que flotaban en desorden sobre su cuello y espaldas, y forzándola á mirar, hizo brillar á sus ojos su cuchillo, haciéndole girar al rededor de su cabeza como para hacerla ver de qué modo tan cruel iba á despojarla de aquel adorno. Pero pagó bien caro este momento de satisfacción feroz. Uncas acababa de distinguir esta escena cruel, y el rayo no es mas pronto para herir. En tres saltos el jóven Mohicano cayó sobre este nuevo enemigo; y el choque fue tan violento, que los dos cayeron en tierra. Al mismo tiempo se levantaron, combatieron con una fuerza igual, y su sangre corrió; pero el combate se terminó prontamente, porque en el instante en que el cuchillo de Uncas entraba en el corazon del huron, el tomahawk de Heyward y la culata y la fusil del cazador le rompieron el cráneo.

La lucha de la Gran Serpiente con Zorra sutil no estaba todavía decidida, y estos guerreros bárbaros manifestaban muy bien que merecían los sobrenombres que se les habían dado. Despues de haberse ocupado mucho tiempo en dar y rechazar golpes, dirigidos por un ódio mútuo, se agarraron por el cuerpo, cayeron al suelo, y continuaron su lucha como serpientes. En el instante en que los otros combates se

terminaban, el sitio en que éste se continuaba todavía no se distinguía mas que por una nube de polvo y de hojas secas que se elevaban con él; lo que parecía efecto de un remolino. Escitados por motivos diferentes de amor filial, de amistad y de agradecimiento, Uncas, el cazador y el Mayor corrieron apresuradamente á dar auxilio á su compañero. Pero en vano el cuchillo de Uncas buscaba un paso para traspasar el corazon del enemigo de su padre; en vano Ojo-de-halcon levantaba la culata de su fusil para descargarla sobre su cabeza; en vano Heyward acechaba el momento de poder agarrar un brazo o' una pierna del huron; los movimientos convulsivos de los dos combatientes cubiertos de sangre y de polvo eran tan rápidos , que sus dos cuerpos parecían no formar mas que uno solo, y ninguno de ellos se atrevía á dar un golpe temiendo no equivocarse y dar la muerte al que se quería salvar la vida.

Habia instantes en que se veían brillar los ojos feroces del huron como los del animal fabuloso que se ha llamado basilisco, y por entre el torbellino de polvo que le rodeaba, podía el leer en las miradas de los que le rodeaban que no tenía piedad ni misericordia que esperar pero antes de que se le hubiese podido dar el golpe que se le destinaba, el sitio del combate habia cambiado insensiblemente, y entonces se hallaba casi á la estremidad

de la plataforma que coronaba la montaña. En fin, Chingachgook halló medio de dar á su enemigo un golpe con el cuchillo de que estaba armado , y al instante mismo Magua soltó la presa; dió un profundo suspiro, y quedó tendido sin movimiento y sin dar ninguna señal de vida. El Mohicano se levantó inmediatamente, é hizo resonar el bosque con el grito de su triunfo.

— ¡ Victoria por los delawarees! ¡Victoria por los Mohicanos! exclamó Ojo-de -halcon; pero, añadió inmediatamente, un buen golpe con la culata del fusil para concluirle, dado por un hombre cuya sangre no tiene mezcla, no privará á nuestro amigo ni del honor de la victoria, ni del derecho que tiene á la cabellera del vencido.

Diciendo esto, levantó su fusil en el aire para descargar la culata sobre la cabeza del huron; pero al mismo tiempo la Zorra sutil hizo un movimiento rápido que le acercó al borde de la montaña: dejóse escurrir por la falda abajo, y desapareció en menos de un minuto por entre la maleza. Los dos Mohicanos, que habían creído á su enemigo muerto, se quedaron petrificados, y dando un gran grito en seguida, se arrojaron á perseguirle con el ardor de dos galgos que huelen el rastro de la caza; pero el cazador, cuyas preocupaciones llevaban siempre la ventaja sobre su sentimiento natural de justicia en todo lo respec-

tivo á los mingos, les hizo cambiar de intencion llamándolos desde la montaña.

— Dejadle ir , les dijo; ¿donde queríais encontrarle ? ya está oculto debajo de algun terron. Acaba de dar una prueba de que no en vano le llaman la Zorra sutil; ¡cobarde, embustero! Un honrado delaware, viéndose vencido en legítima lucha, se hubiera dejado dar el golpe sin resistencia; pero estos infames macuas se agarran tanto á la vida como los gatos salvages. Es preciso matarlos dos veces antes de estar seguro de que estan muertos. ¡Dejadle ir! está solo; no tiene fusil ni tomahawk; está herido, y tiene mucho camino que andar antes de reunirse á los franceses ó á sus camaradas. Es como una vívora á quien se le han arrancado los dientes venenosos ; no puede ya hacemos mal, á lo menos hasta que estemos en seguridad. Pero ved , Uncas, añadió él en delaware; ved vuestro padre que ha hecho cosecha de cabelleras. Yo creo que sería bueno hacer una ronda para asegurarnos de estos vagabundos si estan bien muertos; porque si se les antojase levantarse como al otro, y de marchar á reunírsele, quizá tendríamos que empezar de nuevo la tarea.

A estas palabras el honrado, pero implacable cazador, fue á visitar á cada uno de los cinco cadáveres, estendidos á poca distancia los unos de los otros , removiéndolos con el pie, y aun empleando la punta de su cuchillo para

asegurarse de que no existía en ellos un soplo de vida , con una indiferencia tan fría como la de un camicero que arregla sobre su tabla los miembros de los cameros que acaba de degollar. Pero habia sido prevenido por Chingachgook, que se habia ya apoderado de los trofeos de la victoria, las cabelleras de los vencidos.

Uncas al contrario, renunciando á sus costumbres, y quizá á su naturaleza para ceder á una delicadeza de instinto, siguió á Heyward, que corrió ácia sus compañeras, y luego que hubieron desatado las ligaduras que ceñian á Alix, y que Cora no habia podido romper, las dos amables hermanas se abrazaron estrechamente. No intentaremos pintar el reconocimiento de que se hallaban penetradas ácia el Supremo árbitro de todos los acontecimientos, viéndose vueltas de un modo tan inesperado á la vida y á su padre. Sus acciones de gracias fueron solemnes y silenciosas. Alix se habia puesto de rodillas luego que se vid en libertad, y cuando se levanto fue para estrechar de nuevo á su hermana , llenándola de las tiernas caricias, que la fueron devueltas con usura. Entre mil sollozos pronunció el nombre de su padre, y en mecho de sus lágrimas, sus ojos inocentes como los de una paloma, brillaban con el fuego de la esperanza que la animaba, y daban á toda su fisonomía una espresion que parecía tener algo de celestial. — ¡Estamos libres! exclamó ella; ¡estamos

libres! Nos veremos todavía en los brazos de nuestro tierno padre, y su corazón no será despedazado por la cruel pesadumbre de nuestra pérdida. ¡Y tú también. Cora! tú, mi querida hermana, tú que eres más que mi hermana, estás también en mis brazos! ¡y vos, Duncan, añadió mirándole con una sonrisa de inocencia angelical; nuestro querido y valiente Duncan, estais libre de tan horroroso peligro!

A estas palabras pronunciadas con un fervor que tenía algo de entusiasmo, Cora no respondió sino oprimiendo tiernamente á su hermana contra su seno; Heyward no se desdijo de derramar algunas lágrimas, y Uncas, cubierto con la sangre de los enemigos y con la suya, y en apariencia espectador impasible de esta escena interesante, manifestaba por la expresión de sus miradas que estaba adelantado, quizá en muchos siglos, á sus salvajes compatriotas.

Durante estas escenas de un enternecimiento tan natural, Ojo-de-halcón, habiéndose asegurado de que ninguno de los enemigos estendidos en el suelo podría ya perjudicarle, se acercó á David, y le quitó las ligaduras que había sufrido hasta entonces con una paciencia ejemplar.

—¡Bien! dijo el cazador arrojando detrás de sí la última rama que acababa de cortar, ya estais otra vez en toda libertad, y con el libre uso de vuestros miembros, aunque no os ser-

vis de ellos con la direccion que la naturaleza ha mostrado al producirlos. Si no tomais á mal los consejos de un hombre que no es mas viejo que *vos*, pero que puede decir que habiendo pasado casi toda su vida en los desiertos ha adquirido mas esperiencia que años, yo os diré lo que pienso; y es que haríais muy bien de vender al primer loco que encontraseis ese instrumento, *que* sale en parte de vuestro bolsillo; y con el dinero que recibais compreis al-gima arma que os pueda ser útil, aun cuando no sea mas que una mala pistola. Por este medio, y con cuidado é industria, podreis llegar á ser algo; porque yo pienso que al presente vuestros ojos deben deciros claramente que el cuervo mismo vale mas que el pájaro burlon: el primero contribuye á lo menos á hacer desaparecer de la superficie de la tierra los cadáveres corrompidos, y el otro no sirve sino para engañar en los bosques por medio de sus sonidos mentirosos á los que le oyen.

— Las armas y los clarines para la batalla, respondió el maestro de canto, ya libre, y el cántico de acciones de gracias para despues de la victoria. — ¡Amigo! dijo él al cazador alargándole una mano pequeña y delicadamente formada, al tiempo mismo que sus ojos húmedos centelleaban; yo te doy gracias de que mis cabellos crezcan todavía sobre mi cabeza. Los habrá mejores y mejor rizados; pero siempre me he contentado con los míos, y los he

hallado convenientes á la cabeza que cubren. Si no he tomado parte en la batalla, no ha sido tanto por falta de voluntad como á causa de las ligaduras con que los paganos me habian sujetado. Tú te has mostrado valiente y hábil en el combate , y si te manifiesto mi agradecimiento antes de desempeñar otros deberes mas solemnes y mas importantes, es porque tú has dado una prueba de que eres digno de los elogios de un cristiano.

— Lo que yo he hecho no es mas que una bagatela , respondió Ojo-de-halcon, mirando á La Solfa con un poco menos de indiferencia, despues que éste le había dirigido unas espresiones de reconocimiento tan poco equívocas; y otro tanto vereis algunas veces si permanecéis algun tiempo entre nosotros. Pero he encontrado á mi antiguo compañero, el cazador de venados, añadió él dando un golpe sobre su fusil, y esto solo vale una victoria. Estos iraqueses son malignos , pero han olvidado su malicia, dejando sus armas de fuego fuera de su alcance. Si Uncas y su padre hubiesen tenido la idea de tomar un fusil como yo , hubiéramos llegado contra esos bandidos con tres balas en lugar de una, y todos hubieran caído, el tunante que se ha escapado como los otros. Pero el cielo lo ha ordenado así, y todo está bien.

—Teneis razon, respondió La Solfa , y vos teneis el verdadero espíritu del cristianismo;

la conformidad que mostrais es muy consolatoria para el verdadero cristiano.

El cazador, que se había sentado y que examinaba todas las partes de su fusil con el mismo cuidado con que un padre examina todos los miembros del niño que acaba de dar una caída peligrosa, levantó los ojos sobre él con un semblante de disgusto que no procuraba disimular.

Viendo David que discutía con un hombre que carecía de la fé, y que únicamente estaba dotado de la luz natural, renunció inmediatamente á una controversia, de la que creyó no sacaría ninguna utilidad. Mientras que el cazador hablaba todavía, David se había sentado, y tomando su libro de los salmos, y sus gafas montadas en hierro, se preparó á desempeñar un deber que las circunstancias únicamente podían haber suspendido por tanto tiempo. David era en efecto un trovador del nuevo mundo, muy diferente á la verdad de aquellos trovadores del antiguo, que celebraban los hechos famosos de un baron ó de un príncipe; este era un bardo en el espíritu del país que habitaba, y se preparaba en este momento á ejercer su profesion para celebrar la victoria que acababa de conseguirse, ó más bien para dar gracias al cielo.

—Yo os invito, amigos míos, dijo en voz alta á la compañía, á uniros conmigo para dar gracias al ciclo por habernos salvado de

manos de los bárbaros infieles , y á escuchar el cántico solemne por el hermoso tono llamado Northampton.

Indico la página donde se hallaban los versos que iba á cantar, como si sus oyentes hubiesen tenido en la mano otro libro semejante para buscarlos, y segun su costumbre aplicó su instrumento á los labios para tomar y dar el tono con la misma gravedad que si hubiese estado en un templo. Pero por esta vez ninguna voz se unió á la suya, porque las dos hermanas, despues de las fatigas y sustos que habian padecido, no tenian ánimo para cantar. La tibieza aparente de su auditorio no le desanimó de ningun modo, y empezó su cántico, que terminó sin que nadie le interrumpiese.

El cazador le escucho sin dejar de la mano el fusil, y haciendo la inspeccion de él; pero los cánticos de David no parecieron hacer sobre él el mismo efecto que le habían ocasionado en la gruta. En una palabra, jamas trovador habia ejercido sus talentos delante de un auditorio mas insensible; y sin embargo tomando en consideracion la piedad fervorosa y sincera del cantor, es permitido creer que jamas los cantos de un bardo llegaron mas cerca del trono de aquel á quien es debido todo homenaje y respeto. Ojo-de-halcon se levantó en fin, murmurando algunas palabras, entre las cuales se pudo entender la de: "garganta de iroques, y fue á examinar el estado

del arsenal de los hurones. Chingachgook se reunió á él, y reconoció su fusil y el de su hijo. Heyward y aun David encontraron con que armarse, y las municiones no faltaban tampoco para que las armas fuesen útiles.

Cuando los dos amigos hubieron hecho su eleccion, y terminado la distribucion del resto , el cazador anunció que era tiempo de marchar. Los cánticos de David habían cesado, y las dos hermanas empezaban á ser mas dueñas de sus emociones. Sostenidas por Heyward y por el joven Mohicano bajaron la montaña que habían subido con guías tan diferentes, y cuya cima había faltado poco para ser el teatro de una escena horrible. Volviendo á subir entonces sobre sus dos caballos que habían tenido el tiempo necesario para reposar y pacer la yerba y los renuevos de los arbustos, siguieron los pasos de un conductor que, en momentos tan terribles, les había manifestado tanto celo y adhesion. Su primera marcha no fue larga. Ojo-de-halcon, dejando un sendero que los hurones habían traído á la venida , volvió sobre la derecha, atravesó un arroyo poco profundo, y se detuvo en un pequeño valle protegido por algunos olmos. Este valle no estaba mas que á un cuarto de milla de la fatal montaña , y los caballos no habían hecho mas servicio á las dos hermanas que ponerlas en estado de pasar el arroyo á pie seco.

Los indios y el cazador parecían conocer

este sitio, porque luego que llegaron á él, apoyando sus fusiles contra un árbol, empezaron á limpiar y á separar las hojas secas que había al pie de tres sauces llorones ; y habiendo abierto la tierra con el auxilio de sus cuchillos se vió correr un manantial de agua pura y cristalina. Ojo-de-halcon miró entonces á su alrededor como buscando alguna cosa que creia encontrar y no percibía.

— Esos miserables mohawk , ó sus hermanos los tuscaroras y los onondagas han venido á beber aquí, dijo él, y los vagabundos se han llevado la calabaza. Eso es lo que se consigue con hacer servicios á esos perros que abusan de ellos. Dios ha estendido la mano sobre estos desiertos en su favor, y ha hecho salir de las entrañas de la tierra un manantial de agua viva que puede burlarse de todas las boticas de las colonias; y ¡ ved! los canallas le han cegado y han pisado la tierra con que le han cubierto como si fuesen brutos y no criaturas humanas.

Mientras que el cazador espresaba así su disgusto , Uncas le presentó silenciosamente la calabaza que había encontrado colocada cuidadosamente sobre las ramas de un sauce, y que se había ocultado á las miradas impacientes de su compañero. Habiéndola llenado de agua, Ojo-de-halcon fue á sentarse á alguna distancia; la vació, segun pareció, con gran placer, y se puso á hacer un examen serio de los res-

tos de los víveres que habían dejado los hurones, y que había tenido cuidado de poner en su morral.

—Os doy gracias, dijo á Uncas, volviéndole la calabaza vacía. Ahora vamos á ver como viven esos infames hurones en sus expediciones. ¡Ved esto! Los tunantes conocen los mejores bocados de un cervatillo, y se creería que pueden trinchar y hacer cocer una pieza de caza tan bien como el mejor cocinero del país. Pero todo está crudo, porque los iroqueses son unos verdaderos salvages. Uncas, tomad mí eslabon y encended fuego; un pedazo de asado no estará de mas despues de las fatigas que hemos padecido.

Viendo que sus guias tenían sériamente gana de comer, Heyward ayudo á las dos hermanas á apearse de los caballos, las hizo sentar sobre la yerba para que tomasen algun descanso, y mientras se hacían los preparativos de la cocina, la curiosidad le movió á preguntar por qué feliz combinacion de circunstancias, os tres amigos habían llegado tan á tiempo para salvarlos.

—¿Cómo es que os hayamos vuelto á ver tan pronto, mi generoso amigo, dijo al cazador. y que no hayais traído ningun socorro de la guarnicion de Eduardo?

—Si hubiésemos pasado mas allá del recode del río, hubiéramos llegado á tiempo para cubrir de hojas vuestros cuerpos, pero muy tar-

de para salvar vuestras cabelleras. No, no, en lugar de cansarnos y perder tiempo corriendo al fuerte, nos hemos quedado en emboscada sobre las riberas del río, para observar los movimientos de los hurones.

—¿Habeis visto todo lo que ha pasado?

—Nada absolutamente. Los ojos de los indios son muy perspicaces para que se les escape nada, y por lo mismo nos hemos estado cuidadosamente ocultos. Pero lo mas difícil era forzar á este jóven á permanecer tranquilo con nosotros. ¡Ah! Uncas, ¡os habeis conducido mas bien como una muger curiosa, que como un guerrero de nuestra nacion!

Los ojos penetrantes de Uncas se fijaron un instante sobre el cazador; pero no le respondió, ni dió señal ninguna de estar arrepentida de su conducta. Al contrario, Heyward creyó observar que la espresion de la fisonomía del joven Mohicano era altiva y desdeñosa, y que si guarda silencio sobre esta acusacion era tanto por respeto por los que los escuchaban, como á consecuencia de su deferencia habitual por su compañero blanco.

—¿Pero habeis notado que nos habían descubierto? preguntó el Mayor.

—Lo habíamos oido, respondió Ojo-de-halcon apoyando sobre esta palabra; los ahullidos de los indios son un lenguaje bastante claro para los que han pasado su vida en los bosques. Pero al instante en que os habeis embar-

cado nos hemos visto obligados á escurrimos como las serpientes bajo de la maleza para no ser notados, y desde este momento no os hemos vuelto á ver hasta que estabais atados á los árboles para perecer á la moda indiana.

—Nuestra salvacion es obra de la Providencia, exclamó Heyward; es casi un milagro que hayais tomado el camino que hemos traído, porque los hurones se habían separado en dos tropas, y cada una de ellas llevaba dos caballos.

— ¡Ah! replicó el cazador con el tono de un hombre que se acuerda de un grande apuro en que se ha hallado; esa circunstancia podía hacernos perder el rastro, y sin embargo nos decidimos á marchar ácia este lado, pues juzgamos, y con razon, que esos bandidos no llevarían sus prisioneros por el lado del Norte. Pero cuando hubimos anclado algunas millas sin encontrar un solo ramo tronchado, como yo lo habia recomendado, me empezó á faltar la confianza, tanto mas que yo observaba que todas las pisadas eran de los Mohicanos.

—Los hurones habían tomado la precaucion de calzarnos como ellos, dijo Duncan levantando el pie para manifestar el calzado indio con que estaba resguardado.

—Esa es una invencion digna de ellos; pero nosotros teníamos demasiada esperiencia para que esa astucia pudiese engañarnos.

— ¡Y á qué circunstancia somos deudores de

que hayais persistido en marchar por el mismo camino?

A una circunstancia que debía ser vergonzoso confesar para un hombre blanco, que no tiene la menor sangre india en sus venas; al discernimiento del joven Mohicano sobre una cosa que yo hubiera debido conocer mejor que él, y que todavía me cuesta trabajo creer, ahora que he reconocido la verdad por mis propios ojos

—¡Eso es extraordinario! ¿Y no me direis cuál es esta circunstancia?

—Uncas fue bastante atrevido, respondió el cazador echando una mirada de interés y de curiosidad sobre los caballos de las dos hermanas, para asegurarnos que las cabalgaduras de estas clamas ponían al mismo tiempo los dos pies por el mismo lado, lo que es contrario al paso de todos los animales de cuatro pies ó cuatro patas que yo he conocido , á escepcion del oso. Y sin embargo, ved dos caballos que marchan de ese modo, como mis propios ojos acaban de verlo, y como lo manifestaban las pisadas que habíamos seguido por veinte millas largas.

—Es un mérito particular á estos animales. Vienen de las riberas de la bahía de Narraganset, en la pequeña provincia de las plantaciones de la Providencia. Son infatigables, y célebres por la serenidad de su paso, aunque se suele conseguir enseñar á otros caballos á tomar el mismo paso.

—Eso puede ser, dijo Ojo-de-halcon, que había escuchado esta explicación con una atención muy particular: eso es posible, porque aun que yo soy un hombre que no tengo una gota de sangre que no sea blanca, entiendo mas de venados y castores que de bestias de carga. El Mayor Effingham tiene soberbios caballos; pero jamas he visto marchar uno con un paso tan singular.

—Sin duda, respondió Duncan, porque él apetece otras cualidades en sus caballos. Estos no dejan de ser por eso de una raza estimada, y tienen muchas veces el honor de ser destinados á llevar cargas semejantes á las que ahora les oprimen.

Los Mohicanos habían suspendido un instante sus operaciones de cocina para escuchar esta conversacion, y cuando el Mayor dejó de hablar, se miraron el uno al otro con un semblante de sorpresa; el padre dejó escapar su exclamacion ordinaria, y el cazador permaneció algunos instantes reflexionando como hombre que quiere colocar con orden en su cerebro los nuevos conocimientos que acaba de adquirir.

En fin, echando otra mirada curiosa sobre los caballos, añadió: Me atrevo á decir que se pueden ver cosas aun mas estrañas en los establecimientos de los europeos en este pais, porque el hombre abusa terriblemente de la naturaleza cuando una vez puede apoderarse ella. Pero no importa cuál sea el paso de estos

animales, natural ó adquirido, derecho ó de lado; Uncas lo había observado, y sus pisadas nos condujeron á un bosquecillo, cerca del cual estaba señalado el pie de su caballo; igualmente habia una rama de un zumaque tronchada á una elevacion tal que no podía alcanzarse sino á caballo, al paso que las de abajo estaban rotas y rozadas como á propósito por un hombre á pie. De aquí concluí que uno de esos tunantes habiendo visto á alguna de estas damas romper la rama alta habia hecho todo aquel destrozo para que se creyese que algun animal salvaje se habia revolcado en este Bosque.

—Vuestra sagacidad no os ha engañado; todo eso ha sucedido precisamente.

—Eso era fácil de conocer, y no se necesitaba una sagacidad extraordinaria. El paso del caballo era una cosa fácil de notar. Entonces me vino á la memoria que los mingos vendrían á esta fuente, porque los infames conocen bien la virtud de su agua.

—¿Luego tiene celebridad? preguntó Heyward, examinando con mas atencion este valle retirado, y el pequeño manantial que se hallaba en él rodeado de una tierra bruta.

—Pocas pieles rojas hay que hayan viajado al Sud y al Este de los grandes lagos que no hayan oido ponderar sus cualidades. ¿Quereis probarla?

Heyward tomó la calabaza, y despues de

haber bebido algunas gotas del agua que contenía , se la volvió haciendo un gesto de repugnancia y de disgusto. El cazador se sonrió y meneó la cabeza con un semblante de satisfacción.

— Conozco que el sabor no os gusta, dijo él, y es porque no estais acostumbrado. En algun tiempo me disgustaba á mí, tanto como á vos, y ahora la hallo á mi gusto, y tengo una sed de ella como el gamo de la del rio. Vuestros mejores vinos no son mas agradables á vuestro paladar que esta agua lo es al paladar de una piel roja, y sobre todo cuando se siente débil porque tiene una virtud fortificante. Pero yo veo que Uncas ha concluido de hacer los preparativos de nuestra cocina, y es preciso tomar un bocado, porque nos queda mucho camino que andar.

Habiendo interrumpido la conversacion por esta rápida transicion, Ojo-de-halcon se puso á aprovechar los restos del cervatillo , que habian perdonado la voracidad de los hurones. La comida fue servida sin mas ceremonia que la que se habia empleado en prepararla , y los dos Mohicanos y el satisficieron su hambre con el silencio y la prontitud que caracterizan á unos hombres que no piensan mas que en ponerse en estado de entregarse á nuevos trabajos, y de soportar nuevas fatigas.

Luego que hubieron desempeñado este deber necesario, los tres vaciaron la calabaza lle-

na de agua de aquel manantial medicinal, alrededor del cual hace cincuenta años que la belleza, la riqueza y los talentos de la América se reúnen para buscarla diversion y la salud ⁽¹⁾. Ojo-de-halcon anunció despues que era preciso marchar. Las dos hermanas se pusieron en su silla; Duncan y David volvieron á tomar sus fusiles, y se colocaron á sus lados ó detrás segun el terreno lo permitía; el cazador marchaba delante, segun su costumbre, y los dos Mohicanos cerraban la marcha. La pequeña tropa se adelantó bastante rápidamente ácia el Norte, dejando que las aguas del manantial buscasen un paso ácia el arroyo vecino, y los cuerpos de los hurones muertos se pudriesen sin sepultura sobre la cima de la montaña; destino muy comun á los guerreros de estos bosques para escitar la compasion ó merecer un comentario.

⁽¹⁾ Este sitio se ha hecho en América bajo el nombre de Saratoga, un manantial de agua medicinal muy frecuentado. Está situado á cincuenta millas Nord-este de Albasis. En los meses de julio, agosto y setiembre, este sitio, que era un desierto cuando Ojo-de-halcon iba á beber á él, reúne la mas brillante sociedad: allí se encuentran fondas, cafés, y mesas redondas semejantes á las que existen en los establecimientos análogos de aguas termales en Europa. (*Ed.*)

CAPITULO XIII.

Voy á buscar un camino mas facil.
PARNELL

La ruta que tomó Ojo-de-halcon cortaba diagonal mente estos llanos arenosos, cubiertos de bosque, y variados de trecho en trecho por valles y pequeñas montañas que los viajeros habían atravesado por la mañana como prisioneros de Magua. El sol empezaba á descender ácia el horizonte; el calor no era ya excesivo, y se respiraba ya mas libremente bajo la bóveda formada por los grandes árboles del bosque. La marcha de nuestros viajeros era acelerada y antes de que el crepúsculo empezase á caer habian andado ya mucho camino.

Del mismo modo que el salvaje, cuyo sitio habia tomado, el cazador parecía dirigirse por indicios secretos, que él conocía, marchaba siempre al mismo paso, y no se detenía jamas para deliberar. Una ojeada echada de paso sobre el musgo de los árboles, una mirada ácia el sol que iba á ocultarse, la vista del curso de los arroyos bastaban para asegurarle de que

no se había equivocado en su camino sin dejarle duda ninguna. Sin embargo, el bosque empezaba á oscurecerse, y aquel verde que había brillado todo el día sobre el ramaje de sus bóvedas naturales se cambiaba insensiblemente en una sombra negra bajo la luz dudosa que anuncia la llegada de la noche.

Mientras que las dos hermanas procuraban observar por entre los árboles los últimos rayos del astro que se ocultaba en todo su esplendor, y que guarnecía con una franja de oro y de púrpura una masa de nubes acumuladas á poca distancia sobre las montañas occidentales, el cazador se detuvo repentinamente, y volviéndose á los que le seguían:

— Ved allí, dijo él estendiendo el brazo ácia el cielo, la señal dada al hombre por la naturaleza para que busque el reposo y el alimento de que necesita. Sería mas sábio si obedeciese y si tomase una leccion para esto de los pájaros del aire y de los animales del campo. Por lo demas, esta noche pasará muy pronto para nosotros, porque será preciso que nos pongamos en marcha cuando aparezca la luna. Yo me acuerdo de haber combatido á los macuas en estas inmediaciones durante la primera guerra, en la cual hice correr sangre humana. En este sitio construimos un especie de fortin con troncos de árboles para defender nuestras cabelleras: si mi memoria no me engaña debe-

mos hallarle a poca distancia sobre la izquierda.

Sin esperar respuesta, el cazador torció su camino ácia la izquierda, y se entró en un bosque espeso de castaños silvestres. Iba apartando las ramas bajas como un hombre que esperaba á cada paso descubrir el objeto que buscaba. Su memoria no le engañaba, porque despues de haber andado doscientos ó trescientos pasos por entre zarzas y espinas que se oponian á su marcha, se halló en un parage mas despejado, en medio del cual habia un cerro cubierto de verde y coronado por el edificio mencionado, el cual estaba muchos años hacía descuidado y abandonado.

Este era uno de aquellos edificios groseros honrados con el nombre de fuertes que se construían apresuradamente cuando las circunstancias lo exigían, y en los cuales no se pensaba mas luego que habia cesado la necesidad del momento. El que iba á servir de albergue á nuestros viajeros estaba arruinándose en medio de la soledad del bosque, completamente abandonado y casi enteramente olvidado. En la larga barrera de desiertos que separaba en otro tiempo jas provincias enemigas, se hallan frecuentemente semejantes monumentos del paso sangriento de los hombres. Hoy día son ruinas que tienen una conexion muy íntima con la historia de las colonias, y que están perfectamente de acuerdo con el carácter sombrío de

todo lo que las rodea. El techo de cortezas que cubría este edificio se había desplomado muchos años había, y los restos estaban confundidos con el suelo; pero los troncos de pino, que habían sido reunidos apresuradamente para formar las murallas, se mantenían todavía en su sitio, aunque un ángulo del edificio rústico estuviese considerablemente inclinado y amenazase bien pronto su destrucción total.

Mientras que Heyward y sus compañeros dudaban acercarse á un edificio que parecía hallarse en un estado de decadencia, Ojo-de-halcon y los indios entraron en él, no solamente sin temor, sino con un aspecto de interés. Al mismo tiempo que el primero contemplaba sus ruinas, tanto en el interior como en el exterior con una curiosidad propia de un hombre cuyos recuerdos se avivaban á cada instante, Chingachgook contaba á su hijo en su lengua natural la historia abreviada del combate que se había verificado, siendo él joven, en este sitio retirado. Un acento de melancolía se unía al relato de su triunfo.

Durante este tiempo, las hermanas se apearon de los caballos, y se preparaban con alegría á disfrutar algunas horas de reposo con la fresca de la noche, y en una seguridad tal que creían que únicamente los animales del bosque podrían interrumpir.

—Mi valiente amigo, dijo el Mayor al cazador que había ya concluido su examen del

sitio, ¿no hubiéramos hecho mejor de escoger para hacer alto un parage mas retirado, probablemente menos conocido y menos frecuentado ?

— Con dificultad hallaríais hoy día, respondió Ojo-de-halcon con un acento melancólico, uno que sepa que ha existido jamás este antiguo fuerte. No es cosa que sucede todos los días que se escriban libros y relaciones de escaramuzas , tales como la que hubo en otro tiempo en este sitio entre los Mohicanos y los mohawks en una guerra particular suya. Yo era muy joven entonces, y tomé partido por los Mohicanos, porque sabia que esta era una raza injustamente perseguida. Por espacio de cuarenta días y cuarenta noches los infames estuvieron alrededor de este fuerte ansiando por beber de nuestra sangre; yo había imaginado el plan de esta fortaleza, y había trabajado en ella, siendo como sabeis un hombre cuya sangre no tiene mezcla. Los Mohicanos me ayudaron á construirle, y despues nos defendimos en él diez contra veinte, hasta que el número vino á quedar casi igual por ambas partes: entonces hicimos una salida contra esos perros, y ninguno de ellos volvió á su tribu para llevar la noticia de la muerte de sus compañeros. Sí, sí, yo era joven entonces: la vista de la sangre era una cosa absolutamente nueva para mí, y no podía figurarme que unas criaturas que habían sido animadas como yo,

con el principio de la vida, habían de quedar tendidas en tierra para ser devoradas por las bestias feroces; en tales términos, que yo recogí todos los cuerpos, los enterré con mis propias manos, y eso fue lo que formo el alíto, sobre el cual estas damas estan sentadas, y que no es muy mal asiento, aunque tiene por base los huesos de los mohawks.

Las dos hermanas se levantaron precipitadamente oyendo estas palabras; porque á pesar de las escenas terribles que acababan de presenciar, y de las que les había faltado poco para ser víctimas, no pudieron prescindir de un movimiento de horror al saber que estaban sentadas sobre la sepultura de una orda de salvages. Es preciso confesar tambien que la sombría luz del crepúsculo que se hacía cada vez mas tenebroso, el silencio de un vasto bosque, el círculo estrecho, en el cual se hallaban, y alrededor del cual unos grandes pinos muy inmediatos los unos á los otros parecían formar una muralla, todo concurría á dar mas fuerza á esta emocion.

— Ya marcharon: no pueden hacer daño á nadie, continuo el cazador con una sonrisa melancólica viendo su alarma; ya no estan en estado ni de alzar el grito de guerra, ni de levantar su tomahawk. Pero de todos los que han contribuido á ponerlos donde estan no existen hoy día mas que Chingacbook y yo. Los otros eran sus hermanos y su familia, y

Vos teneis á la vista todo lo que queda de su raza.

Los ojos de las dos hermanas se dirigieron involuntariamente acia los dos indios, en favor de los cuales estas pocas palabras habian escitado un nuevo interés dictado por la compasion. Apenas se los distinguía en la oscuridad ; Uncas escuchaba la relacion que le hacía su padre con la atencion viva que escitaba en él las hazañas de los guerreros de su raza, cuyo valor y virtudes salvages habia aprendido á respetar.

—Yo habia creído que los delawares eran una nacion pacífica, dijo el Mayor; que no hacían la guerra jamás en persona, y que con fiaban la defensa de su territorio á esos mismos mohawks, contra los cuales habeis combatido con ellos.

—Eso es verdad en parte, respondió Ojo-de-halcon, y sin embargo en el fondo es una mentira infernal. Ese fue un tratado que se hizo ya hace mucho tiempo por las intrigas de los holandeses; querían estos desarmar á los naturales del país que tenían el derecho mas incontestable sobre el territorio donde se habían establecido. Los Mohicanos, aunque hacían parte de la misma nacion estando ocupados con los ingleses, no hicieron nada en este asunto, y se fiaron en su valor para defenderse; esto fue tambien lo que hicieron los delawares cuando sus ojos se abrieron. Delante

de vos teneis un gefe de los grandes sagamores Mohicanos. Su familia en otro tiempo podía cazar el gamo en una estension de país mas considerable que la que pertenece hoy día al patron de Albani ⁽¹⁾ sin atravesar un arroyo , sin trepar una montaña que no la perteneciese. Pero ahora ¿qué le queda al último descendiente de esta raza? podrá hallar seis pies de tierra cuando sea la voluntad de Dios, y quizá permanecer allí en paz si tiene un amigo que quiera tomarse el trabajo de colocarle en un hoyo bastante profundo para que la reja del arado no le alcance.

—Por mas interesante que sea esta plática, yo creo que es menester interrumpirla, dijo Heyward temiendo que el asunto que el cazador entablaba tragese consigo una discusion que pudiese alterar la armonía que era importante mantener; hemos andado mucho, y pocas personas de nuestro color estan dotadas del vigor que parece os pone en estado de arrostrar las fatigas y los peligros.

—Sin embargo, no son sino los músculos y huesos de un hombre, cuya sangre no está cruzada á la verdad, los que me ponen en estado

⁽¹⁾ Se da todavía el título de Patron al general Van Nepelen, que es propietario de un inmenso dominio en la inmediacion de Albani. En Nueva-York este propietario es generalmente conocido con el nombre de Patron por excelencia. (*Ed.*)

de desenvolverme de todo eso, respondió el cazador mirando sus miembros nerviosos con una satisfacción que manifestaba que no era insensible á las alabanzas que acababa de recibir. Se pueden hallar en los establecimientos hombres mas altos y mas gruesos que yo; pero podríais pasearos en una ciudad algunos días antes de encontrar uno que sea capaz de anclar cincuenta millas sin detenerse á tomar aliento, tí de seguir los perros en una caza de muchas horas. Sin embargo, como toda carne no es igual, es razonable suponer que estas damas desean descansar despues de todo lo que han pasado hoy. — Uncas, descubrid el manantial que debe hallarse debajo de esas ojas, mientras que vuestro padre y yo hacemos un techo con ramas de castaño para cubrir sus cabezas, y que las preparemos un lecho de hojas secas.

Estas palabras terminaron la conversacion, y los tres amigos se pusieron á preparar todo lo que podia contribuir á poner á sus compañeras en estado de tomar algun reposo con la comodidad que el local y las circunstancias lo permitían.

Un manantial de agua cristalina, que muchos años antes habia estimulado á los Mohicanos á escoger este parage para fortificarse en él momentáneamente, fue bien pronto despojado de las hojas que le cubrían, y derramó su líquido cristal por la falda del cerro deleitoso. Un lado del edificio fue cubierto con ramos

esposos para impedir la entrada del rocío siempre abundante en este clima; debajo de este techado fue preparada una cama de hojas secas; y lo que quedaba del cervatillo, asado por el joven Mohicano, suministró todavía una cena, de que Alix y Cora tomaron su parte por necesidad mas bien que por gusto.

Las dos hermanas entraron entonces en el edificio ruinoso, y despues de haber dado gracias á Dios por la proteccion señalada que les había concedido, y haberle suplicado su continuacion, se tendieron sobre el lecho que se les había preparado, y á pesar de los recuerdos penosos que las agitaban, y de algunos temores que no podían arrojar enteramente, hallaron en el sueño el descanso que la naturaleza exigía imperiosamente.

Duncan había resuelto pasar la noche en vela á la puerta del viejo edificio honrado con el nombre de fuerte; pero el cazador conociendo su intencion, le dijo tendiéndose tranquilamente sobre la yerba, y señalando á Chingachgook:

— Los ojos de un hombre blanco son poco activos y poco perspicaces para hacer la centinela en unas circunstancias como estas. El Mohicano velará por nosotros; no pensemos mas que en dormir.

— Yo me dormí en mi puesto la noche última, dijo Heyward, y tengo menos necesidad. de reposo que vos, cuya vigilancia ha hecho

mas honor á la profesion de soldado; entregaos los tres al reposo, y yo me encargo de quedar de centinela.

— No desearía yo tener otra mejor, respondió Ojo-de-halcon, si estuviésemos delante de las tiendas blancas del regimiento núm. 6o, y en frente de unos enemigos como los franceses; pero en las tinieblas, y en medio del desierto, vuestro discernimiento valdría tanto como el de un niño, y toda vuestra vigilancia no serviría de nada. Haced, pues, como Uncas y yo. Dormid, y dormid sin temor.

Heyward vió en efecto que el joven indio se habia ya echado al pie del cerro revestido de musgo, como hombre que quería aprovechar los pocos instantes que podía destinar al reposo. David habia seguido su ejemplo, y la fatiga de una marcha larga y forzada, teniendo mas influencia en él que el dolor que le causaba su herida, manifestó con acentos inarmónicos que habia olvidado momentáneamente todas sus penas. El Mayor, no queriendo prolongar una discusion inútil, fingió ceder, y fue á sentarse con la espalda apoyada sobre los troncos de árboles que formaban la muralla del viejo fuerte, aunque bien determinado á no cerrar los ojos hasta haber entregado en manos de Munro el depósito precioso de que era depositario. El cazador, creyendo que iba á dormir, no tardó mucho en dormirse tambien, y bien pronto reino á

su alrededor un silencio tan profundo como la soledad en que se hallaban.

Durante algun tiempo Heyward consiguió mantener sus ojos abiertos, atento á cualquier ruido que le parecia oír; sin embargo su vista se turbaba á proporcion que las sombras de la noche se hacían mas densas. Cuando las estrellas brillaron sobre su cabeza distinguía aun á sus dos compañeros tendidos sobre la yerba, y Chingachgook de pie y tan inmovil como el tronco del árbol contra el cual estaba apoyado á la estremidad del pequeño descampado donde se habían detenido. En fin, sus párpados agoviados formaron una cortina, por entre la cual parecia que veía brillar los astros de la noche. En este estado oía todavía la dulce respiracion de sus compañeras, que dormian algunos pasos detras de él; el ruido de las hojas agitadas por el viento y el grito lúgubre del buho. Algunas veces haciendo un esfuerzo para entreabrir los ojos, los fijaba un instante sobre una zarza involuntariamente creyendo haber visto á su compañero en vela. Bien pronto su cabeza cayo sobre su pecho; sus espaldas conocieron la necesidad de ser sostenidas por la tierra, y en fin se durmió profundamente, soñando que era un antiguo caballero que velaba delante de la tienda de una princesa que había rescatado, y esperando ganar su afecto por esta prueba de adhesion y de vigilancia.

Cuánto tiempo estuvo **en este** estado de insensibilidad, es cosa que nunca pudo saber el mismo; pero gozaba de un reposo tan tranquilo que no era ya turbado por ningún desvarío, cuando se sintió ligeramente tocado sobre la espalda. Despertando sobresaltado á esta señal, estuvo en pie al instante mismo, con un recuerdo confuso del deber que se había impuesto al principio de la noche.

—¿Quién va? preguntó echando mano al sitio donde llevaba la espada ordinariamente; ¿amigo o' enemigo?

—Amigo, respondió Chingachgook en voz baja, y señalándole con el dedo la reina de la noche que lanzaba por entre los árboles un rayo oblicuo sobre su vivac, añadió en mal inglés: la luna ha salido, el fuerte del hombre blanco está todavía lejos, bien lejos. —Es menester marchar mientras que el sueño tiene cerrados los ojos de los franceses.

—Teneis razon, replicó el Mayor; despertad á vuestros amigos, y embriudad los caballos mientras que yo voy á avisar á mis compañeras para que se preparen á marchar.

—Estamos despiertas, Duncan, dijo la voz dulce de Alix en el interior del edificio, y hemos cobrado fuerzas para viajar por haber dormido muy bien. Pero vos , estoy segura que habreis pasado toda la noche en vela por nosotras ; ¡y despues de un día tan penoso!

—Decid mas bien que hubiera querido ve-

lar, Alix respondió Heyward; pero mis ojos pérfidos me han vendido. Esta es la segunda vez que me muestro indigno del depósito que me ha sido confiado.

— No lo negueis, Duncan, respondió sonriéndose la joven Alix que salió en este momento del viejo edificio, iluminando el resplandor de la luna su hermoso semblante que algunas horas de sueño habían reanimado; yo sé que tan descuidado como sois cuando no tenéis que pensar más que en vos mismo, otro tanto sois vigilante cuando se interesa la seguridad de los otros. ¿No podemos permanecer aquí algún tiempo mientras que vos y esos valientes compañeros descansan un poco? Cora y yo nos encargaremos de hacer la centínea una después de otra; y lo haremos con tanto cuidado como gusto.

— Si la vergüenza pudiese impedirme dormir yo no cerraría los ojos en mi vida, respondió el Mayor, empezando á disgustarse y mirando las facciones ingenuas de Alix para ver si descubría en ellas algún síntoma de un deseo disimulado de chancearse á sus espensas; pero no vio nada que pudiese confirmar su sospecha.

— Es demasiado cierto que después de haber causado todos vuestros peligros por mi confianza imprudente no tengo siquiera el mérito de haberos guardado durante vuestro sueño, como debiera haberlo hecho un soldado.

—Nadie se atrevería á hacer tal reconvencion á Duncan, dijo Alix, cuya confianza generosa se obstinaba en conservar la ilusion que la pintaba á su joven amante como un modelo acabado de toda perfeccion; creedme, pues, id á tomar algunos momentos de reposo, y estad seguro de que Cora y yo desempeñaremos el deber de vigilantes centinelas.

Heyward, mas confuso que nunca, iba á verse en la necesidad de hacer nuevas protestas de su falta de vigilancia, cuando fué distraída su atencion por una exclamacion que hizo Chingachgook, aunque con una voz retenida por la prudencia, y por la actitud que tomó al momento Uncas para escuchar.

—Los Mohicanos sienten algun enemigo, dijo el cazador que estaba ya hacia rato pronto para marchar; el viento les hace sentir algun peligro.

—¡No lo quiera Dios! exclamó Heyward; bastante sangre se ha derramado ya.

Sin embargo, hablando de este modo el Mayor cogió su fusil, y se adelantó por el claro, dispuesto á espiar su falta venial sacrificando su vida, si era menester, por la seguridad de sus compañeras.

—Será algun animal del bosque que ronda para buscar una presa, dijo él en voz baja, luego que los sonidos todavía distantes que habían herido el tímpano de los Mohicanos llegaron hasta el suyo.

— ¡Silencio! respondió el cazador; este es el paso del hombre; yo le reconozco, por mas imperfectos que sean mis sentidos, comparados á los de un indio. El infame huron que se nos ha escapado habrá encontrado alguna partida avanzada del ejército de Montcalm, habrán hallado nuestro rastro y le habrán seguido. No quisiera tener que derramar sangre humana otra vez en este sitio, añadió echando una mirada inquieta sobre los objetos que le rodeaban; pero lo que es preciso.... es preciso. Uncas, conducid los caballos al fuerte, y vosotros, mis amigos, entraos tambien en él. Viejo como es, todavía es un resguardo, y ya está acostumbrado á oír los tiros de la fusilería.

Inmediatamente fué obedecido; los dos Mohicanos hicieron entrar los caballos en el fuerte; toda la pequeña tropa les siguió, y permaneció en el mas profundo silencio.

El ruido de los pasos de los que se acertaban se oía entonces tan distintamente que no se podía dudar de que eran hombres. Bien pronto se oyeron las voces de los salvages que se llamaban unos á otros en el dialecto indio, y el cazador, acercando su boca al oído de Heyward, le dijo que reconocía el de los hurones. Cuando llegaron al parage en que los caballos habian atravesado por la maleza, fué evidente que se hallaron confusos habiendo perdido el rastro que les había dirigido hasta entonces.

Por el número de voces parecía que se había reunido una veintena de hombres, cuando menos, y que cada uno daba su parecer al mismo tiempo sobre la marcha que convenía seguir.

—Los infames conocen nuestra debilidad, dijo Ojo-de-halcon que estaba junto á Heyward, y que miraba como el por entre una hendidura entre los troncos de árboles; ¿sin eso se divertirían en charlar inútilmente como ssguaws? escuchad, ¡parece que cada uno de ellos tiene dos lenguas y un solo pie!

Heyward, siempre valeroso y algunas veces temerario cuando se trataba de combatir, no pudo en este momento de inquietud penosa dar ninguna respuesta á su compañero. Apretó su fusil mas fuertemente, y aplicó la vista por la hendidura con atencion redoblada como si le fuese posible penetrar las tinieblas del bosque para descubrir á los salvages que oía.

Restablecióse entre ellos el silencio, y el tono grave del que tomó la palabra manifestó que era el gefe de la tropa, el cual daba ordenes, que se escuchaban con respeto. Algunos instantes despues, el ruido de las hojas y del ramage dió á conocer que los hurones se habian separado, y marchaban por el bosque en varias direcciones para buscar el rastro que habían perdido. Felizmente la luna, que esparcía un poco de claridad sobre el pequeño

descampado, era muy débil para alumbrar lo interior del bosque, y el intervalo que los viajeros habían atravesado para llegar al fuerte era tan corto que los salvajes no pudieron distinguir ninguna señal de su paso, aunque si hubiese sido de día hubieran seguramente reconocido alguna. Todas sus pesquisas fueron inútiles.

Sin embargo, no habían pasado muchos minutos cuando se sintieron algunos salvajes que se aproximaban, no quedando duda que se hallaban á pocos pasos de distancia de la circumbalacion de castaños que guamecia aquel claro.

—Ahí están, dijo Heyward dando un paso atrás para meter el cañon de su fusil por entre dos troncos de árboles; hagamos fuego sobre el primero que se presente.

—Guardaos bien de eso, dijo el cazador; un cebo quemado haría caer sobre nosotros una banda entera como una manada de lobos hambrientos. Si Dios quiere que peleemos por salvar nuestras cabelleras, dejaos guiar por la esperiencia de los hombres que conocen las costumbres de los salvajes, y que no vuelven las espaldas cuando oyen dar el grito de guerra.

Duncan echó una mirada detrás de sí, y vió á las dos hermanas trémulas, apretadas una con otra á la estremidad mas distante del edificio, mientras que los dos Mohicanos, derechos y firmes como postes, se mantenían á la

sombra á los dos lados de la puerta con el fusil en la mano, y prontos á servirse de él luego que las circunstancias lo exigiesen. Reprimiendo su impetuosidad, y decidido á esperar la señal de los hombres mas experimentados en este genero de guerra , se acercó á la hendidura para ver lo que pasaba fuera. Un huron colossal , armado con un fusil y un tomahawk, entraba en este momento en el claro, y avanzó por él algunos pasos. Al mismo tiempo que él miraba al antiguo edificio, la luna le daba de lleno sobre el semblante, y manifestaba la sorpresa y la curiosidad pintadas sobre sus facciones. Hizo luego la exclamacion que acompaña siempre en un indio a la primera de estas dos emociones, y su voz atrajo á otro de sus compañeros á su lado.

Aquellos hijos del bosque quedaron inmóviles por algunos instantes, con los ojos fijos sobre el antiguo fuerte, gesticulando y conversando en su lengua: acercaronse á pasos lentos, deteniéndose á cada instante como gamos espantados, pero cuya curiosidad lucha contra sus terrores. El pie de uno de ellos tropezó contra la elevacion de que hemos hablado ; bajóse para examinarla, y sus gestos espresivos indicaron que reconocia encubrir una sepultura. En este momento Heyward vió al cazador hacer un movimiento para asegurarse de que su cuchillo podía salir facilmente de la vaina y armar su fusil. El Ma-

yor hizo otro tanto , y se preparó para un combate que parecía ya inevitable.

Los dos salvages estaban tan cerca, que el menor movimiento que hubiera hecho uno de los dos caballos los habría descubierto. Pero cuando se hicieron cargo de la naturaleza de aquella elevacion de tierra que había fijado sus miradas, ella sola ocupó toda su atencion. Continuaron hablando en voz baja y silenciosa como si estuviesen penetrados de un respeto religioso mezclado de una especie de temor vago. Despues de haber permanecido algun tiempo de este modo , se retiraron con precipita-don, echando de cuando en cuando algunas miradas sobre el edificio ruinoso como si esperasen ver salir los espíritus de los muertos que estaban allí sepultados. Por último, se volvieron á entrar en el bosque de donde habian salido, y desaparecieron.

Ojo-de-alcon apoyó la culata de su fusil en tierra, y respiró como un hombre que habiendo suprimido el aliento por prudencia experimentaba la necesidad de renovar el aire de sus pulmones.

— Sí, dijo él, respetan los muertos , y esto es lo que ha salvado su vida por esta vez , y quizá la nuestra.

Heyward oyó esta observacion , pero no respondió á ella. Toda su atencion se dirigía ácia los hurones que se retiraban, y que no veían ya, pero se oían todavía á poca dis-

tancia. Bien pronto reconocieron que toda la tropa estaba reunida nuevamente á su inmediacion, y que escuchaba con su gravedad característica la relacion que les hacian sus compañeros de lo que habían visto. Despues de algunos minutos de conversacion, que no fue tan tumultuosa como la que traían á su llegada, se volvieron á poner en marcha; el ruido de sus movimientos se debilitó, se alejó poco á poco, y en fin se desvaneció en la profundidad del bosque.

El cazador esperó sin embargo á que una seña de Chingachgook le hubiese asegurado que no existía ningun peligro, y entonces dijo á Uncas condujese los caballos al descampado, y á Heyward que ayudase á sus compañeras á montar. Estas ordenes fueron ejecutadas inmediatamente, y la compañía se puso en marcha. Las dos hermanas dirigieron la última mirada sobre el edificio ruinoso que acababan de dejar, y sobre la sepultura de los mohawks, y se entraron en el bosque por el lado opuesto á aquel por donde habían entrado.



CAPITULO XIV.

— ¿Quién vive? Paisanos,
franceses honrados.
SHAKSPEARE. *Henri VI.*

Nuestros viágeros salieron del descampado, y entraron en el bosque con el mas profundo silencio como á cada uno se lo dictaba la prudencia y la necesidad. El cazador volvió á tomar su puesto á vanguardia como antes; pero aun cuando estuviesen á una distancia que les ponía al abrigo de todo temor de enemigos, marchaba con mas lentitud y circunspeccion que la tarde anterior, porque no conocía la parte del bosque, por la cual había creído necesario hacer un rodeo para no esponerse á encontrar á los hurones. Algunas veces se detuvo para consultar á sus compañeros los dos Mohicanos, haciéndoles observar la posicion de la luna, la de algunas estrellas, y examinando con una atencion muy particular las cortezas de los árboles y el musgo que las cubría.

En estos cortos altos, Heyward y las dos hermanas escuchaban con una atencion que

redoblaba el temor que les inspiraban sus bárbaros enemigos, si algun sonido anunciaba su proximidad , pero la vasta estension de los bosques parecía sepultada en un silencio eterno. Los pájaros, los cuadrúpedos y los hombres , si algunos se hallaban en el desierto, parecían igualmente entregados al reposo mas profundo. Repentinamente se oyó el ruido de una agua corriente, el cual puso fin á la incertidumbre de sus guías, que inmediatamente dirigieron su marcha por aquel lado.

Al llegar á la orilla del pequeño rio se hizo nuevamente alto : Ojo-de-halcon tuvo otra conferencia con sus compañeros, despues de la cual, quitándose su calzado, invitaron á Heyward y á David á que hiciesen otro tanto, Hicieron bajar los caballos al lecho del rio, que era poco profundo; ellos mismos entraron en él, y marcharon por el cerca de una hora para hacer perder el rastro á los que quisiesen seguirles. Cuando le atravesaron para entrar en el bosque por el otro lado, la luna estaba ya oculta bajo unas nubes negras que se acumulaban por la parte del occidente; pero entonces el cazador parecia hallarse otra vez en un país conocido; ya no manifestó mas incertidumbre ni vacilaciones, y marchó con un paso tan rápido como decidido.

Bien pronto el camino se hizo mas desigual; las montañas se encadenaban por los

dos lados, y los viajeros conocieron que iban á pasar un desfiladero. Ojo-de-halcon se detuvo nuevamente esperando á que todos sus compañeros hubiesen llegado, y les habló con un tono circunspecto que el silencio y la oscuridad hacían todavía mas solemne.

—Es fácil conocer los senderos y los arroyos del desierto, dijo él; ¿pero quién podía decir si había ó no un grande ejército acampado al otro lado de las montañas ?

—¿Estamos todavía á mucha distancia del fuerte William-Henry? preguntó Heyward acercándose al cazador con interes.

—Todavía tenemos bastante camino que andar, y no es el mejor; pero la mayor dificultad es saber cómo y por qué lado nos acercaremos al fuerte. Ved, añadió el cazador, señalándole por entre los árboles un parage donde habia una balsa de agua, en cuya superficie tranquila reflejaba el resplandor de las estrellas; ved allí el estanque-de-sangre. Estamos ahora en un terreno, que no solamente he recorrido yo muchas veces, sino sobre el cual he combatido desde el amanecer hasta el anochecer.

—¡ Ah! ¿ es esa balsa de agua el sepulcro de los valientes que perecieron en aquella accion ? Yo habia oido nombrarle, pero no le habia visto nunca.

—Aquí dimos tres combates en un dia á los holandeses y á los franceses, continuó el caza-

dor, pareciendo entregarse á sus reflexiones mas bien que responder á la pregunta del Mayor. El enemigo nos descubrió cuando íbamos á preparar una emboscada á su vanguardia, y nos rechazó por el desfiladero como galgos espantados hasta el borde del Horican. Allí nos reunimos otra vez detrás de una empalizada de árboles cortados; atacamos al enemigo bajo las ordenes de *Sir William*, que fue hecho *Sir William* por su conducta en esta jornada, y nos vengamos gallardamente de nuestra derrota de por la mañana. Centenares de franceses y de holandeses vieron el sol por la última vez, y su comandante mismo, Dieskan, cayó en nuestras manos, tan acribillado de heridas, que se vió obligado á volver á su país imposibilitado para todo servicio militar.

—Fue una jornada gloriosa, dijo Heywvard con entusiasmo, y la fama llevo' la noticia hasta nuestro ejército de mediodía.

—Sí; pero todavía no hemos llegado al fin de la victoria. Yo fuí comisionado por el Mayor Effingham, por orden espresa del mismo *Sir William*, para atravesar á lo largo del flanco de los franceses y pasar el portage para ir á dar noticia de la derrota de éstos al fuerte situado sobre el Hudson. Precisamente en aquel parage, donde veis una altura cubierta de árboles, encontré un destacamento que iba á nuestro socorro, y yo le conduje al sitio donde el enemigo estaba comiendo, figurándose ya

que la fatiga de aquella jornada sangrienta estaba terminada.

—¿Y le sorprendisteis?

—Sí, sí la muerte debe ser una sorpresa para unas gentes que no piensan mas que en llenar el estómago. Por lo demas, no les dimos tiempo de respirar, porque ellos no nos habían dado cuartel por la mañana, y todos teníamos el sentimiento de la muerte de algun pariente ó amigo. Cuando el asunto estuvo terminado, se echaron en el estanque los muertos y aun los moribundos, segun dicen, y yo ví las aguas verdaderamente rojas, tales como jamas ha salido agua de las entrañas de la tierra. Es una sepultura muy tranquila para unos guerreros.

—¿Habeis servido mucho en esta frontera? preguntó el Mayor.

—¿Yo? respondió el cazador enderezándose con un semblante de orgullo militar; no hay ecos en todas estas montañas que no hayan repetido el estallido de mi fusil, ni hay una milla cuadrada entre el Horican y el Hudson donde este brazo no haya derribado un hombre ó una bestia. Pero en cuanto á la tranquilidad de esta sepultura es diferente. Hay gentes en el campo que piensan y dicen que para que un hombre permanezca tranquilo en su sepulcro es preciso que no sea puesto en el ínterin todavía su alma está unida al cuerpo, y en la confusion de aquel momento no hubo

tiempo para examinar si estaban muertos ó vivos. ¡ Silencio! ¿ No veis una cosa que pasea por la orilla del estanque ?

—No es probable que nadie se divierta en pasearse por la soledad que la necesidad nos obliga á recorrer.

—A los seres de aquella especie no les incomoda la soledad, y un cuerpo que pasa el día en el agua poco puede sentir el rocío que cae por la noche, dijo Ojo-de-halcon apretando el brazo de Heyward con una fuerza que hizo reconocer al joven militar que un terror supersticioso dominaba en este momento sobre el espíritu de un hombre ordinariamente tan intrépido.

—¡A fé mía! exclamó el Mayor un instante despues, ¡es un hombre! ¡Nos ha visto! ¡se adelanta ácia nosotros! ¡ amigos, preparad las armas! no sabemos á quien vamos á encontrar.

—¿ Quién vive ? preguntó en francés una voz fuerte que en medio del silencio y de las tinieblas no parecía pertenecer á un habitante de este mundo.

¿ Qué dice ? preguntó el cazador. No habla en inglés ni en indio.

—¿ Quién vive? repitió la misma voz. Y estas palabras fueron acompañadas del ruido que hizo un fusil, al tiempo que el que le llevaba tomaba una actitud amenazadora.

—Francia, respondió Heyward en la misma lengua que hablaba tan bien y tan fácilmente

como la suya. Al mismo tiempo saliendo de la sombra de los árboles que le cubrían se adelantó ácia el centinela.

—¿De donde venís, y á dónde vais tan temprano? preguntó el centinela.

—Vengo de hacer un reconocimiento, y voy á acostarme.

—¿Sois oficial del rey?

—Sin duda, camarada, ¿me tienes por algun oficial de la Colonia? Yo soy capitán de cazadores.

Heyward hablaba así porque había reconocida por el uniforme del centinela que servia en granaderos.

—Traigo conmigo á las hijas del comandante de William-Henry que acabo de hacer prisioneras, continuó el Mayor, ¿has oido hablar de tilas? Yo las conduzco al general!

—A fé mía, lo siento por vos, señoras, dijo el granadero echando la mano á su gorra con gracia y cortesanía; pero tal es la suerte de la guerra. Hallareis á nuestro general tan fino, como valiente al frente del enemigo.

—Ese es el carácter de los militares franceses, dijo Cora con una presencia de espíritu admirable; á Dios, amigo, os deseo otra ocupacion mas agradable.

El soldado la saludó como para darla gracias de su buena voluntad, y Heyward le dijo: ¡buena noche camarada! La pequeña tropa se volvió á poner en marcha, dejando al centi-

nela continuar su faccion á la orilla del estánque cantando á media voz: ¡viva el vino y el amor! cancion de su país, que la vista de aquellas dos jóvenes sin duda le había recordado.

—Es una felicidad que hayais podido hablar en la lengua del francés, dijo el cazador cuando estuvieron á una cierta distancia, volviendo á poner el pie de gato de su carabina en el seguro, y poniéndosela negligentemente al brazo. Yo he conocido inmediatamente que era uno de esos franceses, y ha hecho muy bien de hablamos con dulzura y cortesía, porque de lo contrario hubiera ido á reunirse con sus compañeros al fondo del estanque. - Seguramente era un cuerpo de carne, porque un espíritu no hubiera podido manejar un arma con tanta precision y firmeza.

Al decir estas palabras fue interrumpido por un largo gemido que parecía salir de las inmediaciones de la balsa de agua que habian dejado algunos minutos antes, y que era tan lúgubre que un espíritu supersticioso hubiera podido atribuir á un fantasma salido de un sepulcro.

—Sí, era un cuerpo de carne; pero que pertenezca á este mundo todavía, eso es lo que puede dudarse, respondió Heyward advirtiéndole que Chingachgook no estaba con ellos.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, se oyó un ruido semejante al que produce un cuerpo pesado al caer en el agua. Un silencio

profundo se siguió, y mientras estaban dudando si debían proseguir o' esperar á su compañero, en una incertidumbre que cada instante se hacía mas penosa, vieron parecer al indio, que no tardó en estar á su lado, atando á su cintura la sesta cabellera, que era la del desgraciado centinela francés , y colocando en el mismo sitio su cuchillo y su tomahawk todavía llenos de sangre. Entonces tomó su sitio acostumbrado sobre el flanco de la pequeña tropa, y continuó marchando con el semblante satisfecho de un hombre que cree que acaba de hacer una accion digna de elogio.

El cazador apoyo en tierra la culata de su fusil, cruzó las dos manos sobre el extremo del cañon, y permaneció algunos instantes meditabundo.

—Eso sería un acto de crueldad y de barbarie por parte de un blanco, dijo al fin meneando la cabeza con una espresion melancolica; pero está en la naturaleza de un indio, y yo supongo que debía suceder así. Sin embargo, hubiera preferido que esa desgracia sucediese á un maldito mingó mas bien que á ese alegre jóven , que ha venido de tan lejos para que lo maten.

— No digais mas, respondió Heyward, temiendo que sus compañeras no llegasen á saber alguna cosa de este cruel incidente, y dominando su indignacion por reflexiones casi semejantes á las del cazador. Es cosa hecha, dijo

él, y no podemos remediar nada. Vos veis evidentemente que estamos sobre la línea de los puestos avanzados del enemigo. ¿Qué marcha os proponéis seguir?

—Sí, dijo el cazador poniendo su fusil al hombro, es asunto concluido, como decís, y es inútil pensar mas en él. Pero parece que los franceses estan acampados sériamente alrededor del fuerte, y pasar por en medio de ellos es una aguja difícil de enebrar.

—Poco tiempo nos queda para conseguirlo, dijo el mayor levantando los ojos ácia una nube espesa de vapores que empezaba á estenderse por la atmosfera.

—Muy poco tiempo sin duda, y sin embargo con el auxilio de la Providencia tenemos dos medios para conseguir nuestro fin, y yo conozco el tercero.

—¿Cuáles son ? esplicáos prontamente; el tiempo urge.

—El primero sería bacer apearse á las damas y abandonar sus caballos á la proteccion de Dios. Entonces, como todos duermen ahora en el campo, poniendo los dos Mohicanos en la vanguardia probablemente no les costaria mas que algunos golpes de tomahawk y de cuchillo para volver á adormecer á los que pudiesen despertar, y entraríamos en el fuerte marchando sobre sus cadáveres.

—¡Imposible! ¡imposible! exclamó el generoso Heywad; un soldado quizá podría hacerse

paso de este modo; pero jamas en las circunstancias en que nos hallamos.

—Es verdad que los pies delicados de las dos señoritas tendrían trabajo para sostenerse en un sendero que la sangre hubiese puesto resvaladizo; pero yo he creído que debia proponer este partido á un Mayor del regimiento núm. 60, aunque no me agrada tampoco. Nuestro único recurso es salir de la línea de las centinelas; despues de lo cual, torciendo ácia el Oeste nos entraremos en las montañas, donde yo os ocultaré tan bien que todos los sabuesos del diablo que se hallan en el ejército de Montcalm pasarían meses enteros sin encontrar vuestro rastro.

—Sigamos ese partido, dijo el Mayor con un tono de impaciencia, y sea inmediatamente.

No tuvo necesidad de decir mas, porque al instante mismo Ojo-de-halcon , pronunciando solamente esta palabra ¡seguidme! se volvió, y tomó el camino que los habia conducido á esta situacion peligrosa. Marchaban con silencio y precaucion, porque tenían que temer á cada paso que una patrulla, un piquete, una centinela avanzada les cortasen el camino. Al pasar cerca del estanque, que habían dejado poco tiempo antes, Heyward y el cazador no pudieron menos de echar una ojeada disimulada sobre su orilla. En vano buscaban en ella, al jóven granadero que habían visto antes en faccion; pero un charco de sangre, cerca del

parage donde estaba su puesto , fue para ellos una confirmacion de la deplorable catástrofe de que no podían ya dudar.

El cazador cambiando entonces de direccion marchó ácia las montañas que terminaban aquel pequeño llano por el lado de Occidente. Condujo á sus compañeros aceleradamente hasta que se hallaron á cubierto en la sombra espesa que daban sus cimas elevadas y escarpadas. La ruta que seguían era penosa , porque el valle estaba sembrado de enormes trozos de roca y cortado por barrancos profundos, cuyos obstáculos presentándose de nuevo á cada paso retrasaban infinitamente su marcha. Es verdad que por otra parte las altas montañas que les rodeaban les indemnizaban de sus fatigas inspirándoles un sentimiento de seguridad.

En fin, empezaron á trepar por un sendero estrecho y pintoresco que serpenteaba entre arboles y puntas de roca; todo persuadía que no se había practicado, y que no podia ser conocido sino por hombres habituados á la naturaleza mas salvaje, A medida que se elevaban sobre el nivel del valle, la oscuridad que reinaba á su alrededor se hacia menos profunda, y los objetos empezaron á presentarse á la vista tajo sus verdaderos colores. Cuando salieron de los bosques formados por árboles raquíticos, que apenas percibían alguna humedad en las faldas áridas de estas montañas, llegaron á una plataforma cubierta de musgo que formaba su

cima, y vieron aparecer los brillantes colores de la mañana por entre los pinos que crecían en una montaña situada al otro lado del valle del Horican.

El cazador dijo entonces á las dos hermanas que se apeasen de sus caballos, y quitando las sillas y los bocados á los animales fatigados les dejó en libertad para pacer donde quisiesen la poca yerba y los retoños de los árboles que se hallaban en aquel sitio.

—Andad, les dijo, y buscad vuestro alimento donde podais encontrarle; pero cuidado no sea que os coman los lobos hambrientos que andan por esta montaña.

—¿No tendremos ya necesidad de ellos, preguntó Heyward, si nos persiguiesen?

—Mirad, y juzgad por vuestros propios ojos, respondió el cazador adelantándose ácia la estremidad oriental de la plataforma, y haciendo seña á sus compañeros para que le siguiesen. Si fuese tan facil ver en el corazon de un hombre como descubrir desde aquí todo lo que pasa en el campo de Montcalm, los hipócritas serían raros, y la astucia de un mingo sería reconocida tan facilmente como la honradez de un delaware.

Cuando los viageros se hallaron á algunos pies de distancia del borde de la plataforma vieron de una sola ojeada que no sin razon el cazador les habia conducido á un sitio tan inaccesible á los mas finos sabuesos, y admiraron la

sagacidad con que había escogido esta posición. La montaña, sobre la cual Heyward y sus compañeros se hallaban entonces, se elevaba unos mil pies sobre el nivel del valle. Era un cono inmenso, un poco adelantado á la cadena que se observaba por espacio de muchas millas á lo largo de las riberas occidentales del lago, y que parecía huir después ácia el Canadá en masas confusas de rocas escarpadas cubiertas de algunos árboles y verde. Debajo de sus pies las riberas meridionales del horizonte trazaban un gran semicírculo de una montaña á otra, alrededor de un llano desigual y poco elevado. Acia el Norte se extendía el Santo-Lago, cuya superficie tersa vista de aquella altura parecía un listón estrecho, y que formaba dientes por sus innumerables bahías, hermoso de promontorios fantásticamente configurados y salpicado de una multitud de islillas. A pocas millas de distancia, este lago desaparecía á la vista oculto entre las montañas, cubierto de una masa de vapores que se elevaban de su superficie, y que seguían todos los impulsos que les daba el aire de la montaña. Pero por entre las cimas de las dos montañas se le volvía á ver haciéndose paso para avanzarse ácia el Norte, y mostrando sus cristalinas aguas en la lontananza antes de ir á pagar su tributo al Champláin. Acia el mediodía estaban las llanuras, ó por mejor decir los bosques, teatro de las aventuras que acabamos de referir.

Por espacio de muchas millas en esta direccion , las montanas dominaban todo el país comarcano; pero poco á poco se las veía disminuir de altura, y concluían por nivelarse á las tierras que formaban lo que se llama el portage. A lo largo de las dos cadenas de montañas que circunscribían el valle y las riberas del lago, se elevaban nubes de vapores que saliendo de las soledades del bosque subían en ligeros remolinos pareciendo otras tantas columnas de humo producidas por las chimeneas de ciudades ocultas en los bosques, al paso que en otros parages apenas podían los viajeros verse libres de la niebla que cubría los sitios bajos y pantanosos. Una sola nube de una blancura resplandeciente flotaba en la atmosfera, y estaba colocada precisamente encima de la balsa de agua que se llamaba el estanque de la sangre.

Sobre la ribera meridional del lago, y mas bien ácia el Oeste que al lado del Oriente, se veían las fortificaciones de tierra y el edificio, Poco elevado de William-Henry. Los dos principales bastiones parecían salir de las aguas del lago que bañaba sus pies, al mismo tiempo que un foso ancho y profundo, precedido de un pantano, defendía los lados y los ángulos. Los árboles habían sido cortados hasta una cierta distancia de las líneas de defensa del fuerte; pero por todas partes fuera de aquel sitio se estendia un tapiz verde, á escepcion, de los parages en que el agua cristalina del

lago se presentaba á la vista, y donde las rocas escarpadas levantaban sus cabezas negras, mucho mas que las cimas de los árboles mas elevados de los bosques vecinos.

Enfrente del fuerte estaban algunas centinelas ocupadas en observar los movimientos del enemigo; y en el interior mismo de las murallas se distinguía á los soldados á la puerta de los cuerpos de guardia como entorpecidos por el sueño despues de las viglias de la noche. Acia el Sud-este, pero en contacto inmediato con el fuerte, estaba un campo atrincherado colocado sobre una eminencia, donde hubiera sido mucho mas acertado haber construido el fuerte mismo. Ojo-de-halcon hizo observar al Mayor que las tropas que se hallaban allí eran las compañías auxiliares que habian salido de Eduardo algunos instantes antes que él. Del interior de los bosques, situados un poco ácia el Sud, se veía en diferentes parages levantarse un humo espeso, fácil de distinguir de los vapores mas diáfanos de que la atmósfera empezaba á cargarse; lo que el cazador miro como un indicio seguro de que algunas hordas salvages se habían estacionado allí.

Pero lo que interesó mas al jóven Mayor fue el espectáculo que vió sobre las riberas occidentales del lago, aunque muy cerca de su ribera meridional. Sobre una lengua de tierra, que desde el parage en que él se hallaba parecia muy estrecha para contener un ejército

tan considerable, pero que en efecto se extendía por muchos millares de pies desde las orillas del Horican hasta la base de las montañas, habían sido establecidas tiendas para un ejército de diez mil hombres: delante de este campo se habían establecido baterías, y al tiempo mismo que nuestros viajeros miraban, cada uno con distintas emociones, una escena que parecía un mapa estendido debajo de sus pies, se oyó en el valle el trueno de una descarga de artillería, y se repitió de eco en eco hasta las montañas situadas acia el Oriente.

— La luz de la mañana empieza á relucir allá abajo, dijo el cazador con la mayor indiferencia, y los que no duermen quieren despertar á los otros á cañonazos. Hemos llegado algunas horas mas tarde de lo que necesitabamos; Montcalm ha llenado ya los bosques de esos malditos iroqueses.

—La plaza está realmente sitiada, respondió Heyward; ¿pero no nos queda ningun medio de penetrar en ella? ¿no podríamos á lo menos probar? Mas valdría aun ser hechos prisioneros de los franceses que caer en manos de los indios.

—¿Veis como aquella bala ha hecho saltar las piedras del esquinazo de la casa del comandante? exclamó Ojo-de-halcon olvidando por un instante que hablaba delante de las dos hijas de Munro. ¡Ah! esos franceses saben apuntar con un cañon, y echarán abajo el edi-

ficio en menos tiempo que el que es necesario para construirle por mas solido que sea.

—Heyward, la vista de un peligro de que no puedo participar me es insoportable. Vamos á ver á Montcalm, y pidámosle el permiso para entrar en el fuerte. ¿Tendría valor para negarse á la súplica de una hija que no quiere mas que reunirse á su padre?

—Con dificultad llegaríais hasta él con cabeza, respondió fríamente el cazador. Si yo tu viese á mi disposicion una de las quinientas barcas que estan amarradas á la orilla del rio podríamos probar la entrada en el fuerte; pero ¡Ah! el fuego no durará mucho tiempo, porque ved allí una niebla que empieza á formarse, y cambiará bien pronto el día en noche, lo que hará la flecha de un indio mas peligrosa que el cañon de los cristianos. ¡Pero bien! eso puede favorecernos, y si teneis valor para ello haremos una prueba; porque yo tengo grandes deseos de acercarme á ese campo, aun cuando no fuese mas que para decir una palabra á alguno de esos perros de mingos, á quienes veo rondar allí abajo junto á aquel bosquecillo de álamos blancos.

—Tenemos el valor necesario, dijo Cora con firmeza; os seguiremos sin temer ningun peligro cuando se trata de ir á buscar á nuestro padre.

El cazador se volvió ácia ella, y la miro un momento con una sonrisa de aprobacion.

—Si yo tuviese conmigo, exclamó él, sola-

mente un millar de hombres con buenos ojos, miembros robustos, y tanto valor como vos mostrais, antes que se pasase una semana yo enviaria á todos esos franceses al fondo de su Canadá, ahullando como perros atados al poste, d como lobos hambrientos. Pero vamos, continuo dirigiéndose á sus otros compañeros; marchemos antes de que la niebla llegue basta nosotros; parece que continúa espesándose, y servirá para ocultar nuestra marcha. Si sucede algun incidente acordaos de conservar siempre el viento sobre la mejilla izquierda, o mas bien seguid á los Mohicanos, porque tienen un instinto que les hace conocer el camino lo mismo de noche que de dia.

Hechas estas advertencias, les dijo que le siguiesen, y empezó á bajar la montaña con un paso ágil, pero con precaucion. Heyward ayudo en su marcha tímida á las dos hermanas, y llegaron al pie de la montaña con menos fatiga y en menos tiempo del que habia empleado en subirla.

El camino que el cazador habia tomado conducía casi enfrente de una poterna colocada al Oeste del fuerte, que no estaba mas que á media milla del parage en que se habia detenido para dar tiempo á Heyward á que se le reuniese con sus dos compañeras. Favorecidos por la naturaleza del terreno, y escitados por sus deseos, se habían adelantado á la marcha de la niebla, que cubría entonces todo el Ho-

rican; y que un viento muy debil echaba lentamente á su lado; fue preciso detenerse para esperar á que los vapores hubiesen estendido su manto sombrío por el campo de los enemigos. Los dos Mohicanos se aprovecharon de este momento de dilacion para adelantarse ácia la orilla del bosque y reconocer lo que pasaba por fuera. Ojo-de-halcon los siguió algunos instantes despues á fin de saber mas pronto lo que hubiesen visto, y añadir á ello sus observaciones personales.

Su ausencia no fue larga; pero volvió ardiendo de cólera, y exhaló inmediatamente su disgusto en estos términos:

—Los astutos perros de franceses han puesto justamente en nuestro camino un piquete de pieles rojas y de pieles blancas. ¿Y cómo hemos de saber si durante la niebla pasaremos por un lado ó por en medio de ellos?

—¿No podemos hacer un rodeo para evitar el parage peligroso, preguntó Heyward, y volvernos á entrar luego en el camino derecho?

—Cuando una vez se deja el camino durante una niebla, y se sale de la línea que se debía seguir, respondió el cazador, ¿quién puede saber cuándo y cómo volverá? No hay que creer que las nieblas del Horican son como el humo que sale de una pipa, ó al que se sigue á un tiro de fusil.

Al tiempo que acababa de hablar, una bala de cañon pasó por el bosque á dos pasos

de él; dió en tierra, rechazó contra un abeto, y volvió á caer sin fuerza. Los indios llegaron casi al mismo instante que este mensajero de muerte, y Uncas habló al cazador en lengua delaware con vivacidad y gesticulando mucho,

— Eso es imposible , respondió Ojo-de-halcon, y es preciso arriesgarse, porque no se debe curar una calentura inflamatoria como un dolor de muelas., ¡Vamos! marchemos; ya va llegando la niebla.

— Esperad un momento , dijo Heyward , explicadme primero que nuevas esperanzas habeis concebido.

— Eso será hecho inmediatamente, replicó el cazador , y la esperanza no es grande, sin embargo de que vale mas que ninguna. Uncas dice que la bala que veis ha rasado en muchos parages la tierra viniendo de las baterías del fuerte hasta aquí, y que si falta todo indicio para dirigir nuestra marcha podremos encontrar el rastro. Así, pues, basta de conversacion, y adelante, porque á poco que tardemos nos arriesgamos á ver disiparse la niebla, y dejarnos á medio camino espuestos á la artillería de los dos ejércitos.

Reconociendo que en semejante momento de crisis era mas conveniente obrar que hablar. Heyward se colocó entre las dos hermanas á fin de acelerar su marcha, y principalmente ocupado en no perder de vista su guia. Bien pronto conocieron que este no había exa-

gerado la espesura de las nieblas del Horican, porque apenas habían andado cincuenta pasos, cuando se hallaron envueltos en una oscuridad tan profunda que se distinguían con mucha dificultad los unos á los otros á algunos pasos de distancia.

Habían hecho un pequeño rodeo sobre la izquierda , y empezaban ya á volver á la derecha, estando entonces, como Heyward calculaba , poco mas ó menos que á mitad del camino de la poterna tan deseada, cuando repentinamente sus oídos fueron saludados por un grito terrible que parecía partir desde la distancia de unos veinte pasos de ellos.

—¿Quién vive?

—¡Adelante! ¡de prisa! dijo el cazador en voz baja.

—Adelante, repitió Heyward en el mismo tono.

—¿Quién vive ? gritaron al mismo tiempo una docena de voces con un acento de amenaza.

—¡ Soy yo! dijo Duncan para ganar tiempo, doblando el paso y arrastrando consigo á sus compañeras.

—¡Bestia! ¿quién es yo?

—Un amigo de la Francia, respondió Duncan sin detenerse.

—Mas bien pareces un enemigo de la Francia. ¡Detente! ¡ó yo te haré amigo del diablo.

¿No? ¡fuego! ¡cargaradas, fuego!

La orden fue ejecutada al momento, y

una veintena de fusilazos salieron al mismo tiempo. Felizmente habían tirado á ciegas, y en una direccion que no era enteramente la de los fugitivos. Sin embargo, las halas no pasaron muy lejos de ellos, y los oídos de David, poco ejercitados en este género de música, creyeron oírlos silbar á dos pulgadas de él. Los franceses dieron grandes gritos, y Heyward oyó dar la orden de tirar otra vez, y de emprender la persecucion de los que no parecía querer manifestarse. El Mayor esplicó al cazador en dos palabras lo que acababa de decirse en francés, y éste, deteniéndose inmediatamente, tomó su partido con tanta prontitud como firmeza.

—Hagamos fuego tambien, dijo él; creerán que es una salida de la guarnicion del fuerte; llamarán refuerzo, y antes que les llegue es taremos en seguridad.

El proyecto estaba bien combinado, pero la ejecucion no se logró. La primera descarga de armas de fuego había escitado la atencion general del campo; la segunda esparció la alarma desde la orilla del lago hasta el pie de las montañas; el tambor sonó por todas partes, y se notó un movimiento universal.

—Vamos á tener sobre nosotros un ejercito entero, dijo Heyward; ¡adelante, mi valiente amigo, adelante! en ello vá vuestra vida como las nuestras.

El cazador pareció dispuesto á seguir este

consejo; pero en este momento de confusión había cambiado de posición, y no sabía por qué lado marchar. En vano espuso sus dos mejillas á la acción del aire; ya no hacía un soplo de viento. En esta cruel incertidumbre Incas observó las raspaduras hechas por la bala que había llegado al bosque.

Dejadme ver la dirección, dijo el cazador bajándose para examinarla, y levantándose al instante se volvió á poner en marcha con rapidez.

Por todas partes se oían voces, gritos, juramentos y fusilazos, algunos de ellos á muy poca distancia. Repentinamente un vivo resplandor de luz penetró momentáneamente la niebla; una fuerte detonación se siguió, que fue repetida por todos los ecos de las montañas, y muchas balas atravesaron la llanura.

— ¡Es del fuerte! dijo el cazador, deteniéndose inmediatamente, y corremos como locos á los bosques para arrojarlos sobre los cuchillos de los macuas.

Luego que conocieron su equivocación se apresuraron á repararla, y para marchar mas deprisa Duncan cedió al joven Mohicano el cuidado de sostener á Cora, que pareció consentir en este trueque sin repugnancia.

Sin embargo, era manifiesto que sin saber dónde encontrarlos, se los perseguía con ardor, y cada instante parecía deber ser el de su muerte, ó á lo menos de su cautividad.

—¡No se dé cuartel á esos infames! gritó una voz que parecía ser la de un oficial que dirigía la batida, y que estaba á poca distancia detras de ellos.

Pero al mismo tiempo una voz fuerte, que hablaba con un tono de autoridad, gritó enfrente de ellos desde lo alto de un bastion del fuerte.

—¡A vuestros puestos, camaradas! esperad que podais ver á los enemigos; entonces tirad, y despojad el glasis.

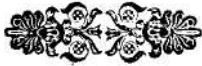
—¡Padre mio, padre mio! exclamó una voz de muger desde el medio de la maleza; ¡soy yo, es Alix, vuestra Elsia; es Cora! ¡salvad á vuestras dos hijas !

—Deteneos, exclamó la primera voz con el acento de angustia, y de toda la ternura paternal ¡son ellas! El cielo me vuelve á mis hijas. Abrid la poterna. ¡Una salida! ¡mi valiente regimiento, una salida! pero no disporeis un fusil ! ¡una carga á la bayoneta!

Nuestros viageros llegaban entonces casi á la poterna, y oyeron rechinar sus gonces herumbrosos. Duncan vió salir una larga fila de soldados con uniforme encamado, que reconoció ser del batallon que mandaba, y pasando el brazo de Alíx bajo el de David se puso á su cabeza, y forzó bien pronto á los que le ha bian perseguido á retirarse apresuradamente.

Alix y Cora se sorprendieron en el primer momento viéndose abandonadas tan súbita-

mente por el Mayor; pero antes de que hubiesen tenido tiempo para comunicarse su asombro , y aun de pensar en hacerlo, un oficial de una talla casi gigantesca, cuyos cabellos eran blancos mas bien por sus servicios que por sus años, y cuyo orgullo militar se habia modificado por el tiempo, sin disminuir la gravedad de su carácter, salió de la poterna, se abalanzo ácia ellas, las apretó tiernamente contra su corazon al tiempo mismo que corrían abundantes lágrimas por sus megillas, bañando con ellas las de las dos hermanas, y exclamando con un acento escoces bien marcado. ¡Oh Dios mio! yo te doy gracias por tan gran favor ! ¡ Ahora, cualquier peligro que se presente, tu siervo está preparado para él!



CAPITULO XV.

Vamos, y sepamos el objeto de esta embajada; eso es lo que yo hubiera adivinado facilmente antes que el francés hubiese dicho una palabra.

SHAKSP. *Henriq. V.*

Los días que se siguieron á la llegada de Heyward y de sus dos compañeras á William Henry, se pasaron en medio de las privaciones, del tumulto y de los peligros de un sitio que apretaba vigorosamente un enemigo, contra cuyas fuerzas superiores Munro no tenia medios suficientes de defensa. Parecía que Webb se hubiese dormido con su ejército sobre las orillas del Hudson, y hubiese olvidado la estrechidad á que sus compatriotas estaban reducidos. Montcalm habia llenado todos los bosques inmediatos al portage con sus salvages, cuyos gritos y ahullidos se oían en todo el campo inglés, lo que no poco contribuía á introducir el terror en el corazon de los soldados, ya bastante desanimados por el convencimiento de su debilidad, y por consecuencia dispuestos á exagerarse los peligros que les amenazaban.

Sin embargo, no sucedía lo mismo con los que estaban sitiados en el fuerte. Animados por los discursos de sus gefes, y escitados por su ejemplo, estaban todavía animados de todo su valor, y sostenían su antigua reputacion con un celo al cual hacía justicia su severo comandante.

Por su parte el general frances, aunque conocido por su esperiencia y su valor, parecía contentarse con haber atravesado los desiertos para venir á atacar á su enemigo; habia descuidado posesionarse de las montañas vecinas, desde donde hubiera podido abrasar el fuerte impunemente, ventaja que en la táctica moderna no se hubiera malogrado.

Esta especie de desprecio de las alturas, o por mejor decir este temor de la fatiga que es menester sufrir para subir á ellas, puede ser mirada como la falta habitual de las guerras de esta época. Quizá traía su origen de las que se habían tenido que sostener contra los indios, á quienes era menester perseguir por los bosques donde no se hallaban fortalezas que atacar, y donde la artillería era casi inútil. La negligencia que resulto se propago hasta la guerra de la revolucion, é hizo perder entonces á los americanos la fortaleza importante de Ticonderaga, pérdida que abrió al ejercito de Burgoine un camino para lo que entonces era el corazon del país. Hoy día se mira con asombro esta negligencia, cualquiera

que sea el nombre que se le quiera dar. Se sabe que el desprecio de las ventajas que podría facilitar una altura, por mas difícil que sea establecerse en ella, dificultad que muchas veces es exagerada, como sucedió en Mont-Defiance, arruinaría la reputacion del ingeniero encargado de dirigir los trabajos militares y aun a del general comandante del ejército.

El viagero ocioso, el valetudinario, el aficionado á las bellezas de la naturaleza atraviesan ahora en un buen coche el país que hemos intentado describir para buscar la instruccion , la salud, la diversion, o bien navegan por aguas artificiales ⁽¹⁾, salidas de la tierra á la voz de un hombre de estado que se ha arriesgado á perder su reputacion política en esta empresa atrevida ⁽²⁾; pero no se debe suponer que nuestros antecesores atravesasen los bosques, trepasen estas montañas, y vogasen sobre estos lagos con la misma facilidad. El transporte de un solo cañon de grueso calibre pasaba entonces por una victoria conseguida,

⁽¹⁾ Se han escavado mas de trescientas leguas de canales en los Estados-Unidos de diez años á esta parte , y son debidos á la primera empresa de un administrador, M. Clinton, gobernador actual del estado de Nueva York. (*Ed.*)

⁽²⁾ El plan de M. Clinton no podía en efecto ser justificado sino por su realizacion : ésta se ha verificado : se trataba de reunir por un canal los grandes lagos del Occéano atlántico. Esta empresa gigantesca ha sido ejecutada en ocho años, y no ha costado mas que cincuenta milloneó de francos. (*Ed.*)

si felizmente las dificultades del tránsito no eran de tal naturaleza que impidiese el transporte simultáneo de las municiones, sin lo cual no era mas que un tubo de hierro pesado, embarazoso, e' inútil.

Los males que resultaban de este estado de cosas eran muy patentes al valiente escocés que defendía entonces á William-Henry. Aunque Montcalm hubiese descuidado las alturas, había establecido con arte sus baterías en el llano, y estaban servidas con tanto vigor como destreza. Los sitiados no podían oponerle sino medios de defensa preparados con precipitación en una fortaleza situada en el desierto; y aquellas hermosas llanuras de agua que se estendian hasta el Canadá no podían suministrarles ningun socorro, al paso que abrían un camino fácil á sus enemigos. En la tarde del quinto día del sitio, el cuarto despues que había vuelto á entrar en el fuerte, el Mayor Heyward se aprovechó de una plática para ir sobre los parapetos de uno de los baluartes, situado sobre los bordes del lago, á fin de respirar un aire fresco, y examinar qué progresos habian hecho en aquel día los trabajos de los sitiadores. Estaba solo, si se exceptua el centinela que se paseaba sobre la muralla, porque los artilleros se habían retirado para aprovecharse tambien de la suspensión momentánea de sus deberes. La noche estaba serena, y el aire que venía del lago, suave y fresco: delí-

cioso paisaje donde poco antes el estampido de la artillería y el ruido de las balas que caían en el lago afectaban desagradablemente al oído. El sol iluminaba esta escena con sus últimos rayos. Las montañas cubiertas de verde se hermo­seaban bajo una claridad mas dulce á la declinacion del día, y se veía dibujarse sucesivamente la sombra de algunas pequeñas nubes arrojadas por una brisa fresca. Innumerables islas adornaban el Horican, como las margaritas adornan un tapiz de musgo, las unas bajas y casi á flor de agua, las otras formando pequeñas montañas verdes. Una multitud de barcas que bogaban sobre la superficie del lago estaban llenas de oficiales y soldados del ejército de los sitiadores, que disfrutaban tranquilamente de los placeres de la pesca ó de la casia.

Esta escena era al mismo tiempo pacífica y animada. Todo lo que pertenecía á la naturaleza estaba lleno de dulzura y de una simplicidad magestuosa , y el hombre mezclaba un agradable contraste de movimiento y de variedad.

Dos pequeñas banderas blancas estaban desplegadas, la una en el ángulo del fuerte mas próximo al lago, y la otra sobre una batería avanzada cerca del campo de Montcalm, emblema de la tregua momentánea que suspendía no solamente las hostilidades, sino tambien la animosidad de los combatientes. Un poco

detras se veía flotar los largos pliegues de seda de los estandartes rivales de Francia é Inglaterra.

Una centena de jóvenes franceses, tan alegres como inconsiderados, echaban una red desde la ribera arenosa al apacible lago situado al alcance de la artillería del fuerte que entonces guardaba silencio: los soldados se divertían en varios juegos al pie de las montañas que resonaban con sus gritos de alegría; los unos acudían á la orilla del lago para perseguir la pesca, otros se entretenían en la caza, y los otros trepaban por las alturas para ver á un tiempo todos los diferentes rasgos de este cuadro risueño. Los soldados en faccion tampoco eran espectadores indiferentes, aunque no olvidasen la vigilancia que debían observar. Muchos grupos bailaban y cantaban al son del tambor y del pífano en medio de un círculo de indios que este soniquete había atraído del fondo de los bosques, y que los miraban con un asombro silencioso. En una palabra, todo tenía el aspecto de un día de placer mas bien que de una hora arrebatada á las fatigas y á los peligros de una guerra.

Duncan completaba este espectáculo hacía algunos minutos, entregándose á las reflexiones que escitaba en él, cuando oyó pasos en el glasis en frente de la poterna de que ya hemos hablado. Adelantóse sobre un ángulo del baluarte para ver quienes eran los que se acer-

caban, y vió llegar á Ojo-de-halcon bajo la guardia de un oficial frances. El cazador tenía el aspecto abatido, y se conocía que estaba humillado, sintiéndose como deshonorado por el hecho de haber caído en manos de los enemigos. Ya no llevaba su arma favorita , su matador de venados, como le llamaba, y aun llevaba las manos atadas atras con una correa. Las banderas blancas habían sido enviadas tan repetidas veces para cubrir algun mensaje que el Mayor adelantándose sobre el bastion no había esperado ver sino un oficial frances encargado de traer alguno; pero luego que reconoció la gran talla y las facciones de su antiguo compañero, se estremeció de sorpresa, y se apresuró á bajar del baluarte para dirigirse á lo interior de la fortaleza.

El sonido de algunas otras voces atrajo sin embargo su atencion, y le hizo olvidar por un momento su designio. Al otro extremo del baluarte encontró á Alix y á Cora que se paseaban por el parapeto, donde del mismo modo que él, habían venido para respirar el aire fresco de la tarde. Desde el momento penoso en que las había dejado únicamente para asegurar su entrada en el fuerte, rechazando á los que las perseguían, no las había visto un solo instante, porque los deberes que tenia que desempeñar no le habían dejado un minuto desocupado. Entonces las había dejado pálidas, agoviadas de fatiga, abatidas por los

peligros que habían corrido, y ahora veía las rosas sobre sus mejillas, y la alegría en su semblante, aunque no sin alguna mezcla de inquietud. No era, pues, sorprendente que semejante encuentro hiciese olvidar por un instante todo otro objeto al joven militar, y no le dejase más que el deseo de conversar con ellas. Sin embargo, la vivacidad de Alix no le dejó tiempo de dirigirles la palabra.

—¡Por fin os vemos, caballero desleal y descortés, que abandonais á vuestras damas en la lid para correr en medio de los peligros del combate! dijo afectando un tono de reconvención que desmentían sus ojos y su sonrisa: muchos días, muchos siglos hace que esperamos veros caer de rodillas á nuestros pies para implorar nuestra gracia y pedimos humildemente perdón de vuestra fuga vergonzosa; porque un ciervo espantado, como diría nuestro digno amigo Ojo-de-halcón, no pudo correr con más ligereza.

—Vos sabeis que Alix quiere hablar del deseo que teníamos las dos de mostraros todo el agradecimiento que os debemos, dijo Cora más grave y más seria. Pero es verdad que hemos estragado no veros antes, cuando debiais estar seguro de que el reconocimiento de dos hijas es igual al de un padre.

—Vuestro padre mismo podría deciros que aunque distante de vos, no por eso he dejado de estar ocupado en vuestra seguridad. La po-

sesion de esa ciudad de tiendas, añadió señalando el campo atrincherado, ocupado por el destacamento que vino del fuerte Eduardo, ha sido vivamente disputada; y cualquiera que sea dueño de esa posicion debe serlo muy pronto del fuerte y de todo lo que contiene. Allí he pasado todos los días y todas las noches desde nuestra llegada al fuerte. Pero, continuó él, volviendo un poco la cabeza con un semblante de pesadumbre y de indecision, aun cuando no hubiese tenido una razon tan legitima para ausentarme, la vergüenza quizá debía haber sido bastante para impedirme presentarme delante de vuestros ojos.

—¡Heyward! ¡Duncan! exclamó Alix dando un paso ácia adelante para leer en su semblante si se engañaba suponiendo á lo que quería aludir así; ¡si yo creyese que esta lengua habladora os hubiese causado alguna pena, la condenaría á un silencio etemo! Cora puede decir si quiere, cuánto hemos apreciado vuestro celo, y cuál es la sinceridad, y aun iba a decir entusiasmo de nuestro reconocimiento.

— ¿Y Cora atestiguará la verdad de ese discurso? preguntó alegremente Heyward, habiendo disipado los modales cordiales de Alix su primer sentimiento de inquietud; ¿que dice nuestra grave hermana? ¿El soldado lleno de ardor que vela en su puesto, puede escusar al caballero negligente que se duerme en el suyo?

Cora no le respondió inmediatamente, y permaneció algunos momentos con el semblante vuelto ácia el Horican como si estuviese ocupada viendo lo que pasaba en el lago. Cuando luego fijo sus ojos negros sobre el Mayor, tenían tal espresion de ansiedad, que el espíritu del joven militar no pudo entregarse á otra idea que á la de la inquietud y el interés que ella escitaba en él.

— ¿Estais indispuesta? mi querida Miss Munro, la dijo; siento que nos hayamos chanceado estando vos padeciendo.

—No es nada, respondió sin aceptar el brazo que el Mayor la ofrecía. Si no puedo ver el lado brillante del cuadro de la vida, bajo los mismos colores que esta joven é inocente entusiasta , añadió apoyando una mano con afectacion sobre el brazo de su hermana, es un tributo que pago á la esperiencia, y quiza una desgracia de mi carácter. Pero ved, Heyward, continuo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma para desviar toda apariencia de debilidad como pensaba que su deber lo exigía; mirad á vuestro alrededor, y decidme qué espectáculo es este que nos rodea para la hija de un soldado que no conoce otra felicidad que su honor y su fama militar?

—Ni uno ni otro pueden ser mancillados por unas circunstancias que es imposible dominar, respondió Ducan con calor. Pero lo que acabais de decirme me recuerda otra vez mi

deber. Voy á ver á vuestro padre para saber qué determinacion ha tomado sobre los objetos importantes relativos á nuestra defensa. ¡Dios vele sobre nosotros! noble Cora, porque debo llamaros así. Cora le ofreció la mano, pero sus labios temblaban, y su semblante se cubrió de una palidez mortal. En la felicidad como en la adversidad yo sé que vos sereis siempre el ornamento de vuestro sexo. ¡A Dios, Alix! añadió con un acento de ternura en lugar del de admiracion; bien pronto espero nos volveremos á ver como vencedores, y en medio de regocijos.

Sin esperar su respuesta, bajó rápidamente del baluarte, atravesó una pequeña esplanada, y al cabo de algunos instantes se halló en presencia del comandante. Munro se paseaba tristemente en su habitacion cuando Heyward entro.

—Habeis prevenido mis deseos, Mayor, dijo él; iba á mandaros decir que tuvieseis la bondad de venir.

—He visto con sentimiento, señor, que el mensajero que yo os habia recomendado con tanto interés ha llegado prisionero de los franceses. ¡Espero que no tendreis ningun motivo para sospechar de su fidelidad!

—La fidelidad de la Larga-Carabina me es conocida largo tiempo hace, y está exenta de toda sospecha, aunque su buena fortuna ordinaria parece haberse últimamente desmen-

tido. Montcalm le ha hecho prisionero, y con la maldita política de su país me le ha enviado, mandándome decir que sabiendo el aprecio que yo hacía de ese tunante no quería privarme de sus servicios. Este es un modo hipócrita de manifestar á un hombre sus infortunios, Mayor Heyward.

—Pero el general Webb... el refuerzo que esperamos.

—¿;Habeis mirado por el lado del Sud? ¿;no habeis podido descubrirle? exclamó el comandante con una sonrisa llena de amargura; vamos, vamos, vos sois joven, Mayor, vos no tenéis paciencia, no dejais á esos señores tiempo para marchar.

—¿;Acaso están en marcha? ¿;vuestro mensajero os lo ha asegurado?

—Puede ser, pero no se sabe cuándo llegarán aquí, ni por qué camino. Parece también que traía una carta, y esta es la parte del asunto más agradable, porque á pesar de las atenciones ordinarias de vuestro marqués de Montcalm, estoy convencido de que si esta misiva hubiese contenido malas noticias, la cortesanía de Monsieur no me las hubiera dejado ignorar.

—¿;Luego ha enviado al mensajero que dándose con el mensaje?

—Precisamente eso es lo que ha hecho, y todo por efecto de lo que se llama su generosidad. Yo apostaría á que si se pudiese saber la

verdad, se vería que el abuelo del noble marqués daba lecciones del arte sublime del baile.

—¿Pero que' dice el cazador? si tiene ojos, oídos y lengua, ¿qué relato verbal os ha hecho?

—¡Oh! ciertamente que tiene todos los órganos que la naturaleza le ha dado, y está muy en estado de decir todo lo que ha visto y oído. ¡Pues bien! el resultado de su relacion es que existe sobre las márgenes del Hudson un cierto fuerte perteneciente á S. M. Británica, llamado Eduardo, en honor de S. A. el Duque de York, y que está defendido por una numerosa guarnicion, como debe ser.

—¿Pero no ha visto ningun movimiento, ninguna señal que anunciase la intencion de venir á nuestro socorro?

—Ha visto una gran parada, y cuando un gallardo joven de las tropas provinciales... Pero vos sois medio escoces, Duncan, y sabéis el proverbio, que dice que cuando se vierte la pólvora, si toca en una ascua se enciende; así... aquí el veterano se interrumpió, y dejando el tono amargo de la ironía tomó uno mas grave y mas sério. — Y sin embargo podía y debía contener la carta alguna cosa que nos hubiera convenido saber.

—Nuestra decision debe ser pronta, dijo Duncan, aprovechándose del cambio de humor que observó en su comandante, para hablarle de objetos que miraba aun como mas importantes; yo no puedo disimularos que el

campo fortificado no puede resistir mucho tiempo, y siento tener que añadir que las cosas no van mucho mejor en el fuerte. La mitad de nuestros cañones están fuera de servicio.

—¿Cómo podía ser de otro modo? Los unos han sido pescados en el lago, los otros se han llenado de orin en medio de los bosques desde el descubrimiento de este país, y los mejores no son mas que unos juguetes de corsarios, no son cañones. Creedme, amigo, ¿qué no es posible tener una buena artillería y bien montada en medio del desierto á tres mil millas de la gran Bretaña?

—Nuestras murallas están cayéndose, continuó Heyward, sin dejarse desconcertar por este desahogo de la indignacion del veterano; las provisiones empiezan á escasear, y los soldados dan ya señales de descontento y de alarma.

—Mayor Heyward, respondió Munro, volviéndose ácia él con el semblante de dignidad que su edad y su grado superior le permitian tomar: inútilmente hubiera yo servido á S. M. por espacio de medio siglo viendo mi cabeza cubrirse de canas, si no supiese lo que acabais de decirme, y todo lo que tiene relacion á las circunstancias penosas y urgentes en que nos hallamos; pero lo debemos todo al honor de las armas del rey, y tambien nos debemos alguna cosa á nosotros mismos. En tanto que me que de alguna esperanza de ser socorrido defen-

deré este fuerte aun cuando fuese con piedras recogidas en la orilla del lago. —Esa desgraciada carta era la que necesitábamos ver á fin de conocer las intenciones del hombre á quien el conde de Loudon nos ha dejado para reemplazarle.

—¿Y puedo yo ser de alguna utilidad en este negocio?

—Sí señor, podeis. Además de todas sus demostraciones amistosas, el marqués de Montcalm me ha hecho invitar á una entrevista personal en el espacio que separa nuestras fortificaciones de las líneas de su campo. A mí me parece que no conviene que yo muestre mucho afán por verle, y por lo mismo intento enviaros á vos, como un oficial revestido de un grado respetable, como mi sustituto; porque sería faltar al honor de la Escocia dejar que se digese que uno de sus hijos ha sido escedido en cortesanía por un hombre nacido en cualquier otro país de la tierra.

Sin entrar en una discusion sobre el mérito comparativo de la civilidad de los diferentes países, Duncan se limitó á asegurar al veterano que estaba pronto á ejecutar todas las ordenes que le diese. Siguióse á esto una larga conversacion confidencial, en la cual Munro informó al jóven oficial de todo lo que debia hacer, añadiendo algunos consejos dictados por la esperiencia; despues de lo cual Heyward se despidió de su comandante.

Como no podía obrar sino en calidad de representante del comandante del fuerte, se suprimió el ceremonial que hubiera acompañado á una entrevista de los dos gefes de las fuerzas enemigas. La suspensión de armas duraba todavía, y después de un redoble de tambores, Duncan salió por la poterna, precedido de una bandera blanca, diez minutos después de haber recibido sus instrucciones. Fue recibido por el oficial que mandaba los puestos avanzados con las formalidades de costumbre, y conducido inmediatamente á la tienda del general que mandaba el ejército francés.

Montcalm recibió al joven Mayor, rodeado de sus principales oficiales, y los gefes de las diferentes tribus de indios que le habían acompañado en esta guerra. Heyward se detuvo repentinamente é involuntariamente, cuando echando una ojeada sobre aquella tropa de hombres rojos distinguió entre ellos la fisonomía feroz de Magua, que le miraba con aquella atención tranquila y sombría, que era el carácter habitual de las facciones de aquel astuto salvaje. Por más que le sorprendiese esta vista inesperada, se acordó inmediatamente de la misión de que estaba encargado, y en presencia de quien se hallaba, y suprimió toda apariencia exterior de emoción volviéndose ácia el general enemigo que había dado algunos pasos para salirle al encuentro,

El marqués de Montcalm en la época de

que hablamos, estaba en la flor de su edad, y se podría añadir que había llegado al apogeo de su fortuna. Pero aun en esta situación, digna de envidia, era cortés y afable, y se distinguía tanto por su escrupulosa cortesanía como por el valor caballeresco de que dió tantas pruebas, y que dos años después le costó la vida en los llanos de Abraham. Duncan apartando los ojos de la fisonomía feroz e' innoble de Magua, vió con placer el contraste perfecto en el aire noble y militar, el semblante agasajador y la sonrisa graciosa del general francés.

—Caballero, dijo Montcalm, tengo mucho placer en.....¿pero donde está el intérprete?

—Yo creo, mi general, que no será necesario, dijo Heyward con modestia; yo hablo un poco de francés.

—¡ Ah! me alegro infinito, replicó el Marques, y tomando familiarmente á Duncan por el brazo le condujo á la estremidad de la tienda donde podían hablar sin ser oídos. — Detesto á estos bribones, añadió hablando siempre en francés; porque no se sabe jamás sobre qué pie se ha de caminar con ellos. — Pero bien, caballero, yo me hubiera hecho un honor de haber tenido una entrevista personal con vuestro valiente comandante; pero me felicito de que se haya hecho reemplazar por un oficial tan distinguido como vos y tan amable como pareceis.

Duncan le saludó porque el cumplido no

podía desagradarle, á pesar de la resolución heroica que había tomado de no sufrir que la política ó las astucias del general enemigo le hiciesen olvidar por un instante lo que debía á su soberano, Montcalm volvió á tomar la palabra después de un momento de silencio y de reflexión.

— Vuestro comandante está lleno de valor, caballero, dijo entonces, y está más en estado que nadie de resistir á un ataque. ¿Pero no es tiempo ya de que empiece á seguir los consejos de la humanidad más bien que los del valor? Ambas cualidades contribuyen igualmente á caracterizar á un héroe.

— Nosotros miramos las dos cualidades como inseparables, respondió Duncan sonriéndose; pero mientras que nos dais mil motivos para estimular la una, no tenemos hasta ahora ninguna razón particular para hacer uso de la otra.

— Montcalm le saludó igualmente, pero fue con el semblante de un hombre demasiado hábil para escuchar el lenguaje de la lisonja, y añadió:

— ¿Es posible que mis telescopios me hayan engañado, y que vuestras fortificaciones hayan resistido á nuestra artillería mucho más que lo que yo suponía. ¿Sabeis sin duda cuál es nuestra fuerza?

— Nuestras noticias varían con respecto á eso, respondió Heyward con indiferencia; pero

no la suponemos mas que de veinte mil hombres cuando mas.

El francés se mordió los labios, y fijó sus ojos sobre el Mayor como para leer en sus pensamientos, y entonces añadió con una indiferencia bien afectada, y como si hubiese querido reconocer la exactitud de un cálculo, al cual veía muy bien que Duncan no daba crédito.

— Es una confesion mortificante para un soldado, caballero; pero es preciso convenir en que á pesar de nuestro esmero no liemos podido disimular nuestro número. Se creería sin embargo que si fuese posible conseguirlo sería en los bosques. Pero aunque penseis que es todavía demasiado pronto para escuchar la voz de la humanidad, continuó sonriéndose, debo creer que un joven guerrero como vos no puede ser sordo á la galantería. ¿Las hijas del comandante han entrado en el fuerte, segun me han dicho, despues que está sitiado?

— Sí señor, respondió Heyward; pero esta circunstancia, muy lejos de debilitar nuestra resolucion , no hace mas que escitamos á hacer mayores esfuerzos por el ejemplo de valor que nos ha puesto á la vista. Si no fuese menester mas que valor para rechazar á un enemigo tan poderoso como el marques de Montcalm, yo confiaría de buena gana la defensa de Villiam-Henry á la mayor de las dos señoritas.

— Nosotros tenemos en nuestras leyes sálicas una sabia disposición, en virtud de la cual

la corona de Francia no puede jamás caer en rueca, respondió Montcalm un poco secamente y con algun orgullo; pero volviendo á tomar inmediatamente su aspecto de familiaridad y de afabilidad ordinaria, añadió: — Por lo demas, como todas las grandes cualidades son hereditarias, es un motivo mas para creerlos; pero no es una razon para olvidar, que como os lo decía poco antes, el valor mismo debe tener sus límites, y que es tiempo de dejar hablar á la humanidad. Yo presumo, caballero, que estais autorizado á tratar de las condiciones para la entrega del fuerte.

—¿V. E. nota que nos defendamos tan débilmente que esta medida nos parezca necesaria?

—Sentiría mucho ver la defensa prolongar se tanto que llegase á exasperar á mis amigos rojos, dijo Montcalm sin responder á esta pregunta, echando una mirada al grupo de indios atentos á una conversacion que no podian entender; aun al presente hallo bastante dificultoso obtener de ellos que respeten las leyes de la guerra de las naciones civilizadas.

Heyward guardó silencio porque se acordó de los peligros que había corrido tan recientemente entre los salvages, y las dos compañeras que habían participado de sus padecimientos.

—Estos hombres, continuó Montcalm que riendo aprovecharse de la ventaja que creia

haber conseguido, son formidables cuando estan iritados, y vos sabeis cuán difícil es moderar su cólera. — Pero bien, caballero, hablaremos de las condiciones de la entrega

—Yo creo que V. E. no aprecia bastante la fuerza de Villiam-Henry y los recursos de su guarnicion.

—No es Quebec la que estoy sitiando; es una plaza cuyas fortificaciones son todas de tierra, defendida por una guarnicion que no consiste mas que en dos mil trescientos hombres, aunque un enemigo debe hacer justicia á su valentía.

—Es verdad que nuestras fortificaciones son de tierra, mi general, y que no están construidas sobre la roca del diamante; pero están elevadas sobre la ribera que fue tan fatal á Dieskau y á su valiente ejército; y V. E. no cuenta en su cálculo una fuerza considerable que está á pocas horas de marcha, y que debemos mirar como parte de nuestros medios de defensa.

—Sí, respondió Montcalm con el tono de una perfecta indiferencia, de seis á ocho mil nombres que su gefe circunspecto juzga mas prudente tener encerrados en sus atrincheramientos que sacarlos á campaña.

Entonces fue cuando Heyward se mordió los labios de cólera oyendo al marques hablar con tanta frialdad de un cuerpo de ejército, cuya fuerza efectiva era muy exagerada. Los

dos guardaron silencio por algunos instantes, y Montcalm volvió á tomar la palabra manifestando que estaba persuadido de que la visita del oficial ingles no tenía otro objeto que proponer condiciones de capitulacion. Por su parte el Mayor procuro' dar á la conversacion un giro que pusiese al general francés en el resvaladero de hacer alguna alusion á la carta interceptada, pero ni uno ni otro consiguieron su objeto; y despues de una larga é inútil conferencia Duncan se retiró con una impresion favorable de los talentos y de la finura de Montcalm, pero tan ignorante de lo que deseaba saber como cuando habia llegado.

Montcalm le acompañó basta la puerta de su tienda, y le encargó renovase al comandante del fuerte la invitación que le habia hecho ya de concederle lo mas pronto posible una entrevista sobre el terreno situado entre los dos ejércitos. Allí se separaron; el oficial que habia traído á Duncan le condujo otra vez hasta los puestos avanzados, y habiendo entrado el Mayor en el fuerte paso inmediatamente á ver á su comandante.



CAPITULO XVI.

Antes de combatir abrid esta carta.
SAKSPEAR. *Le Roi Lear*.

Munro estaba solo con sus dos hijas cuando el Mayor entro en su habitacion. Alix estaba sentada sobre una de sus rodillas, y sus dedos delicados se divertían en separar los cabellos blancos que caían sobre la frente de su padre. Este juguete pueril hizo fruncir las cejas del veterano; pero Alix volvió á traer la serenidad sobre su frente aplicando á ella sus labios de rosa. Cora, siempre tranquila y grave, estaba sentada cerca de ellos, y miraba el juguete de su jóven hermana con aquel aire de temura maternal que caracterizaba su afecto por ella. En medio de los placeres puros y tranquilos de que gozaban en esta reunion de familia, las dos hermanas parecían haber olvidado momentáneamente, no solamente los peligros que tan recientemente habían corrido en el bosque, sino tambien los que podían todavía amenazarles en una fortaleza sitiada por una fuerza tan superior. Parecía que querían aprovecharse de aquel instante de tregua para en-

tregarse á la efusion de sus mas tiernos sentimientos, y mientras que las dos hijas olvidaban sus temores, el veterano mismo, en este momento de reposo y de seguridad, no pensaba mas que en el amor paternal.

Duncan, que con el anhelo de dar cuenta de su comision al comandante había entrado sin hacerse anunciar, permaneció un minuto ó dos espectador inmóvil de una escena que le interesaba vivamente y que no quería interrumpir ; pero en fin los ojos activos de Alix vieron su imagen en un espejo colocado delante de ella, y se levantó exclamando:

—El Mayor Heyward.

—Bien, ¿qué dices ahora del Mayor? la preguntó su padre sin mudar de posición; ahora está charlando con el francés en su campo donde yo le he enviado.

Duncan se había adelantado acia él, — ¡Ah! estais ya aquí, sois joven y por consecuencia listo.

—Vamos hijas, retiraos ¿qué haceis aquí? ¿pensais que un soldado no tiene ya bastantes cosas en la cabeza, sin venir á llenámosla tambien de sandeces de mugeres?

Cora se levanto inmediatamente viendo que su presencia no era necesaria, y Alix la siguió con una sonrisa en los labios.

En lugar de preguntar al Mayor el resultado de su mision, Munro se paseó algunos instantes con las manos atras y la cabeza in-

clinada sobre su pecho como hombre entregado á profundas reflexiones. En fin, levanto sobre Duncan los ojos que espesaban su ternura paternal, y dijo:

—Son dos escelentes muchachas, Heyward, ¿quién dejaría de estar orgulloso de ser su padre?

—Yo creo que vos sabeis todo lo que pienso sobre las dos amables hermanas, coronel.

—Sin duda, sin duda; y me acuerdo de que el día de vuestra llegada al fuerte habiais empezado á abirme vuestro corazon sobre el asunto en términos que no me desagradaban de ningun modo; pero os interrumpí porque pensaba que no era correspondiente á un soldado viejo hablar de preparativos de bodas, y entregarse á la alegría que es consiguiente en un momento en que era posible que los enemigos de su rey quisiesen tomar parte en el banquete nupcial sin haber sido convidados. Sin embargo, creo que hice mal, Duncan. Sí, hice mal, y estoy pronto á escuchar lo que tengais que decirme.

—A pesar del placer que me causa esta agradable manifestacion, mi estimado coronel, es preciso ante todas cosas que os de cuenta de un mensaje del marqués.

—¡Lleve el diablo al francés y á todo su ejército! exclamó el veterano frunciendo las cejas: Montcalm no es dueño todavía de William-Henry, ni lo será jamás si Webb se con-

duce como debe. No señor, no; gracias á Dios no estamos todavía reducidos á una estremidad tan urgente para que Munro no pueda dedicar un instante á sus asuntos domésticos y á los cuidados de su familia. Vuestra madre era hija única de mi mejor amigo, Duncan, y yo os escucharé en este momento, aun cuando todos los caballeros de San Luis ⁽¹⁾ estuviesen á la poterna suplicándome les concediese un momento de audiencia. Linda caballería por cierto, la que se puede comprar con algunas cajas de azucar. — ¡Y sus marquesados de dos sueldos? Por docenas se podían hacer iguales en Lithian. Habladme del Chardon cuando me queráis citar una orden de caballería antigua y venerable: ¡el verdadero *nermo me impune laccessit* ⁽²⁾ de la caballería! Vos habeis tenido antecesores que han estado revestidos de ella, Duncan, y hacían el ornamento de la nobleza de Escocia.

Heyward vió que su comandante se hacía un maligno placer en demostrar su desprecio a los franceses y al mensaje de su general; pero sabiendo que el mal humor de Munro no sería de larga duracion, y que volvería por sí mismo al objeto, no insistió mas en dar cuenta

⁽¹⁾ Orden de caballería escocesa.

⁽²⁾ Divisa de esta orden : Nadie se atrevería á atacarme impunemente.

de su mision, y habló de un objeto que le interesaba mucho mas.

—Yo creo, caballero, le dijo, haberos hecho conocer que aspiraba á ser honrado con el título de vuestro hijo.

—Sí, he tenido bastante inteligencia para comprenderlo; pero ¿habeis hablado tan inteligiblemente a mi hija?

—No, sobre mi honor, caballero. Yo hubiera creído abusar de la confianza que me habíais concedido si me hubiese aprovechado de semejante ocasion para manifestarla mis deseos.

—Habeis procedido como hombre de honor, Heyward, y no puedo menos de aprobar tales sentimientos; pero Cora es una jóven juiciosa, discreta, y cuya alma es demasiado elevada para tener necesidad de que un padre ejerza alguna influencia sobre su eleccion.

—¡Cora!

—¡Si señor, Cora! ¿de que estamos hablando, amigo? ¿No es de vuestras pretensiones á la mano de Miss Munro ?

—Yo, yo.... yo no creo haber pronunciado su nombre, dijo tartamudeando el Mayor con la mayor confusion.

—Y para casaros con quien , ¿me pedís mi consentimiento? dijo el veterano enderezando se con un semblante de descontento y de dignidad mortificada.

—Vos teneis otra hija, caballero, respondió

Heyward; una hija no menos amable, no menos interesante.

— ¡Alix! exclamó Munro con una sorpresa igual á la que Duncan acababa de manifestar repitiendo el nombre de Cora.

—A la misma es á quien se dirigen todos mis votos, caballero.

El joven esperó en silencio á ver el resultado que producía sobre el viejo guerrero una declaración que era evidente no esperaba. Por espacio de algunos minutos Munro se paseó por su sala á pasos desmedidos, como agitado e convulsiones, y absorto en reflexiones penosas. En fin, se detuvo en frente de Heyward, fijó los ojos sobre los suyos, y le dijo con una emoción que hacía temblar sus labios.

—Duncan Heyward, yo os he amado, por amor de aquel cuya sangre corre por vuestras venas. Yo os he amado por vos mismo, á causa de las buenas cualidades que he reconocido en vos. Yo os he amado porque pensaba que podríais hacer la felicidad de mi hija; pero todo este afecto se cambiaría en odio si estuviese seguro de que lo que temo era verdad.

— ¡No permita Dios que yo pueda hacer, decir, ni pensar la menor cosa que pueda producir semejante mutación! exclamó Heyward, sosteniendo con firmeza las miradas fijas y penetrantes de su comandante. Munro, sin reflexionar en la imposibilidad en que se hallaba el joven que le escuchaba, de comprender los

sentimientos que estaban ocultos en el fondo de su corazón, se dejó sin embargo ablandar por el aspecto de candor y de sinceridad que observó en él, y volvió á tomar la palabra con un tono mas suave.

—Vos deseais ser mi hijo, Duncan, le dijo, y vos ignorais la historia del que quereis llamar vuestro padre. Sentaos, y os la voy á contar tan brevemente cuanto sea posible á mi corazón, cuyas heridas no estan todavía cicatrizadas. El mensaje de Montcalm fue entonces completamente olvidado; y el que estaba encargado de él no le tenia mas presente que el que debía escucharle. Cada uno de ellos tomó una silla, y mientras que el viejo guardaba silencio para reunir sus ideas entregándose á unos recuerdos que parecían melancólicos, el jóven reprimió su impaciencia, y tomó un aspecto y una actitud de atención respetuosa ; en fin, Munro empezó su relato.

— Ya sabeis, Mayor Heyward, dijo el escocés, que mi familia es antigua y respetable, aunque la fortuna no la haya favorecido de un modo proporcionado á su nobleza. Yo tenia-poco mas d menos vuestra edad cuando comprometí mi palabra á Alix Graham, hija de un laird de las cercanías, propietario de bienes bastante considerables; pero diversos motivos, y entre ellos quizá mi pobreza, hicieron que su padre se opusiese á nuestra union: en consecuencia yo hice lo que todo hombre de bien

debe hacer; volví su palabra á Alix, y habiendo entrado al servicio del rey dejé la Escocia. Había ya visto muchos países; mi sangre había corrido en muchas comarcas, cuando mi deber me llamó á las islas de las Indias occidentales; allí la casualidad me hizo hacer conocimiento con una dama, que con el tiempo fue mi esposa, y me hizo padre de Cora. Era hija de un hombre bien nacido, cuya muger había tenido la desgracia, si quereis que la llame así, dijo el comandante con un acento de orgullo, de descender, aunque en un grado ya remoto, de esta clase desgraciada que se tiene la barbarie de reducir á la esclavitud para proveer á las necesidades del lujo de las naciones civilizadas. Sí, señor, y es una maldicion que ha caído á la Escocia misma, á consecuencia de su union contra naturaleza, á una tierra estrangera y á un pais de traficantes. Pero si yo encontrase entre ellos un hombre que se atreviese a arriesgar una reflexion desfavorable sobre el nacimiento de mi hija, sobre mi palabra, ¡sentina todo el peso de la cólera de un padre! Pero vos mismo, Mayor Heyward, vos habeis nacido en las colonias del Sud, donde esos seres desgraciados, y todos los que descenden de ellos, son mirados como pertenecientes á una raza inferior á la nuestra.

—Esa, desgraciadamente es mucha verdad, caballero, dijo Duncan con tal confusion que no pudo menos de bajar los ojos.

—¿Y vos haceis de eso un motivo de menosprecio á mi hija? exclamó el padre con un tono en que se reconocía al mismo tiempo la pena y la cólera, la ironía y la amargura; por mas amable, por mas virtuosa que sea, ¿os desdeñais de mezclar la sangre de los Heyward á una sangre tan degradada, tan despreciada?

—¡Dios me preserve de una preocupacion tan indigna y tan irracional! respondió Heyward, aunque la voz de su conciencia le advirtiese en secreto que esta preocupacion, fruto de la educacion, estaba arraigada en su corazon tan profundamente como si hubiese sido plantada en el por las manos de la naturaleza: la dulzura, la ingenuidad, los encantos, y la vivacidad de la mas joven de vuestras hijas, coronel Munro, os explican bastante mis motivos para que se me pueda acusar de semejante injusticia.

—Teneis razon, caballero, dijo el anciano tomando otra vez un tono suave; es una imágen viva de lo que era su madre á su edad antes de que hubiese experimentado las pesadumbres. Cuando la muerte me privo' de mi esposa volví á Escocia enriquecido por este matrimonio, ¿y lo creeriais, Duncan? volví á encontrar al ángel que había sido mi primer amor, pasando su vida tristemente en el celibato hacía veinte años , y únicamente por afecto al ingrato que habia podido olvidarla; aun hizo mas, me perdono' mi falta de palabra, y como

entonces era dueña de sí misma se casó conmigo. — ¡ Y fue madre de Alix! exclamó Heyward con un interés que hubiera podido ser peligroso en un momento en que el anciano militar hubiese estado menos ocupado con los recuerdos que le despedazaban.

—Sí, respondió Munro, y pagó con su vida el precioso presente que me hizo, pero era una santa, que estará en el cielo, Heyward, y sería impropio en un hombre que está al borde del sepulcro murmurar contra una suerte tan envidiable. No vivió conmigo mas que un año, término de felicidad bien corto para una mujer que había pasado toda su juventud en el dolor.

Munro calló, y su aflicción muda era tan imponente y tan magestuosa, que Heyward no se atrevió á arriesgar una sola palabra. El anciano parecía haber olvidado que no estaba solo, y sus facciones agitadas anunciaban su viva comoción al tiempo que las lágrimas corrían por sus mejillas.

En fin, pareció volver en sí; se levantó apresuradamente, dio un paseo por la habitación; como para recobrar la calma que este relato le había hecho perder, y acercándose á Heyward con un aire de grandeza y de dignidad, le dijo: — ¿Mayor, tenéis algún mensaje que comunicarme de parte del marques de Montcalm?

Duncan se estremeció á esta pregunta, porque el mensaje estaba entonces muy lejos de

su pensamiento, y empezó inmediatamente, aunque no sin alguna vacilacion, á dar la cuenta que debia de su embajada. Es inútil dilataros aquí sobre el modo diestro, pero político, con que el general frances habia sabido eludir todas las tentativas que habia hecho Heyward para sacar de él el motivo de la entrevista que habia propuesto al comandante de William Henry, y sobre el mensaje concebido en términos siempre finos, pero muy decididos, por los cuales daba á entender que era menester que fuese á buscar esta esplicacion en persona, ó que se determinase á pasar sin ella.

Mientras que Munro escuchaba la relacion detallada que le hacia el Mayor de su conferencia con el general enemigo, las sensaciones que el amor paternal habia escitado en él se debilitaban gradualmente para dejar su sitio á las ideas que le inspiraba el sentimiento de sus deberes militares; y cuando Duncan concluyo de darle cuenta de su mision, el padre habia desaparecido, y no quedaba mas que el comandante de William-Henry descontento é irritado

— Bastante me habeis dicho, Mayor Heyward, exclamó Munro con un tono que manifestaba cuánto le mortificaba la conducta del marques, bastante para hacer un volúmen de comentarios sobre la civilidad francesa. Hé aquí un Monsieur que me invita á una confe-

rencia, y cuando me hago reemplazar por un sustituto muy digno , porque vos lo sois Duncan , aunque sois todavía jóven, rehusa esplicarse, y quiere que yo lo adivine todo.

—Mi estimado comandante, respondió el Mayor sonriéndose, es posible que haya formado una idea menos favorable del sustituto. Por otra parte, observad que la invitacion que os ha hecho, y que me ha encargado reiteraros, se dirigía al comandante en gefe del fuerte, y no al oficial que manda como segundo.

—Pues bien, caballero , replicó Munro, ¿un sustituto no está revestido de todo el poder y de toda la dignidad de aquel á quien representa ? ; Quiere tener una conferencia con el comandante en persona ! A fé mia, Duncan, estoy por concedérsela, aun cuando no fuese mas que para manifestarle una continencia firme, á pesar de su ejército numeroso y de sus intimaciones. Ese ser/a un golpe de política que quizá no sería malo, jóven.

Duncan, que creía de la mayor importancia saber lo mas pronto posible el contenido de la carta de que el cazador se habia encargado, apoyó con toda su elocuencia esta idea.

—Sin duda, dijo, la vista de vuestro aspecto de indiferencia y de tranquilidad no será propio para inspirarle confianza.

—Jamás habeis dicho mayor verdad. Yo quisiera que viniese á inspeccionar nuestras

fortificaciones á mitad del día y á modo de asalto, lo cual es el mejor medio para ver si un enemigo se presenta bien, y quesería infinitamente preferible al sistema de cañoneo que ha adoptado. La hermosura del arte de la guerra ha desaparecido, Mayor, por las prácticas modernas de vuestro M. Vaubam. Nuestros antecesores eran muy superiores á esta cobardía científica.

—Eso puede ser verdad , mi comandante; pero tenemos precision de defendemos con las mismas armas que se emplean contra nosotros. ¿Qué decidís relativamente á la entrevista?

—Veré al frances; le veré sin temor y sin dilacion, como conviene á un fiel servidor del rey, mi amo. Id, Mayor Heyward; hacedles oír un chapurrado de música, y envidles un trompeta para informar al marqués de que voy á trasladarme al parage consabido. Yo le seguiré inmediatamente con una escolta, por que honor merece el que está encargado de guardar el honor del rey. Pero escuchad, Duncan, será bueno tener un refuerzo á la mano para si acaso tuviesen meditada alguna traicion.

Heyward se aprovechó inmediatamente de esta orden para salir de la habitacion del comandante , y como el dia iba ya declinando, no perdió un instante para hacer todos los preparativos necesarios. Pocos minutos fueron precisos para enviar al campo frances un trompeta

con una bandera blanca, á fin de anunciar en él la llegada inmediata del comandante del fuerte, y para mandar á algunos soldados que tomasen las armas. Luego que estuvieron prontos, marchó con ellos á la poterna, y encontró á su oficial superior que le esperaba ya. Luego que se desempeñó el ceremonial ordinario, el vete rano y su joven compañero salieron de la fortaleza seguidos de su escolta.

No estaban mas que á ciento cincuenta pasos de los baluartes, cuando vieron salir de un camino hondo, o por mejor decir de un barranco que cortaba el llano entre las baterías de los sitiadores y el fuerte, una pequeña tropa de soldados que acompañaban á su general. Al dejar sus fortificaciones para ir á manifestarse á los enemigos, Munro habia enderezado su gran talla, y habia tomado un aire y un paso enteramente militar; pero luego que descubrió el penacho blanco que flotaba sobre el sombrero de Montcalm, sus ojos se enardecieron, y sintió renacer en sí mismo el ardor de la juventud.

— Decid á esos valientes que esten alerta, dijo á Duncan á media voz, y prevenidos para hacer uso de las armas á la primera señal, porque ¿quién puede confiar en estos franceses? En el interin nos presentaremos delante de ellos como hombres que no temen nada. ¿Me comprendeis, Mayor Heyward?

En este momento fue interrumpida la con-

versacion por el redoble de un tambor de los franceses; Munro hizo responder á esta señal: cada partido envió un oficial del estado mayor con una bandera blanca, y el prudente escocés hizo alto; Montcalm se adelantó ácia la tropa enemiga con una continencia llena de gracia, y saludó al veterano quitándose su sombrero, cuyo penacho tocó casi en tierra. Si el aspecto de Munro tenia alguna cosa de mas varonil y mas imponente, no tema el aire de afabilidad y de política insinuante del oficial francés. Los dos permanecieron un momento en silencio mirándose con interes y curiosidad. En fin, Montcalm habló el primero como parecían exigirlo su grado superior y la naturaleza de la conferencia.

Despues de haber hecho un cumplimiento á Munro, y dirigido á Duncan una sonrisa agradable como para decirle que le reconocía, dijo á este último en francés.

—Me alegro doblemente, caballero, de veros aquí en este momento; vuestra presencia nos dispensará de tener que recurrir á un intérprete ordinario, porque si teneis la bondad de hacernos sus oficios, tendré la misma seguridad que si yo mismo hablase vuestra lengua. Duncan respondió á este cumplimiento con una inclinacion de cabeza, y Montcalm, volviéndose ácia su escolta, que á la imitacion de la de Munro se había colocado detras de él, dijo haciendo una señal con la mano.

— Mas atras, hijos; hace mucha calor: re tiraos un poco.

Antes de imitar esta prueba de confianza, el Mayor Heyward echó una ojeada alrededor en el llano, y no sin alguna inquietud vio algunos grupos numerosos de salvages en todas las orillas de los bosques, de donde habían salido por curiosidad para ver de lejos esta conferencia.

— El señor de Montcalm reconocerá fácilmente la diferencia de nuestra situacion, dijo con alguna cortedad , manifestándole al mismo tiempo aquellas tropas auxiliares bárbaras; si despedimos nuestra escolta quedamos á disposicion de nuestros mas peligrosos enemigos.

—Caballero, dijo Montcalm con eficacia poniendo una mano sobre su corazon, teneis por garantía la palabra de honor de un gentil-hombre frances, y eso debe bastaros.

—Y eso bastará , caballero, dijo Duncan. Y volviéndose ácia el oficial que mandaba la escolta, añadió: Atras, caballero; retiraos fuera del alcance de la voz, y esparad nuevas órdenes.

Habiendo pasado todo este diálogo en frances, Munro, que no entendía una palabra, vió este movimiento con un disgusto manifesto, y pidió inmediatamente la esplicacion al Mayor.

—¿No es de nuestro interes, mi comandante, no mostrar ninguna deconfianza? dijo Heyward. El señor de Montcalm nos garan-

tiza nuestra seguridad bajo su palabra de honor, y he mandado al destacamento que se retire á alguna distancia para manifestarle que contamos sobre su palabra.

—Vos tenéis razón, Mayor; pero yo no tengo una confianza excesiva en la palabra de todos estos marqueses, como ellos se llaman. Las cartas de nobleza son muy comunes en su país para que puedan dar una idea de verdadero honor.

—Vos olvidáis, mi comandante, que estamos en conferencia con un militar que se ha distinguido por sus proezas en Europa y en América. Ciertamente no tenemos que temer nada de un hombre que goza de una reputación tan bien merecida.

El viejo jefe hizo un gesto de resignación; pero sus facciones rígidas manifestaban que no dejaba de tener una desconfianza, que era más bien hereditaria contra los franceses que motivada por ningún signo exterior que justificase un sentimiento tan poco caritativo. Montcalm esperó con paciencia el fin de esta pequeña discusión que se tuvo en inglés y á media voz, y acercándose entonces á los dos oficiales ingleses abrió la conferencia.

— He deseado tener esta entrevista con vuestro oficial superior, caballero, dijo el dirigiendo la palabra á Duncan, porque espero se dejará convencer de que ha hecho ya todo lo que se puede exigir de él para sostener el honor de

su Soberano, y consentirá ahora en escuchar los consejos de la humanidad. Yo daré un testimonio eterno de que ha hecho la mas honrosa resistencia , y que la ha continuado en tanto que ha tenido la menor esperanza de verla coronar por el buen éxito.

Cuando se le esplicó este discurso á Munro, respondió con dignidad y con bastante dulzura:

—Por mas estimacion que se dé á un testimonio semejante dado por M. de Montcalm, será todavía mas honroso cuando se haya merecido mas.

El general francés se sonrio cuando Duncan le tradujo esta respuesta, y añadió inmediatamente :

—Lo que se concede gustosamente al valor que se estima se puede rehusar á una obstinacion inútil. El caballero comandante ¿ quiere ver mi campo, contar por sí mismo el número de mis soldados, y convencerse por ese medio de la imposibilidad de resistir mas tiempo ?

—Yo sé que el rey de Francia está bien servido, respondió el escoces imperturbable luego que Duncan concluyó su traducion; pero el rey, mi señor, tiene tropas tan valientes, tan fieles y tan numerosas como los suyos.

—Pero desgraciadamente no estan aquí, contesto Montcalm arrebatado por su ardor, sin esperar á que Duncan hubiese concluido el deber de interprete. Hay en la guerra un des-

tino á que un hombre valiente debe saberse someter con el mismo valor con que hace frente al enemigo.

—Si yo hubiese sabido que el señor de Montcalm sabia tan bien el ingles me hubiera ahorrado el trabajo de darle una mala traduccion de lo que le ha dicho mi comandante , dijo Duncan algo ofendido, recordando el diálogo que había tenido con Munro algunos minutos antes.

—Perdonad, caballero, respondió el general francés ; hay una gran diferencia entre poder comprender algunas palabras de una lengua estrangera y estar en estado de hablarla: yo os suplico tengais la bondad de seguir sirviéndonos de intérprete. Estas montañas, añadió despues de un instante de silencio, nos proporcionan todas las facilidades posibles para reconocer el estado de nuestras fortificaciones, y puedo aseguraros que conozco su estado actual de debilidad, tan bien como vos mismo.

—Preguntad al general, dijo Munro con orgullo , si el alcance de su telescopio puede llegar hasta Hudson, y si ha visto los preparativos de marcha de Webb.

—Que el general Webb responda por sí mismo á esta pregunta, respondió el marqués politicamente, manifestando á Munro una carta abierta. Vereis en este pliego, caballero, que no es probable que los movimientos de

sus tropas sean muy terribles para mi ejército.

El veterano cogió la carta que le era presentada , con un afán que no le permitió esperar á que Duncan le hubiese traducido este discurso , y que manifestaba cuanta importancia daba á lo que podía contener esta misiva. Pero apenas la hubo recorrido, cuando mudó de semblante, sus labios temblaron, el papel se le cayó de la mano, y su cabeza se inclinó sobre su pecho.

Duncan recogió la carta, y sin pensar en excusarse de la libertad que se tomaba, de una sola ojeada se instruyó' de la cruel noticia que contenía. Su jefe comun , el general Webb, bien lejos de exortarles á defenderse, les aconsejaba en los términos mas claros y mas precisos que se rindiesen inmediatamente, alegando por razon que no podía enviar un solo hombre á su socorro.

— Aquí no hay error ni engaño, dijo Heyward examinando la carta con una nueva atencion: esta es seguramente la firma, y este el sello de Webb: es exactamente la carta interceptada.

— ¡ Estoy abandonado! exclamó Munro con amargura. ¡ Webb quiere cubrir de vergüenza unos cabellos que se han encanecido honrosamente! él derrama el deshonor sobre una cabeza que jamas ha tenido por qué ocultarse.

— ¡ No habéis así ! exclamó Duncan; toda-

vía somos dueños del fuerte y de nuestro honor. Defendámonos hasta la muerte, y vendamos nuestra vida tan cara, que el enemigo se vea precisado á convenir en que ha pagado muy cara su adquisicion.

— Yo te lo agradezco, jóven, dijo Munro saliendo de una especie de estupor; por esta vez has recordado á Munro el sentimiento de sus deberes. Volvámonos al fuerte, y abramos nuestra sepultura detras de los baluartes.

—Señores, dijo Montcalm adelantándose ácia ellos con un semblante de verdadero interes y generosidad, vos conoceis muy poco á Luis de Saint-Veran si le creeis capaz de quererse aprovechar de esta carta para humillar á unos valientes soldados y deshonorarse á sí mismo. Antes de retiraros escuchad á lo menos las condiciones de la capitulacion que os ofrezco.

—¿Qué dice el francés? pregunto el veterano con un orgullo desdeñoso. ¿Se hace un mérito de haber hecho prisionero un batidor de camino, y de haber interceptado un billete que venia del cuartel general? Mayor, decidle que si quiere intimidar á sus enemigos por medio de bravatas, lo mejor que puede hacer es levantar el sitio de William Henry y de ir á embestir á Eduardo,

Duncan le esplicó lo que acababa de decir el marqués.

— Señor de Montcalm, estamos prontos á escucharos, dijo Munro con un tono mas tranquilo.

— Es imposible que conserveis el fuerte, respondió el marqués, y el interés del rey, mi Señor, exige que sea destruido. Pero en cuanto á vos y á vuestros valientes camaradas, todo lo que puede ser apetecible á un soldado os será concedido.

— ¿Nuestras banderas ?preguntó Heyward.

— Os las llevareis á Inglaterra como una prueba de que las habeis defendido valientemente.

— ¿Nuestras armas?

— Las conservareis. Nadie podría usarlas mejor,

— ¿La entrega de la plaza? ¿nuestra partida?

— Todo se efectuará del modo mas honroso para vosotros, y como querais.

Duncan esplicó todas estas proposiciones á Munro, que las oyó con una sorpresa manifiesta, y conmoviéndose vivamente su sensibilidad por un rasgo de generosidad tan extraordinario, y que tan poco esperaba, exclamó.

— Id , Duncan , id con el marqués , que es digno verdaderamente de serlo. Seguidle á su tienda, y arreglad con él todas las condiciones. He vivido bastante para ver en mi vejez dos cosas que no hubiera jamas creído posibles: un inglés que rehusa socorrer á su compañero

de armas y un francés tan generoso que no procura abusar de la ventaja que ha obtenido.

Después de haber hablado así, el veterano dejó caer su cabeza sobre el pecho; y habiendo saludado al marqués, se encaminó ácia el fuerte con su comitiva; su aspecto abatido y consternado anunciaba ya á la guarnición que no iba satisfecho del resultado de la entrevista que acababa de verificarse.

Duncan se quedó con el general para arreglar las condiciones de la entrega de la plaza. Volvió á entrar en el fuerte durante el primer cuarto de la noche, y después de una corta conferencia con el comandante se le vio salir de nuevo para volver al campo francés. Entonces se anunció públicamente la cesación de las hostilidades, habiendo firmado Munro una capitulación, en virtud de la cual debía entregarse el fuerte al enemigo el día siguiente por la mañana, y salir la guarnición con sus banderas, armas y bagages; y por consecuencia, según las ideas militares, con todos los honores de la guerra.

CAPITULO XVII.

Tejamos, tejamos la lana. El
hilo está hilado, la trama
tejida, «1 trabajo concluido.
GRAY.

Los ejércitos enemigos, acampados en las soledades del Horican pasaron la noche del 9 de agosto de 1757 poco mas ó menos como la hubieran pasado en el mejor campamento de Europa, los vencidos en el abatimiento de la tristeza, y los vencedores en la alegría del triunfo. Pero la alegría y la tristeza tienen sus límites, y cuando la noche empezó á adelantarse, el silencio de aquellos inmensos bosques no era interrumpido sino por la voz descuidada de algun francés que cantaba alguna canción en los puestos avanzados, o' por el ¿quien vive? de las centinelas, pronunciado con un tono amenazador; porque los ingleses guardaban todavía los baluartes del fuerte, y no querían permitir se acercase nadie antes del instante que habia sido fijado para hacer la entrega. Pero cuando llegó la hora so-

lemne que precede á la salida del sol, en vano se hubiera buscado una señal que indicase la presencia de tan grande ejército sobre las orillas del Santo-Lago.

Durante este intervalo de completo silencio, la cortina que cubría la entrada de la mayor tienda del campo francés se levantó suavemente. Este movimiento era producido por un hombre que estaba dentro, y que salía silenciosamente. Iba embozado en una gran capa, que podía tener por objeto precaverle de la humedad penetrante de los bosques, pero que servía igualmente para ocultar su persona. El granadero que estaba de centinela á la entrada de la tienda del general francés le dejó pasar sin oposicion, le presentó las armas con la deferencia militar acostumbrada, y le vio adelantarse con un paso agíl por entre la pequeña ciudad de tiendas dirigiéndose ácia William-Henry. Cuando encontraba en su paso algunos de los muchos soldados que velaban para la seguridad del campo, respondía á la pregunta acostumbrada brevemente, y segun parecía de un modo satisfactorio, porque su marcha no experimentaba jamas el menor retraso.

A escepcion de estos encuentros que se repitieron bastante frecuentemente, ningun acontecimiento turbó su paseo silencioso, y de este modo se adelantó desde el centro del campo hasta el último de los puestos avan-

zados por la parte del fuerte. Cuando pasó por delante del soldado que estaba de centinela , en el puesto mas próximo al enemigo, aquel dió la voz acostumbrada:

—¿Quién vive?

—Francia.

—¿La seña?

—Victoria, respondió el personaje misterioso acercándose al centinela para pronunciar esta palabra en voz baja.

—Está bien, respondió el soldado, volviendo á ponerse al hombro su fusil; ¡caballero, muy temprano os paseáis!

— ¡Es preciso estar vigilante, amigo! Diciendo estas palabras, y hallándose todavía enfrente del soldado, se le cayó el embozo de la capa. Volvióse á embozar de nuevo, y continuó adelantándose ácia el fuerte inglés, al mismo tiempo que el soldado, haciendo un movimiento de sorpresa, le hacia los honores militares del modo mas respetuoso; despues de lo cual éste, continuando su faccion decía entre dientes: sí, á la verdad que es menester estar vigilante, porque tenemos un cabo de escuadra que no duerme nunca.

El oficial no oyó, ó fingió no haber oído las palabras que acababa de decir el centinela; continuó su marcha , y no se detuvo hasta llegar á la orilla arenosa del lago, bastante cerca del baluarte occidental del fuerte, para que su intermediacion pudiese ser peligrosa. Algunas

nubes giraban por la atmósfera, y una de ellas, ocultando en este momento el globo de la luna, producía una sombra tal que apenas podían distinguirse los objetos. El tal personaje tomó la precaución de colocarse detrás del tronco de un árbol grueso, y allí permaneció algún tiempo pareciendo contemplar con profunda atención las fortificaciones ruinosas de Willian-Henry. Las miradas que dirigía ácia los baluartes no eran las de un espectador desocupado y curioso. Sus ojos parecían distinguir los parages fuertes y los débiles, y sus investigaciones tenían un aire de desconfianza. En fin, después de haber hecho sus observaciones, pareció satisfecho de su examen, y habiendo puesto los ojos con una expresión de impaciencia sobre la cima de las montañas por el lado de levante, como si hubiese anhelado ver salir la aurora, iba á volverse por el mismo camino, cuando un ligero ruido que oyó sobre el baluarte de que estaba cerca le determinó á permanecer.

Entonces vió á un hombre acercarse acia el borde del baluarte, y detenerse allí, pareciendo contemplar también las tiendas del campamento francés que se distinguían á alguna distancia. Este observador echó igualmente una mirada por el lado del Oriente, como si hubiese temido ó deseado ver el anuncio del día; y volvió después sus ojos ácia la vasta extensión de las aguas del lago, que

parecían otro firmamento líquido, adornado de mil estrellas. El semblante melancólico de este individuo, que permanecía apoyado al parapeto, entregado según parecía á tristes reflexiones, su gran talla, la Lora en que se hallaba en tal parage , todo se reunió para no dejar al observador oculto, que acechaba todos sus movimientos, la mas mínima duda de que era el comandante del fuerte.

La delicadeza y la prudencia le prescribían entonces retirarse; en efecto, daba la vuelta al tronco del árbol á fin de hacer su retirada de modo que no fuese percibido, cuando llamó su atención otro ruido que le hizo detener por segunda vez; este ruido parecía producido por el movimiento de las aguas del lago; pero no se parecía de modo ninguno al que hacen cuando están agitadas por el viento , y de tiempo en tiempo se oían chocar los barquichuelos unos contra otros.

Un momento después , un indio que se levantó lentamente del borde del lago subía silenciosamente sobre la ribera , adelantándose ácia él , y deteniéndose al otro lado del árbol, detras del cual estaba él mismo colocado. Entonces se dirigió el cañon de un fusil ácia el baluarte; pero antes de que el salvaje hubiese tenido tiempo de soltar el tiro, la mano del oficial estaba ya sobre el pie de gato del arma mortífera.

El indio, cuyo proyecto pérfido y cobarde

se hallaba desconcertado de un modo tan inesperado, hizo una exclamación de sorpresa.

Sin pronunciar una palabra, el oficial francés le apoyó una mano sobre la espalda, y le condujo en silencio á un parage donde la conversacion que tuvieron despues hubiera podido ser peligrosa á los dos. Entonces, entreabriendo su capa, de modo que se viese su uniforme y la cruz de San Luis pendiente sobre su pecho, Montcalm (porque era el mismo) le dijo con un tono severo.

—¿Qué significa eso? Mi hijo no sabe que la hacha de guerra esta enterrada entre sus padres del Canadá y los ingleses?

—¿Qué pueden hacer los hurones? respondió el indio en mal francés; ninguno de sus guerreros tiene una cabellera que mostrar; y las caras pálidas se hacen amigas unas de otras.

—¡ Ah, eres la Zorra-sutil! me parece que ese celo es escesivo en un amigo que era nuestro enemigo hace tan poco tiempo. ¿Cuántos soles se han levantado desde que la Zorra ha tocado al poste de guerra de los ingleses?

—¿Donde está el sol? detras de las montañas, y está negro y frio; pero cuando vuelve estará brillante y ardiente. La Zorra-sutil es el sol de su tribu. Hay muchas nubes entre él y su nacion; pero ahora brilla, y el firmamento está sin nubes.

—Yo sé muy bien que la Zorra Sutil ejerce una influencia poderosa sobre sus compa-

triotas, porque ayer procuraba hacerse un trofeo con sus cabelleras, y boy le escuchan delante del fuego de su consejo.

—Magua es un gran gefe.

—Que lo pruebe enseñando á su nacion á conducirse como debe con nuestros nuevos amigos.

—¿Por que el gefe de nuestros padres del Canadá ha traído sus jóvenes guerreros á los bosques? ¿por qué ha hecho disparar sus cañones contra aquella casa de tierra?

—Para tomar posesion de ella. Este país pertenece á mi amo, y él ha mandado á vuestro padre del Canadá que eche de él á los ingleses que se habían introducido. Estos han consentido en retirarse, y ahora ya no los mira como enemigos.

—Está bien; pero Magua ha desenterrado la hacha para teñirla en sangre. Ahora está brillante; cuando esté roja consentirá en enterrarla de nuevo.

—Pero Magua no debe manchar con sangre las lises blancas de la Francia. Los enemigos del gran rey que reina al otro lado del lago de agua salada deben ser los enemigos de los hurones, así como sus amigos deben serlo suyos.

—¡Sus amigos! repitió el indio con una sonrisa amarga; que el padre de Magua le permita tomarle la mano.

Montcalm, que sabia que la influencia de

que gozaba sobre las tribus salvages, debia mantenerse mas bien por concesiones que por la autoridad, le alargó la mano, aunque con repugnancia. Magua la cogió, y colocando un dedo del general francés sobre una cicatriz profunda en medio de su pecho, le preguntó con un tono de triunfo.

—¿Mi padre sabrá lo que es esto?

—¿Qué guerrero podría ignorarlo? es la señal que ha dejado una bala.

—¿Y esto? continuó el indio mostrándo le su espalda desnuda ; porque entonces no tenia mas vestido que su cintura y su calzado.

—¿Eso? Mi hijo ha recibido una cruel injuria. ¿Quién ha hecho eso?

—Magua se ha echado sobre una cama muy dura en los wigwams de los ingleses, y estas señales son el resultado.

El salvaje acompañó tambien sus palabras con una sonrisa amarga, pero que no disimulaba su ferocidad bárbara. En fin, dominando su furor, y tomando el aire de dignidad de un gefe indio, añadió:

—¡Andad; decid á vuestros jóvenes guerreros que están en paz! La Zorra Sutil sabe lo que ha de decir á los guerreros hurones.

Sin dignarse pronunciar una palabra mas, y sin esperar ninguna respuesta, Magua puso su fusil al hombro, y volvió á tomar el camino en silencio ácia la parte de los bosques donde estaban acampados sus compatriotas.

Mientras que atravesaba la línea de los puestos, muchos centinelas le gritaron: ¿quien vive? pero no se dignó responder, y si salvo la vida fue porque los soldados le reconocieron por un indio del Canadá, y que sabían la obstinacion intratable de estos salvages.

Montcalm permaneció algun tiempo en el sitio en que el indio le había dejado, absorto en una meditacion melancólica, y pensando en el carácter indomable que acababa de desplegar uno de sus aliados salvages. Ya su fama se habia visto comprometida por una escena horrible, en unas circunstancias muy semejantes á aquellas en que se hallaba entonces. En medio de semejantes ideas conoció íntimamente de que' responsabilidad se cargan los que no son escrupulosos en la eleccion de los medios para llegar á su objeto, y quanto es peligroso poner en movimiento un instrumento cuyos efectos no se pueden dominar,

Desentendiéndose en fin de unas reflexiones que miraba como una debilidad en aquel momento de triunfo, se volvió ácia su tienda, y empezando á manifestarse la aurora cuando entraba en ella, mando' que el tambor diese le señal para despertar todo el ejército.

Luego que sonó el primer golpe del tambor en el campamento francés, los del fuerte correspondieron, y casi al mismo instante los sonidos de la música viva y guerrera se hicieron oír en todo el valle, y cubrieron

este acompañamiento estrepitoso. Las trompas y los clarines de los vencedores no dejaron de tocar alegres sonatas hasta que el último soldado estuvo sobre las armas; pero luego que los pífanos del fuerte dieron la señal de la entrega, todo quedó en silencio en el campo. Durante este tiempo, el día ya estaba claro, y cuando el ejército francés se formó en batalla para esperar á su general, los rayos del sol hacían relucir todas las armas.

La capitulación, ya sabida generalmente, fue entonces anunciada oficialmente, y la compañía destinada á guardar las puertas del fuerte conquistado desfiló delante de su gefe: la señal de la marcha fue dada, y todos los preparativos necesarios para que el fuerte cambiase de poseedores se hicieron al mismo tiempo por ambas partes, aunque con circunstancias que hacían la escena muy diferente.

Luego que fue dada la señal para la evacuación del fuerte, todas las líneas del ejército Anglo-Americano presentaron las señales de una partida rápida y forzada. Los soldados echaban á la espalda con semblante sombrío sus fusiles descargados, y formaban sus filas como hombres cuya sangre se había enardecido por la resistencia que habían opuesto al enemigo, y que no deseaban más que la ocasión de vengarse de una afrenta que hería su amor propio, aunque la humi-

llacion se modificaba en cierto modo por el permiso que se le había concedido de salir con todos los honores militares. Las mugeres y los niños corrían á una parte y á otra, unos llevando consigo los restos no muy pesados de su equipage, los otros buscando en las filas á aquellos con cuya proteccion debían contar.

Munro se manifestó en medio de sus tropas silenciosas con un aspecto de firmeza y de pesadumbre. Era manifiesto que la entrega del fuerte era un golpe que le habia herido en el corazon, aunque procurase soportarle con la resolucion varonil de un guerrero.

Heyward estaba profundamente conmovido. Ya habia desempeñado todos los deberes que tenia á su cargo, y se acerco al comandante para preguntarle qué mas tenia que mandarle.

Munro no le respondió mas que dos palabras: ¡Mis hijas! ¡pero con qué tono tan expresivo fueron pronunciadas!

—¡Cielos! exclamó Duncan, ¿no se han tomado aun las disposiciones necesarias para su marcha?

— Yo no soy este dia mas que un soldado, Mayor Heyward, respondió el veterano, ¿no son mis hijos todos los que veis á mi alrededor?

El Mayor le habia comprendido bastante, y sin perder uno de aquellos instantes que iban siendo tan preciosos, corrió al alojamiento.

to que habia ocupado el comandante para buscar en él á las dos hermanas. Encontrólas á la puerta prontas ya á marchar, y rodeadas de una tropa de mugeres que lloraban y se lamentaban , y que se habían reunido en este parage por una especie de instinto que las inclinaba á creer que aquel era el punto donde debían hallar mas proteccion. Aunque Cora estaba pálida é inquieta, no habia perdido nada de su firmeza; pero los ojos de Alix, rojos y enardecidos, manifestaban cuánto habia llorado. Las dos vieron á Heyward con un placer que no procuraron disimular, y Cora, contra su costumbre, fue la primera que le dirigió la palabra.

— El fuerte se ha perdido, le dijo con una sonrisa melancólica; pero á lo menos el honor se conserva,

— ¡Está mas brillante que nunca! exclamó Heyward. Pero mi estimada Miss Munro, es tiempo de pensar un poco menos en los demas, y un poco mas de vos misma. La costumbre militar, el honor, este honor que vos sabeis tan bien apreciar, exige que vuestro padre y yo marchemos á la cabeza de las tropas, á lo menos hasta una cierta distancia; ¿y don de encontraremos ahora uno que pueda cuidar de vos, y protegeros en medio de la confusion y del desorden de esta marcha?

— No necesitamos de nadie, respondió Cora : ¿, quién pensaría en agraviar ó insultar á

las hijas de tal padre en semejantes momentos ?

— Sin embargo, yo no quisiera dejaros solas, aunque me diesen el mando del mejor regimiento de las tropas de S. M., respondió el Mayor echando una ojeada á su alrededor, y no viendo mas que mugeres y niños. Reflexionad que nuestra Alix no está dotada del mismo temple de alma que vos, y Dios solo sabe qué terrores serán los suyos.

— Vos podeis tener razon, replicó Cora con una sonrisa todavía mas triste que la primera; pero escuchad : la casualidad nos ha enviado el amigo de quien creéis que tenemos necesidad, Duncan escuchó y comprendió inmediatamente lo que quería decir. El sonido lento y serio de la música sagrada, tan conocido en las colonias situadas á levante, hirió su oído y le hizo correr inmediatamente á un edificio inmediato que había sido ya abandonado por los que le habían ocupado, y encontró en él á David La Solfa.

Duncan se quedó á la puerta sin mostrarse hasta el momento en que habiendo cesado el movimiento de mano con que David acompañaba siempre su canto, creyó que su oracion estaba terminada, y tocándole entonces en la espalda para llamar su atencion, le esplicó en pocas palabras lo que deseaba de él.

— Con mucho gusto, respondió el honrado discípulo del rey profeta. He hallado en esas

dos señoritas todo lo mas acorde y mas melodioso, y despues de haber participado de tan grandes peligros, es justo que viajemos juntos en paz. Yo las seguiré luego que haya terminado mi oracion matutina, y ya no me falta mas que la doxologia. ¿Quereis cantarla conmigo ? El tono es fácil: es el que se conoce con el nombre de sonthwell.

Volviendo á abrir entonces su pequeño libro , y sirviéndose de su instrumento para tomar el tono exacto de la canturia, David continuó sus preces con una atencion tan escrupulosa , que Duncan se vió obligado á esperar que concluyese el último verso, y no sin placer le vid colocar sus gafas en el estuche y el libro en su faltriquera.

—Vos cuidareis, le dijo entonces, de que nadie falte al respeto debido á esas señoritas, y que no digan en su presencia espresiones groseras con el objeto de afear la conducta de su padre, ó burlarse de sus infortunios. Los criados de su casa os ayudarán á cumplir este encargo.

—Con mucho gusto, repitió David.

—Es posible , continuo el mayor, que en contreis en el camino alguna partida de indios ó algunos estraviados franceses; en ese caso les hareis saber los términos de la capitulacion, y les amenazareis, si fuese necesario, con dar parte de su conducta á Montcalm. Una palabra en este sentido será suficiente.

—Y si no bastáre, les hablaré en otro tono; respondió David volviendo á sacar su libro y sus gafas con un semblante de piadosa confianza. Aquí tengo un cántico, que cantado como corresponde, y á compas, contendría el carácter mas indómito. Y al mismo tiempo entonó :

—¿ Por qué pagamos tan bárbara rabia?...

—Basta, basta, dijo Heyward interrumpiendo aquel apostrofe musical. Ya os entendemos ; es tiempo de pensar en nuestros deberes respectivos.

David hizo una señal de aprobacion, y los dos marcharon inmediatamente en busca de las dos hermanas. Cora recibió con agasajo á su extraordinario protector, y las mejillas pálidas de Alix se reanimaron un instante con una sonrisa maligna cuando dio gracias á Duncan por los cuidados que habia tomado, y por su buena eleccion.

El Mayor la respondió que habia hecho todo lo que las circunstancias permitian, y que como no habia el menor peligro, la presencia de David debía bastar para inspirar confianza. En fin, habiéndolas prometido que iria á reunirse con ellas á pocas millas del Hudson, las dejó para ponerse en su puesto á la cabeza de las tropas.

La señal de la partida se habia dado ya, y la columna inglesa estaba en movimiento. El sonido del tambor se dejó oír á poca distancia; las dos hermanas se estremecieron viendo los

uniformes blancos de los granaderos franceses que habian ya tomado posesion de las puertas del fuerte. Cuando llegaban cerca de los baluartes les pareció que una nube pasaba sobre su cabeza; levantaron los ojos, y vieron los largos pliegues blancos del estandarte de la Francia , que ondulaba por los aires.

— Démonos prisa, dijo Cora ; este sitio no conviene ya á las hijas de un oficial inglés.

Alix tomó el brazo de su hermana, y las dos se dirigieron ácia la puerta , siempre acompañadas de la multitud de mugeres y niños que las rodeaban. Cuando pasaron por la puerta, los oficiales franceses que las vieron , y que habian sabido que eran las hijas del comandante, las saludaron con respeto; pero se abstuvieron de toda otra demostracion, porque tenían bastante discernimiento para conocer que no sería agradable á unas jóvenes en semejantes circunstancias.

Como apenas había bastantes carruages y caballos para los heridos y enfermos, Cora y su hermana resolvieron hacer *su* marcha á pie, mas bien que privar á alguno de estos desgraciados de un socorro que le era tan necesario. A pesar de esto, muchos soldados, que apenas estaban convalecientes, se veían obligados á ir arrastrando sus miembros debilitados detras de la columna , que su decaimiento no les permitia seguir, porque había sido imposible en

aquel desierto proporcionarles medios de transporte. Sin embargo, todo estaba entonces en marcha; los soldados en un sombrío silencio, los heridos y los enfermos lamentándose y padeciendo, las mugeres y los niños poseídos del terror, aunque sin poderse dar razón del motivo que le causaba.

Cuando este último grupo se halló fuera de las fortificaciones, que no podían proteger ya ni la fuerza armada, ni la debilidad sin armas, todo aquel cuadro se desenvolvió al mismo tiempo á su vista. A alguna distancia á la derecha, el ejército frances estaba sobre las armas, habiendo reunido Montcalm todas sus tropas luego que sus granaderos tomaron posesion de las puertas del fuerte. Los soldados miraban con atencion, pero en silencio, desfilar á los vencidos, sin abusar de su triunfo para insultarles con sarcasmos que pudiesen mortificarles, antes bien haciéndoles todos los honores militares que estaban estipulados. El ejército inglés, en número de unos tres mil hombres, formaba dos divisiones, y marchaba en dos líneas, que se aproximaban sucesivamente, yendo á parar al camino trazado en los bosques, y que conducía al Hudson. A las orillas del bosque, y á cierta distancia, había una nube de indios que miraban pasar á sus enemigos como buitres que la presencia y el temor de un ejército superior impedían preci-

pitarse sobre su prosa. Algunos de ellos, sin embargo, se habían mezclado á los diferentes grupos que seguían al cuerpo del ejército con un paso desigual, y á los que se reunieron los rezagados, á pesar de la severa prohibición que se había publicado de que nadie se separase de la tropa; pero no parecían hacer allí otro papel que el de observadores sombríos y taciturnos.

La vanguardia, conducida por Heyward, había ya llegado al desfiladero, y desaparecía poco á poco entre los árboles, cuando Cora oyó un ruido de discordia en el grupo mas inmediato del de las mugeres en que ésta se hallaba. Un rezagado, soldado de las tropas provinciales, sufría el castigo de su desobediencia viéndose despojado del bagage, cuyo peso excesivo le había obligado á retrasar su marcha. Un indio quiso despojarle; el americano era vigoroso, y muy avaro para ceder sin resistencia lo que le pertenecía. De aquí se origino un combate; la querrela se hizo general, un centenar de salvages se aparecieron repentinamente como por milagro en un parage donde apenas se hubieran contado una docena pocos minutos antes; y mientras que éstos querían tomar parte en el pillage, y que los americanos procuraban oponerse, Cora reconoció á Magua en medio de sus compatriotas hablándoles con su elocuencia insidiosa. Las mu-

geres y los niños se detuvieron, y se apretaron unos contra otros como un rebaño de ovejas asustadas; pero la avaricia del indio se halló muy pronto satisfecha llevándose su botín. Los salvages se retiraron á un lado como para dejar pasar á los americanos sin otra oposicion, y éstos continuaron su marcha.

Cuando la tropa de mugeres pasó por junto á ellos, el color brillante de un chall que llevaba una de ellas escito' Ja avaricia de un huron , que se adelantó resueltamente á apoderarse de él. Esta muger llevaba un niño que cubría un lado de su chall, y mas bien por terror que por deseo de conservar aquel adorno, apretó fuertemente el chall y el niño contra su seno. Cora estaba á punto de dirigirla la palabra para decirla que abandonase al salvage lo que irritaba de tal modo sus deseos; pero éste, soltando el chall, sobre el cual habia cebado la mano, arrancó el niño de los brazos de la madre. La muger, desolada y con la desesperacion pintada en su semblante, se precipito sobre el para reclamar su hijo, y el indio la alargó la mano con una sonrisa feroz, como para indicarla que consentía en hacer un trueque, mientras que con la otra hacía girar alrededor de su cabeza el niño que tenia por los pies, para hacerla conocer mejor el valor del rescate que exigia.

— ¡Tomadle, tomadle todo, todo! exclamó

la triste madre casi sin aliento, al mismo tiempo que con mano trémula se despojaba de todo o que podía escusar de sus vestidos: tomad todo lo que poseo, pero volvedme á mi hijo.

El salvaje, viendo que ya otro de sus compañeros se había apoderado del chall que apetecía, pisó y atropelló todos los demas objetos que la muger le presentaba, y trocándose en rabia su ferocidad, estrelló la cabeza del niño contra una roca, y arrojó sus miembros todavía palpitantes á los pies de la madre. La infeliz permaneció por algun tiempo como una estátua: sus ojos desencajados se fijaron sobre el ser desfigurado que estrechaba en su seno y que se la sonreía un momento antes. Despues levantó los ojos al cielo como para pedirle venganza sobre el matador de su hijo; pero el bárbaro, cuyo furor se aumentaba todavía por

la vista de la misma sangre que acababa de derramar, la partió la cabeza de un golpe de tomahawk. Aquella infeliz cayó, y murió sobre el cuerpo de su hijo.

En este momento crítico Magua se metió los dedos en la boca, y dio el fatal y espantoso silbido de guerra. Todos los indios desparados le repitieron á porfía, é innumerables y espantosos alaridos resonaron por todo el lindero del bosque y á la estremidad del llano. Al momento, y con la misma rapidez que

los caballos preparados á la carrera cuando se

les dá la señal, cerca de dos mil salvages salieron del bosque, y se abalanzaron con furor Sobre la retaguardia del ejército inglés, que se hallaba todavía en la llanura , y sobre los diferentes grupos que le seguían de distancia en distancia. No nos detendremos mucho en detallar la escena horrible que se siguió; semejante pintura sería insufrible. Los indios estaban completamente armados; los ingleses no esperaban ser atacados ; sus armas no estaban cargadas, y la mayor parte de los que componían los últimos grupos estaban desprovistos de todo medio de defensa. La muerte se ve/a por todas partes, y se presentaba bajo los aspectos mas horribles. La resistencia no servía mas que para irritar el furor de los asesinos, que herían todavía, aun cuando sus víctimas no podían sentir ya sus golpes. La sangre corría á torrentes, y este espectáculo exaltaba la rabia de estos bárbaros, pues se les veía arrodillarse en tierra para beberla con un placer infernal

Las tropas disciplinadas se formaron apresuradamente en cuadro para contener á los salvages. Este espediente les fue provechoso, porque no pudieron ser desordenados, aunque muchos soldados se dejaron arrebatarse de las manos los fusiles sin cargar, con la vana esperanza de apaciguar el furor de sus crueles enemigos. Pero en los grupos que seguían

era donde se consumaba la carnicería.

En medio de esta escena, por espacio de diez minutos, que les parecieron otros tantos siglos, las dos hermanas habían permanecido inmóviles de horror. Cuando se había dado el primer golpe, todas sus compañeras se habían refugiado á su lado dando lamentables gritos, y las habían impedido ocuparse en la fuga; y cuando se separaron para procurar inútilmente evitar la suerte que las esperaba, Cora y su hermana no podían, huir por ningún lado sin caer bajo los tomahawks de los salvajes que las rodeaban. Los gritos, los gemidos, las lágrimas y las maldiciones se mezclaban á los rugidos de los salvajes.

En este momento Alix vió un guerrero inglés de gran talla, que atravesaba rápidamente el llano, tomando la dirección del campo de Montcalm. Creyó reconocer en él á su padre, y lo era efectivamente.

Arrostrando todos los peligros, corría acia el general francés para preguntarle donde estaba la seguridad que había prometido, y reclamar un socorro muy tardío. Cincuenta tomahawks se alzaron sucesivamente contra él, cincuenta cuchillos le amenazaron; pero el brazo nervioso del veterano detenía con un aspecto sereno la mano que quería inmolarle, sin defenderse de otro modo, sin retardar un instante su marcha. Parecía que los salvajes res-

petaban su edad, su rango y su intrepidez. Ninguno tuvo valor para darle el golpe con que le amenazaba. Felizmente para él, el vengativo Magua buscaba entonces su víctima en medio de la retaguardia que Munro acababa de dejar.

— ¡Padre! ¡padre! ¡Aquí estamos! exclamó Alix luego que le reconoció. ¡Socorro! ¡socorro, padre mío! ó somos perdidas.

Muchas veces repitió estos gritos con un tono que hubiera enternecido á un corazón de piedra; pero fueron inútiles. La última vez Munro pareció, sin embargo, haber oído alguna cosa. Pero Alix acababa de caer en tierra privada de conocimiento, y Cora se había precipitado sobre su hermana, á quien bañaba con sus lágrimas. Su padre no pudo verlas; el grito que había herido sus oídos no se repitió mas, y meneando la cabeza con un semblante abatido se volvió á poner en marcha, no pensando mas que en desempeñar lo que su deber exigía de él.

— Señoritas, dijo David , que aunque el mismo estaba sin defensa, no había pensado todavía en abandonar su puesto; este es el jubileo de los diablos, y no corresponde á unos cristianos permanecer en este sitio. Levantaos, y huyamos.

— Huid, respondió Cora, estrechando siempre á su hermana en sus brazos, ¡salvaos!

vos no podeis favoreceremos en nada.

El gesto espresivo con que acompañó estas palabras llamó la atención de la Solfa, y comprendió que estando Alix privada de conocimiento, su hermana no quería abandonarla. Echó una ojeada sobre los furiosos que proseguían á corta distancia sus asesinatos, y enfervorizándose su pecho, su gran talla se enderezó, y todas sus facciones anunciaron que se hallaba agitado por una nueva sensación llena de energía.

— Si el pastorcito hebreo, dijo él, pudo domar al maligno espíritu de Saúl por medio del sonido de su harpa y la espresion de sus divinos cánticos, ¿por qué no hemos de probar aquí el poder de la música sagrada ?

Dando entonces á su voz toda su estension, entonó un cántico por un tono tan alto, que se debaja oír por encima de los gritos y gemidos de los moribundos y los ahullidos de los feroces asesinos.

Algunos salvages se adelantaban ácia ellos en este momento con la intencion de despojar á las dos hermanas de los adornos que llevaban, y de arrancarlas sus cabelleras; pero cuando vieron aquel grande espectro de pie á su lado, inmóvil, y como absorto en el espíritu del cántico que entonaba, se detuvieron para escucharle. Su asombro se cambió en admiracion, espresándose los unos á los otros su sa-

tisfaccion al ver la firmeza con que el guerrero blanco cantaba su himno de muerte, y fueron á buscar otras víctimas y otro botín.

Animado y engañado por este primer ensayo, David redobló sus esfuerzos para aumentar el poder de lo que miraba como una santa influencia. Estos sonidos extraordinarios llegaron á herir el oído de un salvaje que corría de grupo en grupo como un hombre que desdafiando inmolar una víctima vulgar buscaba una mas digna de él. Este era Magua, que dio un gran alarido de triunfo viendo á sus antiguas prisioneras otra vez á su disposicion.

—Ven, dijo, agarrando con una mano teñida de sangre los vestidos de Cora, el wigwam del huron te espera. ¿No te hallarás mejor que aquí?

—Retírate, respondió Cora, volviendo la cabeza.

El indio estendió delante de ella una mano ensangrentada, y la dijo con una sonrisa feroz.

—Está roja; pero este rojo sale de las venas de los blancos.

—¡Monstruo! exclamó Cora, tú eres el autor de esta escena horrible.

—Magua es un gran gefe, respondió con un tono de triunfo: ¡y bien! ¿la joven de los cabellos negros quiere seguirme á mi tribu?

— ¡No, jamás! respondió Cora con firmeza; ¡mátame si quieres, y sacia tu infernal venganza!

Magua puso la mano sobre su tomahawk, vaciló un momento, y como por un pensamiento repentino, cogiendo en sus brazos el cuerpo insensible de Alix, echó á correr con el por el lado de los bosques.

— Detente, esclamo Cora, persiguiéndole con los ojos desencajados; ¡detente, miserable! Deja esa criatura; ¿vas á sacrificarla?

Pero Magua era sordo á sus gritos, ó mas bien veía la influencia que tenia sobre ella la carga que habia tomado, y quería aprovecharse de esta ventaja.

— ¡Esperad, señorita, esperad! gritó David; el santo influjo empieza á obrar: y bien pronto vereis apaciguarse este horrible tumulto.

Conociendo que no le escuchaban, el fiel David siguió á la hermana desesperada, empezando un nuevo cántico, que acompañaba, segun su costumbre, con el movimiento de su largo brazo que levantaba y bajaba alternativamente. Así atravesaron el resto de la llanura por en medio de los moribundos y de los muertos, de los verdugos y de las víctimas. Alix, conducida en los brazos del feroz huron, no corría en este momento ningun peligro, pero Cora hubiera sucumbido algunas veces

á los golpes de sus feroces enemigos sin la compañía del ser extraordinario que se había adherido á sus pasos, y parecía entonces á los ojos de los salvages sorprendidos dotado de un espíritu de locura que hacia su proteccion.

Magua, que conocía los medios de evitar los peligros mas inminentes, y eludir las persecuciones, se entro en el bosque por un pequeño barranco donde le esperaban los dos caballos que los viageros habían abandonado algunos días antes, y que él había encontrado. Estos animales estaban custodiados por otro salvage, cuya fisonomía no era menos atroz que la suya. Poniendo atravesado sobre el uno de ellos el cuerpo de Alix, todavía privado de conocimiento, hizo señal á Cora para que montase sobre el otro.

A pesar del horror que escitaba en ella la presencia de aquel hombre feroz, sentía que experimentaba un cierto alivio dejando de ver el espectáculo horroroso que presentaba la llanura. Montó á caballo, y tendió los brazos ácia su hermana con un semblante tan tierno, que el huron mismo no pudo verlo con indiferencia ; y habiendo colocado á Alix en el mismo caballo de su hermana, tomó la brida, y se internó en el bosque.

David , mirado probablemente como un hombre que no merecía un golpe de toma-

hawk, viendo que se le dejaba solo sin que nadie hiciese reparo en él, se montó en el otro caballo que quedaba vacante, y siempre fiel á lo que le parecía su deber, siguió á las dos hermanas tan de cerca cuanto lo permitían las dificultades del camino.

Bien pronto empezaron á subir, pero como el movimiento del caballo reanimaba poco á poco las facultades de Alix, la atención de Cora repartida entre su tierna solicitud por su hermana, y los gritos que oía todavía en el llano, no la permitió observar á qué lado eran conducidas. Sin embargo, al llegar sobre la plataforma de una montaña que acababan de subir, reconoció el sitio donde un guía humano las había conducido algunos días antes, como á un parage seguro. Allí Magua las permitió echar pie á tierra ; y á pesar de la triste cautividad á que estaban reducidas, la curiosidad, que parece inseparable del horror, las escitó á dar una ojeada sobre la escena lamentable que pasaba debajo de sus pies. La carnicería proseguía todavía. Los hurones perseguían por todas partes las víctimas que aun no habían sacrificado, y las columnas del ejército francés, aunque sobre las armas, permanecían en una apatía que no se ha explicado nunca, y que dejó una mancha indeleble sobre la reputación de su gefe. Los salvajes no cesaron de derramar sangre hasta que la avari-

cia prevaleció sobre su furor. Poco á poco los gemidos de los moribundos y los clamores de los asesinos fueron cediendo á los gritos de triunfo que daban los salvages, y que con bárbaro entusiasmo se multiplicaron por todos aquellos contornos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

*Se hallará en la librería de Don Tomás
JORDAN, calle de la Concepcion Gerónima.*



Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo